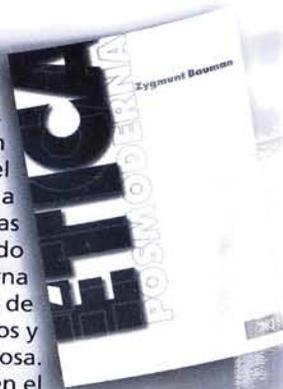


ÉTICA POSMODERNA Zygmunt Bauman

De acuerdo con diversas opiniones de periodistas y teóricos, los tiempos posmodernos conllevan "la emancipación de las normas morales", el desapego del deber y el descrédito de la responsabilidad moral. Como antídoto a estas afirmaciones, el autor nos presenta un profundo y persuasivo análisis de la perspectiva posmoderna de la ética. Argumenta que los grandes temas de la ética no han perdido vigencia: debemos verlos y abordarlos de una manera totalmente novedosa. Nuestra época, sugiere, aún podría convertirse en el amanecer, más que en el ocaso, de la ética.



racionalidad ambiental

la reapropiación social de la naturaleza

ENRIQUE LEFF

RACIONALIDAD AMBIENTAL La reapropiación social de la naturaleza

Enrique Leff

Este libro va desentrañando el efecto de la racionalidad teórica, económica e instrumental, en la cosificación del mundo, hasta llegar al punto abismal donde se desbaranca en la crisis ambiental. Muestra las causas epistemológicas de esta crisis, de

las formas de conocimiento que, ancladas en la metafísica y la ontología del ente, llegan a desestructurar la organización ecosistémica del planeta y a degradar el ambiente. La racionalidad ambiental se va constituyendo al contraste con las teorías, el pensamiento y la racionalidad de la modernidad. En esta obra se forja este concepto.



siglo
veintiuno
editores

www.sigloxxieditores.com.mx
Librería y Cafetería: 5658.7555

Nuestro siglo

■ Invierno 2004
■ Año 28
■ Número 36
■ Nueva Época
■ *dialéctica*

dialéctica

■ Nueva Época ■ Año 28 ■ Número 36 ■ Invierno 2004



La multitud perdida en el imperio Jacques Bidet

TEXTOS DE:

Samir Amin ■ István Mészáros ■ Perry Anderson ■ Domenico Losurdo
Ma. del Carmen García Aguilar ■ Juan Monroy García
Fernanda Navarro ■ Gabriel Vargas Lozano ■ Julio Muñoz Rubio

REVISTA DE FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES, LITERATURA Y CULTURA
POLÍTICA DE LA BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

ISSN 0185-7770

\$ 50.00 pesos

Una de las razones que motivan e impulsan la aparición de *Dialéctica*, lo dijimos desde el primer número, es la defensa de la Universidad, de nuestra Universidad, y de la Universidad pública en México. Se trata de una preocupación constante que ha generado numerosas reflexiones críticas y propositivas desde las páginas de nuestra revista. Ello no ha sido un tema entre tantos, sino una convicción: el desarrollo y avance cultural, democrático y social del país tiene en la educación pública un pivote fundamental. Su defensa ha sido, y es, una voluntad compartida por lo mejor de nuestra intelectualidad, nuestros maestros y, en especial, por nuestra juventud estudiantil.

Han cambiado, sin duda, las condiciones políticas. Los enfrentamientos continuos con los gobiernos federales y estatales casi han desaparecido. Las manifestaciones rituales para facilitar las negociaciones por la obtención de mayor subsidio son, con salvas excepciones, inexistentes.

Los salarios se reciben por lo general de manera civilizada, adentrados, en fin, en la modernización globalizadora. Sin embargo, se han establecido una serie de instrumentos despersionadores con el pretexto de la excelencia y la competitividad, que dejan casi sin capacidad de respuesta a las instituciones de educación superior, supeditando a éstas a un sinnúmero de exigencias burocrático-administrativas, donde el profesor-investigador tiene que amoldarse por el solo instinto de supervivencia. En realidad, el proyecto personal de superación y de investigación debe necesariamente adecuarse a exigencias diseñadas por etéreas "autoridades sexenales" que, según su criterio personal, son indispensables para la construcción de un "modelo ideal" que, como tal, ni siquiera ellas conocen, sino que son copia y/o aplicación impuesta desde el exterior, conforme a lo que tan genéricamente se llama política neoliberal.

Si desaparecen los diseños personalizados en la conformación de los cuadros docentes y sobre todo de los proyectos de investigación, innegablemente desaparecerán el perfil específico y las características particulares de cada una de las universidades.

El resultado: la homogeneidad de todo y de nada. Hay, sin duda alguna, un sector que se ha negado a tal generalización, en el área del conocimiento, pero que cada vez va perdiendo mayor terreno en la práctica, es el sector de las humanidades. Se va perdiendo la característica individualidad, a pesar de su criticidad, por la simple y sencilla razón de la sobrevivencia y por la soterrada competitividad por

una mejoría en la participación salarial. Indudablemente, en las últimas décadas, los aumentos salariales reales han sido ridículos, sin embargo, el paliativo de los "estímulos", las "becas", los "proyectos etiquetados", etcétera, han propiciado que ese poder adquisitivo mermado se vea aparentemente normal y "suficiente" para la solución de las necesidades inmediatas e indispensables, pero niega la posibilidad de prevención de un futuro y un patrimonio mejor.

La lejana esperanza de poder contar con una jubilación aceptable, por la que se luchó en los finales de las décadas 70 y 80, se ve seria y realmente amenazada por un gobierno incompetente e incapaz de pensar en un proyecto con dimensiones de justicia social.

Las recientes modificaciones a la Ley del Seguro Social y su sistema de pensiones hablan claramente de esta falta de visión y comprensión. La salud y la educación no tienen cabida en la agenda de un gobierno alentado por el cambio que el pueblo requería, pero que necesariamente estaba llamado a su claudicación por sus propios principios y orígenes. Está por demás hacer mención del cuarto informe de gobierno del actual Presidente de la República, para darse cuenta de la inexistencia de la educación superior y de la salud entre las prioridades de un gobierno originado en las élites empresariales y en el conservadurismo católico.

Sin duda alguna, urge la solución a los problemas de extrema pobreza que afligen a un país, como se dice, en vías de desarrollo; pero no puede ser a costa de la salud y de la educación de todos, y menos de la educación superior y de los proyectos de investigación que ésta incluye. La visión social de los legisladores de las décadas 40 y 50 no puede ser ignorada y echada a la borda por soluciones coyunturales y mediatistas, para resolver los efectos provocados por la ineficiencia y corrupción de dirigentes, sean éstos institucionales o sindicalistas.

Como lo hemos subrayado en otras ocasiones, la educación superior es un factor fundamental en el progreso de un pueblo y en la conservación de sus valores y de su cultura.

TRANSICIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA DEMOCRACIA EN NICARAGUA

Juan Monroy García

El conjunto de transformaciones del mundo contemporáneo, representado por la caída del socialismo real, el fin de la Guerra Fría y la globalización económica fueron de singular importancia para América Latina y sus relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica (EU). Estos acontecimientos que repercutieron durante la década de los noventa en la política norteamericana, permitieron –como había sido tradicional– espacios de injerencia en la región. Pese a que desapareció la confrontación ideológica entre la Unión Soviética y los EU, este país siguió insistiendo en el enfrentamiento del “mundo libre” contra “el comunismo y los regímenes autoritarios de la región”. A partir de estos argumentos, EU justificó sus ataques a Nicaragua, afirmando que los sandinistas eran un grupo marxista-leninista cuyos únicos sustentos eran el autoritarismo y la fuerza militar; que se habían apoderado del poder político en contra de la voluntad de la mayoría de la sociedad, y que se mantenía en el mismo por la fuerza, pasando por alto los derechos y libertades individuales.

En la década de los ochenta, el enfrentamiento ideológico entre los EU y la Unión Soviética tuvo su expresión en América Latina a partir del ataque contra los gobiernos nacionalistas, como el régimen sandinista de Nicaragua. La política norteamericana tuvo la firme intención de revertir el proceso revolucionario e impedir que otros países de la región tomaran el ejemplo nacionalista. Para la política estadounidense, los regímenes que escapaban a su esfera de influencia eran marxistas-leninistas y autoritarios, contrarios a los principios de libertad y democracia.

El presente artículo tiene como objetivo fundamental analizar el proceso democrático en Nicaragua durante la década de los noventa, haciendo hincapié en los factores internos y destacando que los cambios fueron producto de las fuerzas políticas endógenas, más que resultado de acontecimientos exógenos. De manera especial se analiza la historia reciente de los partidos políticos, donde resalta el papel del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)

Juan Monroy García. Licenciado en Filosofía por la UAEM, maestro y doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Actualmente es profesor de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.

como principal motor del proceso democrático en dos momentos importantes del país: primero, mientras estuvo en el poder y segundo, como partido de oposición. Desde el poder porque inició la transición y convocó a elecciones, independientemente de la incertidumbre de los resultados, y como partido opositor porque ha estimulado la participación democrática de la sociedad nicaragüense.

Durante la década de los ochenta, el gobierno estadounidense justificó sus ataques contra el FSLN, el apoyo a los grupos contrarrevolucionarios, el bloqueo económico, el minado de los puertos y las amenazas de invasión a Nicaragua, a partir de tipificar a los sandinistas como un grupo marxista-leninista, autoritario, que impedía el avance democrático en Centroamérica; también dedicó grandes espacios para difundir esta imagen en diversos foros y a través de todos los medios a su alcance. Cabe aclarar que la temática de la política intervencionista estadounidense hacia Nicaragua escapa del objetivo del presente artículo.

A medida que el régimen sandinista fue perdiendo consenso, los grupos políticos de la derecha nicaragüense y las organizaciones contrarrevolucionarias endurecieron sus ataques contra el FSLN, calificándolo con los mismos adjetivos empleados por el gobierno estadounidense; al tiempo que procuraron presentar su imagen –ante la opinión pública internacional, lo mismo que al interior del país– como paladines de la libertad y garantes de la democracia en la región.

Por otra parte, los partidos políticos de la derecha nicaragüense y los grupos contrarrevolucionarios también declararon que sus anhelos más sentidos eran la “libertad y la democracia” para el país; pero que su falta de éxito se debía a la resistencia sandinista, a la que habían enfrentado por largos años en la búsqueda de espacios de participación política. Sin embargo, hay que señalar que, en la práctica, estas fuerzas políticas y militares buscaron el poder no precisamente por la vía electoral, por el contrario, casi siempre prefirieron el camino violento de las armas, haciendo a un lado la propuesta de apertura democrática de los sandinistas; contando en todo momento con el apoyo del gobierno estadounidense.

La política norteamericana encontró en estos grupos contrarrevolucionarios la manera adecuada para implementar sus ataques permanentes hacia el régimen sandinista. Dichos grupos se encargaron de organizar la guerra de baja intensidad en territorio nicaragüense, contando siempre con el apoyo económico y la asesoría militar de los EU.

La visión del FSLN fue contraria a la estadounidense y la de



los grupos de la derecha nicaragüense, pues –en alianza con otras fuerzas políticas igualmente comprometidas con los mismos ideales de libertad y democracia– trató de impulsar el avance democrático en Nicaragua. Las diferentes tendencias del Frente coincidieron en impulsar el proceso de apertura democrática, para lo cual organizaron, durante la década de los ochenta, dos procesos electorales. También hay que señalar el interés permanente de los sandinistas por democratizar el partido, las organizaciones de masas y, en general, la vida política del país; pese a los obstáculos generados por la crisis económica, las constantes amenazas del gobierno norteamericano y los ataques de los grupos contrarrevolucionarios.

A pesar de las adversidades económicas y sociales por las que atravesaba el país –en parte provocadas por las agresiones del gobierno de EU y los ataques de los grupos contrarrevolucionarios en contra del gobierno y de la población civil–, los sandinistas mostraron una vez más su vocación democrática, convocando a dos procesos electorales –el 4 de noviembre de 1984 y el 25 de febrero de 1990–, demostrando con hechos que la imagen autoritaria y antidemocrática que habían difundido el gobierno estadounidense y los grupos contrarrevolucionarios, no correspondía a la realidad. La preparación de los comicios de 1984 inició desde principios de año, enfrentando fuertes críticas por parte de la Coordinadora Democrática Nicaragüense, organismo antisandinista de fuertes nexos con las organizaciones contrarrevolucionarias, que puso como condición para participar la supervisión de las elecciones por parte del grupo Contadora y de la Organización de Estados Americanos.

La falsa imagen de democracia y libertad que trataron de difundir tanto el gobierno estadounidense como dichos grupos contrarrevolucionarios era contraria en los hechos, donde privó la intolerancia y el autoritarismo; estos grupos trataron de tomar el poder durante la década de los ochenta, a través de la violencia, atacando a la población civil y destruyendo importantes elementos de la vida productiva del país. Los grupos políticos de la derecha nicaragüense trataron de llegar al poder a través de los mismos medios, desdeñando los comicios convocados por los sandinistas, argumentando que desconfiaban de la imparcialidad y credibilidad de los órganos electorales.

En la estructura interna del FSLN, las fuerzas democráticas partidarias de la apertura política en el país –las cuales transformaron radicalmente la cultura política y la concepción tradicional del poder, que por largas décadas habían predominado en la sociedad nicaragüense– lograron imponerse a las autoritarias. Frente a las que proponían un gobierno fuerte, las fracciones que

posibilitaron la transición democrática ofrecieron mayores argumentos para consolidar su proyecto.

Esta interpretación contrasta con las muy conocidas, referentes a las olas de la democracia y las transiciones a la democracia desde regímenes autoritarios, planteadas por Samuel Huntington en *La tercera ola, la democratización a finales del siglo XX* y las ideas señaladas por Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter en *Transiciones desde un gobierno autoritario*, cuya argumentación toma en cuenta determinados acontecimientos de Europa y América Latina: parten del supuesto de que en la historia hay etapas de gobiernos autoritarios y periodos de avance democrático, consideran que estos últimos periodos son producto de olas de democracia que envuelven al mundo, y afirman que la tercera ola –iniciada en la década de los setenta del siglo XX– está aún vigente.

La tesis que sostenemos en el presente artículo es que las condiciones propias de Nicaragua, donde existieron décadas de gobiernos dictatoriales, impidieron la colaboración política de los partidos y de la sociedad en su conjunto, surgiendo como consecuencia frentes amplios que buscaron la cooperación política a partir del aglutinamiento de fuerzas políticas de diversos signos, como el FSLN y la Unión Nacional Opositora (UNO). Como consecuencia, y por la composición de dichos frentes, se generaron nuevos partidos políticos. Al perder el poder, el FSLN –por sus características de ser precisamente un frente político de composición social plural y no un mero partido político– tendrá sucesivas transformaciones.

Para la elaboración del artículo hicimos un recuento de la bibliografía y hemerografía publicadas en Nicaragua y en otros países centroamericanos sobre el proceso de fragmentación del FSLN. Así, nos hemos remitido las fuentes escritas que ofrecen algunos dirigentes sandinistas –quienes relatan sus memorias y explican los hechos–, asimismo, consultamos los pocos estudios que existen sobre el tema; sin embargo, debemos advertir que estos trabajos tienen clara inclinación por alguna de las facciones, por haber sido partícipes de los acontecimientos que tratan de juzgar. Bajo esta consideración, señalamos algunas fuentes consultadas, como la obra de Nayar López Castellanos, *La ruptura del frente sandinista*, cuyo análisis se inclina a favor de las propuestas del Movimiento de Resistencia Sandinista; otro texto que también explica dicho momento es *Consenso y negociación en el FSLN*, escrito por Víctor Hugo Tinoco, autor que forma parte del proceso de fragmentación, lo que se nota a través de sus críticas y análisis que carecen de la firmeza y la profundidad requeridas; otro sandinista que aborda el asunto es Sergio Ramírez, quien expresó su punto



de vista en el libro *Adiós muchachos, una memoria de la revolución sandinista*, pero también insuficiente en su profundización.

En torno al periodo de gobierno de Violeta Barrios (1990-1996) existen investigaciones importantes en el campo de la economía, orden social, delincuencia, desarme militar, pobreza en el campo y la ciudad; pero estos trabajos carecen de una visión de conjunto sobre los logros y retrocesos del régimen, también es notable la carencia de un balance sobre la transición democrática del país. Entre los trabajos con estas características destacan: *Transición política y reconversión militar en Nicaragua, 1990-1995* de Roberto Cajina, *Orden social y gobernabilidad en Nicaragua 1990-1996* de Elvira Cuadra *et al.*, *La guerra y el campesinado en Nicaragua* de Orlando Núñez *et al.* y dos libros de Óscar René Vargas, *Pobreza en Nicaragua: un abismo que se agranda* y *Entre el laberinto y la esperanza (Nicaragua 1990-1994)*, en los que presenta su interpretación sobre el crecimiento de la pobreza y la marginación a partir de indicadores económicos. También, cabe señalar que existe una diferencia notable entre los abundantes estudios sobre el sandinismo como organización revolucionaria y como partido en el poder, frente a los escasos trabajos de su actuar en la oposición.

Hemos dividido el artículo en cuatro partes. En la primera ofrecemos una sucinta explicación de la política intervencionista, empleada por el gobierno estadounidense, en contra del régimen sandinista durante la década de los ochenta, haciendo hincapié en algunos factores —como la guerra de baja intensidad—¹ tanto de los grupos contrarrevolucionarios, como de las propias tropas norteamericanas, que, si bien intervinieron directamente sólo en contadas ocasiones, permanentemente ofrecieron asesoría, apoyo militar y financiero a los grupos contrarrevolucionarios a través de organismos como la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

En este apartado también se analizan dos elementos más de la política agresiva estadounidense: el minado de los principales puertos nicaragüenses y el embargo económico, acciones que repercutieron rotundamente en la maltrecha economía del país. Por otra parte, se destacan los apoyos financieros y militares del gobierno estadounidense en favor de los diferentes grupos contrarrevolucionarios, que sirvieron de base para los constantes ataques contra el régimen sandinista. Para este apartado consultamos algunos documentos del gobierno estadounidense, como los comunicados hechos por el teniente coronel de las fuerzas armadas norteamericanas, Oliver North, quien se encargó de la recaudación y operación de los recursos económicos para los grupos contrarrevolucionarios; también, examinamos algunos escritos del Secretario de Defensa de la administración Reagan,

Caspar Weinberger; asimismo, consultamos la ponencia presentada por Néstor Sánchez² en la Universidad de Miami en enero de 1988; por último, leímos los textos de Lilia Bermúdez y Gregorio Selser, porque consideramos que ambos muestran de manera importante la injerencia de los EU. No recurrimos a otras fuentes estadounidenses porque consideramos que ya estaba suficientemente demostrada la injerencia de este país en los asuntos del pueblo nicaragüense y, además, nos apartaban de nuestro objetivo fundamental que era destacar el desarrollo de las fuerzas democráticas internas.

La segunda parte se ocupa del FSLN, como grupo político que pasó del poder a la oposición y de ésta a la fragmentación. En esta parte hacemos un análisis de los factores y las causas por las cuales los sandinistas perdieron el poder, en febrero de 1990, mencionando la caída del socialismo real, la guerra de baja intensidad, el embargo económico y el minado de puertos, como las causas externas que repercutieron en el ánimo y la voluntad de la gente para retirar el apoyo al FSLN. También enumeramos los errores políticos, económicos y sociales cometidos por el gobierno sandinista; un tercer factor no menos importante es el de la crisis económica que afectó principalmente a las masas trabajadoras, base fundamental del sandinismo. Es importante señalar que después de la derrota electoral privaron el desencanto y la desilusión, lo que derivó en una apatía generalizada entre los sandinistas, que no encontraban el rumbo político. Aunque las bases del partido iniciaron un proceso de críticas y propuestas de democratización, se enfrentaron a las inercias y las viejas prácticas autoritarias de las cúpulas.

La crisis económica que afectó al país en la década de los ochenta, los errores económicos y políticos de los sandinistas, así como la guerra de baja intensidad provocada por los EU y protagonizada por los grupos contrarrevolucionarios, deterioraron el consenso del régimen sandinista, provocando su derrota electoral.

A partir de entonces, el FSLN trató de convertir al Ejército Popular Sandinista (EPS) en un organismo garante y vigilante del proyecto revolucionario; pero el gobierno de Violeta Barrios exigió, a su vez, profesionalismo y lealtad a dicha institución, fue así que el EPS se convirtió en una corporación que sufrió un proceso de profesionalización y dejó de ser un aparato al servicio del sandinismo, para convertirse en un organismo de colaboración con el poder del Estado; lo que provocó que actuara, en ocasiones, en contra de las masas trabajadoras sandinistas, que defendían sus intereses a través de huelgas, tomas de tierras y edificios públicos.

El fracaso electoral tomó por sorpresa a los sandinistas, dejando



pendientes algunos puntos importantes, como el de los bienes urbanos y rurales que se habían repartido durante su gobierno, y que no fueron debidamente regularizados.³ El FSLN trató de subsanar sus errores a través de decretos expedidos en el último momento, dando pie a los abusos de algunos sandinistas y a los reclamos de los antiguos dueños. Con el fin de solucionar dos asuntos de primer orden para la burguesía —el conflicto de la propiedad y el asunto de la privatización—, el nuevo gobierno quiso llegar a acuerdos con el FSLN, para lo cual convenció a los sandinistas de tratar dichos temas en forma conjunta, con lo que se lograría el consenso en la Asamblea Nacional y se evitarían obstáculos para el proceso privatizador.

Grave error del régimen sandinista fue no haber regularizado buena parte de las propiedades que repartió, motivando un conflicto más para el nuevo gobierno. Ante la solicitud de las masas trabajadoras de que se regularizaran debidamente sus propiedades —a fin de tener mayor seguridad y estabilidad social—, el régimen de Violeta Barrios trató de resolver el problema conjuntamente con la privatización, que era una exigencia de la burguesía, obligando a los sandinistas a aceptar su propuesta de solución, que no fue la más adecuada para las grandes mayorías. El error sandinista también motivó que, poco antes de entregar el poder, algunos de ellos abusaran adueñándose de propiedades urbanas o rurales, cayendo en el desprestigio ante el resto de militantes y ante la sociedad en su conjunto.

El fracaso electoral provocó una crisis interna en el FSLN que se manifestó en el surgimiento de nuevas corrientes ideológicas, con importantes declaraciones críticas hacia el autoritarismo y el abuso de poder. Las bases sandinistas exigieron un replanteamiento del proyecto, a fin de que se convirtiera en una alternativa viable para la sociedad nicaragüense, sin embargo, las discusiones que se generaron en las bases no encontraron siempre la respuesta adecuada dentro de las cúpulas, que seguían aferradas al viejo autoritarismo de la década de los setenta.

Otra de las consecuencias del descalabro electoral para el FSLN fue la división interna, que empezó a notarse desde las primeras reuniones, donde los militantes cuestionaron a la cúpula del partido, responsabilizándola de la derrota. Las actitudes contradictorias de los dirigentes sandinistas, de colaboración y crítica hacia el nuevo gobierno, también fueron objeto de fuertes opiniones por parte de algunos militantes. Por otra parte, dentro de la cúpula sandinista surgió una división entre los ortodoxos o principistas y los pragmáticos o renovadores; los primeros buscaban mantener las estructuras, las estrategias y la línea política

del partido sin modificaciones profundas; mientras que la segunda fracción pretendía la transformación del partido, cambiando sus relaciones con la sociedad, el gobierno y otros sectores políticos.

El primer congreso del FSLN, celebrado en julio de 1991, tuvo como propósitos renovar la dirigencia nacional del partido, redefinir su estructura y su nueva plataforma programática. La experiencia democrática que se vivió como preparación del congreso fue importante, con la participación amplia de militantes que se encargaron de nombrar a sus representantes para dicho suceso, pero en el desarrollo del congreso la cúpula sandinista echó por la borda toda esa experiencia democrática, imponiendo sus criterios y principios, evitando la libre discusión de las ideas.

Estas dos corrientes del FSLN, los tradicionalistas u ortodoxos y los renovadores o pragmáticos, tuvieron fuertes enfrentamientos. Los primeros emplearon un discurso radical de no abandonar las reivindicaciones de las masas trabajadoras, ni las viejas banderas de lucha, y señalaron como formas para lograr las demandas de los trabajadores la huelga, la toma de tierras, de calles y ciudades, incluso, no descartaron la vía armada para volver al poder. Pero en los hechos, sus trabajos fueron vacilantes y opuestos a las masas trabajadoras, que reclamaban mayores compromisos de la cúpula, para tratar de evitar la imposición de la política económica neoliberal y el empobrecimiento de grandes capas de la población. A esta corriente le preocupaba sobremanera recuperar el poder, por ello se aferraba a aquellos espacios que aún conservaba, y trató de gobernar junto con el nuevo gobierno.

La otra corriente, la renovadora, utilizó un lenguaje diferente, indicando que era necesario transformar el programa y el discurso del partido de acuerdo con los nuevos tiempos, tanto del mundo como del país; también consideró necesario reconquistar el poder, pero a través de la lucha parlamentaria y democrática. Asimismo le preocupó gobernar conjuntamente con el nuevo gobierno, porque lo consideraba un gobierno de centro.

Los dirigentes del FSLN también se dividieron, principalmente por la disputa del poder político y económico; algunos intelectuales y miembros de la pequeña burguesía mostraron su descontento con las formas tradicionales de tomar decisiones dentro del partido, y consideraron que el proyecto político no era el adecuado para las circunstancias del país, por ello empezaron a cuestionar todas las decisiones de la Dirección Nacional, y empezaron a hablar de la construcción de un nuevo partido cuyas características estuvieran acordes con los nuevos tiempos que se vivían en el mundo y en la sociedad nicaragüense. La pugna de estas dos nuevas corrientes era principalmente por espacios de



poder dentro del partido y del gobierno. Ambas posiciones trataron de dar respuesta a las exigencias de las masas sandinistas, que señalaron la falta de claridad en sus críticas y proyectos alternativos al gobierno neoliberal de Violeta Barrios, pero la respuesta de ambas posiciones no fue una alternativa real para las expectativas de las masas trabajadoras.

La composición social plural de los militantes del FSLN polarizó en diferentes momentos las diversas fracciones, al grado de intervenir la dirigencia del partido para discernir en los conflictos entre trabajadores y empresarios sandinistas. El congreso extraordinario de mayo de 1994, fue precedido de un intenso debate entre las corrientes del sandinismo, debate que se prolongó durante algunos meses. Dicho congreso tuvo como fin, al igual que el de 1991, nombrar a la dirigencia nacional del partido, definir el programa, y reformar los estatutos. Las dos corrientes encontraron mayores espacios de expresión después del congreso, dándose a conocer como Izquierda Democrática y Movimiento de Renovación Sandinista. Estas corrientes se separaban cada vez más en sus planteamientos. La primera fue la fracción que a principios de la década de los noventa se conoció como ortodoxa o principista, misma que adoptó un discurso apegado a las demandas populares y que reivindicaba el pasado del sandinismo. La segunda corriente, reconocida como pragmática o renovadora, habló de fortalecer el régimen parlamentario, transformar la estructura y los principios del partido.

La división dio origen al Movimiento de Renovación Sandinista integrado principalmente por intelectuales y fracciones de la pequeña burguesía, que habían criticado el autoritarismo de la cúpula sandinista, y que fueron objeto de hostigamiento y represión por parte de ésta; de tal manera que para las elecciones de octubre de 1996 el Movimiento de Renovación se presentó como una opción separada del FSLN, pero los resultados electorales fueron muy magros para dicha opción.

El Movimiento de Renovación Sandinista surgió formalmente el 10 de diciembre de 1994, como un grupo político escindido del FSLN; tuvo su antecedente inmediato en la corriente renovadora o pragmática, estuvo integrado principalmente por intelectuales y fracciones de la pequeña burguesía, que criticaron tenazmente a la cúpula sandinista por su falta de voluntad para cambiar, considerando que al interior del partido no existían posibilidades de transformar el proyecto político y las estructuras de gobierno. Sin embargo, este nuevo partido no logró consolidarse como una opción viable para el país, su oferta política no resultó atractiva para la mayoría de la sociedad nicaragüense, ni siquiera para

algún sector importante de la misma.

El FSLN realizó algunos intentos por democratizar el proceso de selección de candidatos, haciendo una consulta a la sociedad, pero el manejo poco ético de los resultados de dicha consulta empañó el proceso, dando como resultado que el congreso ordinario de mayo de 1996, tuviera como tónica la impugnación y las acusaciones de deshonestidad electoral; sin embargo, estos hechos no mermaron sustancialmente sus resultados electorales en el mes de octubre.

El FSLN con el fin de definir su proyecto político, su programa, y su plan de acción como partido de oposición, efectuó dos congresos ordinarios y uno extraordinario; sin embargo, los resultados fueron magros. En las reuniones preparatorias existían discusiones abundantes en ideas y se vivía un ambiente de participación democrática, que después contrastaba con la actividad misma del congreso, donde lo que se imponía era la disciplina dictada por la cúpula partidista, frustrando los intentos por profundizar el proceso democrático en los órganos de decisión; el Frente mantuvo su autoritarismo al interior del partido, independientemente de que en el país impulsó un proceso democrático sustancial.

El FSLN, como partido de oposición, no logró implementar una propuesta alternativa de gobierno que tuviera aceptación en la mayoría de la sociedad; los compromisos de la cúpula con el gobierno de Violeta Barrios impidieron que los sandinistas pudieran implementar una crítica férrea y coherente a la política económica del nuevo régimen, conformándose con hacer sugerencias para transformar dicha política. Además, el juego de intereses diversos de carácter económico y político, que se daba al interior del partido, fue generando mayores diferencias entre los sandinistas de la cúpula y las masas trabajadoras o desempleadas, provocando divisiones y enfrentamientos importantes que se iban a expresar a lo largo de la década de los noventa.

En la tercera parte del artículo analizamos la UNO, como un grupo político que pasa de la contrarrevolución al poder y del poder a la fragmentación. En esta parte se analiza el origen de la UNO como una alianza de partidos y grupos político-militares que buscaron el poder a través de diversos medios, electorales o violentos, y que contaron con el apoyo económico y la asesoría militar del gobierno estadounidense; en este apartado también se señala cómo los antiguos dirigentes de la contrarrevolución pasaron a ser parte del nuevo gobierno. La UNO fue desde sus orígenes una alianza muy endeble, porque los partidos y grupos anteponían su bienestar personal o de grupo, a los intereses generales del país, buscando ante todo beneficiarse con el poder;



el proceso para la selección de su candidato a la presidencia del país fue una clara muestra de esa disputa por intereses personales. Los integrantes de la UNO pusieron en peligro su unidad, logrando mantenerla mediante la intervención del gobierno estadounidense.

Surgió así la candidatura de Violeta Barrios, hija de una familia terrateniente del departamento de Rivas, viuda de Pedro Joaquín Chamorro, quien fuera militante conservador, periodista y fuerte opositor de la dictadura somocista, asesinado en enero de 1978. Dicha candidatura representaba la oposición al pasado y la esperanza de un mejor futuro, su discurso de reconciliación nacional tuvo amplia aceptación entre las masas trabajadoras y las capas medias que vislumbraban en su propuesta la posibilidad de la pacificación; esta candidata representaba también la negación del somocismo y el sandinismo, con todos los aspectos negativos de dichos regímenes, como la crisis económica y la guerra permanente. Su candidatura tuvo como sustento un importante grupo de asesores preparados fuera del país y empapados de las nuevas teorías tecnócratas. Durante la campaña fueron notables las diferencias entre las dos fracciones de la Unión: la moderada, representada por la candidata a la presidencia y la segunda, más radical, encabezada por Virgilio Godoy Reyes, dirigente del Partido Liberal Independiente, abogado y sociólogo, ministro del trabajo en la administración de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de 1979 a 1984. Dicha fracción estaba ligada a los grupos políticos conservadores y a las fracciones que habían intentado tomar el poder por métodos golpistas. Con el triunfo de Violeta Barrios en los comicios de febrero de 1990, los conflictos internos se agudizaron al interior de la Unión.

La UNO, por su parte, surgió como producto de la unidad de varios partidos y grupos de diferentes signos políticos, pero con un objetivo común: derrotar al FSLN en las elecciones de febrero de 1990, a este proyecto se unieron los grupos contrarrevolucionarios, las cúpulas empresariales, la jerarquía eclesiástica y el gobierno estadounidense; esta alianza electoral fue muy endeble, con frecuencia surgieron al interior fuertes disputas por el poder, donde salían a relucir denuncias de corrupción y pactos secretos; estas disputas se agudizaron después del triunfo electoral, provocando divisiones e intentos de golpe de Estado por parte de la fracción más radical, representada por Virgilio Godoy.

Entre el nuevo gobierno y el FSLN existieron algunos acuerdos de gobernabilidad, dos días después de las elecciones iniciaron las conversaciones entre ambas instancias, dando como resultado los Acuerdos de Transición que tuvieron como fin evitar conflictos

políticos y militares durante los primeros meses del gobierno de Violeta Barrios, así como consolidar algunos espacios de poder en manos de los sandinistas, como las fuerzas armadas y la fracción parlamentaria. Dichos acuerdos, generalmente, fueron suscritos en contra de la voluntad de la otra fracción de la UNO, que pretendía suprimir todos los espacios de poder a los sandinistas.

Los Acuerdos de Transición firmados por el Ejecutivo y el FSLN, generaron diferentes expectativas para ambos organismos, para el nuevo gobierno significó orden y paz social, pero sobre todo, gobernabilidad y estabilidad, imagen y prestigio de gobierno equilibrado y maduro, signos que se mantendrían durante los primeros años. Para el FSLN dichos acuerdos implicaron conservar espacios de poder y mantener las conquistas de la revolución; sin embargo, para los sandinistas, el sacrificio fue mayor, porque les costó el desprestigio ante las masas trabajadoras.

El gobierno de Violeta Barrios fue un régimen de transición, que trató de consolidarse como un nuevo Estado en la sociedad, pero que no tuvo la capacidad para imponer su hegemonía, porque el antiguo régimen no había perdido del todo su ascendencia; dos características fundamentales de esa administración fueron el conflicto y la negociación. Durante dicho gobierno existieron un sinnúmero de conflictos sociales y políticos, que tuvieron como respuesta por parte del Estado la negociación, que en muchas ocasiones se tradujo en incumplimiento de ambas partes. El régimen de Violeta Barrios tuvo tres objetivos muy claros: la transición entre dos gobiernos de diferente ideología, la reestructuración económica de la sociedad y la pacificación. Objetivos que no pudo cumplir.

El gobierno de Violeta Barrios tuvo un compromiso con la burguesía que la apoyó en su campaña: privatizar las empresas y propiedades del Estado. Pero esta obligación no podía cumplirla sin antes dar respuesta a la demanda sandinista, de solucionar el problema de las propiedades repartidas por ellos, que no fueron debidamente regularizadas. Ambos procesos generaron muchas inconformidades entre los empresarios y los trabajadores; así como: por un lado, concentración económica, y por el otro, desempleo y pauperización de grandes sectores de la población. La estabilidad económica y social prometida por el gobierno unionista se tradujo en pobreza y marginalidad; le preocupó más cumplir con los acuerdos y compromisos contraídos con los organismos financieros internacionales, y favorecer los intereses de algunos grupos.

La UNO gobernó siempre dividida. Por un lado, estaba el grupo de Violeta Barrios y Antonio Lacayo, que mantuvo acuerdos



de gobernabilidad con los sandinistas; y por otra parte, estaba la fracción más radical encabezada por Virgilio Godoy, quien pretendía eliminar a los sandinistas de todo espacio de poder, pero también buscaba desplazar del gobierno al grupo conciliador, aliándose con diferentes fuerzas políticas y militares. En determinado momento organizó un grupo de alcaldes y diputados, con la firme intención de desestabilizar el poder Ejecutivo y tomar las riendas del Estado, también tuvo vínculos estrechos con los grupos rearmados, llamados *recontras*, que operaron en territorio nicaragüense, con quienes compartían las mismas demandas de tomar el poder para el grupo de Virgilio Godoy.

La fracción de la UNO encabezada por Virgilio Godoy trató de desestabilizar el régimen de Violeta Barrios a través de varias acciones políticas y militares, su propósito fundamental era romper la alianza entre el gobierno y los sandinistas, exigiendo la renuncia de algunos funcionarios, como el ministro de la Presidencia, Antonio Lacayo, yerno de Violeta Barrios, empresario agroindustrial, sin militancia política y con algunos nexos de amistad con los sandinistas; Carlos Hurtado, ministro de Gobernación, gente de confianza de Antonio Lacayo; Humberto Ortega Saavedra, jefe de las Fuerzas Armadas, hermano de Daniel, con los mismos apellidos, dirigente sandinista de la vieja tendencia insurreccional; y René Vivas, jefe de la Policía Nacional, veterano militante sandinista de la Tendencia Guerra Popular Prolongada. La fracción godoyista estuvo ligada con los alcaldes y diputados que emprendieron un movimiento de conspiración en contra del gobierno en noviembre de 1990. Después de estas acciones, se integró la Comisión Nacional del Movimiento Salvemos la Democracia, que tuvo como fines: rescatar el programa original de la UNO, hacer cambios sustanciales en el gabinete y proclamar a Virgilio Godoy como presidente de la República; esta fracción también tuvo vínculos muy estrechos con los contrarrevolucionarios que retomaron las armas; estas tropas presionaron al gobierno con sus demandas concretas, como tierras para cultivar, apoyo para construcción de viviendas e instrumentos de labranza, pero también exigieron que el poder político pasara a manos del grupo godoyista; a partir de la segunda mitad del año de 1992, se unieron al proyecto desestabilizador Alfredo César Aguirre y Arnoldo Alemán; César Aguirre era político de familia acomodada, formado en los EU, había colaborado con los sandinistas en su lucha contra la dictadura somocista, y también formó parte de la JGRN, fue también presidente de la AN de 1990 a 1992; Alemán, dirigente del Partido Liberal Constitucionalista, abogado, empresario cafetalero, ocupó el cargo de alcalde de Managua de

1990 a 1995; el proyecto desestabilizador de César y Alemán contó con la colaboración del gobierno estadounidense.

Con la presencia de los grupos contrarrevolucionarios rearmados, conocidos como *contras*, la seguridad de los campesinos sandinistas se vio amenazada, por ello surgió como respuesta la organización de los *recompas* quienes ofrecieron protección a los simpatizantes y militantes del sandinismo. El grupo *recompas*, constituido por militantes sandinistas y ex miembros del Ejército, organizados en principio como medida de defensa por el ataque frecuente de los comandos de rearmados, encontraron después puntos comunes, sus demandas eran similares: casas para vivir, más y mejores servicios para la población, tierras e instrumentos de labranza. Este hecho provocó que existieran acuerdos entre ambos grupos para levantarse en armas, exigiendo al gobierno el respeto a los convenios de desarme.

El régimen de Violeta Barrios estuvo plagado de constantes levantamientos de tropas *recontras* y *recompas*, que de esa manera mostraban su inconformidad por la situación económica y social del país, y también pretendían presionar para conseguir prerrogativas económicas y políticas. La respuesta del gobierno en la mayoría de los casos fue a través de la fuerza, y cuando empleó la negociación, pocas ocasiones cumplió sus compromisos. Dichas tropas llegaron a compartir demandas y a combatir de manera conjunta, independientemente de sus diferencias ideológicas. Los movimientos de inconformidad por la situación económica del país también aparecieron de manera espontánea, tanto en el campo como en la ciudad; movimientos sociales que no tenían una dirección de los partidos políticos u organizaciones sociales concretas, pero que no compartían el proyecto económico del gobierno, y sufrían las consecuencias de la pobreza y el desempleo.

El régimen de la presidenta Violeta Barrios implementó un proceso privatizador de las propiedades del Estado, favoreciendo a los grupos tradicionales de la burguesía antisomocista y al gran capital internacional, generando una nueva concentración de riqueza en pocas manos; y, como consecuencia, provocó pobreza y desempleo en grandes capas de la sociedad; dando como resultado un clima de inconformidad, reflejado en las frecuentes huelgas de trabajadores, así como en los constantes movimientos urbanos y rurales que protestaban por la política económica del régimen. La administración de Violeta Barrios tuvo también como objetivo fundamental, el dismantelamiento del Estado benefactor, al igual que en otros países de América Latina.

Las reformas constitucionales que empezaron a discutirse a finales de 1993, generaron un revuelo político importante, cuyo



resultado fue el enfrentamiento entre los poderes Ejecutivo y Legislativo, y la profundización de las diferencias entre las dos corrientes del FSLN ya señaladas, ID y MRS. El Movimiento de Renovación se reconoció como producto de dichas reformas, que pretendían un mayor equilibrio entre los poderes del Estado, además de regular y definir de mejor manera los derechos políticos; también concedían a la Asamblea Nacional el derecho de establecer nuevos impuestos y condonar otros. El conflicto por las reformas constitucionales se prolongó hasta el mes de julio de 1995, fecha en que ambos poderes acordaron promulgarlas.

La cuarta parte la hemos dedicado al estudio de Alianza Liberal y su arribo al poder; en esta parte analizamos las elecciones de la Costa Atlántica del 27 de febrero de 1994, que tuvieron singular importancia porque a partir de ellas se pudo vislumbrar el comportamiento del electorado en los comicios posteriores, además de que los resultados permitieron observar el aniquilamiento de la UNO como proyecto gobernante; asimismo, se advirtió el surgimiento de una nueva fuerza electoral en el Partido Liberal Constitucionalista con Arnoldo Alemán a la cabeza; también, hemos podido descubrir cómo había afectado la división interna en los sandinistas, repercutiendo en una ligera disminución en su votación.

El Partido Liberal Independiente convocó, a mediados de 1994, a las fuerzas liberales para organizar una alianza con el propósito de presentar un candidato común para las elecciones de octubre de 1996, dicho proyecto tomó fuerza a partir de los primeros meses de 1995. Dentro de la dirección de esta alianza quedaron tecnócratas egresados de universidades extranjeras y su base social estuvo constituida por campesinos de subsistencia, finqueros, artesanos, pequeños comerciantes, capas medias, además de las masas desempleadas y empobrecidas. A mediados de 1995, Alianza Liberal presentó al ex alcalde de Managua, Arnoldo Alemán, como su candidato a la presidencia de la República. Alemán representaba al nuevo empresariado, de raíz liberal, pero de pensamiento profundamente conservador. Su discurso fue antisandinista, antioligárquico y antigubernista, buscando aglutinar sectores sociales inconformes con la política económica de Violeta Barrios. El discurso de Alemán fue directo y sencillo, trataba de influir en pequeños y medianos productores, en comerciantes, técnicos y profesionales de clase media, que fueron afectados por las políticas económicas de los dos regímenes anteriores.

Arnoldo Alemán logró 51.10 % de los votos en las elecciones del 20 de octubre de 1996, sin duda un amplio margen sobre su más cercano competidor, Daniel Ortega, quien consiguió 37.75 %.

El triunfo de Alemán se tradujo en una mayoría de diputados para el Congreso (42), asimismo logró un número importante de alcaldías (91); mientras que el FSLN concentró su poder en los municipios del norte del país, obteniendo un total de 52 alcaldías, en cuanto a diputados alcanzó 36. Estos resultados confirman el reacomodo y recomposición de la derecha nicaragüense, integrada por fracciones de la vieja burguesía somocista, nuevos empresarios, sectores importantes de la pequeña burguesía y capas medias. Alianza también se abocó a construir una nueva ideología para la sociedad nicaragüense, auxiliándose de la jerarquía católica y de algunos intelectuales conservadores, que construyeron un nuevo cuerpo ideológico a través de la educación, la cultura y los medios de comunicación.

Para las elecciones de octubre de 1996, la Alianza Liberal, con Arnoldo Alemán a la cabeza, realizó una propuesta atractiva para las masas pauperizadas y desempleadas del país, entrando a la disputa de las bases sociales, que en otro momento fueron sandinistas. Dichas elecciones demostraron que el discurso y el proyecto político de Arnoldo Alemán convencieron a grandes sectores de desempleados e importantes fracciones de masas empobrecidas. La UNO como opción política, fue disuelta por sus propias contradicciones, no resultó una fuerza real en el proceso electoral de 1996. Pese a la escisión de 1994 y a la ausencia de un auténtico proyecto político alternativo, el FSLN conservó una importante cuota de votantes, que lo mantuvo como la segunda fuerza política del país.

El gobierno liberal trató de establecer sus nuevos postulados que pretendían el rescate histórico del liberalismo, así como la reivindicación de la dictadura somocista; también les preocupó rescatar la dirección de la economía y beneficiar a los grupos empresariales afines con sus ideales.

Cabe señalar que la transición democrática en Nicaragua tuvo un escollo importante con la existencia de grupos armados en la sociedad; al haber fracasado los dos intentos de pacificación por parte de los sandinistas y del régimen de Violeta Barrios, grupos importantes de la población mantuvieron en su poder las armas, impidiendo la consolidación del estado de derecho. El gobierno liberal impulsó el diálogo y los acuerdos de gobernabilidad principalmente con el FSLN, llegando a firmar en los primeros meses de su gestión, una nueva ley sobre la propiedad.

Al final de esta parte hacemos un análisis de los principales postulados del gobierno liberal, resaltando el rescate histórico que hace del liberalismo y en particular de la dictadura somocista. Asimismo, ofrecemos una reflexión sobre las limitaciones de la

democracia nicaragüense, como consecuencia del fracaso del proceso de desarme y pacificación de la sociedad, destacando la supervivencia de los grupos armados en la población. Finalmente hay que señalar, que en los primeros meses del gobierno liberal existieron acuerdos políticos de gobernabilidad, principalmente con el FSLN.

Comentarios finales

El gobierno de los Estados Unidos encabezado por George W. Bush sigue imponiendo su política intervencionista en Nicaragua, contando con el consentimiento del gobierno liberal de Enrique Bolaños, cuyo mérito principal es haber impulsado una política económica afín con los intereses de las empresas maquiladoras.

En las últimas décadas, la política nicaragüense se ha distinguido por la ausencia de ética en sus dirigentes, en particular los líderes de las tres principales fuerzas políticas: Daniel Ortega del FSLN, Arnoldo Alemán del PLC y Enrique Bolaños de la GUL (Gran Unidad Liberal), quienes se han visto involucrados en casos de corrupción, abuso de poder y tráfico de influencias.

La cultura política autoritaria se ha impuesto sobre las formas y principios democráticos. Por décadas se ha avivado el culto a la personalidad de los dirigentes, desatendiéndose el fomento a los principios y valores democráticos. A los partidos políticos les falta creatividad para desarrollar programas y proyectos acordes con las necesidades y problemáticas del país, están más interesados en vender la imagen de sus candidatos y dirigentes a través de los medios de comunicación; desafortunadamente, las figuras de Daniel Ortega, Arnoldo Alemán y Enrique Bolaños ocupan un lugar privilegiado y determinante para el rumbo de la nación.

Las recientes derrotas electorales del sandinismo, exigen una crítica rigurosa, así como un replanteamiento de los nuevos programas y proyectos sociopolíticos; asimismo, es necesario buscar nuevas formas de lucha, acordes con los problemas que aquejan a la sociedad nicaragüense actual, sumida en el desempleo, la pobreza y la injusticia social.

NOTAS

¹ Forma en que EU organizó sus ataques contra territorio nicaragüense, valiéndose del apoyo de los gobiernos de los países vecinos que permitieron las maniobras militares desde su territorio.

² En la década de los años ochenta, Néstor Sánchez fungió como jefe de la división para Latinoamérica del Directorio de Operaciones de la CIA, y después fue delegado adjunto del Secretario de Defensa para asuntos latinoamericanos.

³ En ocasiones, esas propiedades estaban a nombre de sus antiguos dueños.

CUADERNOS AMERICANOS 106

NUEVA ÉPOCA

Julio-Agosto del 2004

HOMENAJE A ARTURO ARDAO

Presentación

Cartas de Leopoldo Zea a Arturo Ardao. Introducción de María Elena Rodríguez Ozán
Homenaje en el Senado de la República Oriental del Uruguay

Agustín COURTOISIE. La erudita inteligencia

Blanca PARIS DE ODDONE. Presencia de Arturo Ardao en la historia cultural de Latinoamérica

Carlos ZUBILLAGA. Evocación de Arturo Ardao: imperativo del afecto

Rafael Tomás CALDERA. Arturo Ardao: lección de vida

Elena RAMOS. La autoridad como estímulo de libertad

Jorge LIBERATI. Una filosofía que mira al futuro

Lincoln R. MAIZTEGUI CASAS. Vivir no es necesario

Edilberto PALACIOS BADARACCO. La idea de latinidad en Arturo Ardao

Francisco GARCÍA FERNÁNDEZ. Remesas familiares en Cuba: factores determinantes y reinserción internacional

Rosa María VERDEGO y José Antonio ALDREY VÁZQUEZ. Iberoamericanización de la inmigración española a comienzos del siglo XX

LITERATURA LATINOAMERICANA

Nina BRUNI. Memoria y ciudad: temas distintivos de la narrativa caribeña contemporánea

Germán ALBUQUERQUE. Los escritores latinoamericanos de los sesenta: una red intelectual

Fabiana Inés VARELA. Apuntes para una poética de Antonio di Benedetto

RESEÑAS

AMÉRICA LATINA HOY

Pablo Telman SÁNCHEZ RAMÍREZ. La política de México hacia Cuba a partir del sexenio del presidente López Mateos

Cuadernos Americanos

Revista dedicada a la discusión de temas de y sobre América Latina
Solicitud de suscripción / Subscription order

Adjunto giro bancario núm. / Enclosed money order n.º _____
Por la cantidad de / Amount: \$ _____
A nombre de Cuadernos Americanos, importe de mi made out to Cuadernos Americanos for my
 Suscripción / Subscription Renovación / Renewal

Nombre / Name: _____
Dirección / Address _____
Ciudad / City _____ Código Postal / Zip Code _____
País / Country _____ Estado / State _____

Precio por año (6 números) / Price per year (6 numbers)
México \$200
Otros países / Other countries \$133 dls (tarifa única)

Redacción y Administración: 2º piso, Torre I de Humanidades, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
tel.: (52) 55-5622-1902; fax: 616-2515, e-mail: cuadamec@servidor.unam.mx
Giros: Apartado Postal 965 México 1, D.F.

SOBRE EL CARÁCTER DE LA SOCIOBIOLOGÍA DE E.O. WILSON: UN ENFOQUE DIALÉCTICO

Julio Muñoz Rubio

INTRODUCCIÓN

El origen "oficial" de la sociobiología se da en 1975, con la publicación de la ya conocida obra de E.O. Wilson *Sociobiología: La Nueva Síntesis*,¹ resultado de una larga reflexión sobre el comportamiento de los animales llamados "sociales", la cual tiene a su vez sus antecedentes más remotos en la teoría misma de Darwin y se ha enriquecido con las aportaciones de diversas ramas de las ciencias biológicas, algunas en relación directa con la teoría de darwinista de la evolución y otras que se han desenvuelto de manera más independiente, al menos en un inicio. Es una de las disciplinas que surgen como consecuencia de la teoría sintética de la evolución.

La sociobiología es una disciplina que respeta y refuerza los presupuestos básicos de la teoría darwiniana de la evolución. Tales presupuestos son: la tesis malthusiana sobre el desequilibrio natural entre población y recursos, la necesidad de la competencia que surge de este desequilibrio, el mecanismo de selección natural, la idea de que los rasgos de los organismos son el resultado de sus adaptaciones al medio y la concepción de progreso como tendencia a la división de funciones. También acepta, al menos parcialmente, los conceptos darwinianos de "orden" y "dirección", y su concepción de la ciencia. Como bien lo expresa Michael Ruse: es una extensión del darwinismo ortodoxo.²

AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo se llevó a cabo en la Universidad Autónoma de Barcelona. Agradezco los comentarios vertidos a este texto por parte de Francisco Fernández Buey, de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, y de Magi Cadevall i Soler, de la Universidad Autónoma de Barcelona. El apoyo económico fue otorgado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México, a quien agradezco también.

Julio Muñoz Rubio. Biólogo investigador en el Centro de Estudios Interdisciplinarios en Ciencia y Humanidades de la UNAM.

© *Dialéctica*, nueva época, año 28, número 36, invierno 2004

sobre el carácter de la sociobiología de e. o. wilson

La sociobiología también tiende sus raíces en el socialdarwinismo "clásico" que se desarrolló a finales del siglo XIX, e inicios del XX, hasta llegar a prefigurar la mayoría de los grandes temas que posteriormente serían desarrollados por los sociobiólogos,³ pero además, se desarrolla a partir de disciplinas que se proponen perfeccionar y apuntalar el modelo de Darwin. Este es el caso, entre otros, de la ecología de poblaciones, que refuerza la tesis de que el crecimiento potencial de éstas es siempre mayor que el de los recursos para la subsistencia, y de la etología, que busca encontrar un patrón general de comportamiento animal en sus ambientes naturales,⁴ y encontrar las bases biológicas del comportamiento agresivo⁵ (Wilson, aunque manifieste ciertos desacuerdos con ella,⁶ la reconoce como una de sus fuentes).⁷ Finalmente, la sociobiología se alimenta del conocimiento generado en disciplinas que no necesariamente mostraron desde un inicio una conexión directa con el darwinismo, y que sólo más recientemente se han unido a éste. Me refiero a la genética de poblaciones y a la biología molecular. Es importante mencionar que si no hubiera sido por el continuo trabajo de elucidación de los mecanismos concretos de transmisión de información de una a otra generación de individuos,⁸ la sociobiología no hubiera podido tener lugar.

Se puede decir, pues, que mientras el darwinismo clásico, el socialdarwinismo, y la ecología de poblaciones ofrecen el marco conceptual básico en el que se mueve la sociobiología; la genética y la biología molecular, aclaran el problema del mecanismo concreto de la transmisión de características de una a otra generación, el de las unidades de transmisión y, por ende, el de la selección de tales características; con ello resuelven un problema que en los tiempos de Darwin estaba muy lejos de ser resuelto y que representaba una de las mayores dificultades para la aceptación de su teoría, y dotan a la teoría de una herramienta valiosa, con una capacidad heurística elevada para comprender las bases últimas del comportamiento social de los animales. Los conceptos "competencia" y "cooperación", "egoísmo" y "altruismo", *fitness* (o eficacia biológica), *kin fitness* e *inclusive fitness*, adquieren con estas bases genético-moleculares una nueva dimensión.

En la sociobiología se genera, pues, una continua tensión entre ese marco conceptual de la teoría clásica darwinista y socialdarwinista y el referente ontológico aportado por la genética y la biología molecular sobre las unidades de selección y transmisión de caracteres. Ambos componentes son complementarios.

Dentro de este panorama, uno de los principios darwinianos



clásicos que la sociobiología acepta es el del carácter gradual y lento de las variaciones, o sea, el principio de continuidad en la evolución. Esta afirmación conceptual y metodológica constituye en la herramienta conceptual y metodológica fundamental para trazar un continuo entre los animales sociales y el ser humano. Uno de los presupuestos darwinianos que forman la base de la sociobiología es la tesis de que, dado que todas las especies y en particular las animales, son el resultado de un proceso universal de evolución, en los animales encontramos básicamente las mismas características que poseen los humanos, pero en un grado más primitivo de desarrollo.⁹ Además de otras consideraciones, este argumento tiene un carácter ambivalente que resalta al analizarse en su desarrollo histórico. En tiempos de Darwin tuvo un carácter progresivo, irreverente e incluso subversivo en tanto que fue el argumento de fondo lanzado contra de puntos de vista conservadores de la sociedad de su época, que contribuyó decisivamente a abandonar la idea de creaciones separadas para los animales y los seres humanos. Darwin, al combatirla exitosamente, logró llevar a buen término su visión materialista y cambiante del mundo. Pero, por otra parte, su tesis gradualista facilitó el camino para presentar una visión lineal y reduccionista del mundo vivo, una visión en la que los cambios operados en la evolución son solamente cuantitativos y no se espera la aparición, en ciertos momentos, de cambios cualitativos, que hagan que los organismos que los hayan sufrido, no puedan ya ser comprendidos en su totalidad de acuerdo con la leyes de los organismos que les precedieron.

Este aspecto de la tesis de continuidad ha dado pie, desde el origen de la teoría, a una naturalización del comportamiento humano combinada con una antropocentrización de la naturaleza, en una relación en la que los saltos cualitativos y la aparición de nuevas propiedades en la materia, con cada uno de estos saltos, se niega de inicio. No deja de ser digno de mención el que Wilson haga un énfasis tan grande y especial en la biología de poblaciones como una de sus principales bases de apoyo, pues los principios y las herramientas de esta disciplina tienen siempre un carácter cuantitativo claro, que permite analizar precisamente los cambios cuantitativos que tienen lugar en los organismos y sus interacciones, lo cual ayuda a reforzar su modelo.

Este componente reduccionista, ya presente en la teoría de Darwin, se ha profundizado en épocas recientes por parte de la sociobiología. Sirviéndose de los hallazgos de la genética y la biología molecular, ha pretendido encontrar la esencia de los comportamientos de numerosos animales, incluido el ser humano,

en su material genético. La existencia de sociedades sería ejemplo de un condicionamiento genético de los comportamientos animales. Con este reduccionismo, Wilson intenta demostrar que a lo largo de la evolución animal y en grupos biológicos tan distintos como corales, insectos y numerosos vertebrados, van a surgir de manera reiterada comportamientos básicamente similares a los de los seres humanos, mostrando que no son estos últimos los únicos que pueden desarrollar una cultura y una historia propias, con base en sus capacidades cooperativas. Para Wilson "...la cultura, independientemente de sus puntos de contacto con el lenguaje, que es único, difiere de la tradición animal sólo en grado".¹⁰ De toda esta concepción surge una obra que a pesar de su considerable capacidad heurística, tiene fuertes limitaciones en su coherencia interna debido al mencionado sesgo determinista, reduccionista e ideológico.



1. UN LENGUAJE TELEOLÓGICO

Una de las principales características de la obra de Wilson es su visión de la evolución como si se llevara a cabo siguiendo un plan predeterminado, como si fuera conducida por una fuerza, la selección natural, que persiguiera propósitos de manera consciente. Es decir, se está frente a esa concepción determinista y teleológica del mundo y de la evolución biológica que facilita la introducción de un lenguaje antropocéntrico. Desde el inicio de su obra se manifiesta de manera diáfana esta concepción determinista al expresar: "Cuando se establece una analogía entre máquinas y organismos, puede observarse su evolución como un diseño gradualmente perfectible."¹¹ Esta visión teleológica puede ser constatada en diversos aspectos de la obra wilsoniana.

a) El discurso de los motivos conscientes

Destaca una propensión de Wilson a observarlo todo en función de "grados" de evolución o de "avance" de los organismos. Él habla, por ejemplo, de "las sociedades animales más avanzadas",¹² de especies de antropoides "más avanzadas desde el punto de vista evolutivo",¹³ de los "invertebrados más avanzados desde el punto de vista del comportamiento",¹⁴ de las "sociedades de insectos más avanzadas",¹⁵ de "algunas de las especies más avanzadas",¹⁶ del "grado más elevado por debajo del ser humano",¹⁷ de "...la secuencia ...de formas de vida más primitivas y antiguas a otras más avanzadas y recientes...",¹⁸ de numerosas especies de animales carnívoros que "están en o cerca de las fases evolutivas más elevadas".¹⁹ Se cuestiona, además, cómo es que "algunas de las especies de primates han alcanzado más altos grados de evolución

que otros grupos de vertebrados".²⁰ Esta es una visión lineal en la que el grado de avance o de evolución es inversamente proporcional a la antigüedad de una especie. Con un esquema tal, se dibuja una imagen del mundo en la que las especies van evolucionando por pasos graduales, a lo largo de un continuo, hacia grados "más avanzados" de evolución, como si persiguieran una meta. Pero, ¿en qué sentido un primate tiene grados evolutivos mayores o menores que otras especies? ¿Por qué un insecto cualquiera ha de ser más avanzado que otro? No hay en ningún punto de la obra de Wilson una explicación suficiente de esto, ni de por qué se concibe la evolución como un funcionamiento por grados.

La presencia de material genético es la que explica todo esto. La sociobiología invoca su presencia, en forma de genes o de moléculas de ácidos nucleicos, como seres embebidos de propósitos, seres calculadores reales, en el lenguaje de Midgley.²¹ La misma autora plantea que Richard Dawkins (quizás el más célebre sociobiólogo junto con Wilson) "al discutir la mera acción física del gen, usa un lenguaje de motivos conscientes y depende de éste [lenguaje] para crear la impresión de que está en posición de decir algo sobre la psicología humana".²² El carácter teleológico del lenguaje surge justamente a partir de concebir al gen como replicándose *para algo*. Si no hubiera ese algo, la replicación carecería de sentido, aunque se efectuara.

El problema aquí es que, aunque un gen pueda cumplir con una función, eso no lo convierte en una entidad *para* esa función. El *para*, o sea el propósito, es una adjudicación llevada a cabo por parte del determinista.

b) La independencia del ambiente con respecto a los organismos

Se ha señalado que uno de los aspectos más relevantes de la teoría de Darwin es su carácter cartesiano, en el que el ambiente y los seres vivos llevan existencias separadas.²³ Esto es claro también para la Sociobiología de Wilson. En ella, los animales sociales se desarrollan solamente en función de las adaptaciones que tienen que sufrir por causa de los cambios en el ambiente. Las especies y los individuos están permanentemente sometidos a los caprichos de este último. No existe ninguna interrelación mutua entre éste y las especies animales sociales. Aunque en una obra posterior, Wilson matizó este planteamiento²⁴ (asunto del que nos ocuparemos más adelante), en su obra inicial no es así. Esta forma de ver las cosas es, en sí, reduccionista, dado que no contempla en su totalidad espacio-temporal las interacciones entre los factores del ecosistema. De hecho, se podría decir que tales interacciones no existen y que

lo que prevalece es solamente una acción continua de los factores abióticos sobre los bióticos, jamás al revés. Mucho menos se piensa en una modificación del ambiente por parte de los organismos. Estos son la parte pasiva de la naturaleza, incapaces de modificarla. La dinámica de poblaciones es concebida a la manera de un sistema de fuerzas newtoniano, como un proceso en el que individuos y poblaciones se encuentran adaptándose, de manera que logren alcanzar un estado de "equilibrio" entre las diversas presiones de selección que en un momento dado de la historia se expresan. Por todo ello, esta visión de la naturaleza, a pesar de aceptar la idea de la evolución, es más bien una visión bastante estática.



c) Supervivencismo

Llamo así a la concepción presente en las obras sociobiológicas de que el objetivo final de los individuos, en sus respectivas existencias, es preservar la especie, al luchar por la supervivencia individual. La sociobiología presenta a las sociedades animales como "tácticas" de supervivencia y, al poner el énfasis en esto, como si fuera una actividad consciente de los organismos, refuerza su carácter teleológico y gradualista.

Pero la sociobiología no alcanza a demostrar la existencia de la lucha por la supervivencia más que como otra construcción mental, con cierta capacidad heurística que, como ya mencioné, ha sido extraída de una rica experiencia en la historia humana, pero cuya existencia entre los animales sociales, se infiere meramente a partir de analogías. El "supervivencismo", típico de la sociobiología, es sobre todo, un concepto y un sistema de ideas construidos por el investigador en una relación particular con los animales sociales y con una imagen de ellos, también, muy particular.

Esto tiene diversas implicaciones porque no solamente presenta, como se ha dicho, una visión bastante simplificada de la naturaleza y sus cambios, sino que además fomenta la interpretación teleológica y determinista a la que he hecho referencia.

2. EL TRASFONDO GENÉTICO REVISADO

En una obra posterior, *Genes, Mente y Cultura*,²⁵ Wilson, en compañía de Charles J. Lumsden, intentó modificar algunas tesis de su planteamiento original. En esta obra postula ya una mayor integración entre el individuo y el ambiente. Esto se expresa en una continua relación en la que al parejo de la selección natural, lleva a cabo un proceso de selección, cultural, mediado por una serie de "leyes epigenéticas", es decir, las leyes de la interacción entre los genes y el ambiente, que dan lugar a los rasgos tanto

anatómicos como fisiológicos, conductuales y cognitivos del organismo.²⁶ Esta obra, al igual que el conjunto de la obra de Wilson, posee las siguientes características:

- Se mantiene un carácter determinista, en este caso enmarcado tras el concepto de epigénesis.
- Hay un tratamiento inmediatista y presentista de la naturaleza. Esta visión conduce, entre otras cosas, a la aceptación de un mundo determinado por la competencia como algo ya dado, incluso para los aspectos culturales, pero sin intentar comprender sus orígenes, desarrollo y relaciones a lo largo del tiempo.
- Un tratamiento gradualista, fiel al principio de continuidad, del desarrollo de la cultura en la historia, en el que las categorías fijas (como la competencia) se van acumulando, no cuestionándose nunca si existen saltos cualitativos en la evolución.
- La búsqueda de generalizaciones lo más amplias, lo más “verdaderas” y universales posibles.
- Como consecuencia de lo anterior, en lo que se refiere al ser humano, el empleo de un lenguaje “objetivista” que niega la multiplicidad de las visiones del mundo, la diversidad de sus percepciones y que, por lo tanto, restringe la diversidad cultural del comportamiento de los seres humanos de acuerdo con una limitada cantidad de reglas, en este caso epigenéticas.
- Una consecuencia importante para las restricciones a la libertad, debido a que el comportamiento se concibe limitado a los presupuestos de estas reglas epigenéticas, que el ser humano no puede abandonar o trascender.

Esta obra pretende presentar una visión más holista de la sociobiología, es decir, una concepción que tome distancias con respecto a los puntos de vista estrictamente biologicistas expresados fundamentalmente en la obra anterior de Wilson y en la de autores como Dawkins,²⁷ que plantean que los seres vivos, sin mediaciones, están determinados por sus características genéticas. Es en este sentido que aparece el concepto de epigénesis. Es la interacción del genotipo con su ambiente lo que va a ir moldeando las respuestas y, así mismo, construyendo la cultura de un determinado grupo social humano. Es una supuesta interacción entre lo genético y lo ambiental la que irá encontrando los caminos por los cuales un individuo construye sus “genes culturales” o *culturgenes*.

Pero ninguno de los autores pierde de vista que el fondo sigue siendo genético y así lo expresan. Las reglas epigenéticas son, en última instancia, genéticas.

Sólo al cambiar las bases genéticas de las reglas epigenéticas o las mismas reglas de fondo más fundamentales puede preservarse indefinidamente una cultura previamente mal adaptada.²⁸

La distribución de las reglas epigenéticas cambia conforme lo hacen las frecuencias de los genes.²⁹

...la tasa de cambios de los genes culturales está en función de las frecuencias de los genes que garantizan las reglas epigenéticas...³⁰



Cierto es, según Lumsden y Wilson, que la interacción con el ambiente puede producir una auténtica diversidad de respuestas, pero todas ellas deben respetar la base genética que las posibilita. Mejor dicho, no existe ninguna regla epigenética –y por tanto ningún comportamiento cultural– que no esté contemplado previamente en la base genética molecular del individuo que presenta un comportamiento cultural cualquiera.

El carácter determinista de los postulados de ambos autores no se pierde. Menos aún cuando plantean que, una vez presentados diversos *culturgenes*, producto de los fenómenos de epigénesis, se genera automáticamente una “lucha por la existencia” entre ellos, y será la selección natural de *culturgenes* la que, a fin de cuentas, decida cual de los dos ha de resultar vencedor.³¹ Esto es una extensión de los planteamientos de Darwin sobre la selección natural, con un agregado proveniente de la genética aplicado a la evolución cultural. Poco importará, bajo este esquema, el que haya interacciones genes-ambiente y que vayan mediados, además, por estructuras y procesos diversos. Las respuestas van a tener siempre un fondo genético. A este respecto Wilson, años antes, expresó:

La evolución cultural humana obviamente es más cultural que genética. El punto a discutir es que la emoción subyacente, manifestada poderosamente en prácticamente todas las sociedades humanas, es lo que se considera que evolucionó a través de los genes.³²

Y agrega:

Lo que los genes prescriben no necesariamente es un comportamiento particular, sino la capacidad para desarrollar ciertas

conductas y, más que eso, la tendencia a desarrollarlas en varios ambientes específicos.³³

Con todo esto, la prevalencia de lo cultural sobre lo genético queda anulada. A lo más que se llega en estos planteamientos es a afirmar que los genomas tendrán contenida información que determina las maneras en las que el individuo puede actuar y responder a las manifestaciones y presiones del medio, incluyendo las de índole cultural, y esa información con la que un individuo nace es la que le permite optar por un camino u otro, pero ninguna de ellas contravendrá jamás las reglas contenidas en tal información. Tal es la razón por la que los autores afirman que la historia se puede explicar y aún predecir "con cierto grado de precisión".³⁴ Por otra parte, la autonomía de los procesos epigenéticos está restringida a lo que los genes han determinado. Es, por lo tanto, una autonomía ficticia. Lumsden y Wilson afirman:

En los seres humanos los genes no especifican la conducta social. Generan procesos orgánicos a los que hemos llamado reglas epigenéticas que alimentan la cultura para conjuntar la mente y canalizar su operación.³⁵

Lumsden y Wilson plantean también que la percepción precede a la acción, pero si a su vez todo está regulado por las reglas epigenéticas, resultará que acción y percepción estarán restringidas y sancionadas por el carácter de la información genética. En suma, no se trata de una autonomía de lo cultural con respecto a lo genético. Planteando el problema de este modo, no se rompe con una visión determinista y teleológica.

En el modelo de Lumsden y Wilson, la cultura y sus unidades fundamentales mínimas, los *culturgenes* (genes culturales), alcanzan frecuentemente expresiones contradictorias que les llevan a entrar en competencia para sobrevivir. La metáfora darwiniana entra aquí en un terreno en que pierde su carácter como tal. Mediante un proceso de reificación es presentada como un proceso realmente existente, que atraviesa el conjunto de la obra de Wilson.³⁶ El mundo no es percibido como un proceso que desde sus orígenes y en su devenir lleve a la existencia de los fenómenos que se observan. En otras palabras, nunca se intenta o propone averiguar en dónde se encuentran los orígenes, las relaciones y el desarrollo de tal o cual fenómeno o categoría de análisis. Así, estos fenómenos y estas categorías analíticas se presentan como realidades inmediatas incuestionables, aisladas de los contextos

concretos en los que tienen lugar; se presentan como procesos inmutables que, en tanto tales, no requerirían de una reflexión sobre sus orígenes, ni mucho menos de una teoría que los explique. La tesis de la continuidad de los cambios, el *natura non facit saltum*, justifica y consolida este inmediatismo pues, al no surgir nuevas propiedades de la materia con cada nuevo nivel de complejidad, sino simplemente el aumento cuantitativo de lo previamente presente, el estudio de los orígenes carece de sentido. Sólo aquello que se percibe en el momento es lo real.

En *Sobre la naturaleza humana*,³⁷ Wilson pretendió hacer una síntesis de los rasgos que para él son distintivos del ser humano y los que comparte con los animales. Esta es una de las aplicaciones más importantes del principio de continuidad en la teoría darwinista de la evolución. Aunque Wilson pretende llegar al mayor nivel de profundidad para explicar la evolución social, con su método vuelve a caer en la superficialidad y la descontextualización. A partir de lo que él piensa como característico de este mundo, sus explicaciones comienzan a fluir pero nunca más allá de su realidad inmediata. Parte de la realidad de la existencia de altruismo, egoísmo, castas, relaciones de propiedad, de dominación, de competencia, agresión y territorialidad, sin explicar cómo o por qué surgieron. Para Wilson el hecho de que ciertos animales se agrupen en poblaciones más o menos grandes, persigue el objetivo de cooperar de manera eficiente y coadyuvar así, a la preservación de la especie mediante el aumento de la *fitness* (eficacia biológica). Eso está dado así y la tarea que se impone, partiendo de ese punto, es la de explicar los mecanismos o las herramientas de esa cooperación y del aumento de la *fitness*.

El problema aquí es que, al admitir simplemente la existencia de esos principios, no se necesita mostrar su certeza. Como ejemplo de esto, hay que ver la lista que Wilson hace de las que, supone, son las características comunes a todas las culturas,³⁸ y la lista de las que, también supone, son las peculiaridades inherentes a las sociedades animales, encontrándose aparentes paralelismos, los cuales dan pie para el desarrollo de toda una teoría sobre la naturaleza humana que, en función del tratamiento meramente estadístico que Wilson hace, estaría estrechamente ligada a la naturaleza de numerosas especies animales "sociales".

Dada esa superficialidad en el análisis de ciertos acontecimientos en la evolución, se permite y fomenta el discurso antropocéntrico. El método que se utiliza es simplemente el de transportar ciertos valores o procesos humanos a los animales "sociales" con el fin de resolver los problemas que su asociación



plantea. Es una proyección al mundo animal, de ciertos aspectos que en algunas etapas de la historia de la humanidad han sido considerados característicos del humano, como la propensión a acumular, a competir, a defender un área como propia y a dominar; es decir, las relaciones de propiedad y de poder. Esto tiene como resultado una "naturalización" de estas características. Se extienden al conjunto de especies sociales y dejan de ser privativas del ser humano. Con ello se hace una reivindicación de la sociedad, tal como de manera inmediata se presenta, repito, sin cuestionarse las razones de esa estructura y de ese funcionamiento. Hay, por ello, en el discurso de Wilson, algo más que un matiz de inmutabilidad y de eternidad de ciertos patrones conductuales, que son básicamente comunes a los seres humanos y a los otros animales "sociales".

En este sentido es como se comprende la utilización del término "competencia" y todo lo que de ella se deriva; para Wilson y sus partidarios, es algo que empapa y abarca el conjunto de las explicaciones de los seres vivos y, desde luego, del ser humano. Cualquier comportamiento cultural, en esta lógica, entrará en una competencia más o menos intensa con otros comportamientos,⁴¹ o más concisamente, los *culturgenes* entre sí por salir vencedores. Pero, ¿qué es lo que debe producir la competencia? ¿Por qué siempre tiene que presentarse? No existe en el discurso sociobiológico una reflexión, ni mucho menos una teoría sobre esto. A pesar de ello, Wilson tiene una obsesión por explicarlo todo en función de ésta y de algunas de sus derivaciones, como el "éxito reproductivo",⁴² del cual tampoco elabora ninguna teoría que explique su omnipresencia. Su visión (y la de Lumsden también) lleva a pensar que en el ser humano y en el conjunto de los seres vivos, el movimiento sólo se explica en función de la optimización de este éxito reproductivo. En otra parte de su obra, Wilson menciona que las hormigas son tratadas como dominantes porque "...su organización social les otorga una superioridad competitiva sobre los insectos solitarios",⁴¹ y agrega que las hormigas son el grupo animal más guerrero, social o no.⁴²

3. ABSTRACCIONES Y DESCONTEXTUALIZACIONES

Todo este discurso sociobiológico se caracteriza por poseer un carácter abstracto y descontextualizado, el cual se observa a varios niveles. En primer lugar se hace una descontextualización de las categorías y de las características individuales en relación con la sociedad y de ésta con respecto a la historia. Así, Lumsden y Wilson presentan a los seres humanos con comportamientos estereotipados y, por lo tanto, inalterables, de acuerdo con su

edad, raza, sexo, etcétera. Tal es el caso, por ejemplo, donde analizan la manera que tienen las mujeres de cargar libros o niños,⁴³ o cuando analizan la evolución del vestido femenino en la historia,⁴⁴ en donde la competencia en abstracto, el deseo de ganar estatus, los tabúes sobre desnudos o los instintos maternales, aparecen implícita y explícitamente sin mediar tampoco explicación alguna sobre su origen, su desarrollo histórico y su concreción en lugares y épocas.

El segundo nivel de descontextualización lo tenemos a escala celular-molecular. Los componentes moleculares de una célula son primero jerarquizados en escalas de importancia e inmediatamente después convertidos en entes cuya importancia no estriba en su relación dinámica e interpenetración con otros componentes del sistema, sino en sus propiedades "intrínsecas", como si éstas pudieran existir independientemente de cualquier cosa, como si su razón de ser estuviera comprendida por sí mismas y no por su papel en el metabolismo global del organismo y por tanto en el proceso global de la evolución. Tal es el caso del gen y de los ácidos nucleicos. Parece ser que al menos éstos poseen propiedades que pueden ser entendidas independientemente de sus relaciones con las demás biomoléculas, como si los procesos de replicación y de síntesis de proteínas pudieran existir sin la presencia de todo el entramado bioquímico que las rodea.

Esta concepción aislacionista del gen permite la entrada del determinismo, pues si sus propiedades son tan inmanentes y trascendentes, tan independientes de su entorno, entonces aparecen como moléculas predestinadas a cumplir una función específica, a llenar un hueco que debía llenarse, a existir *para* hacer que la vida existiera. Aún más, la aparición de estas moléculas es la aparición de la vida.⁴⁵ Esta es una aportación que excede a la sociobiología y que abarca al conjunto de la teoría sintética de la evolución.

En este aspecto del reduccionismo en la sociobiología se distingue una visión jerarquizada del mundo que lleva a ordenar a los componentes mismos de los organismos y de las células con arreglo a órdenes de importancia. En la cúspide de esta escala se encontrarán los genes y sus subunidades: los segmentos y las moléculas de ácido nucleico, es decir, la "molécula maestra". Esto es lo esencial y por lo tanto, lo superior. Lo demás está subordinado a esto y es inferior. Pero "los genes no pueden hacer nada"⁴⁶ porque ni siquiera pueden ser concebidos si no es en relación con la existencia de polipéptidos, con la presencia de moléculas de ATP que incorporen la energía necesaria para llevar a cabo los procesos de síntesis bioquímica: con esto en relación



con los procesos respiratorios (y en su caso los fotosintéticos). En pocas palabras: con todos los procesos que tienen lugar en el interior de la célula. Los genes, como todo componente celular, no existen *per se*. Lo que existe son sus relaciones y sus interacciones. Ahí es donde cobra vida la existencia del gen. No sería descabellado afirmar que existe una conexión directa entre estas opiniones jerarquizantes de los biologicistas y los enfoques economicistas que plantean que, para que la sociedad funcione y progrese, es indispensable, primero, la presencia de poseedores de propiedad privada, riqueza y capital, ignorando que para que estos existan deben por fuerza existir sujetos a quienes, en relaciones muy específicas, se les pueda extraer la riqueza y convertirla así en capital.⁴⁷ Ambas teorías, al menos están de acuerdo en la existencia de las jerarquías y en separar a los componentes de su sistema de estudio de sus interacciones complejas.

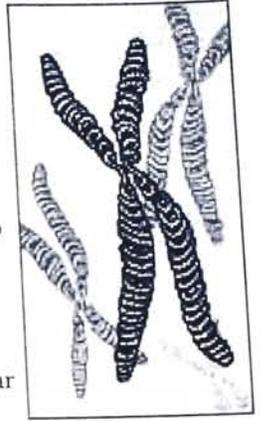
Existe un tercer nivel de descontextualización en el discurso sociobiológico: el de un gen con respecto a los demás. Para los sociobiólogos (Richard Dawkins es aquí más claro que Wilson, aunque éste comparta su visión) un gen determinado puede existir separado, ignorando a los demás. Aunque, desde luego, los sociobiólogos admiten que un gen pueda servir para codificar más de un carácter, su idea es que esa característica puede comprenderse separada de las demás. Así, puede haber un gen para el color del pelo, otro para el color de los ojos, otro para la síntesis de hemoglobina, otro para el largo de las patas, otro para el egoísmo y otro para el espíritu guerrero. Su capacidad de integrarse no es lo que cuenta, sino su capacidad para transmitirse separadamente. De poco sirve la defensa que Dawkins hace de sus propios puntos de vista,⁴⁸ diciendo que lo que busca es un *chunk* de material cromosómico que en la práctica se comporte como una unidad por un tiempo suficientemente largo como para ser seleccionado naturalmente a expensas de otra unidad. Esta es justamente la carencia y la deficiencia de los reduccionistas. La visión de los seres vivos como integraciones simples de unidades escindiéndose unas de las otras; la observación de los genes como clases naturales, unidades separadas entre sí.

Bajo esta concepción, resulta en extremo difícil explicar la presencia de características complementarias en una determinada especie. Se ha mencionado que la presencia de largos colmillos en algún animal carnívoro (un tigre, por ejemplo) requiere de la presencia de jugos gástricos que permitan digerir la carne que ha sido despedazada con los colmillos.⁴⁹ Esto es cierto e implica la existencia de al menos dos genes actuando casi simultáneamente

para producir esas características. Pero no es todo. Un animal como esos requiere de un sistema músculo-esquelético fuerte y poderoso que le permita desarrollar la mayor velocidad y la agilidad para atrapar a sus presas; requiere de olfato, vista y oído aguzados para distinguir a sus potenciales presas desde lejos. ¿Cuántos genes se requerirán para transmitir toda esta información? ¿Se puede pensar que de manera independiente pudieron producirse todos ellos, más o menos, al mismo tiempo o en una secuencia lineal? Y ni qué decir de que los comportamientos culturales en los seres humanos tienen una complejidad aún mayor. ¿Cómo explicar, desde este ángulo, la actuación de genes independientes o *chunks* de material cromosómico como codificadores de "la capacidad para desarrollar ciertas conductas..." y las tendencias a desarrollarlas? ¿Cómo hacerlo sin caer en el determinismo o la teleología? ¿Cómo hacerlo sin descontextualizar la función y las características de la situación concreta en la que un patrón cultural se desarrolla? La sociobiología no puede evitar esto porque está embebida en la costumbre de asignar a cada fenómeno que observa, una causa inmediata. A esa doctrina se le ha llamado de las "causas unitarias simples", frecuentemente ubicadas en los genomas, doctrina que ha sido objeto de críticas,⁵⁰ pues en un sistema biológico, como en muchos otros, un fenómeno B no necesariamente es precedido de la causa inmediata A y sólo de ella. El experimento de laboratorio, en aras de la heurística y la comodidad, puede reducir el sistema a su más mínima expresión, pero ello no significa que las respuestas obtenidas en experimentos de esa índole sean representativas de la realidad y de la complejidad del mundo vivo.

La sociobiología, pues, acude a observar lo que pasa en ciertas especies animales, buscando las regularidades que demuestren el marco común entre éstos y los humanos, y dado de que lo primero que salta a la vista es la formación de grupos, se da prioridad a la observación de los animales que posean esta propiedad. Esta es otra de las realidades indiscutibles y obvias para la sociobiología. Si esto se combina con el principio tomado de antemano, de que tienen que encontrarse regularidades, y se combina todo esto con las descontextualizaciones previamente mencionadas, y sobre la visión de ciertos aspectos abstractos del comportamiento, tomados por constantes, se tendrá como resultado que los sociobiólogos como Wilson, ya van a ir a buscar en los animales sociales aquellas regularidades y aquellas propiedades esenciales que de antemano elaboraron en su mente.

En este punto el aspecto estadístico tiene una importancia fundamental. Para Wilson, es suficiente el que un determinado



comportamiento se presente en un número significativo de especies, de épocas en la evolución o de la historia y de la cultura (para el caso de los humanos), como en el caso de la agresión,⁵¹ para ser considerado como una regularidad de la naturaleza equivalente a la caída de un cuerpo o a la temperatura de ebullición de un líquido. Lo que para Wilson cuenta es la semejanza de los patrones de conducta, no importando que se presenten en situaciones y condiciones muy distintas y con significados diferentes. Este método ha sido calificado por Rose como "aglomeración arbitraria".⁵² Tal es una de las manifestaciones de la abstracción y del ahistoricismo de la sociobiología, que se hace extensiva al conjunto de fenómenos que ella estudia: egoísmo, altruismo, sexualidad, etcétera. Las diferencias y especificidades históricas no se analizan.

Lo que la sociobiología no admitirá es que su visión del mundo sea una visión particular y más o menos subjetiva, fuertemente ligada a las relaciones y a la cultura de la época en que se produce. Simplemente, si lo que hay de común entre los seres humanos y otras especies es: 1) la posesión de una base genética y 2) un comportamiento con base en las relaciones de propiedad, entonces estos últimos deben tener una base genética. He aquí la última explicación de la sociedad y la moral.

CONCLUSIÓN

En su interacción con sus objetos de estudio, los científicos buscan encontrar un orden en el universo que implica una construcción del mismo, y una transformación con respecto a los conocimientos previos. Se puede decir, con Wartofsky, que el mundo cambia al ser teorizado,⁵³ se transforma, se revoluciona. Galileo, Newton, Kepler, Lavoisier, Darwin, Einstein, Mendel, etcétera, pueden y deben ser considerados como revolucionarios porque con sus teorías llevaron a cabo transformaciones radicales en la concepción del mundo. Tal condición de revolucionarios o transformadores no proviene tanto de que hayan generado un conocimiento a todas luces verdadero o *la* interpretación adecuada del mundo, sino más bien por haber construido un modelo del mismo, coherente y con una visión más amplia, caracterizada por el dinamismo y el materialismo, que abrió grandes áreas de investigación, generando considerables volúmenes de conocimiento nuevo. Lo mismo se aplica a los científicos y a todas las comunidades científicas que trabajan dentro de cada uno de esos paradigmas o programas de investigación, apuntalándolos o refutándolos.

El positivismo —mediante su concepción de que el mundo exterior es independiente al sujeto cognoscente, quien juega un

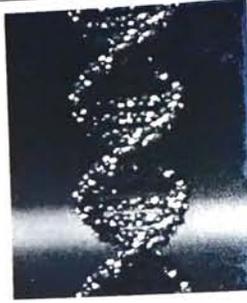
papel pasivo frente a aquél, y que a lo más que aspira es a descubrir esa verdad trascendente— proporciona una imagen tanto del mundo como del conocimiento científico que tiene consecuencias trascendentales en la vida cotidiana. Por una parte pretende conocer la naturaleza para pretender someterla, para reproducir en ella las relaciones de dominio; pero por la otra, nos dice que en última instancia, los fenómenos, la estructura y las regularidades de la naturaleza son eternos e inmutables. La verdad sobre la regularidad y universalidad de los mismos se descubre día a día en los distintos niveles de complejidad de la materia. Contra esos principios fundamentales, el ser humano nada puede hacer, son inalterables. La dominación de la naturaleza se puede llevar a cabo sólo en la medida en que la propia naturaleza lo permita, pues llega un punto en el que sus principios últimos ponen una barrera insalvable. En última instancia, el ser humano se encuentra sometido a esos principios.

Todo esto tiene una poderosa carga ideológica, pues la relación con la naturaleza se vuelve una relación de poder que algunas ocasiones favorece al ser humano y otras, a la propia naturaleza, pero siempre conserva ese carácter de sometimiento.

El discurso y las metáforas que la sociobiología utiliza, el proceso de reificación que postula, la continua mención a la competencia, al egoísmo, a la estratificación de las agrupaciones animales en órganos de poder, el esencialismo genético y, sobre todo, el carácter fatal e ineluctable de éstos comportamientos apunta al refuerzo de esa imagen del mundo regida por estas relaciones de sometimiento, de falta de libertad, de continua angustia por sobrevivir, de escasez eterna de satisfactores, como no sean los conseguidos en la agresión, el exterminio y la opresión.

Destaca en este punto el carácter teleológico del discurso de la sociobiología wilsoniana. La sociobiología ha logrado completar puntos oscuros de la teoría de Darwin que permanecían inciertos debido al desconocimiento, en su época, de numerosos fenómenos. Estos conocimientos, de genética y de biología molecular, en manos de científicos defensores de un cierto orden de cosas, han producido un conocimiento en el que este orden humano, se naturaliza y objetiviza.

La propaganda que esta visión del mundo ha tenido es extensa. No es este el lugar para hacer un estudio de las diversas formas de publicidad que a diario fomentan la imagen sociobiológica de los seres vivos. Basta poner atención a los documentales "educativos" proyectados en la televisión sobre la vida de tigres, leones, osos u hormigas; o con observar las metáforas visuales de las revistas eróticas o de modas, en las que



las mujeres aparecen frecuentemente con vestimentas o actitudes felinas; basta con acudir a la propaganda comercial en la que frecuentemente aparecen perros, gatos o pájaros vestidos como humanos y comportándose como tales; o simplemente basta con presenciar las primeras escenas de la película de Stanley Kubrick: *2001 Odisea del espacio*, para tener una idea del profundo grado de legitimidad que ha ganado esta visión teleológica y antropocéntrica el mundo.⁵⁴ Me refiero a esta visión de la ineluctabilidad y la dominancia de nuestro ser biológico, sobre todo lo demás, de la fatalidad del egoísmo y de la sed de poder. Todo esto es una muestra más de lo tenue e indefinible que resulta la frontera entre lo científico y lo pseudocientífico o no-científico, así como de las continuas interacciones y dependencias entre lo considerado como científico y lo considerado como extracientífico.

En la medida en que el conocimiento científico no escapa a las relaciones de dominación y forja un discurso en el que la naturaleza misma se ve dominada por ellas, concibiendo esto como la realidad misma, estas disciplinas deterministas y reduccionistas de la ciencia, particularmente de la biología, se truecan, de fuerzas liberadoras en ataduras de la liberación, en fuerzas opresoras. La sociobiología juega un papel central en esto.

Una de las funciones de la ciencia es el control y la imposición de un orden, y así es como se explica, entre otras cosas, la gran cantidad de recursos invertidos en ella.⁵⁵ Al imponer una imagen peculiar del orden natural, persigue, asimismo, imponer un orden social y moral. La sociobiología, como representante de una concepción empirista hegemónica en la ciencia, cumple con esta tarea. Su concepción tiende a uniformizar el conocimiento en general y el científico en particular por la vía de la imposición, basada en el presupuesto de su carácter objetivo y neutral. Un conocimiento así, tiende a la estaticidad.

Es frecuente escuchar entre los partidarios de estos puntos de vista, las invocaciones al saber por el saber mismo o a la curiosidad innata del ser humano, como si no tuvieran la menor relación con la cultura, la historia y los valores. Sin embargo, esta pretensión neutralista, esta convicción de trabajar con un método que conduce a conocimientos objetivos y a verdades trascendentes sin relación alguna con problemas ideológicos, se ve cuestionada seriamente si se analizan los motivos escondidos tras los puntos de vista en el debate suscitado por la sociobiología, en particular entre Wilson y Lewontin.⁵⁶ Se muestra aquí que no se trata de un debate estrictamente académico o de ideas sin relación con una problemática más amplia. Se acierta al mostrar que los motivos del debate incluyen la agenda de investigación de los contendientes, su

posición social y académica, la defensa de sus respectivos proyectos y programas de investigación, los apoyos institucionales, el prestigio personal, los *curriula vitae*, etcétera. Todo ello se reflejará en sus particulares puntos de vista.

Pero lo que al mismo tiempo habría que mostrar es que, precisamente por esos motivos, el fondo del debate no se queda en ese nivel. Va más allá. La defensa de todas esos factores enlistados es inescindible de la defensa de concepciones del mundo. No se trata de puntos de vista estrictamente personales. Se trata de una disputa por la hegemonía. Grupos sociales enteros se encuentran detrás de las ideas sociobiológicas y socialdarwinistas de Wilson, tras su programa de investigación. Su quehacer como científico y sus intereses personales responden a intereses más amplios que chocan con los de sus adversarios (como Lewontin). Se responde a proyectos sociales distintos. A una lucha por la hegemonía.

Por la obra de Wilson atraviesan problemas como la concepción de la ciencia y su papel en la sociedad; el concepto de naturaleza y de naturaleza humana y una teoría moral. Sin entrar en este momento en discusión sobre estos puntos, sí es necesario decir que también aquí se muestra la profunda inmersión de los sociobiólogos en un medio más amplio, en donde las fronteras de lo científico con lo no científico son muy difíciles de demarcar. La conexión de la ciencia con las clases sociales, con su práctica y con su visión del mundo, se hace tan sólida que es parte de esa misma práctica y esa misma visión: la ciencia es mostrada como si se tratara de relaciones sociales.

Si alguna duda quedase sobre el carácter teleológico y antropocéntrico de la obra de Wilson, de su orientación ideológica y del papel propagandístico que cumple, me parece pertinente cerrar este trabajo haciendo una última cita que resume claramente los términos del mismo:

Es un hecho en cierto modo preocupante para los moralistas que *los americanos y otros pueblos culturalmente avanzados* continúan dedicando grandes cantidades de su tiempo a vulgares formas de entretenimiento. Se deleitan montando grandes peces no comestibles en las paredes de sus salas de estar, idolatran a los campeones de boxeo y a veces llegan al éxtasis en los juegos de fútbol. Tal comportamiento acaso no sea decadente. *Podría ser tan psicológicamente necesario y tan genéticamente adaptativo como el trabajo y la reproducción sexual, y pudiendo venir de los mismos procesos emocionales que dirigen nuestras inclinaciones superiores hacia la creación científica, literaria y artística.*⁵⁷



- Wilson, E.O. (1975): *Sociobiology: The New Synthesis*. Cambridge, Mass: Harvard University Press. Edición castellana. Wilson, E.O. (1980): *Sociobiología: La Nueva Síntesis*. Barcelona: Omega.
- Ruse, M. (1987): Discussion: Is Sociobiology a New Paradigm? *Philosophy of Science* 54: 98-104.
- Crook, P. (1998): Human Pugnacity and War: Some Anticipations of Sociobiology, 1880-1919. *Biology and Philosophy* 13: 263-288.
- Lorenz, K. (1986): *Fundamentos de la Etología*. Barcelona: Paidós, p. 17.
- Lorenz, K. (1982) [1963]: *Sobre la Agresión, el Pretendido Mal*. Madrid: Siglo XXI.
- Ver en Wilson, sus diferencias con Lorenz en lo que respecta al asesinato y al canibalismo en animales, *op. cit.*, pp. 129, 246-247.
- Ibid.*, pp. 5-6.
- Fisher, R. A. (1930): *Genetical Theory of Natural Selection*. Oxford: Clarendon Press. Haldane, J.B.S. (1932): *The Causes of Evolution*. Londres: Longman, Green.
- Avery, O. T. Macleod, M. C. y M. McCarty (1944): Studies on the Chemical Nature of the Substance Inducing Transformation of Pneumococcal Types. *Journal of Experimental Medicine* 79: 137-158.
- Watson, J. D. y F. H. C. Crick (1953 a): Molecular Structure of Nucleic Acids. *Nature* 171: 737-738. Watson, J. D. y F. H. C. Crick (1953 b): Genetical Implications of the Structure of Deoxyribonucleic Acid. *Nature* 171: 964-967.
- Darwin, C. (1981)[1871]: *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. Princeton, N. J: Princeton University Press, parte 1, p. 105.
- "...culture, aside from its involvement with language, which is truly unique, differs from animal tradition only in degree". Wilson, E. O., *op. cit.*, p. 168; p. 174 de la edición castellana.
- "When organisms are thought of as machine analog, their evolution can be viewed as a gradual perfection of design." *Ibid.*, p.23.
- "The more advanced societies". *Ibid.*, p. 11; también p. 11 de la edición castellana.
- "...the two evolutionary most advanced and intelligent species of anthropoid apes." *Ibid.*, p. 220; p. 231 de la edición castellana.
- "...the behaviorally most advanced invertebrates." *Ibid.*, p. 256; p. 267 de la edición castellana.
- "the more advanced insect societies." *Ibid.*, p. 284; p. 296 de la edición castellana.
- "some of the most advanced species." *Ibid.*, p. 344; p. 358 de la edición castellana.
- "The highest grade below man..." *Ibid.*, p. 347; p. 363 de la edición castellana.
- "...the sequence...from unquestionably more primitive and older forms of life to more advanced and recent ones." *Ibid.*, p. 379; p. 395 de la edición castellana.
- "but more are in or near the highest evolutionary grades." *Ibid.*, p. 499; p. 514 de la edición castellana.
- "...some of the primitive species have attained higher evolutionary grades than other vertebrate groups." *Ibid.*, p. 515; p. 531 de la edición castellana.
- Midgely, M. (1984): De-Dramatizing Darwinism. *The Monist* 67 (2): 200-215.
- Midgely, M. (1979): Gene-juggling. *Philosophy* 54: 439-458.
- Levins, R. y R. Lewontin. (1985): *The Dialectical Biologist*. Cambridge, Mass: Harvard University Press. pp. 3-4.
- Lumsden, C. J. y E.O. Wilson. (1981): *Genes, Mind and Culture*. Cambridge, Mass:

sobre el carácter de la sociobiología de e. o. wilson

- Harvard University Press.
- Idem.*
- Ibid.*, p. 370.
- Dawkins, R. (1976): *The Selfish Gene*. New York: Oxford University Press.
- Lumsden y Wilson afirman: "Only by changing the genetic basis of the epigenetic rules or of the more fundamental cognitive core rules themselves could a previously maladaptive culture be preserved indefinitely". Lumsden, C. J. y E. O. Wilson (1981), *op. cit.*, p. 179.
- "As the gene frequencies change, so do the distribution of epigenetic rules", *Ibid.*, p. 272.
- "...the rate of culturgen change is a function of the frequencies of the genes that underwrite the epigenetic rules..." *Ibid.*, p. 289.
- Ibid.*, p. 24.
- "Human social evolution is obviously more cultural than genetic. Nevertheless, the underlying emotion, powerfully manifested in virtually all human societies, is considered by sociobiologists to evolve through genes". Wilson, E. O. (1978): *On Human Nature*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, p. 153. Existe traducción al castellano: Wilson, E. O. (1980): *Sobre la Naturaleza Humana*, México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, p. 218. El mismo párrafo citado se encuentra en Wilson, E. O. (1996): *In Search of Nature*. London: Penguin, p. 82.
- "What the genes prescribe is not necessarily a particular behavior but the capacity to develop certain behaviors and, more than that, the tendency to develop them in various specified environments". Wilson, E. O. (1996), *op. cit.*, p.89. Traducción mía.
- Lumsden, C. J. y E.O. Wilson. (1981), *op. cit.*, pp. 356-357.
- "In human beings the genes do not specify social behavior. They generate organic processes, which we have called epigenetic rules, that feed on culture to assemble the mind and channel its operation". *Ibid.*, p. 349.
- Dawkins lleva esta lógica al extremo al admitir que su idea de los genes egoístas no es una metáfora, sino que en realidad estas unidades de transmisión de información poseen este carácter. Dawkins, R. (1981) In Defence of Selfish Genes. *Philosophy*, 56: 556-573.
- Wilson, E. O. (1978): *op. cit.*
- Ibid.*, p. 22.
- Lumsden, C. J. y E. O. Wilson, *op. cit.*, p. 110.
- Ibid.*, p. 273.
- "...their social organization gives them competitive superiority over solitary insects." Wilson, E. O. (1996): *In Search of Nature*. London: Penguin, p. 49.
- Ibid.*, p. 50.
- Lumsden, J y E. O. Wilson, *op. cit.*, pp. 79-82.
- Ibid.*, p. 170 y ss.
- Rose, S. (1997): *Lifelines: Biology, Freedom, Determinism*. Londres: Penguin, pp. 127 y ss., 216.
- Lewontin, R. (1992): *The Doctrine of DNA*. London: Penguin, p. 48.
- Algunos ejemplos de esto serían los de Friedman, M. y R. Friedman (1982): *La Libertad de Elegir*. Barcelona: Grijalbo, o Hayek, F. A. (1991): *Economic Freedom*. Oxford: Basil Blackwell.
- Dawkins, R. (1981): *op. cit.*
- Dupré, J. (1993): *The Disorder of Things: Metaphysical Foundations of The Disunity of Science*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, p. 135.
- Lewontin, R. (1992): *op. cit.*, pp. 39-57.

- ⁵¹ Wilson dice: "¿Son los seres humanos agresivos innatos?... La respuesta es afirmativa... Solamente redefiniendo las palabras "innato" y "agresión" al punto de la inutilidad podríamos decir correctamente que la agresividad humana no es innata." Wilson, E. O. (1978): *op. cit.*, p. 99; p. 144 de la edición castellana.
- ⁵² Aquí Rose hace una crítica de la visión reduccionista de la agresión (característica de la sociobiología) afirmando que: "Así, la agresión se convierte en el término usado para describir procesos tan distintos como el de un hombre que abusa de su amante o hija, peleas entre aficionados al fútbol, huelguistas que resisten a la policía, ataques racistas a minorías étnicas y guerras civiles y nacionales." Rose, S. (1997): *op. cit.*, p. 280.
- ⁵³ Wartofsky, M. W. (1996): Three Stages of Constitution: Historical Changes of the Ontological Status of the Scientific Object. En Cohen, R. S. (ed): *Realism and Anti-realism in the Philosophy of Science*. Boston Studies in the Philosophy of Science, vol. 169. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, pp. 207-218.
- ⁵⁴ Young, R. M (1985): *Darwinism is Social*. En Kohn, D, (ed): *The Darwinian Heritage*, Princeton, N. J: Princeton University Press, pp. 609-638.
- ⁵⁵ Dupré, J. *op. cit.*, p. 259.
- ⁵⁶ Segestråle, U. (1986): Colleagues in Conflict: An *In Vitro* Analysis of the Sociobiology Controversy. *Biology and Philosophy* 1: 53-87. Segestråle, U. (2000): *Defenders of the Truth: The Battle of Science in the Sociobiology Debate and Beyond*. Oxford: Oxford University Press.
- ⁵⁷ "It is a fact worrisome to moralists that Americans and other culturally advanced peoples continue to devote large amounts of their time to coarse forms of entertainment. They delight in mounting giant inedible fish on their living room walls, idolize boxing champions, and sometimes attain ecstasy at football games. Such behavior is probably not decadent. It could be as psychologically needed and genetically adaptive as work and sexual reproduction, and may stem from the same emotional processes that impel our highest impulses toward scientific, literary and artistic creation." Wilson, E.O. (1975): *op. cit.*, p. 167. Cursivas mías; p. 174 de la edición castellana. En este caso, dados los graves errores de traducción de ese párrafo en la edición castellana (por ejemplo, dice "fisiológicamente necesitado"), preferí hacer una traducción mía.

LA BATALLA DE IDEAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS *

perry anderson



El tema de esta noche es la batalla de ideas en el ámbito internacional, en la construcción de alternativas. ¿Cómo podemos comprender este campo de batalla? Es un terreno todavía dominado, obviamente, por las fuerzas que representan lo que desde nuestra perspectiva llamamos una nueva hegemonía mundial. Pues bien, para abordar la cuestión de las alternativas, es preciso, primero, contemplar los componentes de esta nueva hegemonía. En nuestra visión, ésta representa algo nuevo. ¿En qué consiste esta novedad? Si Marx tenía razón al decir que las ideas preponderantes en el mundo son siempre las ideas de las clases dominantes, es muy claro que estas clases, en sí, no han cambiado nada en los últimos cien años. Los dueños del mundo siguen siendo los propietarios de los medios materiales de producción, a escala nacional e internacional. Sin embargo, es igualmente claro que las formas de su dominación ideológica sí han cambiado significativamente. Quiero comenzar mi intervención con algunas observaciones a propósito, tratando de focalizar con más precisión los tiempos y los contornos de esta mutación.

Si examinamos la situación mundial después de la derrota del fascismo, en 1945, con el inmediato comienzo de la Guerra Fría, que dividió a los antiguos aliados de la Segunda Guerra Mundial, en dos bloques —el Occidente liderado por los EU y el Oriente liderado por la Unión Soviética—, podemos observar que este conflicto se configuraba, objetivamente, como una lucha entre el capitalismo y el comunismo, y fue proclamada como tal del lado oriental, es decir, por los soviéticos. En cuanto al sector occidental, los términos oficiales de la lucha eran completamente distintos. En Occidente, la Guerra Fría era presentada como una batalla entre la *democracia* y el *totalitarismo*. Para describir al bloque occidental, no se utilizaba el término de

Perry Anderson. Historiador inglés, director de *New Left Review*. Entre sus obras más conocidas podemos citar: *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, *Los orígenes del Estado absoluto* y *Consideraciones sobre el marxismo occidental*.

"capitalismo", considerado básicamente un término del enemigo, un arma contra el sistema, en vez de una descripción del mismo; se hablaba de la "libre empresa" y, sobre todo, del "mundo libre", no del "mundo capitalista".

Ahora bien, en este sentido, el fin de la Guerra Fría

produjo una configuración ideológica enteramente nueva. Por primera vez en la historia, el capitalismo comenzó a proclamarse como tal, con una ideología que anunciaba el punto final del desarrollo social, con la construcción de un orden basado en mercados libres, más allá de los cuales no era posible imaginar mejoras substanciales. Francis Fukuyama dio la expresión teórica más amplia y ambiciosa de esta visión del mundo en su libro *El Fin de la Historia*. Pero, en otras expresiones más vagas y populares, también se difundió el mismo mensaje: el capitalismo es el destino universal y permanente de la humanidad. No hay nada fuera de este destino pleno. Aquí se encuentra el núcleo del neoliberalismo como doctrina económica, todavía dominante, a nivel de gobierno, en todo el mundo. Esta jactancia fanfarrona de un capitalismo desregulado, como el mejor posible de todos los mundos, es una novedad del sistema hegemónico actual. Ni siquiera en el siglo diecinueve, en los tiempos victorianos, se proclamaba tan clamorosamente las virtudes y necesidades del reino del capital. Las raíces de este cambio histórico son claras: es un producto de la victoria cabal de Occidente en la Guerra Fría, no simplemente de la derrota, sino, más bien, de la desaparición total de su adversario soviético y de la euforia consiguiente de las clases poseedoras, que ya no necesitaban más eufemismos para disfrazar la naturaleza de su dominio.

Pero si la contradicción principal del periodo de la Guerra Fría había sido el conflicto entre capitalismo y comunismo, dicho conflicto había estado siempre sobredeterminado por otra contradicción global: la lucha entre los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo y las potencias coloniales e imperialistas del Primer Mundo. A veces las dos luchas se fusionaron o entrecruzaron, como en Cuba, en China y en Vietnam.

El resultado de una larga historia de combates antiimperialistas fue la emergencia en todo el mundo, de Estados nacionales formalmente emancipados de la subyugación colonial, y dotados de una independencia jurídica, gozando, incluso, de sede en las Naciones Unidas. El principio de soberanía nacional –muchas veces violado en la práctica por las grandes potencias, pero jamás puesto en duda, esto es, siempre afirmado por el derecho internacional e inscrito solemnemente en la Carta de las Naciones Unidas– ha sido la gran conquista de esta ola de luchas en el Tercer Mundo.

Pero en sus luchas contra el imperialismo, los movimientos de liberación nacional se vieron beneficiados, objetivamente, por la existencia y la fuerza del campo soviético. Digo objetivamente

porque no siempre –aunque lo haya hecho en muchos casos– la Unión Soviética ayudó, subjetivamente, a los movimientos en cuestión.

Sin embargo, aun cuando faltara un apoyo material o directo por parte de la Unión Soviética, la simple existencia del campo comunista impedía a Occidente, y sobre todo a los Estados Unidos, aplastar con todos los medios a su disposición y sin temor de resistencias o represalias, estas luchas. La correlación de fuerzas globales no permitía, después de la Segunda Guerra Mundial, el tipo de campañas de exterminio libremente practicadas (por Francia en Marruecos o Inglaterra en Iraq) después de la Primera Guerra Mundial. Incluso, los Estados Unidos siempre trataron de presentarse ante los países del Tercer Mundo como el producto de la primera revolución anticolonialista del continente americano. La competencia diplomática y política entre Occidente y Oriente en el Tercer Mundo favorecía a los movimientos de liberación nacional.

Ahora, con la desaparición del campo comunista, las inhibiciones tradicionales que condicionaban al Norte en sus relaciones con el Sur, lógicamente se desvanecieron también. Este es el segundo gran cambio de la última década. Su expresión en el campo de batalla de las ideas ha sido un creciente asalto contra el principio de soberanía nacional. Aquí, el momento decisivo ha sido la guerra de los Balcanes, en 1999. La agresión militar contra Yugoslavia lanzada por la OTAN, fue abiertamente justificada como una superación histórica del fetiche de la soberanía nacional, en nombre de valores más altos, o sea, en nombre del valor de los derechos humanos. Desde entonces, un ejército de juristas, filósofos e ideólogos, han construido una nueva doctrina de “humanismo militar”, buscando demostrar que la soberanía nacional es un anacronismo peligroso en esta época de globalización, que puede y debe pisotearse para universalizar los derechos humanos, tal como estos son entendidos por los países “más avanzados” y, por supuesto, “ilustrados”. Desde el punto de vista del primer ministro británico –el social-demócrata. Blair– hasta la postura de filósofos liberales célebres, como John Rawls, Jürgen Habermas y/o Norberto Bobbio, coinciden en que existe una nueva “ley de los pueblos” –ese es el título exquisito del último libro de Rawls– que está siendo preconizada para legitimar e incentivar intervenciones militares por parte de los “pueblos democráticos” –otra expresión espléndida de Rawls–, con el fin de llevar la libertad a los pueblos “no-democráticos”. Hoy, en Iraq, vemos el fruto de esta “apoteosis” de los derechos humanos.

Así, se puede decir que en el campo de ideas, la nueva hegemonía mundial está basada en dos mutaciones fundamentales



del discurso dominante de la época de la Guerra Fría: primero, la promulgación del capitalismo, declarado como tal, no simplemente como un sistema socio-económico preferible al socialismo, sino como el único modo de organizar la vida moderna concebible para la humanidad, para siempre. Segundo, la anulación abierta de la soberanía nacional como clave de las relaciones internacionales entre los Estados, en nombre de los derechos humanos. Podemos dar cuenta de una conexión estructural entre estos dos cambios. Pues, un reino ilimitado del capital –es decir, de los mercados financieros contemporáneos– presupone una cancelación de muchas de las prerrogativas clásicas de un Estado nacional que pierde su capacidad de controlar la tasa de cambio, la tasa de interés, la política fiscal y, finalmente, la estructura misma de su presupuesto nacional. En este sentido, la anulación jurídica de la soberanía nacional –en provecho del humanismo militar– completa y formaliza un proceso de erosión ya bastante avanzado.

Pero hay un tercer cambio, el más inesperado, que se delinea hoy en día. Mientras el neoliberalismo ofrece un marco socio-económico universal, el humanismo militar propone un marco político universal. Ahora bien, ¿son suficientes estas dos transformaciones ideológicas para constituir una nueva hegemonía mundial? No. Porque una hegemonía exige algo más, exige la existencia de una potencia particular que organice y haga cumplir las reglas generales del sistema. En una palabra, no hay hegemonía internacional sin Estado hegemónico. Esto ha sido uno de los puntos fundamentales tanto de la teoría marxista de la hegemonía, forjada por Antonio Gramsci, como de las teorías anteriores del *Realpolitik* alemán –cuyo matiz político, en cambio, era conservador.

Una potencia hegemónica tiene que ser un Estado particular con una serie de atributos que, por definición, no pueden ser compartidos por otros Estados, dado que son estas peculiaridades las que precisamente lo hacen una superpotencia, por encima de los otros Estados. Un Estado particular capaz, pues, de desempeñar un papel universal como garantía del “buen funcionamiento” del sistema.

Desde 1945 esta potencia ha sido EU. Pero con el colapso del bloque soviético, el ámbito de su hegemonía se ha extendido enormemente, volviéndose, por primera vez, verdaderamente global.

¿Cómo se articula, entonces, esta nueva prepotencia norteamericana con las innovaciones ideológicas del neoliberalismo y del humanismo militar? En la forma –que hubiera sido impensable solamente algunos años atrás– de una rehabilitación

plena y cándida del imperialismo, como un régimen político de alto valor, modernizante y civilizador. Fue el consejero de Blair en materia de seguridad nacional, Robert Cooper, una especie de mini-Kissinger de *Downing Street*, quien inició esta transvaluación contemporánea del imperialismo, dando como “ejemplo conmovedor” el asalto de la OTAN contra Yugoslavia. Después, el nieto de Lyndon Johnson, el jurista constitucional y estratega nuclear, Philip Bobbit (coordinador de los servicios de espionaje en el Consejo Nacional de Seguridad de Clinton), con su extenso libro *El Escudo de Aholes*, expuso la teorización más radical y ambiciosa de la nueva hegemonía norteamericana. Hoy, artículos, ensayos y libros, que celebran el imperio americano –típicamente embellecidos por largas comparaciones con el imperio romano y su papel civilizador– caen en cascadas de las imprentas en los EU. Se debe subrayar que esta euforia neoimperialista no es un exceso efímero de la derecha norteamericana; cuenta tanto con demócratas como republicanos en el rango de sus próceres. Para cada Robert Kagan o Max Boot, por un lado, hay un Philip Bobbitt o un Michael Ignatieff, por el otro. Sería un error grave ilusionarse pensando que es solamente con Reagan o con los Bush que estas ideas han crecido; no, también Carter y Clinton, con sus Zbigniew Brzezinski y Samuel Bergers al lado, han jugado un papel igualmente fundamental en su desarrollo.

Si –dicho en paréntesis– tanto el neoliberalismo como el neoimperialismo han sido políticamente bipartidarios en los EU, y también en su aliado más estrecho, el Reino Unido, no es que el papel de la centro-derecha y de la centro-izquierda haya sido idéntico en su emergencia y consolidación. En ambos casos hubo una breve pero significativa iniciación del fenómeno por la centro-izquierda, seguida por su ampliación dinámica bajo la centro-derecha, y finalmente, de su estabilización como sistema normal por la centro-izquierda.

Así, el monetarismo neoliberal se inició en el Norte, bajo los gobiernos de Carter y Callaghan, en los tardíos años setenta; fue dinamizado y ampliado enormemente bajo Reagan y Thatcher, y, finalmente, afianzado como rutina con Clinton y Blair. De modo análogo, las primeras iniciativas audazmente neoimperiales fueron conformadas en Afganistán por Brzezinski; extendidas a Nicaragua, Granada, Libia y otros sitios bajo Casey y Weinberger; y fueron normalizadas como sistema, en el Medio Oriente y en los Balcanes, por Albright y Berger. Ahora, en un segundo turno, hay una ampliación y radicalización –más allá de los mandos de Clinton– bajo Bush. Podemos esperar, si fuese elegido un presidente demócrata en el año próximo, que las nuevas fronteras



de las operaciones neoimperialistas establecidas por Rumsfeld serían consolidadas como los parámetros normales de la hegemonía norteamericana en el futuro, aunque con una retórica más mansa y llorosa que la republicana. Pareciera que cada vez que el sistema “se atasca” con la centro-izquierda, acelera a toda velocidad con la centro-derecha, y luego regresa a una velocidad estable, de crucero, una vez más con la centro-izquierda.

Ahora, si tales son, hoy en día, los rasgos principales de la nueva hegemonía mundial en el campo de batalla de las ideas, ¿dónde se localizan los principales focos de resistencia a esta hegemonía, y qué formas específicas toman? Si miramos el escenario político global, podemos distinguir tres zonas geográficas distintas donde aparecen reacciones adversas a la hegemonía norteamericana.

En los inicios de este año, Europa ha visto las manifestaciones callejeras más grandes de toda su historia en contra de la guerra que se preparaba en el Medio Oriente. En España, Italia, Francia, Alemania e Inglaterra, millones de personas han expresado su oposición a la invasión de Iraq, como también lo han expresado muchos ciudadanos norteamericanos. Pero el centro de gravedad del movimiento pacifista internacional ha sido innegablemente europeo. ¿Cuánta esperanza se puede tener en esta importante reacción de la opinión pública europea? No fue este un impulso inmediato o efímero, pues la hostilidad continua a la política de la Casa Blanca sigue apareciendo reflejada en todos los sondeos posteriores a la guerra, como también en un torrente de artículos, manifiestos e intervenciones en los medios masivos de comunicación de los principales países del continente europeo. Un tema concreto de esta ola reciente de anti-americanismo es la afirmación de una identidad histórica, propia de las sociedades europeas y absolutamente distinta de la de EU. El filósofo Habermas y muchos otros intelectuales y políticos europeos, teorizan esta diferencia como un contraste de valores: Europa sigue siendo socialmente más responsable con su estado de bienestar, más humana con su negativa a sostener una legislación punitiva como la pena capital, más tolerante y menos religiosa en sus costumbres, más pacífica en sus relaciones exteriores, que América del Norte.

¿Cómo evaluar estas pretensiones? Es claro que el modelo capitalista europeo ha sido, desde la Segunda Guerra Mundial, más regulador e intervencionista que el norteamericano, y que ningún Estado europeo, y aún menos la Unión Europea, goza de un poder militar lejanamente comparable con el que está a disposición de Washington. Pero hoy en día el neoliberalismo

reina en todas las sociedades europeas con los mismos lemas que en el resto del mundo –en términos de reducción de los gastos del Estado, disminución de los beneficios sociales, desregulación de los mercados, privatización de las industrias y de los servicios públicos.

En este sentido, las diferencias estructurales entre la Unión Europea y los EU son cada vez menores. Lo que aparece es una vaga noción que da cuenta de la existencia de una distancia cultural entre dichas unidades políticas, aunque obviamente, las sociedades europeas se encuentran, cada año que pasa, más subordinadas a los productos de Hollywood y de Silicon Valley. Sin embargo, esta distancia o reacción cultural a la que hacíamos referencia anteriormente, constituye una base muy débil en términos de una resistencia política duradera frente a EU. Eso se ve muy claramente en el hecho de que la mayoría abrumadora de los manifestantes contra la guerra de Iraq, han apoyado fervorosamente la guerra contra Yugoslavia, cuya justificación y *modus operandi* eran más o menos idénticos –la diferencia principal que se presenta es que entonces el presidente era Clinton, un demócrata suntuoso y efusivo con el que tantos europeos se identificaban, y no el republicano Bush, que les parece un vaquero inaceptablemente, hosco y rústico. En otras palabras, no hay oposición de principio contra el neoimperialismo en estos medios europeos; solamente hay una aversión “de etiqueta” contra su mandatario actual. Por ello, no es casual que después de la conquista de Iraq, el movimiento pacifista europeo se encuentre en una situación de reflujó, aceptando el hecho consumado, y sin expresar algún tipo de manifestación significativa de solidaridad con la resistencia nacional a la ocupación. A esto se suma el hecho de que los gobiernos europeos que se han opuesto inicialmente a la invasión de Iraq (tal como Alemania, Francia y Bélgica) se han acomodado rápidamente a la conquista, buscando reparar, tímidamente, sus relaciones con Washington.

Pasemos ahora al Medio Oriente. Aquí, el escenario es totalmente distinto, pues se combate armas en mano, contra la nueva hegemonía mundial. Tanto en Afganistán como en Iraq, a la conquista “relámpago” norteamericana, le siguió una resistencia guerrillera tenaz en el espacio territorial, la cual sigue causando dificultades serias para los EU. Además, no hay la más mínima duda del apoyo masivo de la opinión pública árabe de toda la región, respecto a estas luchas de liberación nacional contra los ocupantes y sus títeres. Sería sorprendente si el mundo árabe no reaccionara de tal modo frente a las agresiones norteamericanas, dado que éstas se desarrollan en una zona ex colonial que



experimenta cada día, con la bendición de Washington, la expansión del colonialismo israelí en los territorios palestinos. Este trasfondo histórico separa desde el principio, el modo en que se lleva a cabo la oposición árabe y la oposición europea en relación a la nueva hegemonía mundial, y para esto hay que tener en cuenta que diversas potencias europeas fueron las colonizadoras originales de la región. Pero hay dos factores más que diferencian la resistencia árabe de la europea. Aquí también entra en juego un contraste cultural con la superpotencia, el cual es mucho más profundo porque se sostiene en una religión milenaria: el islam. El islamismo contemporáneo, con toda la variedad de sus matices, es infinitamente más impermeable a la penetración de la cultura e ideología norteamericana que la vaga identidad "bienestarista" de la que se jactan los europeos. Como lo hemos visto repetidamente, aquél es capaz de inspirar actos de contraataque de una ferocidad sin par.

Además, esta antigua fe religiosa se conjuga con un sentimiento absolutamente moderno de nacionalismo, rebelándose contra las miserias y humillaciones de una zona regida durante décadas por regímenes feudales o títeres corruptos y brutales. La combinación de lo cultural-religioso y de lo nacional hace de la resistencia islamo-árabe contemporánea una fuerza que no se agotará fácilmente. Pero al mismo tiempo, ésta tiene sus límites. Le falta lo social, es decir, una visión creíble de una sociedad moderna alternativa a lo que busca imponer en el Medio Oriente la potencia hegemónica. La Sharia no es un ideal capaz de enfrentar los retos del neoliberalismo. Mientras tanto, siguen oprimiendo sus pueblos los diversos regímenes tiránicos y atrasados de la región, todos, sin excepción alguna, prontos a colaborar con los EU como lo ha demostrado, *ad libitum*, la Liga Árabe, y la experiencia de la primera guerra del Golfo.

El tercer foco de resistencia se halla aquí, en América Latina. Tres rasgos decisivos distinguen esta zona de las anteriores. En primer lugar, en América Latina se encuentra una combinación de factores mucho más fuerte y prometedora que en Europa o en Medio Oriente, pues aquí, y solamente aquí, la resistencia al neoliberalismo y al neoimperialismo conjuga, no solamente lo cultural sino lo social con lo nacional –es decir, comporta una visión emergente de otro tipo de organización de la sociedad, y otro modelo de relaciones entre los Estados. En segundo lugar, América Latina –y esto es un hecho que a menudo se olvida– es la única área del mundo con una historia *continua* de trastornos revolucionarios y de luchas políticas radicales desde hace más de un siglo. Ni en Asia, ni en África, ni en Europa, encontramos

perry anders

la batalla de ideas en la construcción de alternativas

equivalentes a la cadena de revueltas y revoluciones que han marcado la específica experiencia latinoamericana, la cual, de aquí a un siglo atrás, viene dando cuenta de nuevas explosiones que se suceden a derrotas. El siglo XX comenzó con la Revolución mexicana, que tuvo lugar antes de la Primera Guerra Mundial. Se trató de una revolución victoriosa, pero que también fue esterilizada en muchas de sus aspiraciones populares. Entre las dos guerras, hay una serie de levantamientos heroicos y experimentos políticos derrotados: el sandinismo en Nicaragua, la revuelta aprista en Perú, la insurrección en El Salvador, la Revolución del 33 en Cuba, la intentona en Brasil, la breve república socialista y el Frente Popular en Chile. Pero con la Segunda Guerra Mundial comienza un nuevo ciclo: el primer peronismo –en su fase jacobina– en Argentina, el bogotazo en Colombia y la Revolución boliviana del 52. Al final de la década estalla la Revolución cubana. Sigue una ola de luchas guerrilleras a través del continente y la elección del gobierno de Allende en Chile.

Todas estas experiencias fueron aplastadas con el ciclo de dictaduras militares que comenzaron en Brasil en el 64 y luego allanaron el camino, a plomo, a Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina en los años setenta. A mediados de esta década, la reacción parecía victoriosa casi en todas partes. De nuevo, sin embargo, se encendió el fuego de la resistencia con el triunfo de la revolución sandinista, la lucha de los guerrilleros salvadoreños y la campaña masiva para elecciones directas en Brasil. También esta ola de insurgencia popular fue desmontada o destruida implacablemente. A mediados de los años noventa, reinaba en casi todos los países latinoamericanos, versiones criollas del neoliberalismo norteamericano, instaladas o apoyadas por Washington: los regímenes de Menem en Argentina, Fujimori en Perú, Cardoso en Brasil, Salinas en México, Sánchez de Losada en Bolivia, etcétera. Finalmente, con una "democracia estable restaurada", y "políticas económicas excelentes", el Departamento del Estado creía que América Latina se había vuelto una retaguardia segura y tranquila del imperio global. Hoy en día, el paisaje político ha cambiado de nuevo radicalmente. El ciclo popular más reciente, que comenzó con la revuelta zapatista en Chiapas, ya ha visto la llegada al poder de Chávez en Venezuela, las victorias de Lula y Kirchner en Brasil y Argentina, respectivamente, el derrumbe de Sánchez de Losada en Bolivia y los estallidos sociales repetidos en Perú y Ecuador.

Tercer rasgo distintivo del escenario latinoamericano: aquí, y solamente aquí, encontramos coaliciones de gobiernos y de



movimientos sociales en un frente amplio de resistencia a la nueva hegemonía mundial. En Europa, el movimiento pacifista y alterglobalista ha sido mucho más extenso que la oposición diplomática de algunos gobiernos a la guerra de Iraq. Esta asimetría entre la "calle" y el "palacio" ha sido una de las características más significativas de la situación europea, donde la mayoría de los gobiernos—incluyendo, no solamente a Gran Bretaña, sino a España, Italia, Holanda, Portugal, Dinamarca y todos los nuevos satélites de Washington en Europa del Este—no sólo apoyaron la agresión contra Iraq, sino que participaron en la ocupación, aun cuando la mayoría de sus poblaciones se opusieron a la guerra. En el Medio Oriente, esta asimetría entre la hostilidad casi unánime de la población a la conquista de Iraq y la complicidad casi unánime, también, de los regímenes con el agresor, es aún más dramática o, en efecto, total. En América Latina, en contraste, se ve una serie de gobiernos que en grados y campos diversos, tratan de resistirse a la voluntad de la potencia hegemónica, y a un conjunto de movimientos sociales, típicamente más radicales, que luchan por un mundo diferente, sin inhibiciones diplomáticas o ideológicas; allí se encuentran desde los zapatistas en México y los *sem terra* en Brasil, los cocalleros y mineros en Bolivia, los piqueteros en Argentina, los huelgistas en Perú, el bloque indígena en Ecuador, y tantos otros. Esta constelación dota el frente de resistencia de un repertorio de tácticas y acciones, y de un potencial estratégico, superior a cualquier otra parte del mundo. En Asia, por ejemplo, pueden haber gobiernos más firmes en su oposición a los mandos económicos e ideológicos norteamericanos—la Malasia de Mahathir es un caso obvio—pero faltan poderosos movimientos sociales; y donde existen tales movimientos, los gobiernos generalmente se muestran más o menos serviles, como en Corea del Sur, cuyo presidente ahora promete tropas para ayudar a la ocupación de Iraq.

Entonces, es lógico que si miramos las dos iniciativas de resistencia internacional a la nueva hegemonía mundial más impresionantes, ambas se originaron aquí en América Latina. La primera, por supuesto, ha sido la emergencia del Foro Social Mundial, con sus raíces simbólicas en Porto Alegre; y la segunda, la creación del G-22, en Cancún. En ambos casos, lo notable es un verdadero frente intercontinental de resistencia, que englobó de manera muy diversa, movimientos, en un caso, y gobiernos, en el otro. Ahora bien, tanto el Foro Social como el G-22 han concentrado sus esfuerzos de resistencia en el sector neoliberal del frente enemigo, es decir, esencialmente en la agenda económica de

la potencia hegemónica y sus aliados en los países ricos. Aquí, correctamente, los blancos centrales han sido el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio. En esta batalla de ideas, la noción de mercados libres—es decir, sistemas de intercambio de mercancías, trabajo y capital, sin interferencias políticas u otras—ha sido cada vez más claramente expuesta como una mistificación. Todos los mercados, en todos los tiempos, son contruidos y regulados políticamente: la única cuestión pertinente es qué tipo de política los moldea y determina. El neoliberalismo busca imponer su "gran transformación" (para usar la fórmula acuñada por Karl Polanyi) para el advenimiento del liberalismo clásico del *laissez-faire* en la época victoriana.

Como su predecesor, este proyecto, a escala mundial, comporta la imposición de reglas de comercio que favorecen los intereses de los Estados y corporaciones metropolitanos en detrimento de los intereses de los países periféricos. El proteccionismo, se vuelve un privilegio reservado al Norte, mientras que en el Sur es visto como una "infracción a las leyes fundamentales de toda economía sana". Comparada con estas hipocresías, la noción medieval de un "precio justo" podría parecer un modelo de ilustración. El ataque que se llevó a cabo en Cancún, contra las arrogancias ideológicas y abusos prácticos de la potencia hegemónica y sus aliados, fue un acierto.

Sin embargo—y aquí las discrepancias entre gobiernos y movimientos se destacan—, resistir a las pretensiones hegemónicas en la área del comercio, defender, por ejemplo, el Mercosur contra la ALCA, no puede conducir a resultados muy animadores, si al mismo tiempo se obedece dócilmente al Fondo Monetario Internacional y los mercados financieros en materias tan cruciales como la tasas de interés, el patrón fiscal, el sistema de pensiones, el llamado superávit primario, para no hablar de respuestas a la exigencia popular de una redistribución igualitaria de tierras. Aquí el rol de los movimientos sociales se vuelve decisivo. Solo su capacidad de movilizar a las masas—campesinos, obreros, empleados—y combatir, si es necesario, sin treguas, gobiernos oscilantes u oportunistas, puede asegurar políticas sociales más igualitarias y justas. La democracia de la que se jactaban los gobiernos neoliberales de la última década siempre ha sido un asunto restringido y elitista, con baja participación electoral, y alta interferencia del poder del dinero. La democracia que necesita una resistencia efectiva a la nueva hegemonía mundial es algo distinto: requiere de un ejercicio del poder desde abajo, cuyas formas embrionarias se van delineando en los presupuestos populares participativos de Porto Alegre, los comités de la



insurgencia boliviana, la autoorganización de los ranchitos venezolanos y las ocupaciones de los *sem terra*.

Si bien es cierto que hay muchos brotes prometedores de resistencia regional e internacional contra el neoliberalismo, también cabe preguntarse ¿cuál es la situación respecto al frente de combate contra el neoimperialismo? Aquí, el escenario sigue siendo más sombrío. Los primeros Foros Sociales han evitado cuidadosamente el tópico –aparentemente demasiado candente– del nuevo belicismo norteamericano. En Europa, hubo no poca gente que engullendo la idea de un humanismo militar en defensa de los derechos humanos apoyó el bombardeo de Belgrado. Entre los gobiernos, naturalmente, se ve aún menos apetito para enfrentar a la potencia hegemónica en su terreno más fuerte: el campo militar. La reacción de varios gobiernos latinoamericanos a la invasión de Iraq se podría resumir en el repudio inmediato del cual fue objeto el embajador chileno en las Naciones Unidas por parte del presidente socialdemócrata, Lagos, cuando en un momento de distracción, en una charla informal, condenó la agresión angloamericana y, por ello, recibió un telegrama por parte de la Moneda en donde se le ordenaba rectificar su lapsus. Chile no condenó la agresión, la lamentó. Los otros gobiernos latinoamericanos no han demostrado mayor coraje, las únicas dos excepciones fueron Cuba y Venezuela.

Ahora bien, este frente de resistencia a la nueva hegemonía mundial exige una crítica consistente de sus conceptos claves. Aquí, la batalla de ideas para la construcción de una alternativa tiene que concentrar sus miras en dos puntos decisivos: los derechos humanos y las Naciones Unidas, que se han vuelto hoy en día instrumentos de la estrategia global de la potencia hegemónica. Tomemos primero los derechos humanos. Históricamente, la declaración de 1789, que los introdujo al mundo, ha sido una de las grandes proezas políticas de la Revolución francesa. Pero, como era de esperar, a esta noción, fruto de la ideología de una gran revolución burguesa, le faltaba una base filosófica que la sostuviera. El derecho no es un fenómeno antropológico: es un concepto jurídico, que no tiene significado fuera de un marco legal que instituye tal o cual derecho en un código de leyes. No puede haber derechos humanos en abstracto –es decir, trascendentes respecto a cualquier Estado concreto, sin la existencia de un código de leyes. Hablar de derechos humanos como si estos pudiesen preexistir más allá de las leyes que les dan vida, como es común, es una mistificación. Fue por eso que el pensador utilitarista clásico, Jeremy Bentham, las denominó “tonterías en zancos” y Marx, cuya opinión de

Bentham no era muy alta, en este punto le dió toda la razón, sin dudar en citarlo a tal propósito.

El hecho obvio es que no puede haber derechos humanos como si estos fuesen originados de una antropología universal, no solamente porque su idea es un fenómeno relativamente reciente, sino también porque no hay ningún consenso universal en la lista de tales derechos. De acuerdo con la ideología dominante, la propiedad privada –incluso la que concierne a los medios de producción– es considerada un derecho humano fundamental, proclamado como tal, por ejemplo, en la guerra contra Yugoslavia, cuando el ultimátum norteamericano a Rambouillet, que deflagó el ataque de la OTAN, exigió no solamente libertad y seguridad para la población de Kosovo y el libre movimiento de las tropas de la OTAN a través del territorio yugoslavo, sino también, tranquilamente estipuló que: “Kosovo tiene que ser una economía de mercado”. Incluso, dentro de los parámetros de la ideología dominante en los EU, se contraponen diariamente el derecho a decidir con el derecho a vivir, respecto al tema del aborto. No hay ningún criterio racional para discriminar entre tales construcciones, pues los derechos son constitutivamente maleables y arbitrarios, como toda noción política: cualquiera puede inventar uno a su propio antojo. Lo que normalmente representan son intereses, y es el poder relativo de estos intereses lo que determina cuál de las diversas construcciones rivales predomina. El derecho al empleo, por ejemplo, no tiene ningún estatuto en las doctrinas constitucionales de los países del Norte; el derecho a la herencia, sí. Entender esto no implica ninguna postura nihilista. Si bien los derechos humanos (pero no los derechos legales) son una confusión filosófica, existen necesidades humanas que en efecto prescinden de cualquier marco jurídico, y corresponden, en parte, a fenómenos antropológicos universales –tales como la necesidad de alimentación, de abrigo, de protección contra la tortura o el maltrato– y, en parte, corresponden a exigencias que son, hegelianamente, productos del desarrollo histórico –tales como las libertades de expresión, diversión, organización y otras. En este sentido, en vez de derechos, es siempre preferible hablar de necesidades: una noción más materialista y menos equívoca.

Pasemos ahora a nuestro “humanismo militar”, escudo ilustrado de los derechos humanos en la nueva hegemonía mundial. He observado que el Foro Social y, más generalmente, los movimientos alterglobalistas, han prestado poca atención al neoimperialismo, prefiriendo concentrar su fuego en el neoliberalismo. Sin embargo, hay un lema internacional movilizador muy sencillo que podrían adoptar. Este consiste en exigir el cierre de todas –repito, todas–



las bases militares extranjeras en todo el mundo. Actualmente, los EU mantienen tales bases en más de cien países a través del planeta. Debemos exigir que cada una de estas bases sea cerrada y evacuada, desde la más antigua e infame de todas en Guantánamo, hasta las más nuevas, en Kabul, Bishkek y Bagdad. Lo mismo para las bases británicas, francesas, rusas y otras. ¿Qué justificación tienen estos tumores innumerables en el flanco de la soberanía nacional, si no es simplemente *la raison d'être* del imperio y sus aliados?

Las bases militares norteamericanas constituyen la infraestructura estratégica fundamental de la potencia hegemónica. Las Naciones Unidas proveen una superestructura imprescindible de sus nuevas formas de dominación. Desde la primera guerra del Golfo en adelante, la ONU ha funcionado como un instrumento dócil de sus sucesivas agresiones, manteniendo durante una década, el bloqueo criminal en Iraq, que ha causado entre 300 y 500 mil muertos, la mayoría niños; consagrando el ataque de la OTAN contra Yugoslavia, donde propició y sigue propiciando servicios posventas a los agresores en Kosovo; y, ahora, colaborando con los ocupantes de Iraq para edificar un gobierno de marionetas norteamericanas en Bagdad, y coleccionando fondos de otros países para financiar los costos de la conquista del país. Desde la desaparición de la Unión Soviética, el mando de Washington sobre la ONU se volvió casi ilimitado. La Casa Blanca escogió directamente, sin ningún pudor, al actual Secretario General como su mayordomo administrativo en Manhattan, descartando a su predecesor por insuficientemente servil a los EU. El FBI escucha, a escondidas, a todas las delegaciones extranjeras en la Asamblea General. La CIA penetró sin siquiera desmentir sus actividades –de conocimiento público–, el cuerpo de los llamados inspectores en Iraq. No hay medida de soborno o chantaje que no utilice diariamente el Departamento de Estado para doblegar a los representantes de las naciones a su voluntad. Hay ocasiones, aunque cada vez más raras, en que la ONU no aprueba explícitamente los proyectos y decisiones de los EU en los que Washington toma la iniciativa unilateralmente, y entonces, la ONU lo autoriza *post facto*, como un hecho consumado. Lo que jamás acontece ahora es que la ONU rechaze o condene una acción estadounidense.

La raíz de esta situación es muy simple. La ONU fue construida en los tiempos de Roosevelt y Truman como una máquina de dominación de las grandes potencias sobre los demás países del mundo; con una fachada de igualdad y democracia en la Asamblea General, y una concentración férrea del poder en

manos de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, arbitrariamente escogidos entre los victoriosos de una guerra que no tiene hoy ninguna relevancia. Esta estructura profundamente oligárquica se presta a cualquier tipo de mando y manipulación diplomáticos. Es esto lo que ha conducido a la organización –que en principio debería ser un baluarte de la soberanía nacional de los países pobres del mundo– a su prostitución actual, convertida en una mera máscara para la demolición de esta soberanía en nombre de los derechos humanos, transformados a su vez, naturalmente, en el derecho de la potencia hegemónica de bloquear, bombardear, invadir y ocupar países menores, según le venga en gana.

¿Qué remedio es concebible a esta situación? Todos los proyectos de reforma del Consejo de Seguridad se han hundido a partir del rechazo por parte de los monopolistas, del veto a renunciar a sus privilegios, que ellos tienen, además, el poder de proteger. Todos los reclamos de la Asamblea General para una democratización de la organización han sido, y serán, en vano. La única solución plausible a este *impasse* parecería ser el retiro de la organización de uno o varios países grandes del Tercer Mundo, que podrían deslegitimarla hasta que el Consejo de Seguridad sea forzado a aceptar su ampliación y una redistribución de poderes reales dentro de la Asamblea General. De la misma manera, la única esperanza real de desarme nuclear es el retiro de uno o varios países del Tercer Mundo del infame Tratado de No-Proliferación Nuclear –que debiera ser llamado el Tratado para la preservación del oligopolio nuclear– para forzar a los verdaderos detentores arrogantes de los armamentos de destrucción masiva, a renunciar a sus privilegios. Samir Amin ha hablado aquí de la necesidad de restaurar cualquier resistencia seria a la nueva hegemonía mundial. Estoy de acuerdo. Añadiré que los principios de tal igualdad tienen que ser no solamente económicos y sociales dentro de las naciones, sino también políticos y militares entre las mismas.

Estamos lejos de esto hoy. Tan lejos como puede verse en la última resolución del Consejo de Seguridad, votada en este mismo mes de octubre. En ésta, el órgano supremo de las Naciones Unidas ha dado solemnemente su bienvenida al consejo títere de las fuerzas de ocupación de Iraq, designándolo como la encarnación de la soberanía iraquí, condenando los actos de resistencia a la ocupación, llamando a todos los países a ayudar en la reconstrucción de Iraq bajo los designios de esas mismas fuerzas títeres, y nombrando a los EU como el mandatario reconocido de una fuerza multinacional de ocupación del país. Esta resolución, que no es otra cosa que el acto de bendición de la ONU a la



conquista de Iraq, fue aprobada unánimemente. La firmaron: Francia, Rusia, China, Alemania, España, Bulgaria, México, Chile, Guinea, Camerún, Angola, Siria, Pakistán, Reino Unido y Estados Unidos. La Francia supuestamente gaullista, la China supuestamente popular, Alemania y Chile supuestamente social-demócratas, Siria supuestamente baasista, Angola rescatada una vez por Cuba de su propia invasión, para no hablar de los demás clientes más familiares de los EU –todos cómplices de la recolonización de Iraq. Esta es la nueva hegemonía mundial. Combatámosla.

* Ensayo presentado en la Conferencia de CLACSO, La Habana, 2003.

PARA UNA CRÍTICA DE LA CATEGORÍA DE TOTALITARISMO: HANNAH ARENDT, LA GUERRA FRÍA Y LOS ORÍGENES DEL TOTALITARISMO *

domenico losurdo

1. Una categoría polisémica

En 1951, en el momento en que Hannah Arendt publica su libro, hacía décadas que el debate sobre el totalitarismo ya estaba abierto. Con todo, el significado del término no está todavía bien definido. ¿Cómo orientarse en lo que, a primera vista, se presenta como un laberinto? Hago aquí abstracción de las ocasiones en las que el adjetivo “totalitario”, más todavía que el sustantivo, tiene una connotación positiva, con referencia a la capacidad atribuida a una religión o a una ideología o visión del mundo cualesquiera de dar una respuesta a *todos* los problemas múltiples que se derivan de una dramática situación de crisis y a la misma pregunta sobre el sentido de la vida, que concierne al hombre en su *totalidad*. Todavía en 1958, aunque rechazando el “totalitarismo legal”, esto es, impuesto por ley, Barth celebrará en estos términos el ímpetu universalista y la eficacia omnicompreensiva del “mensaje” cristiano: “Totalitaria” en cuanto se dirige al *todo*, en cuanto exige de cada hombre y lo exige *totalmente* para sí, es también la libre gracia del evangelio.¹

Concentrémonos en el debate más propiamente político. Podemos distinguir dos filones principales. En *Dialéctica del iluminismo*, Horkheimer y Adorno se ocupan muy

Domenico Losurdo. Filósofo italiano, investigador de la Universidad de Urbino. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Democrazia o Bonapartismo. Trionfo e decadenza del suffragio universale*, Turín, Bollati Boringhieri, 1993; *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma-Bari, Laterza, 1996; *Il peccato originale del novecento*, Roma-Bari, Laterza, 1998.

poco de la Unión Soviética. Más que sobre el Tercer Reich, el discurso trata sobre el “capitalismo totalitario”: “Antes sólo los pobres y los salvajes estaban expuestos a las fuerzas capitalistas. Pero el orden totalitario entrona completamente en sus derechos al pensamiento calculador, y se atiene a la ciencia como tal. Su canon es la cruenta eficiencia propia”.² Las etapas preparatorias del nazismo son aquí individualizadas en la violencia perpetrada por las grandes potencias occidentales en perjuicio de los pueblos coloniales y en aquella consumada, en el corazón



mismo de la metrópolis capitalista, en perjuicio de los pobres y de los marginados recluidos en las fábricas. No es disímil la orientación de una autora, de algún modo influenciada también por el marxismo. Sí, también, a veces establece una proximidad entre la Alemania hitleriana y la Unión Soviética staliniana, Simone Weil denuncia el horror del poder total, del totalitarismo, con la mirada vuelta sobre todo al dominio colonial e imperial: “La analogía entre el sistema hitleriano y la Roma antigua es sorprendente al punto de hacer creer que después de dos mil años sólo Hitler supo copiar correctamente a los romanos”.³ Entre el imperio romano y el Tercer Reich se ubica el expansionismo desenfrenado y desprejuiciado de Luis XIV: “El régimen que estableció ya merecía, por primera vez en Europa desde Roma, el apelativo moderno de totalitario”; “la atroz devastación del Palatinado [de la cual son culpables a las tropas conquistadoras francesas] no tuvo ni siquiera la excusa de la necesidad de la guerra”.⁴ Volviendo hacia atrás respecto de la Roma antigua, Weil lee en clave protototalitaria la narración veterotestamentaria de la conquista de Canaán y de la aniquilación de sus habitantes.

Demos ahora una mirada a los autores de orientación liberal. En su reconstrucción de la génesis de la “democracia totalitaria”, Talmon llega a esta conclusión:

Si [...] el empirismo es aliado de la libertad, y el espíritu doctrinario es por el contrario aliado del totalitarismo, el concepto de hombre como *abstracción*, independiente de las clases históricas [los diversos agrupamientos] a las cuales pertenece, es probable que devenga un potente medio de propagación del totalitarismo.⁵

Claramente, son puestas bajo acusación la *Declaración de los derechos del hombre* y la tradición revolucionaria francesa en su conjunto (no sólo Rousseau, sino también Sieyès).

Pasemos ahora a Hayek: “las tendencias que culminaron en la creación de los sistemas totalitarios no se limitaron a los países que luego se vieron sucumbir a ellos”,⁶ y ellas no llaman en causa sólo a los movimientos comunista y nazifascista. Por cuanto concierne particularmente a Austria:

No fueron los fascistas, sino los socialistas quienes comenzaron a agrupar a los niños, desde la más tierna edad, en organizaciones políticas, de modo de asegurarse que ellos crecieran como buenos proletarios. No fueron los fascistas, sino los socialistas quienes por primera vez pensaron en organizar

para una crítica de la categoría de totalitarismo

deportes y juegos, fútbol y excursiones en clubes partidarios donde los miembros no habrían estado infectados por puntos de vista diversos. Fueron los socialistas quienes por primera vez insistieron en el hecho que los miembros debían distinguirse de los demás por el modo de saludarse y de dirigirse uno al otro.

Hayek puede concluir así: “La idea de un partido político que abraza todas las actividades de un individuo desde la cuna hasta la tumba y que difunde una *Weltanschauung* omniabarcante, es una idea que se remite en primer lugar al movimiento socialista”.⁷ A las espaldas de este movimiento actúa una tradición de más larga data que se reconoce —observará más tarde el patriarca del neoliberalismo— en la “democracia ‘social’ o totalitaria”.⁸ En todo caso, “control económico y totalitarismo” resultan estrechamente entrelazados.⁹

Por lo tanto, si de un lado son puestos bajo acusación, principalmente (aunque no exclusivamente) colonialismo e imperialismo, por el otro, el objetivo principal (aunque no exclusivo) de la polémica está constituido por la tradición revolucionaria que desde 1789 conduce a 1917, pasando por la reivindicación del derecho al trabajo y de la “democracia ‘social’ o totalitaria” de la Revolución de 1848.

En este punto podemos hacer intervenir una distinción ulterior. El totalitarismo, por así decir, de “izquierda”, puede ser criticado a partir de dos puntos de vista sensiblemente diversos. Puede ser deducido de la infausta ideología organicista atribuida a Marx o Rousseau, e incluso a Sieyès (es el enfoque de Talmon y Hayek) o se puede partir de las características materiales de los países en los que el totalitarismo comunista se afirmó. Es de este modo que argumenta Wittfogel: el “estudio comparado del poder total” —así reza el subtítulo de su libro— demuestra que este fenómeno se manifiesta sobre todo en Oriente, en el ámbito de una “sociedad hidráulica”, caracterizada por el estímulo al control total de los recursos hidráulicos necesarios para el desarrollo de la agricultura y de la supervivencia misma de los habitantes. En este contexto, bien lejos de ser el progenitor del totalitarismo comunista, Marx es su crítico *ante litteram*, como lo demuestran sus análisis y su denuncia del “despotismo oriental”, recurriendo a una categoría evocada por Wittfogel ya en el título de su libro.¹⁰

Con todo, de estos presupuestos se deduce que el “poder total” no remite exclusivamente al siglo veinte. He aquí que, entonces, se puede hacer valer una distinción ulterior. Si Arendt insiste acerca de la novedad del fenómeno totalitario, a una conclusión opuesta



llega Popper, para quien el conflicto entre la "sociedad abierta y sus enemigos" parece ser eterno: "aquello que hoy en día llamamos totalitarismo pertenece a una tradición que es tan antigua o tan joven como nuestra propia cultura".¹¹

En fin, hemos visto que el totalitarismo puede ser denunciado mirando principalmente a derecha o a izquierda. Pero no faltan los casos en los que la denuncia proviene de ambientes y personalidades ligadas al nazifascismo y concierne exclusivamente a sus enemigos. En agosto de 1941, en el curso de la campaña, o más bien de la guerra de exterminio contra la Unión Soviética, frente a la obstinada e imprevista resistencia con la que se encuentra, el general alemán Halder la explica con el hecho de que el enemigo se ha preparado cuidadosamente para la guerra "con la completa falta de escrúpulos propia de un Estado totalitario".¹² En este mismo sentido Goebbels, aunque sin hacer recurso del término "totalitarismo", explica la inesperada e inaudita resistencia que encuentra en el Este el ejército invasor, con el hecho de que el bolchevismo, borrando todo rasgo de personalidad libre, "transforma a los hombres en robots" y en "robots de guerra", en "robots mecanizados".¹³ En fin, la acusación de totalitarismo puede alcanzar incluso a los enemigos occidentales del Eje. En 1937, la aspiración de la Italia fascista de alcanzar también ella un imperio colonial, se encuentra en primer lugar con la hostilidad de Inglaterra, la que es entonces acusada por su "gélida y totalitaria discriminación contra todo aquello que no es simplemente inglés".¹⁴

2. El giro de la Guerra Fría y la intervención de Hannah Arendt

A partir de la publicación de *Los orígenes del totalitarismo*, la polisemia del debate aquí delineado sólo en grandes rasgos, tiende a desvanecerse. Todavía en mayo de 1948, Arendt denunciaba el "desarrollo de métodos totalitarios" en Israel, en referencia al "terrorismo" y a la expulsión y deportación de la población árabe.¹⁵ Tres años después no hay más espacio para críticas que conciernen al presente de Occidente. En nuestros días más que nunca, la única tesis *politically correct* es aquélla que toma como objetivo siempre y solamente a la Alemania hitleriana y a la Unión Soviética.

Es la tesis que ha triunfado a partir y en el curso de la Guerra Fría. El 12 de marzo de 1947 Truman proclama la "doctrina" que lleva su nombre: luego de la victoria conseguida en la guerra contra Alemania y Japón, se abre una nueva fase en la lucha por la causa de la libertad. La amenaza proviene ahora de la Unión Soviética: "regímenes totalitarios impuestos sobre pueblos libres, mediante agresión directa o indirecta, minan los fundamentos de

para una crítica de la categoría de totalitarismo

la paz internacional y, por lo tanto, la seguridad de los Estados Unidos".¹⁶

El blanco está precisado aquí con claridad: no se trata de proceder retrospectivamente respecto del siglo XX; por otro lado, no tiene sentido golpear, junto a los comunistas, también a los socialistas: por graves que puedan haber sido sus responsabilidades en el pasado ahora ellos son, la mayor parte de las veces, aliados de Occidente. Incluso un enfoque similar al ilustrado más arriba por Wittfogel, sería equívoco por dos razones: la categoría de "despotismo oriental" difícilmente podría legitimar la intervención de los Estados Unidos, por ejemplo, en la guerra civil que ha estallado en China donde, inmediatamente después de la proclamación de su doctrina, precisamente en nombre de la lucha contra el totalitarismo, Truman se empeña en sostener a Chiang Kai-Shek.¹⁷ Por otro lado, la insistencia acerca de las condiciones objetivas que explicarían la afirmación del "poder total", volvería más difícil y menos agresiva la acusación contra los comunistas. Es por esto que termina prevaleciendo el enfoque deductivista. La Guerra Fría se configura como una guerra civil internacional que lacera transversalmente todos los países: para el Occidente el mejor modo de afrontarla es presentarse como el campeón de la lucha contra el nuevo totalitarismo, al que se juzga como la consecuencia necesaria e inevitable de la ideología y del programa comunistas.

¿Cómo colocar la intervención de Hannah Arendt en este contexto? Inmediatamente después de su publicación, *Los orígenes del totalitarismo* es sometido a dura crítica por obra de Golo Mann:

Las primeras dos partes de la obra tratan sobre la prehistoria del Estado total. Pero aquí el lector no encontrará lo que está habituado a encontrar en estudios semejantes, esto es, investigaciones sobre la historia particular de Alemania, de Italia o de Rusia [...] En cambio Hannah Arendt dedica dos tercios de sus esfuerzos al antisemitismo y al imperialismo, y sobre todo al imperialismo de matriz inglesa. No alcanzo a seguirla [...] Sólo en la tercera parte, en vista de la cual fue emprendido todo el trabajo, Hannah Arendt parece estar verdaderamente en tema.¹⁸

Por lo tanto, estarían sustancialmente fuera de lugar las páginas dedicadas al antisemitismo y al imperialismo; y sin embargo se trata de explicar la génesis de un régimen, como el hitleriano, que declaradamente ambicionaba edificar en Europa central y oriental un gran imperio colonial fundado sobre el dominio de una raza blanca y aria pura, luego de haber liquidado para siempre el



bacilo judío de la subversión, que alimentaba la revuelta de los *Untermenschen* y de las razas inferiores.

Y sin embargo Golo Mann percibe un problema real. ¿Cómo se armonizan la última parte del libro de Arendt, que se ocupa en modo exclusivo de la Unión Soviética staliniana y el Tercer Reich, con las primeras dos, que desarrollan una requisitoria contra Francia (por el antisemitismo) y, en particular, contra Inglaterra (por el imperialismo)? Este último es el país que ha tenido un rol central y funesto en el curso de la lucha contra la Revolución francesa: Burke no se limitó a defender a la nobleza feudal en el plano interno, sino que extendió “el principio de tales privilegios hasta incluir en ellos al entero pueblo británico, elevado así al rango de aristocracia entre las naciones”. Es aquí que se debe buscar la génesis del racismo, “la principal arma ideológica del imperialismo”.¹⁹ Se comprende entonces que estas turbias ideologías se hayan afirmado particularmente en Inglaterra, obsesionada “por las teorías hereditarias y su equivalente moderno, la eugenesia”. Sí, la posición de Disraeli no es diferente de la de Gobineau: tenemos que habérmolas con dos “devotos sostenedores de la ‘raza’²⁰; pero sólo el primero logró ascender a posiciones de tal poder y prestigio. Por lo demás, es sobretodo en las colonias inglesas que comienza a ser teorizado y experimentado por las “razas sometidas” un poder sin las limitaciones que conoce en la metrópolis capitalista. Ya en el ámbito del imperio británico aparece la tentación de las “masacres administrativas” como instrumento para mantener el dominio.²¹ Es desde aquí que se debe partir para comprender la ideología y la práctica del Tercer Reich. Se da un retrato de Lord Cromer que no carece de analogías con aquél que posteriormente dedicará a Eichmann: la banalidad del mal parece encontrar una encarnación primera y más débil en el “burócrata imperialista” británico que, “en la fría indiferencia, en la genuina falta de interés por los pueblos administrados”, desarrolla una “filosofía del burócrata” y “una nueva forma de gobierno”, “una forma de gobierno más peligrosa que el despotismo y la arbitrariedad”.²² Impiadosa es esta requisitoria, si no fuera que ella se desvanece como por encanto en la tercera parte de *Los orígenes del totalitarismo*.

El hecho es que el libro de Hannah Arendt resulta, en realidad, de dos estratos diferentes, que reenvían a dos períodos de composición diversos y separados entre sí por la cesura epocal del estallido de la Guerra Fría. Todavía en Francia, la autora veía el trabajo que estaba escribiendo “como una obra exhaustiva sobre el antisemitismo y el imperialismo, y una investigación histórica sobre aquel fenómeno que llamaba entonces ‘imperialismo racial’, esto es,

para una crítica de la categoría de totalitarismo

sobre la forma más extrema de opresión de las minorías nacionales por parte de las naciones dominantes de un Estado soberano”.²³ En este momento, lejos de ser un blanco, la Unión Soviética es más bien un modelo. Se le debe atribuir el mérito —observa Arendt en el otoño boreal de 1942 (entre tanto ha arribado a los Estados Unidos y desde allí sigue los desarrollos de la operación Barbarroja desencadenada por Hitler)— de haber “simplemente liquidado el antisemitismo”, en el ámbito de “una solución justa y muy moderna de la cuestión nacional”.²⁴ Aún más significativo es un texto de octubre de 1945:

En lo que respecta a Rusia aquello a lo que todo movimiento político y nacional debería prestar atención —su modo, completamente nuevo y exitoso, de afrontar y componer los conflictos de nacionalidad, de *organizar* poblaciones diferentes sobre la base de la igualdad nacional— fue pasado por alto tanto por los amigos como por los enemigos.²⁵

He recurrido a las cursivas para evidenciar la inversión de posiciones que se verificará algunos años después, cuando a Stalin se le reprochará la desarticulación intencional de las organizaciones ya existentes, a fin de producir artificialmente esa masa amorfa que es el presupuesto para el advenimiento del totalitarismo.

A juzgar por la tercera parte de *Los orígenes del totalitarismo*, lo que caracteriza al totalitarismo comunista es el sacrificio, inspirado y estimulado por Marx, de la moral sobre el altar de la filosofía de la historia y de sus leyes necesarias. Muy diversamente se había expresado Arendt en enero de 1946:

En el país que nombró a Disraeli como su primer ministro, el judío Karl Marx escribió *El capital*, un libro que en su celo fanático por la justicia alimentó la tradición judía de modo mucho más eficaz que el afortunado concepto de “hombre elegido de la raza elegida”.²⁶

Aquí Marx es contrapuesto en cuanto teórico de la justicia, neta y positivamente, a un primer ministro inglés que enuncia teorías posteriormente heredadas y radicalizadas por el Tercer Reich.

En el pasaje desde las primeras dos partes, escritas todavía bajo la emoción de la lucha contra el nazismo, a la tercera, que reenvía al estallido de la Guerra Fría, la categoría de imperialismo (que subsume en primer lugar a Gran Bretaña y al Tercer Reich, esta suerte de estadio supremo del imperialismo) cede su lugar a la



categoría de totalitarismo (que subsume a la Unión Soviética staliniana y al Tercer Reich).

Las *species* del *genus* imperialismo no coinciden con las *species* del *genus* totalitarismo; incluso la *species* que aparentemente permanece inmutable, Alemania, en el primer caso es llamada en causa a partir de, por lo menos, Guillermo II; en el segundo caso, sólo a partir de 1933. Al menos en cuanto respecta a la coherencia formal, se presenta más riguroso el diseño inicial que, luego de haber esclarecido el *genus* "imperialismo", en su indagación de las diferencias específicas de este fenómeno afrontaba el análisis de la *species* "imperialismo racial". ¿Pero entonces de qué modo las categorías de totalitarismo e imperialismo pueden ser ligadas en un todo coherente? ¿Y cuál es la relación que une a ambas a la de antisemitismo? Las respuestas que Arendt da a estas interrogantes dan la impresión de una armonización artificiosa entre dos estratos que continúan siendo difícilmente compatibles entre sí.

Más que un libro, *Los orígenes del totalitarismo* son en realidad dos libros superpuestos, a los cuales, a pesar de los ajustes sucesivos, la autora no logra conferir una unidad sustancial. Al reseñar la obra, eminentes historiadores e historiadores de las ideas (Carr y Stuart Hughes), aunque expresándose con respeto e incluso con admiración, no tienen dificultad en advertir la desproporción entre los conocimientos reales y profundos acerca del Tercer Reich de la autora y las informaciones aproximativas sobre la Unión Soviética; sobre todo, subrayan cuánto hay de forzado en la tentativa de adaptar el análisis de la Unión Soviética (que remite al estallido de la Guerra Fría) al del Tercer Reich (que remite a los años de la gran coalición contra el fascismo y el nazismo).²⁷

3. La Guerra Fría y las sucesivas adaptaciones de la categoría de totalitarismo

Los orígenes del totalitarismo habla de los campos de concentración siempre y solamente en relación con la Unión Soviética y el Tercer Reich. Llama la atención, sobre todo, el silencio sobre una experiencia directa que Hannah Arendt tuvo de esta institución total: junto a tantos otros alemanes, fugitivos de la Alemania nazi y convertidos en sospechosos poco después del estallido de la guerra, en cuanto seguían siendo, al fin de cuentas, ciudadanos de un Estado enemigo, fue internada por algún tiempo en Gurs. Las condiciones debieron haber sido bastante duras: se tenía la impresión —recuerda Arendt en 1943— que "en todo caso habíamos sido llevados allí *pour crever* [para reventar]", tanto que en algunos de los internados surge por un instante la tentación del «suicidio» como «acción colectiva» de protesta.²⁸

En el momento en que *Los orígenes del totalitarismo* ve la luz, el campo de concentración es una institución siniestramente vital también en Yugoslavia, donde, sin embargo, son reclusos los comunistas fieles a Stalin. Más en general, en el país balcánico la dictadura no es, ciertamente, menos férrea que en Europa oriental. Sin embargo, en el caso de Yugoslavia, que, habiendo roto con la Unión Soviética se ha alineado con Occidente, pueden ser constatados —observará en 1953 el secretario de Estado, Dulles— "ciertos aspectos de despotismo", pero nada más.²⁹ Es un juicio de algún modo avalado por el silencio observado a tal propósito por Arendt.

En la consolidación ulterior del peso de la Guerra Fría intervienen otros detalles: «Mussolini, que tanto amaba el término totalitario, no intentó instaurar un régimen completamente totalitario, conformándose con la dictadura del partido único». La España de Franco y el Portugal de Salazar son asimilados a la Italia fascista.³⁰ De este modo, se ahorra la acusación de totalitarismo a los dos países que habían entrado a formar parte de la Nato. En este punto la lucha entre antitotalitarismo y totalitarismo coincide perfectamente con la lucha entre los dos bloques.

Si bien se le ahorra a España, a Portugal y a la misma Yugoslavia, la acusación de totalitarismo alcanza, o toca incluso, a países inesperados:

Una forma de gobierno semejante [totalitario, D.L.] parece encontrar condiciones favorables en los países del tradicional despotismo oriental, en la India y en la China, donde hay una reserva humana casi inagotable, capaz de alimentar la máquina totalitaria acumuladora de poder y devoradora de individuos y donde además el sentido de la superfluidad de los hombres, típico de las masas (y absolutamente nuevo en Europa, un fenómeno asociado a la desocupación general y al incremento demográfico de los últimos 150 años) ha dominado por siglos sin rival en lo que hace al desprecio de la vida humana.³¹

Vale la pena observar que, aunque gozando de un régimen parlamentario, la India es en este momento aliada de la Unión Soviética.

Según Arendt, el totalitarismo comunista, inspirado y estimulado por Marx, sacrifica la moral en nombre de la legalidad necesaria de la filosofía de la historia y de sus leyes «necesarias». El argumento hecho valer en *Los orígenes del totalitarismo* lo podemos leer en una intervención, de marzo de 1949, de Dean Acheson, Secretario de Estado norteamericano en la



administración Truman: la Nato es la expresión de la comunidad atlántica y occidental, unida "por comunes instituciones y sentimientos morales y éticos" y en lucha contra un mundo sordo a las razones de la moral y, por el contrario, inspirado por el "sentimiento comunista según el cual la coerción mediante la fuerza constituye el método apropiado para apurar lo inevitable".³²

Sin embargo, aun con las sustanciosas concesiones al clima ideológico de la Guerra Fría, algo del proyecto originario de *Los orígenes del totalitarismo* puede seguirse advirtiendo incluso en la tercera parte del libro. Ello se hace evidente en la distinción entre la dictadura revolucionaria de Lenin y el régimen propiamente totalitario de Stalin. Lenin rompe con la política zarista de opresión de las minorías nacionales y organiza el mayor número posible de nacionalidades, favoreciendo el surgimiento de una conciencia nacional y cultural hasta en los grupos étnicos más atrasados, los cuales logran organizarse como entidades nacionales y culturales autónomas por primera vez. Algo análogo se verifica también para las otras formas de organización social y política: los sindicatos, por ejemplo, conquistan una autonomía organizativa desconocida en la Rusia zarista. Todo ello representa un antídoto respecto del régimen totalitario, que presupone una relación directa e inmediata entre el jefe carismático por un lado y la masa amorfa y atomizada por el otro. La estructura articulada alzada por Lenin fue sistemáticamente desmantelada por Stalin, quien, para imponer el régimen totalitario al que apunta, necesita desorganizar la masa, de modo que pueda convertirse en el objeto del poder carismático e indiscutido del jefe infalible.³³

¿Cómo explicar el pasaje de Lenin a Stalin? ¿Y por qué la sociedad articulada y organizada surgida de la ola revolucionaria no alcanza a oponerse eficazmente a la obra sistemática de desarticulación y desorganización que desemboca en la imposición del régimen totalitario? Leamos la respuesta: "Sin duda Lenin sufrió su mayor derrota cuando, con el estallido de la guerra civil, el poder supremo que originariamente había proyectado concentrar en los Soviets pasó definitivamente a las manos de la burocracia".³⁴ Pero entonces el pasaje al régimen totalitario no es el resultado inevitable de un pecado original ideológico (la filosofía de la historia de Marx), sino, en primer lugar, el producto de circunstancias históricas bien determinadas y, por lo demás, de circunstancias históricas que implican directamente la responsabilidad de las potencias occidentales, de los países de consolidada tradición liberal, empeñados en alimentar de cualquier modo la guerra civil antibolchevique. Por otro lado, no se comprende bien cómo pueda todavía estar vigente la

asimilación entre bolchevismo y nazismo, sobre la cual ciertamente insiste la tercera parte de *Los orígenes del totalitarismo*. Fue Lenin y no Stalin quien edificó el partido bolchevique. Sobre todo, se justifica poco la acusación a Marx. Pero, según Arendt, en la conducción de su política, Lenin habría estado guiado más por su instinto de gran estadista que por el programa marxista propiamente dicho. En realidad, las medidas de emancipación de las minorías nacionales habían sido precedidas por un largo y complejo debate sobre la cuestión nacional vista, por lo demás, a la luz del marxismo.



El desfase entre el proyecto inicial y la composición posterior de *Los orígenes del totalitarismo* comporta una oscilación que es también de carácter metodológico. Por una parte, Arendt se permite una interpretación deductivista del fenómeno totalitario, claramente cercana a la de los autores liberales citados antes: el totalitarismo staliniano es interpretado entonces como la consecuencia lógica e inevitable de la ideología marxista. Por otra parte, ella se ve constreñida a remitir a las condiciones históricas particulares que explican el advenimiento del régimen totalitario staliniano: guerra civil, agresión internacional de las potencias de la Entente (pero este punto es sólo sobrevolado por nuestra autora), desmontaje de las estructuras organizativas, etcétera. La distinción entre leninismo y stalinismo, entre dictadura revolucionaria y régimen totalitario posterior, interrumpe aquella línea de continuidad férrea y meramente ideológica, desde Marx hasta el totalitarismo, instituida por Hayek y Talmon.

No por casualidad, esta distinción es uno de los blancos de la polémica de Golo Mann. El otro, todavía más relevante, está constituido por las primeras dos partes de *Los orígenes del totalitarismo* en su conjunto. Más allá de las reservas expresadas en la recensión, es elocuente sobre todo el diálogo que el historiador cuenta haber mantenido con Jaspers. Es una invitación a tomar distancia de las posiciones heréticas expresadas por la discípula:

"¿Cree que el imperialismo inglés, en particular Lord Cromer en Egipto tenga algo que ver con el Estado totalitario? ¿O el antisemitismo francés, el caso Dreyfus?" "¿Eso escribe?" "Pero ciertamente, les dedica tres capítulos". Confiando ciegamente en la amiga amada, había aconsejado la lectura del libro que él, en cambio, había leído apresuradamente.³⁵

Golo Mann tenía razón. Respecto del totalitarismo Jaspers es decididamente más ortodoxo que Arendt, quien en sus obras posteriores termina siendo influida por las críticas que le

dirigieron. Como surge en particular en el ensayo *Sobre la Revolución*. Aquí Marx es el autor de la “doctrina políticamente más dañina de la edad moderna: que la vida sea el bien supremo y que el proceso vital de la sociedad es el centro mismo de todo esfuerzo humano”. El resultado es catastrófico:

Este giro conduce a Marx a una verdadera y propia capitulación de la libertad frente a la necesidad. Hace así lo que su maestro de revolución, Robespierre, había hecho antes que él y lo que su más grande discípulo, Lenin, habría de hacer después de él en la revolución más grandiosa y terrible que sus enseñanzas hayan hasta ahora inspirado.³⁶

Ahora no sólo se ha desvanecido en Marx el “celo fanático por la justicia”, del cual Arendt habla en 1946 y del que se habían perdido largamente los rastros cinco años después. El elemento novedoso más relevante es otro: el recorrido que desde Marx conduce al totalitarismo pasando por Lenin es ahora directo y sin obstáculos. A las espaldas de Marx actúa la Revolución francesa, y ella también está involucrada plenamente en el juicio de condena, en un giro ulterior respecto de *Los orígenes del totalitarismo*.

Queda claro el aplanamiento a partir del enfoque deductivista de Talmon y Hayek, así como resulta claro el triunfo conseguido por Golo Mann. Más allá de las concesiones que le hace Arendt, en nuestros días ha prevalecido una lectura de *Los orígenes del totalitarismo* que parece tener en cuenta las preocupaciones ideológicas expresadas por él. En efecto ¿quién hoy, en el ámbito del debate sobre el totalitarismo, recuerda todavía a Lord Cromer y su «nueva forma de gobierno», aún «más peligrosa que el despotismo»? ¿Y quién menciona las «masacres administrativas», cuya tentación acompaña como una sombra la historia del imperialismo? ¿Quién hace intervenir todavía la categoría de imperialismo? De las dos secciones de las que resulta el libro de Hannah Arendt, es utilizada e interrogada sólo aquella menos válida, aquella en la que mayormente se advierte el peso de inmediatas preocupaciones ideológicas y políticas. Al reseñar *Los orígenes del totalitarismo* Golo Mann sintetiza así el sentido de sus críticas: “Todo es demasiado sutil, demasiado inteligente, demasiado artificioso [...] Brevemente, habríamos preferido en el conjunto un tono más robusto, más positivo”.³⁷ En efecto, la teoría del totalitarismo rápidamente se ha vuelto menos “sutil” y más “robusta” y “positiva”. Se adaptó plenamente a las exigencias de la Guerra Fría. Derivado del organicismo o del holismo de derecha o izquierda y deducible de algún modo *a priori* de esta fuente

para una crítica de la categoría de totalitarismo

ideológica envenenada, el totalitarismo, en sus dos diversas configuraciones explica todo el horror del siglo XX: ésta es la *vulgata* hoy dominante.

4. Teoría del totalitarismo y selección del horror del siglo XX

Es una *vulgata* que no intenta siquiera interrogarse sobre algunas catástrofes centrales del siglo, a las cuales, sin embargo, pretende explicar. Procedamos retrospectivamente respecto de la Revolución de octubre, que constituiría el punto de partida de las vicisitudes del totalitarismo. ¿Cómo interpretar entonces la Primera Guerra Mundial, con sus secuelas de movilización total, de regimentación total, de ejecuciones masivas incluso en el propio campo, de despiadadas puniciones colectivas, que implican, por ejemplo, la deportación y el exterminio de los armenios? ¿Y en cuál contexto colocar, todavía antes, las guerras balcánicas, con las masacres que la caracterizaron? Retrocediendo aún más, ¿cómo interpretar la tragedia de los herero, considerados inadaptables como fuerza de trabajo servil y, en consecuencia, condenados a la aniquilación mediante órdenes explícitas a los inicios del siglo XX?

En lugar de retroceder, ahora avancemos a partir de la Primera Guerra Mundial y la Revolución de octubre. Poco más de dos décadas después, el campo de concentración hace su aparición también en los Estados Unidos, donde, como consecuencia de una orden ejecutiva de Franklin Delano Roosevelt, son recluidos en campos de concentración todos los ciudadanos norteamericanos de origen japonés, incluyendo mujeres y niños.

En este mismo momento, en Asia, la guerra conducida por el “imperio del sol naciente” asume formas particularmente repugnantes. Con la conquista de Nanking, la masacre deviene una suerte de disciplina deportiva y, al mismo tiempo, de diversión: ¿quién logrará ser más rápido y eficiente en la decapitación de los prisioneros? La deshumanización del enemigo alcanza así una rotundidad ciertamente rara y quizás con características de “unicidad”: para los experimentos de vivisección se utiliza, en lugar de animales, a los chinos, quienes, por otra parte constituían el blanco viviente de los soldados japoneses en sus ejercicios de carga con la bayoneta. La deshumanización alcanza también plenamente a las mujeres que, en los países invadidos por el Japón, son sometidas a una brutal esclavitud sexual: son las *comfort women*, obligadas a trabajar a ritmos infernales a fin de que el ejército de ocupación se recupere de las fatigas de la guerra y a menudo eliminadas, una vez vueltas inútiles a causa de la explotación o las enfermedades conexas.³⁸

La guerra en el extremo oriente, que ve al Japón comportarse



cruelmente respecto de los prisioneros ingleses y norteamericanos, y recurrir incluso a las armas bacteriológicas contra China, concluye con el ataque atómico de Hiroshima y Nagasaki, contra un país que ya está exhausto y se prepara para rendirse: es por ello que existen estudiosos norteamericanos que han parangonado la aniquilación de la población civil de las dos ciudades japonesas totalmente indefensas con el exterminio de los judíos consumado por el Tercer Reich en Europa.

De todo ello no hay rastros en el libro de Hannah Arendt. El Japón apenas aparece en el índice analítico: a la guerra en Asia sólo se hace una fugaz mención para denunciar el totalitarismo chino, y ni siquiera sólo del partido comunista, sino de un entero país a cuyas espaldas actúa, como hemos visto, el “despotismo oriental”. Más allá del peso de la Guerra Fría –entretanto el Japón ha entrado a formar parte del alineamiento antitotalitario– surgen aquí todos los límites de la categoría de totalitarismo.

Ella no alcanza a explicar adecuadamente ni siquiera las tragedias de las que se ocupa en forma específica. La «solución final» tiene a las espaldas dos etapas inmediatamente precedentes. En el curso de la Primera Guerra Mundial, es la Rusia zarista (un país aliado de la Entente) la que promueve la deportación masiva de las zonas fronterizas de los judíos, sospechados de escasa lealtad respecto de un régimen que los oprime. Luego de la caída del zarismo y el estallido de la guerra civil, son las tropas blancas (apoyadas por la Entente) las que desencadenan la caza al judío, considerado como el inspirador oculto de la revolución “judeo-bolchevique”: de allí resultan masacres que –subrayan los historiadores– parecen ciertamente anticipar la “solución final”.³⁹

5. Un deductivismo arbitrario e inconcluyente

Si son clamorosas las remociones de la teoría del totalitarismo hoy dominante, es claramente insostenible el enfoque puramente deductivo sobre el cual ella se apoya. En el comunismo esbozado por Marx desaparecen el Estado, la nación, la religión, las clases sociales, todos los elementos constitutivos de una identidad metaindividual: no tiene ningún sentido hablar de organicismo y derivar de este presunto pecado original la aniquilación del individuo en el ámbito del sistema totalitario. En lo que respecta al sacrificio de la moral en el altar de la filosofía de la historia, este motivo ya está refutado anticipadamente o drásticamente problematizado por la propia Arendt en enero de 1946, quien pinta a Marx como una suerte de profeta hebreo sediento de justicia.

El enfoque puramente deductivo se revela arbitrario e

para una crítica de la categoría de totalitarismo

inconcluyente, incluso en relación con el Tercer Reich. Repasemos el árbol genealógico del nazismo como es reconstruido comúnmente por los historiadores más autorizados. El encuentro con Chamberlain es obligado: según Nolte, es un “buen liberal” que “alza la bandera de la libertad individual”.⁴⁰ En efecto, tenemos que vérnoslas con un autor para el cual el germanismo (sinónimo en última instancia de Occidente) se caracteriza por el rechazo resuelto del absolutismo monárquico y de toda visión del mundo que sacrifique al “singular” en el altar de la colectividad. No por casualidad, es Locke el “reelaborador de la nueva visión del mundo germánica”; y, si se quiere encontrar precedentes, se deben buscar en Ockam y antes incluso en Duns Scoto, para quien la “única realidad” está constituida por el “individuo”.

Una reconstrucción histórica de los orígenes culturales del Tercer Reich no puede ignorar de ningún modo a Gobineau: el autor del *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* celebra “las tradiciones liberales de los arios”, los cuales desde hace tiempo resisten esta “monstruosidad cananea” que es la idea de “patria”. Si luego en este contexto insertamos también a Langbehn, como sugiere, entre otros, Mosse,⁴¹ vemos que es todavía más neta la profesión de fe individualista, así como la celebración del “espíritu santo del individualismo” y del “principio alemán del individualismo”, esta “estimulante fuerza fundamental y originaria de todo germanismo”. Los países señalados como modelo son, por lo demás, los países clásicos de la tradición liberal. Si Gobineau dedica su libro a “Su Majestad Jorge V”. Langbehn celebra al pueblo inglés como “el más aristocrático entre todos los pueblos” y “el más individual entre todos los pueblos”, así como Le Bon (un autor muy querido para Goebbels) contrapone constante y positivamente el mundo anglosajón al resto del planeta.⁴²

¿Pero, por qué ir tan lejos? Abramos *Mein Kampf*. Es dura la polémica contra una visión del mundo que, pretendiendo atribuir al Estado una “fuerza creativa y productiva de cultura”, desconoce no sólo el valor de la raza, sino que además es también culpable de “subvalorar a la persona”, aún más, de la “persona singular”.⁴³ La “cultura de la humanidad” reposa en primer lugar “sobre la genialidad y la energía de la personalidad”;⁴⁴ y, por lo tanto, nunca se debe perder de vista al “hombre singular”, al “ente singular” (*Einzelwesen*) en su irreductible peculiaridad,⁴⁵ a los “hombres singulares” en sus “múltiples y sutilísimas diferenciaciones”.⁴⁶ Hitler aspira a presentarse como el defensor auténtico y coherente del valor de la “personalidad”, del “sujeto”, de la “fuerza creativa y la capacidad de la persona singular, del significado superior de la personalidad”, del “principio de la



personalidad” contra el “principio democrático de la masa”, que encuentra, por cierto, en el marxismo su expresión más consecuente y repugnante.⁴⁷ Si el marxismo niega “el valor de la persona”, el movimiento nazi “debe promover con todos los medios el respeto de la persona, no debe nunca olvidar que en el valor personal reside el valor de todo lo que es humano y que toda acción es el producto de la fuerza creativa de un hombre singular”.⁴⁸

Naturalmente, es fácil leer también en el nazismo llamados a la unidad coral en la lucha contra el enemigo: pero éste es un motivo al cual, por obvias razones, recurre, con modalidades diversas en cada ocasión, la ideología de la guerra de todos los países comprometidos en la Segunda Guerra de los Treinta Años. Ciertamente, sería necesario indagar a través de cuáles procesos la celebración del “individuo”, de la “personalidad” y del “singular” se transforma, de modo consciente o subrepticio, en la celebración de la cultura o del pueblo que está en grado de comprender realmente estos valores, con la consiguiente jerarquización de los pueblos y la condena de las razas consideradas intrínsecamente e irremediabilmente colectivistas.⁴⁹ Pero ésta es una dialéctica que se manifiesta también en el ámbito de la tradición liberal y que, en todo caso, no puede ser descrita mediante la categoría de organicismo u holismo.

En la mejor de las hipótesis, querer explicar el totalitarismo con el organicismo o con el sacrificio de la moral en el altar de la filosofía de la historia es como explicar la virtud soporífera del opio remitiendo a su *vis dormitiva*.

6. Totalitarismo y partido único

Pero ahora hagamos una abstracción completa de los orígenes culturales del totalitarismo y concentrémonos en sus características. Ellas serían individualizadas como “una ideología [de Estado], en un partido único, generalmente dirigido por un solo individuo, mediante una conducta terrorista, el monopolio de los medios de comunicación, el monopolio de la violencia y una economía directamente gobernada por un poder central”.⁵⁰ La primera de las dos últimas características –admiten los autores de esta definición– quizás remite a la naturaleza del Estado en cuanto tal, y la segunda puede ser verificada también en Gran Bretaña, en ese momento (1956), profundamente marcada por las nacionalizaciones y las reformas sociales laboristas. Conviene entonces concentrarse sobre las otras características. ¿El monopolio de los medios de información remite exclusivamente a la dictadura totalitaria? Como debería ser conocido, en el curso de la Primera Guerra Mundial

para una crítica de la categoría de totalitarismo

Wilson creó un Comité de Información Pública que proveía a la prensa cada semana de 22 000 columnas de noticias, reteniendo todo lo que era considerado como susceptible de favorecer al enemigo. ¿Sería entonces la “conducta terrorista” lo que define de modo peculiar al totalitarismo? Se tiene la impresión de que los dos autores aquí citados ignoraban la historia del país al cual habían emigrado y en el que vivían. En base a la *Espionage Act* del 16 de mayo de 1918 se podía ser condenado hasta con veinte años de cárcel por haberse expresado “desleal, irreverente, vulgar o abusivamente sobre la forma de gobierno de los Estados Unidos, o sobre la Constitución de los Estados Unidos, o sobre las fuerzas militares o navales de los Estados Unidos, o sobre la bandera [...] o sobre el uniforme del ejército o de la marina de los Estados Unidos”. Son autorizados historiadores estadounidenses los que subrayan que las medidas promulgadas en el curso del primer conflicto mundial apuntaban “a borrar la más mínima traza de oposición”. Y a la violencia desde arriba se entrelaza la violencia desde abajo, tolerada y estimulada por las autoridades, lo que se expresa en una caza despiadada contra cualquiera que sea sospechoso de escaso fervor patriótico.⁵¹



En lo que respecta entonces al “partido único, generalmente dirigido por un solo individuo”, asistimos aquí a la amalgama y a la confusión de dos problemas sensiblemente diversos entre sí. Sobre el rol del líder puede ser interesante una comparación. Cuando en 1950 estalla la guerra en Corea, si Truman no tiene ninguna dificultad para decidir la intervención independientemente del Congreso,⁵² Mao, por el contrario, debe enfrentar y derrotar la dura oposición que encuentra en el ámbito del Buró Político y que inicialmente hasta lo deja en minoría.⁵³ Resta el hecho de que, a diferencia de los Estados Unidos, en China rige el partido único y que esta característica es común a los regímenes totalitarios. Además de detentar el monopolio de la acción política, es un partido-ejército y al mismo tiempo, sobre todo en el caso de los comunistas, un partido-iglesia. ¿Ello confirma la validez de la teoría del totalitarismo?

Por el contrario, si esta teoría apunta en modo exclusivo al comunismo y al nazismo, ella ya fue refutada por Hayek, que justamente hace intervenir también en la comparación a los partidos socialistas. En efecto, al deplorar la incapacidad de la prensa burguesa para influir sobre las “grandes masas”, y al declarar que es necesario saber aprender de las campañas de agitación lanzadas por el marxismo, Hitler [no debería ser Hayek? LR] se refiere en primer lugar a la “prensa socialdemocrática” y a los “agitadores” (oradores y periodistas) de la socialdemocracia.⁵⁴

Pero, a su vez, Hayek se equivoca al limitarse a la observación empírica, sin siquiera interrogarse acerca de las razones del fenómeno (el partido-ejército y el partido-iglesia) que él constata y deplora. Los partidos socialistas aspiran a romper el monopolio burgués de los medios de información, de allí que promuevan la publicación de diarios partidarios, organicen escuelas para la formación de cuadros, etcétera. Es un problema que la burguesía no se plantea: ella puede contar con el control del aparato escolar y de la gran prensa de información, y tanto más con el sostén que, de modo directo o indirecto, reciben de las iglesias y de otras asociaciones y articulaciones de la sociedad civil. La legislación antisocialista promulgada por iniciativa de Bismarck impone al partido la necesidad de adaptarse a las condiciones de la ilegalidad e igualmente hace surgir la aspiración a romper también el monopolio burgués de la violencia. Es una dialéctica que se desarrolla ya en el curso de la Revolución francesa. La burguesía se esfuerza por mantener el monopolio de la violencia imponiendo cláusulas censitarias hasta para el enrolamiento en la Guardia Nacional; he aquí entonces que sobre la vertiente opuesta se organizan partidos que también son organizaciones de lucha.

Esta dialéctica alcanza su culminación en la Rusia zarista. Al desarrollar la teoría del partido, Lenin tiene presente el modelo constituido por la socialdemocracia alemana, cuya estructura centralizada será, con todo, ulteriormente reforzada para poder enfrentar el desafío representado por la autocracia zarista y por un régimen policíaco particularmente astuto y carente de escrúpulos. Se comprende entonces que el partido bolchevique se revele más que ningún otro, a la altura del estado de excepción permanente que, a partir de la Primera Guerra Mundial, caracteriza a Rusia y a Europa. De este modo se vuelve un modelo, no sólo para los comunistas, sino también para sus antagonistas. En abril de 1923, Bujarín observa en el XII Congreso del Partido Comunista Ruso (bolchevique):

Los fascistas, más que cualquier otro partido, han hecho propia y ponen en práctica la experiencia de la Revolución rusa. Si los consideramos desde el punto de vista formal, esto es, desde el punto de vista de la técnica de sus procedimientos políticos, se tiene una perfecta aplicación de la táctica bolchevique y específicamente del bolchevismo ruso: en el sentido de una rápida concentración de la fuerza y de una acción energética por parte de una organización militar sólida y compacta.⁵⁵

La contigüidad que en Hayek es sinónimo de cercanía ideológica

para una crítica de la categoría de totalitarismo

y política, aquí es sinónimo de antagonismo. A la tentativa de los partidos obreros de romper el monopolio burgués de la violencia, la burguesía responde rompiendo el monopolio socialista y comunista de los partidos de lucha: ésta es la lectura de Bujarín.

Por lo demás, la secuencia temporal fijada por Hayek es esquemática y aproximativa. En situaciones diversas, son los socialistas quienes deben aprender de sus antagonistas. En Italia, mientras las organizaciones sindicales y políticas de las clases populares son sistemáticamente destruidas por el asalto fascista (estamos a la vigilia de la marcha sobre Roma, esto es, del golpe de Estado monárquico-mussoliniano), Guido Picelli (por entonces, socialista) advierte la necesidad de romper con la tradición legalista en la tentativa de organizar una defensa:

Hoy, en cambio, se necesitan métodos nuevos. Frente a la fuerza armada se necesita la fuerza armada. De aquí la necesidad de la formación en Italia del "ejército rojo proletario". Lamentablemente los hechos han demostrado suficientemente, y algunos pocos lo hemos sostenido desde el principio, que al fascismo se lo vence en el terreno de la violencia, al cual él primeramente nos ha arrastrado. La resignación cristiana aconsejada por los maestros del método reformista ha vuelto arrogante al enemigo y conducido a la ruina a nuestras organizaciones [...] El proletariado necesita un nuevo órgano de defensa y de batalla: "su ejército". Nuestras fuerzas deben encuadrarse y disciplinarse voluntariamente. El obrero debe transformarse en soldado, soldado proletario, pero "soldado" [...] La burguesía no ha creado un partido para atacarnos, lo que habría sido insuficiente, sino un organismo armado, su ejército: el fascismo. Debemos hacer lo mismo.⁵⁶

Es especialmente arbitrario el punto de partida indicado por Hayek. Tranquilamente se puede proceder retrospectivamente del punto de partida que él indica (la formación de los partidos socialistas). Una vez más, estamos en presencia de una dialéctica que se manifiesta ya en el curso de la Revolución francesa: si las secciones populares jacobinas son la respuesta al monopolio burgués y propietario de la Guardia Nacional, la *jeunesse dorée* es la réplica burguesa y propietaria al monopolio popular del partido organizado para la lucha. La clase dominante que profesa el liberalismo está ausente de este choque sólo en apariencia: las organizaciones protofascistas que se constituyen en Francia a los inicios del siglo XX funcionan como una «policía auxiliar» del poder y de la clase dominante.⁵⁷



Se desarrolla también una dialéctica análoga en lo que respecta al sindicato. Obviamente los capitalistas –ya lo nota Adam Smith– no tienen necesidad de él;⁵⁸ con todo, a los sindicatos inspirados por el marxismo o por movimientos de oposición más o menos radicales siguen sindicatos inspirados por la Iglesia y, más tarde, otros más, inspirados por el movimiento fascista y nazi; finalmente, hasta ven la luz los “sindicatos” del capital.

Amalgamando y asimilando dos hechos (el apoyarse sobre el partido-ejército y sobre el partido-iglesia por parte de los socialistas y comunistas, por un lado, y por los fascistas y nazis, por el otro), la lectura de Hayek se revela afectada por una superstición positivista. Pero es sobre esta superstición que se funda, en último análisis, la teoría corriente del totalitarismo. Con la misma lógica de Hayek se podrían amalgamar Roosevelt y Hitler: ¡el hecho de que ambos recurran a los tanques, a los aviones y a las naves de guerra es irrefutable!

Por otro lado, en la forja de sus instrumentos de lucha Hitler no se limita a observar a los partidos socialistas y comunistas. Al considerar la incapacidad de los partidos burgueses tradicionales para influir sobre las clases populares, expuestas así inermes a la influencia y a la agitación subversiva, el autor de *Mein Kampf* se propone aprender también, además de la socialdemocracia, de la Iglesia católica, en la cual, a pesar de todo, aprecia su enraizamiento en grandes masas y la capacidad conexas de reclutar cuadros incluso de los estratos populares más modestos.⁵⁹ Fue sobre todo una orden religiosa la que suscitó la admiración del *Führer*: “fue con Himmler que la SS se convirtió en esta milicia extraordinaria, devota de una idea, fiel hasta la muerte. En Himmler veo a nuestro Ignacio de Loyola”.⁶⁰ Ya señalada por de Maistre como la única organización en grado de enfrentar a la masonería revolucionaria,⁶¹ posteriormente asumida como modelo por Rhodes para la realización de su idea imperialista de “dominio basado sobre el secreto” –y es Arendt quien lo hace notar–,⁶² la orden de los jesuitas es finalmente interpretada como la organización de cuadros capaces, disciplinados y devotos a la causa que necesita la guerra civil contrarrevolucionaria del siglo XX. ¿Debemos entonces amalgamar y asimilar logias masónicas, *Societas Jesu* y *Schutzstaffeln*?

7. Estado racial y eugenesia: los Estados Unidos y el Tercer Reich

Sería bastante pobre una definición del Tercer Reich que se limitase a poner en evidencia su carácter totalitario, remitiendo en particular al fenómeno de la dictadura del partido único. En

para una crítica de la categoría de totalitarismo

cuanto líderes de una dictadura de partido único, no hay dificultad en amalgamar Hitler a Stalin, Mao, Deng, Ho Chi Minh, Nasser, Atatürk, Tito, Franco, etcétera, pero este ejercicio escolar está bastante lejos de un análisis histórico concreto. Si además nos preocupa distinguir entre los “totalitarios” Stalin y Hitler y el “autoritario” Mussolini, cuyo poder está limitado por la presencia del Vaticano y de la Iglesia, no se ha adelantado mucho. En este caso, más que un recorrido real, asistimos a un desplazamiento: de la ideología se pasó inadvertidamente a un ámbito completamente diverso, a realidades de hecho independientes y preexistentes respecto de las elecciones ideológicas y políticas del fascismo.

En lo que respecta al Tercer Reich, es bastante difícil decir algo determinado y concreto sobre él sin hacer referencia a sus programas raciales y eugenésicos. Y ellos nos conducen en una dirección bastante diversa respecto a aquella sugerida por la categoría de totalitarismo. Inmediatamente después de la conquista del poder, Hitler se preocupó por distinguir netamente, incluso en el plano jurídico, la posición de los arios respecto de la de los judíos, así como de la de los pocos mulatos que vivían en Alemania (a la conclusión de la Primera Guerra Mundial, tropas de color de la retaguardia del ejército francés habían participado de la ocupación del país); por ello, un elemento central del programa nazi fue la construcción de un Estado racial. Y bien ¿cuáles eran en ese momento los posibles modelos de Estado racial? Más todavía que Sudáfrica, el pensamiento corre en primer lugar hacia el sur de los Estados Unidos. Y, por otro lado, en forma explícita, aún en 1937, Rosenberg se reclama ciertamente a Sudáfrica: está bien que permanezca sólidamente “en manos nórdicas” y blancas (gracias a oportunas leyes que se ocupan, además que de los “indios”, también de “negros, mulatos y judíos”) y que constituya un sólido bastión contra el peligro representado por el “despertar negro”. Pero el punto de referencia principal lo constituyen los Estados Unidos, este “espléndido país del futuro” que tuvo el mérito de formular la feliz “nueva idea de un Estado racial”, idea que ahora se trata de poner en práctica, “con fuerza juvenil”, mediante expulsión y deportación de los “negros y amarillos”.⁶³ Basta dar una mirada a la legislación de Nuremberg para advertir las analogías con la situación en acto al otro lado del Atlántico: obviamente, en Alemania los que ocupan primeramente el lugar de los afroamericanos son los alemanes de origen judío. “La cuestión negra” –escribe Rosenberg en 1937– “es el vértice de todas las cuestiones decisivas en los Estados Unidos”; y una vez que el absurdo principio de la igualdad haya sido invalidado para los



negros, no se ve por qué no se deberían extraer “las necesarias consecuencias también para los amarillos y los judíos”.⁶⁴ Incluso en lo que respecta al proyecto a él tan querido de la construcción de un imperio continental alemán, Hitler tiene bien presente el modelo de los Estados Unidos, de los cuales celebra “la inaudita fuerza interior”.⁶⁵ Alemania está llamada a seguir este ejemplo, expandiéndose en Europa oriental como en una suerte de *Far West* y tratando a los «indígenas» en la misma manera que a los pieles rojas.⁶⁶

Llegamos a las mismas conclusiones si dirigimos la mirada a la eugenesia. Es ya conocida la deuda que el Tercer Reich contrae al respecto con los Estados Unidos, donde la nueva ciencia, inventada en la segunda mitad del siglo XIX por Francis Galton (un primo de Darwin), conoce una gran fortuna. Bastante antes del advenimiento de Hitler al poder, a la vigilia del estallido de la Primera Guerra Mundial, ve la luz en Munich un libro que, ya en el título, señala a los Estados Unidos como modelo de “higiene racial”. El autor, vicedónsul del Imperio Austrohúngaro en Chicago, celebra a los Estados Unidos por la “lucidez” y la “pura razón práctica” de la cual dan prueba al afrontar con la debida energía un problema tan importante y sin embargo, tan frecuentemente reprimido: violar las leyes que prohíben las relaciones sexuales y matrimoniales mixtas puede comportar hasta diez años de reclusión y son pasibles de pena, además de los protagonistas, también sus cómplices.⁶⁷ Incluso después de la conquista del poder por parte del nazismo, los ideólogos y “científicos” de la raza continúan machacando: “también Alemania tiene mucho que aprender de las medidas de los norteamericanos: ellos conocen sus asuntos”.⁶⁸ Se debe agregar que no estamos en presencia de una relación unidireccional. Luego del advenimiento de Hitler al poder, son los seguidores más radicales del movimiento eugenésico norteamericano quienes observan como un modelo al Tercer Reich, adonde no pocas veces se dirigen en viajes de estudio y de peregrinaje ideológico.⁶⁹

Una pregunta se impone: ¿por qué debería ser más característico para definir al régimen nazi el recurso a la dictadura del partido único que la ideología y la práctica racial y eugénica? Es precisamente de este ámbito del que derivan las categorías centrales y los términos clave del discurso nazi. Como se ve con *Rassenhygiene*, que no es más que la traducción alemana de *eugenics*, la nueva ciencia inventada en Inglaterra y triunfante al otro lado del Atlántico. Pero hay ejemplos todavía más clamorosos. Rosenberg expresa su admiración por el autor norteamericano Lothrop Stoddard, a quien corresponde el mérito de ser el

primero en haber acuñado el término *Untermensch*, que ya en 1925 aparece como subtítulo de la traducción alemana de un libro publicado en Nueva York tres años antes.⁷⁰ Por lo que respecta al significado del término que acuñó, Stoddard aclara que indica la masa de “salvajes y semisalvajes”, externos o internos a la metrópolis capitalista, reputados como “incapaces de cultura y sus enemigos incorregibles” y con los cuales hay que proceder a un ajuste de cuentas.⁷¹ En los Estados Unidos, como en todo el mundo, es necesario defender la “supremacía blanca” contra “la marea ascendente de los pueblos de color”: el bolchevismo es quien la atiza, “el renegado, el traidor al interior de nuestro campo” que, con su insidiosa propaganda, además de las colonias, alcanza “las mismas regiones negras de los Estados Unidos”.⁷² Se comprende bien la extraordinaria fortuna de estas tesis. Elogiado por dos presidentes estadounidenses (Harding y Hoover) incluso antes que Rosenberg, el autor norteamericano es posteriormente recibido con todos los honores en Berlín, donde se encuentra no sólo con los exponentes más ilustres de la eugenesia nazi, sino también con los más altos jerarcas del régimen, incluido Adolfo Hitler,⁷³ ya embarcado en su campaña de exterminio y sometimiento de los *Untermenschen*.

Conviene concentrar la atención todavía sobre otro término. Hemos visto que Hitler consideraba como un modelo la expansión blanca en el *Far West*. Inmediatamente después de haber invadido Polonia, Hitler procede a su desmembramiento: una parte es incorporada directamente en el Gran Reich (y de ella son expulsados los polacos); el resto constituye la “Gobernación general” en el ámbito del cual —declara el gobernador general Hans Frank— los polacos viven como en “una suerte de reserva” (están “sometidos a la jurisdicción alemana” sin ser “ciudadanos alemanes”).⁷⁴ El modelo norteamericano es aquí seguido de modo casi escolar.

Al menos en su fase inicial, el Tercer Reich se propone instituir también un *Judenreservat*, una “reserva para los judíos”, a semejanza, una vez más, de aquéllas que habían encerrado a los pieles rojas. Incluso, en lo que respecta a la expresión “solución final”, la vemos aparecer, aún antes que en Alemania, ya en los Estados Unidos y estaba referida a la “cuestión negra”, más que a la “cuestión judía”.⁷⁵

Así como no es asombroso que el totalitarismo haya encontrado su expresión más dura en los países en el centro de la Segunda Guerra de los Treinta Años, no es tampoco asombroso que el intento nazi de construir un Estado racial haya recabado motivos de inspiración, categorías y términos clave de la experiencia histórica



más rica que, a tal propósito, tenía frente a sí, aquella acumulada por los blancos norteamericanos en sus relaciones con los pieles rojas y los negros. Obviamente no deben perderse de vista las diferencias restantes, en cuanto al gobierno de la ley, a la limitación del poder estatal (en lo que respecta a la comunidad blanca), etcétera. Permanece el hecho que el Tercer Reich se presenta como el intento, llevado a cabo en las condiciones de la guerra total y de la guerra civil internacional, de realizar un régimen de *white supremacy* a escala planetaria y bajo hegemonía alemana, recurriendo a medidas eugenésicas, políticosociales y militares.

El corazón del nazismo está constituido por la idea del *Herrenvolk*, que remite a la teoría y a la práctica racial del sur de los Estados Unidos y, más en general, a la tradición colonial de Occidente; y esta idea es el blanco principal de la Revolución de octubre, que no por casualidad llama a los "esclavos de las colonias" a romper sus cadenas. La teoría habitual del totalitarismo concentra la atención exclusivamente en los métodos similares atribuidos a los dos antagonistas, haciéndolos descender, por lo demás, de modo unívoco, desde una presunta afinidad ideológica, sin ninguna referencia a la situación objetiva y al contexto geopolítico.

8. Para una redefinición de la categoría de Totalitarismo

El error fundamental de la categoría de totalitarismo es el de transformar una descripción empírica, relativa a ciertas características determinadas, en una deducción lógica de carácter general. No hay dificultad en constatar las analogías entre la Unión Soviética staliniana y la Alemania nazi; a partir de ellas es posible construir una categoría general (totalitarismo) y subrayar la presencia en los dos países del fenómeno así definido; pero transformar esta categoría en la clave de explicación de los procesos políticos que tuvieron lugar en los dos países es un salto temerario. Su arbitrariedad debería ser evidente por dos razones fundamentales. La primera, ya la hemos visto: en modo subrepticio las analogías que subsisten entre la Unión Soviética y el Tercer Reich respecto a la cuestión del partido único son consideradas como decisivas, mientras que son ignoradas y reprimidas las analogías en el plano de la política eugenésica y racial, que permitirían instituir agrupamientos muy diferentes.

Ahora veamos la segunda razón: incluso si se quiere concentrar la atención en la dictadura de partido único en los dos países generalmente puestos en confrontación ¿por qué remitir a la afinidad de las dos ideologías más que a la semejanza de las situaciones políticas (el estado de excepción permanente) o del

contexto geopolítico (la particular vulnerabilidad) que los dos países deben afrontar? Me parece evidente, en cambio, que como fundamento del fenómeno totalitario, junto a las ideologías y a las tradiciones políticas, actúa potentemente la situación objetiva.

A este propósito, puede ser instructiva una reflexión sobre el origen del término "totalitarismo". Dos años después del estallido de la Revolución de octubre, mientras todavía perdura el eco del primer conflicto mundial, surge la crítica del "totalismo revolucionario" (*revolutionärer Totalismus*).⁷⁶ El recurso al adjetivo parece implicar un totalismo diverso del revolucionario. Mientras indica directamente una *species* (el "totalismo revolucionario"), el *genus* (totalismo) remite, aunque sea de modo indirecto a una *species* diversa, la del totalismo bélico. En efecto, el sustantivo utilizado en este momento (que precede al posterior "totalitarismo") tiene inmediatamente a las espaldas un adjetivo que, a partir de 1914 comienza a resonar de modo obsesivo. Se habla de "movilización total" y, algunos años después, de "guerra total", e incluso de "política total".⁷⁷ La "política total" es la política que está a la altura, precisamente, de la "guerra total". ¿Pero no es éste también el significado real que se debe atribuir a la categoría de Totalitarismo? Tanto Mussolini como Hitler declaran en forma explícita que los movimientos y regímenes que ellos dirigen son hijos de la guerra; y a la guerra remiten inevitablemente también la revolución que contra ella se levantó y el régimen político que de ella surgió.

Si así están las cosas, amalgamar la Unión Soviética y la Alemania hitleriana como expresiones por excelencia del totalitarismo es hasta una banalidad: ¿dónde habrían debido evidenciarse las características de fondo del régimen político correspondiente a la guerra total si no en los dos países en el centro de la Segunda Guerra de los Treinta Años? No es para nada asombroso que el universo concentracionario haya asumido aquí una configuración netamente más brutal que la que se presenta, por ejemplo, en los Estados Unidos protegidos del peligro de invasión por el océano y que, en el curso del gigantesco choque, sufren pérdidas y devastaciones en gran medida inferiores a las que sufrieron los otros contendientes principales. Alrededor de un siglo y medio antes, a la vigilia de la promulgación de la nueva constitución federal, Hamilton había explicado que la limitación del poder y la instauración del gobierno de las leyes había tenido éxito en dos países de tipo insular, que gracias a los mares estaban puestos al reparo de las amenazas de las potencias rivales. En caso de que el proyecto de la Unión fracasara y se formara sobre sus ruinas un sistema de Estados análogo al



existente en el continente europeo, —había puesto en guardia el estadista norteamericano— habrían hecho también su aparición en América los fenómenos del ejército permanente, de un fuerte poder central e incluso del absolutismo. En el siglo XX, si todavía continúa siendo un elemento de protección, la posición insular no es más un obstáculo insuperable: luego de la guerra total con las grandes potencias europeas y asiáticas, hace irrupción también en los Estados Unidos el totalitarismo, como lo demuestra la legislación terrorista que apunta a extirpar toda oposición y, en forma particularmente clamorosa, el surgimiento del instituto más típico del totalitarismo, esto es, el campo de concentración.

Se puede decir que, respecto de la Unión Soviética y del Tercer Reich, los campos de concentración en Francia y en los Estados Unidos asumieron una configuración más blanda (pero sería superficial e irresponsable permitirse considerarlos una bagatela); permanece el hecho que, para resultar adecuada, una teoría debe estar en grado de explicar la irrupción de esta institución en los cuatro países, comprendiendo a aquéllos que gozaban de un ordenamiento liberal, y debe explicar en qué medida las diferencias remiten a la diversidad de las ideologías o a la diversidad de la situación objetiva y del contexto geopolítico. Una teoría realmente adecuada debe además explicar los campos de concentración en los que el Occidente liberal en su conjunto ha recluso a las poblaciones coloniales (desde hace siglos, blancos de la guerra total). Así como, en términos más generales, debe explicar el hecho por el que, a partir del estallido de la Primera Guerra Mundial, al Estado, incluso en los países de ordenamiento liberal, le es atribuido, según la observación de Weber, “un poder ‘legítimo’ sobre la vida, la muerte y la libertad” de los ciudadanos. Más que dar una respuesta, la teoría corriente del totalitarismo no alcanza siquiera a formular el problema.

9. Contradicción performativa e ideología de la guerra en la teoría corriente del Totalitarismo

Marx ha sembrado las semillas del totalitarismo comunista que se ha reclamado a él: es una tesis que está presente en Arendt a partir de la Guerra Fría y que ya es parte integrante de la teoría corriente del totalitarismo. Pero, para parafrasear un célebre dicho de Weber a propósito del materialismo histórico, tampoco la tesis de la no inocencia de la teoría es un taxi al cual se pueda subir o bajar cuando se quiera. En consecuencia ¿qué rol han jugado la teoría habitual del totalitarismo y la consigna de la lucha contra el totalitarismo en la masacre que en Indonesia en 1965 le costó la vida a cientos de miles de comunistas? Por lo que respecta a la

historia contemporánea de América Latina, sus páginas más negras remiten, no al totalitarismo, sino a la lucha contra él. Por dar sólo un ejemplo, hace algunos años, en Guatemala, la Comisión por la Verdad ha acusado a la Central de Inteligencia de los Estados Unidos de haber ayudado vigorosamente a la dictadura militar a cometer actos de genocidio en perjuicio de los indios mayas, culpables de haber simpatizado con los opositores del régimen caro a Washington.⁷⁸

En otros términos: ¿con sus silencios y sus remociones, la teoría habitual del totalitarismo no se ha transformado ella misma en una ideología de la guerra y de la guerra total, contribuyendo a alimentar ulteriormente el horror que sin embargo pretende denunciar y cayendo, en consecuencia, en una trágica contradicción performativa?

En nuestros días abundan las denuncias, con la mirada dirigida al Islam, del “totalitarismo religioso”,⁷⁹ o del “nuevo enemigo totalitario que es el terrorismo”.⁸⁰ Irrumpe con renovada vitalidad el lenguaje de la Guerra Fría. Como se confirmó por la advertencia dirigida por un eminente senador norteamericano (Joseph Lieberman) a Arabia Saudita: debe estar muy atenta a rechazar las seducciones del totalitarismo islámico y a no dejarse aislar respecto a Occidente por una “cortina de hierro teológica”.⁸¹ Aunque haya cambiado el blanco polémico, la denuncia del totalitarismo todavía continúa funcionando excelentemente como ideología de la guerra contra los enemigos de Occidente. En nombre de esta ideología son justificadas las violaciones de la Convención de Ginebra y el tratamiento inhumano reservado a los detenidos en la bahía de Guantánamo, el embargo y el castigo colectivo impuesto al pueblo iraquí y a otros pueblos, así como el martirio infligido al pueblo palestino. La lucha contra el totalitarismo sirve para legitimar y transfigurar la guerra total contra los “bárbaros” extraños a Occidente.

*Traducción de Luis A. Rossi



Notas

- ¹ En Paolo Pombeni (a cura di), *Socialismo e cristianesimo (1815-1975)*, Brescia, Queriniana, 1977, pp. 324-5; cursivas mías.
- ² Max Horkheimer-Theodor W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung* (1944); trad. italiana de Renato Solmi, *Dialettica dell'illuminismo* (1966), Torino, Einaudi, pp. 62 y 92.
- ³ Simone Weil, *Sulla Germania totalitaria*, a cura di Giancarlo Gaeta, Milano, Adelphi, pp. 218-9.
- ⁴ *Ibid.*, pp. 204 y 206.
- ⁵ Jakob L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy* (1952); trad. italiana de Maria Luisa Izzo Agnetti, *Le origini della democrazia totalitaria*, Bologna, Il Mulino, 1967, p. 11.

- ⁶ Friedrich A. von Hayek, *The Road to Serfdom* (1944), London, Ark Paperbacks, 1986, pp. 8-9.
- ⁷ *Ibid.*, p. 85.
- ⁸ Friedrich A. von Hayek, *The Constitution of Liberty* (1960); trad. italiana de Marcella Bianchi di Lavagna Malagodi, Firenze, Vallecchi, 1969, p. 76.
- ⁹ Friedrich A. von Hayek, *The Road...*, cap. VII.
- ¹⁰ Karl A. Wittfogel, *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power* (1957), New Haven, Yale University Press, 1959.
- ¹¹ Karl R. Popper, *The Open Society and its Enemies* (1943; 1966, quinta ed.); trad. italiana di Renato Pavetto, edición de Dario Antiseri, *La società aperta e i suoi nemici*, Roma, Armando, 1974, vol. 1, p. 15.
- ¹² En Wolfgang Ruge-Wolfgang Schumann (Hrsg.), *Dokumente zur deutschen Geschichte. 1939-1942*. Frankfurt a. M., Rödelberg, 1977, p. 82.
- ¹³ Joseph Goebbels, *Reden 1932-1945*, Helmut Heiber, Hrsg., (1971-72), Bindlach, Gondrom, 1991, vol. 2, pp. 163 y 183.
- ¹⁴ Carlo Scarfoglio, *Dio stramaledica gli Inglesi. L'Inghilterra e il continente* (éste es el título dado por el editor actual; el título originario es: *L'Inghilterra e il continente*, 2ª ed., Roma, 1937), Milano, Barbarossa, 1999, p. 22.
- ¹⁵ Hannah Arendt, *Die Krise des Zionismus* (octubre-noviembre, 1942), en *Essays & Commentare*, Eike Geisel-Klaus Bittermann (Hrsg.), Berlin, Tiamat, vol. 2, 1989, p. 87.
- ¹⁶ En Henry S. Commager (ed.), *Documents of American History* (VII ed.), New York, Appleton-Century-Crofts, 1963, vol. 2, p. 525.
- ¹⁷ Véase la polémica de Mao contra el secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson (intervención del 28 de agosto de 1949). Cf. Mao Tse-tung, 1975 *Opere scelte*, Pechino, Edizioni in lingue estere, 1975, vol. 4, pp. 457-9.
- ¹⁸ Golo Mann, *Vom Totalen Staat*, en «Die Neue Zeitung-Die amerikanische Zeitung in Deutschland», n° 247, 20/21, octubre de 1951, p. 14.
- ¹⁹ Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (1951), 3ª ed. New York, 1966, trad. italiana de Amerigo Guadagnin, *Le origini del totalitarismo*, Milano, Comunità, 1989, pp. 224 y 245-6.
- ²⁰ *Ibid.*, pp. 246 y 256.
- ²¹ *Ibid.*, pp. 182, 186 y 301.
- ²² *Ibid.*, pp. 259 y 295-7.
- ²³ Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt. For Love of the World* (1982), trad. italiana de David Mezzacapa, *Hannah Arendt 1906-1975. Per amore del mondo*, Torino, Bollati Boringhieri, 1990, p. 193.
- ²⁴ Hannah Arendt, *Die Krise...*, op. cit., p. 193.
- ²⁵ Hannah Arendt, *Zionism Reconsidered*, trad. italiana *Ripensare il sionismo*, en *Ebraismo e modernità*, a cura di Giovanni Bettini, Milano, Unicopli, 1986, p. 99.
- ²⁶ Hannah Arendt, *The Moral of History* (enero de 1946), trad. italiana *La morale della storia*, en *Ebraismo...*, op. cit., p. 121.
- ²⁷ Abbott Gleason, *Totalitarianism. The Inner History of the Cold War*, New York-Oxford, Oxford University Press 1995, pp. 112-3 y 257, nota 30.
- ²⁸ Hannah Arendt, *We Refugees* (enero de 1943), trad. italiana *Noi profughi*, en *Ebraismo...*, op. cit., pp. 37-8.
- ²⁹ En Richard Hofstadter-Beatrice K. Hofstadter, *Great Issues in American History* (1958), New York, Vintage Books, 1982, vol. 3, p. 431.
- ³⁰ Hannah Arendt, *Le origini...*, op. cit., pp. 427-8.

para una crítica de la categoría de totalitarismo

- ³¹ *Ibid.*, pp. 430-1.
- ³² En Richard Hofstadter-Beatrice K. Hofstadter, op. cit., vol. 3, p. 426.
- ³³ Hannah Arendt, *Le origini...*, op. cit., pp. 441-2.
- ³⁴ *Ibid.*, p. 442.
- ³⁵ Golo Mann, *Erinnerungen und Gedanken. Eine Jugend in Deutschland (1906)*, trad. italiana de Marta Keller, edición de Lea Ritter Santini, *Memorie e pensieri. Una giovinezza in Germania*, Bologna, Il Mulino, 1988, pp. 232-3.
- ³⁶ Hannah Arendt, *On Revolution* (1963), trad. italiana de Maria Negrini, *Sulla Rivoluzione*, Milano, Comunità, 1983, pp. 65-6.
- ³⁷ Golo Mann, *Vom Totalen Staat*, op. cit., p. 14.
- ³⁸ Cf. Iris Chang, *The Rape of Nanking. The Forgotten Holocaust of World War II*, New York, Basic Books, 1997; Honda Katsuichi, *The Nanjing Massacre*, (New York)-London, Sharpe, Armonk, 1999; George Hicks, *The Comfort Women. Sex Slaves of the Japanese Imperial Forces*, London, Souvenir Press, 1995.
- ³⁹ Para el cuadro general del siglo XX aquí delineado remito a mis obras: *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma-Bari, Laterza, 1996 y a *Il peccato originale del Novecento*, Roma-Bari, Laterza, 1998.
- ⁴⁰ Cf. Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche* (1963); trad. italiana de Francesco Saba Sardi y Giacomo Manzoni, *I tre volti del fascismo*, Milano, Mondadori, 1978, p. 398.
- ⁴¹ George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology* (1964), trad. italiana de Francesco Saba-Sardi, *Le origini culturali del Terzo Reich*, Milano, il Saggiatore, 1968, *passim*.
- ⁴² Para el análisis de Gobineau, Langbehn, Chamberlain y Le Bon, remito a mi obra *Nietzsche, il ribelle aristocratico. Biografia intellettuale e bilancio critico*, Torino, Bollati Boringhieri, 2002, cap. 25 § 1.
- ⁴³ Adolf Hitler, *Mein Kampf* (1925/7), München, Zentralverlag der NSDAP, 1939, pp. 419-20.
- ⁴⁴ *Ibid.*, p. 379.
- ⁴⁵ *Ibid.*, p. 421.
- ⁴⁶ *Ibid.*, p. 492.
- ⁴⁷ *Ibid.*, pp. 493-8, *passim*.
- ⁴⁸ *Ibid.*, pp. 69 y 387.
- ⁴⁹ Cf. mi *Nietzsche, il ribelle aristocratico...*, op. cit., cap. 33 § 2.
- ⁵⁰ Carl J. Friedrich-Zbigniew K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Harvard University Press, 1956, p. 9.
- ⁵¹ Cf. mi *Democrazia o bonapartismo. Trionfo e decadenza del suffragio universale*, Torino, Bollati Boringhieri, 1993, cap. 5 § 4.
- ⁵² James Chase, *Acheson. The Secretary of State Who Created the American World*, New York, Simon & Schuster, 1998, p. 288.
- ⁵³ Chen Jian, *China's Road to the Korean War. The Making of Sino-American Confrontation*, New York, Columbia University Press, 1994, pp. 181-6.
- ⁵⁴ Adolf Hitler, *Mein Kampf* (1925/7), München, Zentralverlag der NSDAP, 1939, pp. 528-9 [?].
- ⁵⁵ En Sergei Kulesov-Vittorio Strada, *Il fascismo russo*, Venezia, Marsilio, 1998, p. 53.
- ⁵⁶ En Renzo Del Carra, *Proletari senza rivoluzione. Storia delle classi subalterne in Italia dal 1860 al 1950* (1966), Milano, Edizioni Oriente, 1970, 2ª ed., vol. 2, p. 224.
- ⁵⁷ Ernst Nolte, op. cit., pp. 119 y 146-48.
- ⁵⁸ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and the Causes of the Wealth of Nations* (1775-



- 6; 1783, III ed.); trad. italiana de Franco Bartoli, Cristiano Camporesi y Sergio Caruso, *Indagine sulla natura e le cause della ricchezza delle nazioni*, Milano, Mondadori, 1977, p. 67 (libro I, cap. VIII).
- ⁵⁹ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, op. cit., pp. 481-2.
- ⁶⁰ Adolf Hitler, *Libres Propos sur la Guerre et la Paix* (son las conversaciones de sobremesa de Hitler recogidas por Martin Bormann), François Genoud (ed.) (1952), trad. italiana de Augusto Donaudy, *Idee sul destino del mondo*, Padova, Edizioni di Ar, 1980, p. 145.
- ⁶¹ Joseph de Maistre, *Cinq lettres sur l'éducation publique en Russie* (1810) in *Oeuvres complètes* (Lyon 1884), reimpresión anastática, Hildesheim-Zürich-New York, Olms, 1984, vol. 8, p. 205.
- ⁶² Hannah Arendt, *Le origini...*, op. cit., p. 299.
- ⁶³ Alfred Rosenberg, *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* (1930), München, Hoheneichen, 1937, pp. 666 y 673.
- ⁶⁴ *Ibid.*, pp. 668-9.
- ⁶⁵ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, op. cit., pp. 153-4.
- ⁶⁶ Cf. mi *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma-Bari, Laterza, 1996, cap. V, 6.
- ⁶⁷ Géza von Hoffmann, *Die Rassenhygiene in den Vereinigten Staaten von Nordamerika*, München, Lehmanns, 1913, pp. IX y 67-8.
- ⁶⁸ Hans S. R. Günther, *Rassenkunde des deutschen Volkes* (1922), München, Lehmanns, 1934, 16ª reimpresión, p. 465.
- ⁶⁹ Stefan Kühl, *The Nazi Connection. Eugenics, American Racism and German National Socialism*, New York-Oxford, University Press, 1994, pp. 53-63.
- ⁷⁰ Alfred Rosenberg, op. cit., p. 214.
- ⁷¹ Lothrop Stoddard, *The Revolt against Civilization* (1922), trad. alemana del inglés de Wilhelm Heise, *Der Kulturumsturz. Die Drohung des Untermenschen*, München, Lehmanns, 1925, pp. 23-4.
- ⁷² Lothrop Stoddard, *The Rising Tide of Color Against White-World-Supremacy* (1920); trad. francesa del inglés de Abel Doysié, *Le flot montant des peuples de couleur contre la suprématie mondiale des Blancs*, Paris, Payot, 1925, p. 194.
- ⁷³ Sobre esto, cf. Stefan Kühl, op. cit., p. 64; el elogioso juicio del presidente Harding es presentado al inicio de *The Rising Tide of Color Against White-World-Supremacy*.
- ⁷⁴ Cf. Wolfgang Ruge-Wolfgang Schumann (Hrsg.), op. cit., p. 36.
- ⁷⁵ Cf. mi *Il peccato originale del Novecento*, op. cit., pp. 8-10.
- ⁷⁶ Alfons Paquet, *Im Kommunistischen Rußland. Briefe aus Moskau*, Jena, Diederichs, 1919, p. 111; fue Nolte quien llamó la atención sobre ello, cf. Ernst Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Frankfurt a. M. - Berlin, Ullstein, 1987, p. 563.
- ⁷⁷ Erich Ludendorff, *Der totale Krieg*, München, Ludendorffs Verlag, 1935, p. 35 y *passim*; obviamente, el motivo de la movilización total remite en modo muy particular a Ernst Jünger.
- ⁷⁸ Cf. Mireya Navarro, *U. S. Aid and "Genocide". Guatemala Inquiry Details CIA's Help to Military*, in «International Herald Tribune» del 27/8 febrero de 1999, p. 3.
- ⁷⁹ Cf. Thomas L. Friedman, *World War III Is Against Religious Totalitarianism*, en «International Herald Tribune» del 28 noviembre 2001.
- ⁸⁰ Barbara Spinelli, *Vizi e virtù di un'alleanza*, en «La Stampa» del 25 de noviembre de 2001, p. 1.
- ⁸¹ En James Dao, *U.S. Dismay With Saudis Fuels Talk of a Pullout*, en «International Herald Tribune» del 17 gennaio 2002, pp. 1 y 4.

Bibliografía

- ARENDR, Hannah, *On Revolution* (1963), trad. italiana de Maria Magrini, *Sulla rivoluzione*, Milano, Comunità, 1983.
- ARENDR, Hannah, *We Refugees* (gennaio 1943), trad. italiana, *Noi profughi, in Ebraismo e modernità*, a cura di Giovanni Bettini, Milano, Unicopli, 1986.
- ARENDR, Hannah, *Zionism Reconsidered* (ottobre 1945), trad. italiana, *Pensare il sionismo, in Ebraismo e modernità*, 1986.
- ARENDR, Hannah, *The Moral of History* (gennaio 1946), trad. italiana, *La morale della storia, in Ebraismo e modernità*, 1986.
- ARENDR, Hannah, *The Origins of Totalitarianism* (1951); 3ª ed., New York, 1966, trad. italiana de Amerigo Guadagnin, *Le origini del totalitarismo*, Milano, Comunità, 1989.
- ARENDR, Hannah, *Die Krise des Zionismus* (ottobre-novembre 1942), in *Essays & Kommentare*, a cura di Eike Geisel e Klaus Bittermann, Berlin, Tiamat, 1989, vol. 2.
- CHASE, James, *Acheson. The Secretary of State Who Created the American World*, New York, Simon & Schuster, 1998.
- CHANG, Iris, *The Rape of Nanking. The Forgotten Holocaust of World War II*, New York, Basic Books, 1997.
- CHEN Jian, *China's Road to the Korean War. The Making of Sino-American Confrontation*, New York, Columbia University Press, 1994.
- COMMAGER, Henry S. (ed.), *Documents of American History* (VII ed.), New York, Appleton-Century-Crofts, 1963.
- DAO, James, *U.S. Dismay With Saudis Fuels Talk of a Pullout*, en «International Herald Tribune» del 17 gennaio 2002, pp. 1 y 4.
- DEL CARRIA, Renzo, *Proletari senza rivoluzione. Storia delle classi subalterne in Italia dal 1860 al 1950* (1966), Milano, Edizioni Oriente, 1970, 2ª ed.
- FRIEDMAN, Thomas L., *World War III Is Against Religious Totalitarianism*, en «International Herald Tribune» del 28 novembre 2001.
- FRIEDRICH, Carl J.-BRZEZINSKI, Zbigniew K., *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Harvard University Press, 1956.
- GLEASON, Abbott, *Totalitarianism. The Inner History of the Cold War*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1995.
- GOEBBELS, Joseph, *Reden 1932-1945*, a cura di Helmut Heiber (1971-72), Bindlach, Gondrom, 1991.
- GÜNTHER, Hans S. R., *Rassenkunde des deutschen Volkes* (1922), München, Lehmanns, 1934, 16ª reimpresión.
- HAYEK, Friedrich A. von, *The Constitution of Liberty* (1960); trad. italiana de Marcella Bianchi di Lavagna Malagodi, *La società libera*, Firenze, Vallecchi, 1969.
- HAYEK, Friedrich A. von, *The Road to Serfdom* (1944), London, Ark Paperbacks, 1986.
- HICKS, George, *The Comfort Women. Sex Slaves of the Japanese Imperial Forces*, London, Souvenir Press, 1995.
- HITLER, Adolf, *Mein Kampf* (1925/7), München, Zentralverlag der NSDAP, 1939.
- HITLER, Adolf, *Libres Propos sur la Guerre et la Paix* (son las conversaciones de sobremesa de Hitler recogidas por Martin Bormann), François Genoud (ed.) (1952), trad. italiana de Augusto Donaudy, *Idee sul destino del mondo*, Padova, Edizioni di Ar, 1980.
- HOFFMANN, Géza von, *Die Rassenhygiene in den Vereinigten Staaten von Nordamerika*, München, Lehmanns, 1913.
- HOFSTADTER, Richard-HOFSTADTER, Beatrice K., *Great Issues in American History*



- (1958), New York, Vintage Books, 1982.
- HORKHEIMER, Max-ADORNO, Theodor W., *Dialektik der Aufklärung* (1944); trad. italiana de Renato Solmi, *Dialettica dell'illuminismo* (1966), Torino, Einaudi, 1982.
- KATSUICHI, Honda, *The Nanjing Massacre*, (New York)-London, Sharpe, Armonk, 1999.
- KÜHL, Stefan, *The Nazi Connection. Eugenics, American Racism and German National Socialism*, New York-Oxford, University Press, 1994.
- LOSURDO, Domenico, *Democrazia o bonapartismo. Trionfo e decadenza del suffragio universale*, Torino, Bollati Boringhieri, 1993.
- LOSURDO, Domenico, *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma-Bari, Laterza, 1996.
- LOSURDO, Domenico, *Il peccato originale del Novecento*, Roma-Bari, Laterza, 1998.
- LOSURDO, Domenico, *Nietzsche, il ribelle aristocratico. Biografia intellettuale e bilancio critico*, Torino, Bollati Boringhieri, 2002.
- LUDENDORFF, Erich, *Der totale Krieg*, München, Ludendorffs Verlag, 1935.
- MAISTRE, Joseph de, *Cinq lettres sur l'éducation publique en Russie* (1810) in *Oeuvres complètes* (Lyon 1884), reimpressione anastatica, Hildesheim-Zürich-New York, Olms, 1984, tome 8.
- MANN, Golo, *Vom Totalen Staat*, in «Die Neue Zeitung-Die amerikanische Zeitung in Deutschland», Nr. 247, 20/21 ottobre de 1951, p. 14.
- MANN, Golo, *Erinnerungen und Gedanken. Eine Jugend in Deutschland* (1986), trad. italiana de Marta Keller y edición de Lea Ritter Santini, *Memorie e pensieri. Una giovinezza in Germania*, Bologna, Il Mulino, 1988.
- MAO Tsetung, *Opere scelte*, Pechino, Edizioni in lingue estere, 1975, vol. IV.
- MOSSE, George L., *The Crisis of German Ideology* (1964), trad. italiana de Francesco Saba-Sardi, *Le origini culturali del Terzo Reich*, Milano, il Saggiatore, 1968.
- NAVARRO, Mireya, *U. S. Aid and "Genocide". Guatemala Inquiry Details CIA's Help to Military*, in «International Herald Tribune» del 27/8 febrero de 1999, p. 3.
- NOLTE, Ernst, *Der Faschismus in seiner Epoche* (1963); trad. italiana de Francesco Saba Sardi y Giacomo Manzoni, *I tre volti del fascismo*, Milano, Mondadori, 1978.
- NOLTE, Ernst, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Frankfurt a. M.-Berlin, Ullstein, 1987.
- PAQUET, Alfons, *Im Kommunistischen Rußland. Briefe aus Moskau*, Jena, Diederichs, 1919.
- POMBENI, Paolo (a cura di), *Socialismo e cristianesimo (1815-1975)*, Brescia, Queriniana, 1977.
- POPPER, Karl R., *The Open Society and its Enemies* (1943; 1966, 5ª ed.); trad. italiana de Renato Pavetto y edición de Dario Antiseri, *La società aperta e i suoi nemici*, Roma, Armando, 1974.
- ROSENBERG, Alfred, *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* (1930), München, Hoheneichen, 1937.
- RUGE, Wolfgang-SCHUMANN, Wolfgang (Hrsg.), *Dokumente zur deutschen Geschichte. 1939-1942*, Frankfurt a. M., Rödelberg, 1977.
- SCARFOGLIO, Carlo, *Dio stramaledica gli Inglesi. L'Inghilterra e il continente* (questo è il titolo dato dall'editore odierno; il titolo originario suona: *L'Inghilterra e il continente*, 2ª ed., Roma, 1937), Milano, Barbarossa, 1999.
- SMITH, Adam, *An Inquiry into the Nature and the Causes of the Wealth of Nations* (1775-6; 1783, III ed.); trad. italiana de Franco Bartoli, Cristiano Camporesi y Sergio Caruso, *Indagine sulla natura e le cause della ricchezza delle nazioni*, Milano, Mondadori, 1977.

para una crítica de la categoría de totalitarismo

- SPINELLI, Barbara, *Vizi e virtù di un'alleanza*, en «La Stampa» del 25 de noviembre de 2001, p. 1.
- STODDARD, Lothrop, *The Revolt against Civilization* (1922), trad. alemana del inglés de Wilhelm Heise, *Der Kulturumsturz. Die Drohung des Untermenschen*, München, Lehmanns, 1925.
- STODDARD, Lothrop, *The Rising Tide of Color Against White-World-Supremacy* (1920); trad. francesa del inglés de Abel Doysié, *Le flot montant des peuples de couleur contre la suprématie mondiale des Blancs*, Paris, Payot, 1925.
- STRADA, Vittorio, *Totalitarismo e storia*, in Sergej Kulesov-Vittorio Strada, *Il fascismo russo*, Venezia, Marsilio, 1998.
- TALMON, Jakob L., *The Origins of Totalitarian Democracy* (1952); trad. italiana de Maria Luisa Izzo Agnetti, *Le origini della democrazia totalitaria*, Bologna, Il Mulino, 1967.
- YOUNG-BRUEHL, Elisabeth, *Hannah Arendt. For Love of the World* (1982), trad. italiana de David Mezzacapa, *Hannah Arendt 1906-1975. Per amore del mondo*, Torino, Bollati Boringhieri, 1990.
- WEIL, Simone, *Sulla Germania totalitaria*, a cura di Giancarlo Gaeta, Milano, Adelphi, 1990.
- WITTFOGEL, Karl A., *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power* (1957), New Haven, Yale University Press, 1959.



LA TEORÍA ECONÓMICA Y LA POLÍTICA: MÁS ALLÁ DEL CAPITAL *

István Mészáros

1. La suerte de algunas influyentes teorías económicas

Desearía comenzar con dos casos contrastantes, que ilustran la suerte –no muy afortunada– de algunas influyentes teorías económicas.

El primer caso se desprende de una cita tomada de un reciente editorial de *The Economist* de Londres:

Resulta desalentador considerar precisamente cuánto gira en torno al asunto de la productividad en los Estados Unidos. Las valoraciones de la bolsa, confusas incluso ahora según criterios históricos; la estabilidad financiera mundial; las perspectivas para el nivel de vida no sólo en los Estados Unidos, sino en todo el mundo; la probabilidad de éxito a largo plazo de la combinación de baja tasa de inflación y alta tasa de empleo: todas estas cuestiones y otras más dependen de si la productividad en los Estados Unidos realmente tomó un nuevo camino de crecimiento más rápido, como se supuso en general, a finales del decenio de 1990. Durante el año pasado, se puso en evidencia que muchas de las aseveraciones hechas por la nueva economía eran falsas: la noción de que el ciclo económico estaba muerto; que el gasto en tecnología de la información era a prueba de recesión; que los métodos clásicos de valorar las acciones eran en lo sucesivo irrelevantes, etcétera. Ahora, sin embargo, el pilar más importante de la nueva economía ha sido, si no demolido, por lo menos gravemente golpeado.¹

István Mészáros. Profesor emérito de la Universidad de Sussex, Inglaterra, donde ha realizado la mayor parte de su investigación y su docencia. Entre sus principales obras se encuentran: *La Teoría de la Alienación en Marx*; *The Work Of Sartre*; *Search for Freedom*; *Philosophy, Ideology and Social Science* and *The Power of Ideology*; y *Beyond Capital*. Gran amigo y colaborador de *Dialéctica*, forma parte actualmente de su consejo asesor y de su comité de arbitraje nacional e internacional.

Y, como conclusión, el mismo editorial dice a los lectores que, a su debido tiempo, habrá de pagarse un precio por todos esos falsos supuestos. En consecuencia, los “fanáticos de la nueva economía [...] pueden tener que lamentar haber apostado tanto no a un avance sólido y plausible, sino a un milagro que ahora resulta no haber ocurrido”. Por ende, en este caso, podemos ver claramente la fragilidad de los supuestos formulados de manera

la teoría económica y la política: más allá del capital

precipitada, que ahora denuncia como indudablemente falsos el mismo *The Economist*. Sin embargo, el problema es que todos estos supuestos están en pleno apogeo, proclamados con afán como los sólidos pilares de las estructuras teóricas más actualizadas. Como tales, alaban las excelencias de nada menos que “la nueva economía”, que, a su vez, se supone que garantiza inversiones en gran escala en nuevas burbujas de los mares del Sur. Como sabemos, las sumas comprometidas en la reciente implosión de “la nueva economía” fueron tan inconcebibles que en un año las pérdidas del NASDAQ representaron dos veces y media la cantidad total de las reducciones fiscales anunciadas por el presidente George W. Bush, para todo el decenio venidero, quedando estas últimas anuladas (y de inmediato recortadas fuertemente por el Congreso). Por consiguiente, las pérdidas del NASDAQ en un año fueron treinta veces superiores a los correspondientes ahorros fiscales anuales previstos. El hecho de que la sabiduría del editorial de *The Economist* equivalga a “ser sabio después de ocurridos los hechos” no debe preocuparnos demasiado en el contexto actual. Después de todo, el arsenal teórico de la revista es muy parecido a lo que sus redactores principales ahora critican tardíamente, siempre preparado a partir de una perspectiva de muy corto plazo. Ésta es la razón por la cual *The Economist* puede cambiar fácilmente su posición para tomar como ejemplo algo que de ninguna manera tiene poca importancia de la idealización largo tiempo mantenida de “la economía de escala” a lo diametralmente opuesto, denunciándola como *la deseconomía de escala* cuando fracasa la panacea antes defendida, y defender nuevamente la economía de escala cuando esta última parece ser más conveniente.

El segundo caso que mencioné al comienzo de este trabajo me atañe mucho más de cerca. Se refiere a una concepción de organización del sistema productivo –bajo los principios rectores de la *economía planificada*– que pretende proporcionar una alternativa viable frente a la característica propensión a los accidentes de la economía de mercado capitalista.

El caso que citaré realmente ocurrió, pese a que hoy pueda parecer bastante increíble. Pero ocurrió. Cuando me enteré del caso, en el verano de 1954 (no por la prensa, donde estos asuntos no podían mencionarse, sino en la sala de un hospital y de boca de un individuo que lo sufrió: mi vecino, involucrado directamente), en la primera oportunidad que tuve expuse públicamente el disparate de lo que denominé una “sátira de la vida real”: en un pequeño condado en el sudoeste de Hungría “algunos burócratas sin sentido común sumaron la fecha, 1952,



multiplicada por 100 kilos, a la remesa de carne de cerdo que obligatoriamente debía enviar el condado al Estado".³ Lo que fue especialmente absurdo en este caso no es que hubiera pasado, sino más bien el hecho de que resultó completamente imposible corregir la situación —cancelando el astronómico recargo al compromiso de una entidad económica relativamente pequeña— incluso después de que se revelara el error obvio y de que las autoridades competentes tuvieran que reconocer que había sido una terrible equivocación, con graves consecuencias para las ya precarias condiciones económicas de uno de los condados más pobres de Hungría, el condado de Zala. Por el contrario, las autoridades decretaron arbitrariamente que no era admisible ninguna reducción, porque entre tanto el compromiso exagerado se había convertido en una parte legalmente sancionada del "Plan Nacional" y, por consiguiente, debía cumplirse. Por esta razón, dadas las circunstancias, sostuve que:

Es evidente que detrás de estos accidentes se encuentra la inhumanidad de la burocracia. En efecto, éste es el contenido social y la fuerza característica del acontecimiento, incluso si tan sorprendente acción no hubiera sido cometida por un burócrata nato, sino accidentalmente por un simplón subjetivamente bien intencionado. En el fondo, la acción tiene su lógica interna *objetiva*, que apunta su dedo acusador en contra de la burocracia.⁴

Para cumplir, el condado de Zala tenía que entregar al Estado la cantidad de cerdos insensatamente inflada, comprándolos donde pudiera para cumplir sus obligaciones "nacionalmente planificadas", puesto que el número total de cerdos que se criaban en Zala no llegaba ni remotamente a la "cifra legal" que se le había impuesto. En consecuencia, para poder cumplir la ley, el condado de Zala, una región montañosa donde se usaban los bueyes como fuerza de tracción agrícola en vez de caballos, que eran mucho menos aptos para el trabajo, tuvo que cambiar en los condados vecinos muchos de sus bueyes por cerdos, y además tomar dinero en préstamo, con lo cual enfrentaría más privaciones económicas en el futuro.

No es sorprendente que la arbitrariedad del proceso de planificación económica del cual fueron excluidas las personas que debían sufrir las consecuencias haya generado resentimiento e incluso hostilidad en cada país que se encontraba bajo el sistema socioeconómico del tipo soviético. Para citar sólo un ejemplo: en un libro publicado en 1965, un autor ruso, O.I. Antónov, describió así la actitud prácticamente negativa de los trabajadores

que tenían que someterse a las "normas" impuestas arbitrariamente y a la correspondiente disciplina laboral: dos trabajadores que habían sido empleados para descargar ladrillos rápidamente de unos camiones, lo hacían lanzándolos al piso y, en consecuencia, rompían por lo general alrededor de 30 por ciento de los mismos. Ellos sabían que sus acciones iban tanto en contra de los intereses del país como en contra del simple sentido común, pero su trabajo era evaluado y pagado sobre la base de un indicador de tiempo. Por ende, se los sancionaría, de hecho no podrían ganarse la vida, si ordenaban los ladrillos cuidadosamente en el piso. Su manera de hacer el trabajo era inadecuada para el país, pero, a primera vista, ibuena para el plan! Entonces, actuaban en contra de su conciencia e inteligencia, pero con un profundo resentimiento hacia los encargados de la planificación: "No quieren que se haga de la manera que estipularía una buena administración, sino que presionan para que se haga cada vez más rápido. ¡Dale! ¡Dale!" De esta manera, en todo el país, ciudadanos decentes y responsables, seres perfectamente racionales, actuaban de manera desastrosa, casi criminal a veces.⁵

Por ende, la marcada y aparentemente irreconciliable contradicción entre el proceso de planificación y las necesidades de las personas al servicio de quienes debía estar el "Plan Nacional" legalmente ejecutado tenía que terminar, tarde o temprano, con la implosión del sistema socioeconómico del tipo soviético, en lugar de corregir los defectos del capitalismo como se había prometido.

2. ¿El fin de la planificación?

Sin embargo, sería totalmente erróneo concluir, como lo hicieron muchos intelectuales, tanto en el Este como en Occidente, después del derrumbe de la *perestroika* de Gorbachov, que la planificación como tal no tenía futuro y que, por lo tanto, no podía haber ninguna alternativa frente a la "economía de mercado". Durante un tiempo, con el nombre de economía de mercado algunas personas, inclusive los ideólogos de Gorbachov⁶ trataron de postular un sistema económico que no solamente era compatible con el socialismo, sino incluso idealmente apropiado para él. Prometieron el establecimiento del "socialismo de mercado" y decían que su ventaja excepcional era que coexistía en plena armonía con la democracia; y más que eso, de hecho, desde su punto de vista era una "garantía de socialismo y democracia". Sin embargo, pronto se hizo evidente que toda la charla sobre las insuperables virtudes de la "sociedad de mercado" era en el mejor de los casos solamente una manera tímida de abogar por la



absoluta imposición del capitalismo.⁷

Retomaremos la importancia de la planificación para la humanidad en su conjunto en el futuro, después de examinar algunos asuntos conexos importantes. Pero al llegar a este punto, debemos subrayar que la ciega hostilidad hacia la planificación que nos es familiar a todos, hace caso omiso de algunos hechos históricos desconcertantes pero innegables. Es así, por ejemplo, que ignora premeditadamente el carácter ineludible de la planificación en ciertas circunstancias, incluso para los países capitalistas más ricos y poderosos. Citemos el informe de primera mano de Harry Magdoff, quien –como funcionario de planificación gubernamental– tuvo distinguida participación en tal empresa:

La necesidad de la planificación central quedó evidenciada en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las prioridades nacionales eran obvias (por ejemplo, aviones militares *vs.* autos civiles, tanques *vs.* heladeras domésticas, cuarteles *vs.* casas para civiles). La planificación central fue la única manera de lograr un milagro industrial. Rápidamente se proporcionaron los armamentos, los medios de transporte, los alimentos, la vestimenta y el alojamiento para las fuerzas militares que combatían en dos continentes. En efecto, las autoridades en Washington determinaban lo que debía y no debía producirse (no de manera detallada, pero con las instrucciones suficientes para garantizar que se satisficieran las prioridades más urgentes), qué tipo de nueva capacidad productiva debía construirse, y cómo distribuir la producción insuficiente de metales, suministros industriales, maquinaria metalmecánica, etcétera. Una de las ideas equivocadas más lamentables en la actualidad surge de equiparar el método soviético con la planificación nacional. Las fallas de la planificación al estilo soviético se toman entonces para probar que la planificación nacional está destinada al fracaso. Pero no existe una buena razón para suponer que el modelo soviético sea el único posible. Es un sistema que evolucionó en circunstancias históricas determinadas. En todo caso, sus fallas deben estudiarse con profundidad para evitar repetir sus errores. [...] En la Unión Soviética, la producción por la producción misma en lugar de la producción para el uso, reemplazó a la producción dirigida a la obtención de beneficios. Aunque la lógica de la acumulación en las sociedades posrevolucionarias difiere notablemente de la del capitalismo, la dirección de su actividad productiva, inclusive el deterioro del ambiente, se asemejó en gran medida a los patrones del desarrollo capitalista.⁸

El tipo de imperativo que indujo a los Estados Unidos a emprender la planificación central no está en modo alguno limitado a las circunstancias bastante extraordinarias de una guerra mundial. Se aplica a todas las grandes emergencias históricas como, por ejemplo, las condiciones ecológicas peligrosas para la supervivencia que se prevén, como algo normal, para nuestro propio futuro.

Esto se explica por la simple razón de que el modo de funcionamiento de un sistema constituido por una multiplicidad de capitales –que resulta por definición característico del sistema capitalista privado, sea subdesarrollado o avanzado– no puede evitar ser centrífugo, empujando los microcosmos que lo constituyen en diferentes direcciones, independientemente de si tal “centrifugación” produce consecuencias positivas o negativas. Evidentemente, sin embargo, en las condiciones de una gran emergencia histórica, como la posible devastación ecológica a la que acabamos de hacer referencia, la “determinación intrínsecamente centrífuga” del sistema, que tiende a la perturbación y a la intensificación de los peligros, debe ser contrarrestada con alguna forma de cohesión-inducción, de ser necesario impuesta enérgicamente, cuyo poder de intervención dependerá de la naturaleza y la magnitud de los problemas generados por el modo de operación necesariamente centrífugo del sistema capitalista. El tipo de planificación central que se puso en práctica en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial fue sólo un caso específico de la variedad de formas posibles que inevitablemente surgirán de los imperativos y las determinaciones generales de las grandes emergencias en circunstancias históricas muy diferentes. Por consiguiente, es útil tener en cuenta al lo menos estas consideraciones cuando tratamos de considerar el prejuicio ciego en contra de la planificación central en general que se ha puesto muy de moda, especialmente en la última década.

3. Cambiar la estructura de mando jerárquica del capital

Existen algunas excelentes razones para adoptar una posición más crítica *vis-à-vis* el mensaje autocomplaciente de las teorías económicas neoliberales dominantes en las últimas décadas, a fin de tener una visión más realista del futuro, capaz de imaginar una alternativa viable frente a los acontecimientos en curso. Puesto que, después de todo, incluso las palabras tranquilizadoras habituales de *The Economist*, ahora parecen puestas en un segundo plano por los principales teóricos del periódico. En cambio, nos invitan a pensar en el hecho nada tranquilizador de que:



La producción industrial de los Estados Unidos se redujo nuevamente en julio, por décimo mes consecutivo, el período de descenso más largo desde 1983. La producción se sitúa ahora más de cuatro por ciento por debajo de su nivel máximo. Sin embargo, los Estados Unidos no son lo único. La producción industrial está descendiendo en todo el mundo.⁹

Lo que hace que este giro de los acontecimientos sea peor, según *The Economist*, es que la tendencia recesiva ya innegable en los países capitalistas avanzados –uniformemente mala en todos ellos, por primera vez desde el decenio de los noventa– no puede aliviarse en la actualidad con una tendencia compensadora en las llamadas “economías emergentes”, a diferencia de 1990 y su período posterior inmediato.

En 1990 el crecimiento fue relativamente activo en las economías emergentes, que mantuvieron a flote las exportaciones provenientes del mundo rico. Esta vez, sin embargo, el mundo emergente también está en problemas: la producción industrial cayó en 10 por ciento o más durante el año pasado en varias economías del Este asiático.¹⁰

Naturalmente, incluso en estas circunstancias, cuando puede admitirse públicamente la existencia de problemas graves en todo el mundo, la estrategia teórica desde la cual *The Economist* busca soluciones, sigue presa de la perspectiva desesperadamente cortoplacista del periódico. En consecuencia, la última oración del artículo en el cual se enumeran los problemas económicos que crecen por doquier, finaliza, de modo característico, con estas palabras: “Cuando la Reserva Federal de los Estados Unidos se reúna el 21 de agosto para fijar las tasas de interés, tendrá otros motivos de preocupación además de la debilidad de la economía de los Estados Unidos”.¹¹ Ésta no es una línea muy convincente, en vista del pasado reciente. Esperar que los correctivos a los problemas cada vez más profundos de la tendencia recesiva mundial vengan de la séptima intervención de la Reserva Federal de los Estados Unidos (después de su incapacidad dolorosamente obvia para producir mejoras significativas en la economía inactiva a través de las seis intervenciones anteriores sólo en los Estados Unidos), no es mucho mejor que creer en la brujería. Después de todo, la estrategia de producir la solución positiva ansiosamente postulada mediante la reducción de la tasa de interés clave no había producido ninguna mejora en la segunda economía más poderosa del mundo, el Japón, donde el Banco Central del país estableció la sorprendente tasa de interés cero mientras dejó que la economía se estancara a la peligrosamente elevada tasa de recesión industrial de 8 por ciento. Los graves problemas que estamos

experimentando en la actualidad provienen de un nivel mucho más profundo de determinaciones socioeconómicas y políticas que el que podría manejarse con los instrumentos de los ajustes monetarios y fiscales.

La gran dificultad reside en que para poder concebir una alternativa significativamente diferente y viable frente al convulsionado orden actual debemos adoptar una perspectiva de mucho más largo plazo. No es suficiente pensar en introducir ajustes parciales –en el espíritu del famoso consejo de hacerlo “poco a poco”– a las condiciones socioeconómicas existentes. En efecto, ni siquiera es suficiente pensar en términos de “derrocar el capitalismo” a favor de una sociedad que se ajuste a los parámetros estructurales del ahora difunto orden poscapitalista de tipo soviético. Esto se ha intentado, con gran sacrificio humano, y ha fracasado de manera concluyente, finalizando con una gran implosión no sólo en la ex Unión Soviética, sino también en toda Europa del Este. A fin de producir los cambios requeridos, es necesario pensar en una empresa muchísimo más difícil: la labor histórica de superar la lógica objetiva del capital en sí, mediante un intento sostenido de ir más allá del capital mismo.¹² Puesto que el derrocamiento del Estado capitalista y de las personificaciones capitalistas privadas del capital no puede crear por sí sino otra cosa que no sea un sistema fatídicamente *inestable*, que tarde o temprano debe volver al orden capitalista si no logra ir más allá del capital.

El capital no es simplemente un conjunto de mecanismos económicos, como a menudo se lo conceptualiza, sino un modo multifacético de reproducción metabólica social, que lo abarca todo y que afecta profundamente cada aspecto de la vida, desde lo directamente material y económico hasta las relaciones culturales más mediadas. En consecuencia, el cambio estructural sólo es factible a través del cuestionamiento del sistema del capital en su totalidad como un modo de control metabólico social, en lugar de introducir ajustes parciales en su estructura.

Como nos indica la experiencia histórica del siglo XX, las dos ramas del movimiento obrero –los reformistas/socialdemócratas y los posrevolucionarios estalinistas– fijaron el objetivo de la transformación socialista adentro de los límites estratégicos globales del orden establecido y, en consecuencia, no lograron desafiar las determinaciones sistémicas del capital y su lógica de auto reproducción. El reformismo socialdemócrata estaba condenado al fracaso, porque deseaba reformar el capitalismo, al tiempo que aceptaba sin reservas sus limitaciones estructurales. Por ende, de manera inherentemente contradictoria, deseaba instituir una transformación reformista del capitalismo –al principio incluso



hasta el punto de convertirlo, llegado el momento, en socialismo (bajo el lema bernsteiniano de "socialismo evolutivo") – sin cambiar su sustancia capitalista. Del mismo modo, el sistema socioeconómico posrevolucionario siguió atrapado por las alienantes limitaciones estructurales del capital en sí, aún cuando estableció un modo poscapitalista de extraer el excedente de trabajo por medios políticos directos a un ritmo impuesto y, de este modo, dio origen a un nuevo tipo de imponer el dominio del tiempo del capital (en lugar del anterior, impuesto por el mercado), como corresponde al sistema del capital en todas sus formas plausibles. Ésta también es la razón por la cual todos los intentos de reforma pos estalinistas debían fracasar, inclusive la *perestroika* programáticamente reestructuradora de Gorbachov. La contradicción inherente de estos intentos de reforma posrevolucionarios no fue menos aguda que la que caracterizó a sus contrapartes socialdemócratas en el Occidente, puesto que ellos trataron de "reestructurar" el orden existente sin cambiar su estructura de mando jerárquica y explotadora de conjunto.¹³

Por ende, si el asunto crucial del poder de control metabólico social del capital no se aborda de manera efectiva, mediante transformaciones estratégicas globales llevadas a cabo de manera sistemática (en lugar de medidas reactivas más o menos aisladas), en ese caso incluso la intervención política más radical en una situación de crisis mayor, incluso tan trascendentales como el derrocamiento del Estado capitalista, ya experimentado históricamente en varios países, está destinada a permanecer unidimensionalmente inestable y en última instancia en peligro. Para poder producir la deseada transformación socialista de la sociedad, es necesario cambiar la estructura de mando jerárquica del capital. Esto es necesario porque, sin hacerlo, no puede haber ninguna reorientación exitosa de la economía en el espíritu de la producción para el uso. Sin embargo, estamos hablando de algo mucho más fundamental que la conquista de las palancas de control de los niveles altos del Estado político, puesto que cada componente, grande o pequeño, del modo de control metabólico social del capital tiene su propia estructura de mando que se encuentra profundamente enraizada y que busca su propia ventaja, tradicionalmente orientada a asegurar la expansión (sin preocupación por el uso ni la necesidad humana real) e impulsada por la acumulación (lo que favorece la adopción de las modalidades más fácilmente alcanzables, incluso si son extremadamente perjudiciales desde el punto de vista ambiental u en otros sentidos). Éste es el círculo vicioso que debe romperse si se aspira de alguna manera al éxito de las metas socialistas proclamadas. Pero para

poder hacerlo, la estructura de mando jerárquica heredada e incluso el más pequeño microcosmos metabólico social del capital debe reemplazarse con una alternativa productivamente viable.

4. La producción más allá del capital

Estamos acostumbrados a pensar en *expansión* y *acumulación* como inseparables y, con ello aceptamos el paralizante círculo vicioso de nuestras condiciones históricamente creadas e históricamente alterables de existencia socioeconómica como una determinación natural. Sin embargo, de esa manera, es claro que *no hay alternativa* al sistema del capital. Porque es autoderrotarse renunciar a la idea de combinar la expansión de las necesidades humanas con un potencial de producción correspondiente para su satisfacción y, en definitiva para ayudar al enriquecimiento de las necesidades humanas mediante el desarrollo productivo de la sociedad. Las concepciones utópicas del pasado se condenaron a ser fácilmente descartadas e, incluso ridiculizadas, al caer en la trampa de renunciar a la idea de instituir un sistema productivo con una satisfactoria expansión y en plena armonía con las demandas planteadas por las crecientes y diversificadas necesidades humanas. Desdichadamente, lo hicieron en lugar de poner en tela de juicio el círculo vicioso de la inseparabilidad que recién mencionamos.

En realidad, sin embargo, la supuesta inseparabilidad natural sólo es válida en el sistema del capital, por que bajo el dominio del capital el imperativo de la acumulación se reduce, con arbitrariedad e irrevocabilidad históricas, a la acumulación de capital. Incluso la acumulación a largo plazo del conocimiento humano debe convertirse, de la manera más selectiva y restrictiva, en un atributo del capital, en el sentido de que para apropiarse de él y reconocerlo socialmente, así como utilizarlo productivamente, primero debe adquirir su legitimidad como activo de capital. Y la relación viciosa también funciona en sentido inverso, puesto que bajo el dominio del capital, el único tipo de expansión que puede considerarse expansión genuina, el "crecimiento", normalmente sin calificativos, es el que lleva consigo la acumulación de activos de capital. Ésta es la razón por la cual la opción que debemos visualizar frente a nuestro turbulento orden socioeconómico significa: romper el círculo vicioso en cuestión yendo más allá del capital mismo, y simultáneamente insistir en la necesaria separación de la expansión (definida adecuadamente) de las inevitables limitaciones y restricciones impuestas por la acumulación del capital.

Naturalmente, la necesaria redefinición de la teoría económica y la política "más allá del capital" supone algunos cambios



trascendentales, con respecto a las formas tradicionales, pues que no puede suponerse que persistirá en condiciones tan radicalmente diferentes la base material de las *determinaciones cuasi naturales* sobre la que se han erigido desde su nacimiento.

La teoría económica moderna se concibió originalmente, bastante correctamente, como un enfoque teórico con sus propios principios rectores. Ya en el siglo XVIII algunos economistas clásicos, y más explícitamente Adam Smith, expresaron una preocupación legítima encaminada a resguardar la nueva ciencia de la economía política de la interferencia de los personajes políticos y de entidades políticas, estipulando que “ningún Consejo o Senado” debía tratar de manipular el marco objetivo del desarrollo económico espontáneamente beneficioso.¹⁴ La caótica multiplicidad de interacciones económicas individuales se idealizó en esta concepción, con referencia a la célebre *mano invisible* como algo misteriosa, pero siempre benevolente guía de las decisiones individuales.¹⁵ Por consiguiente, Adam Smith reconoció, aunque de manera idealizada, que el carácter centrífugo de la sociedad capitalista necesitaba algunos correctivos vitales para que la caótica multiplicidad de las interacciones económicas que establecen los *individuos* (en su imagen, limitados esencialmente a los individuos que poseen el capital, quienes en palabras de Smith emplean “su capital para sostener la industria doméstica”) no se hiciera pedazos como consecuencia de que sus componentes tiraran en direcciones muy diferentes.

En realidad, las determinaciones centrífugas del proceso de reproducción capitalista no surgen simplemente de las intenciones divergentes de los individuos, sino simultáneamente también de los intereses irreconciliables de las clases antagónicas conformadas por los individuos de la sociedad. Existen dos correctivos vitales a la “centrifugación” del sistema capitalista, de otra manera peligrosamente destructiva. El primero es el mercado, cuya importancia es casi universalmente reconocida. Sin embargo, esto no es así en el caso del segundo correctivo esencial: el papel más o menos importante de la intervención aplicada por el Estado capitalista. En este sentido, incluso los más vociferantes y fervorosamente exagerados defensores del “mercado”, como Hayek y sus seguidores, asumen una posición completamente irrealista, al invitar a los partidarios conservadores neoliberales a “hacer retroceder las fronteras del Estado”, cuando en realidad sin su opuesto diametral, es decir, el papel de apoyo cada vez mayor que ejerce el Estado, el sistema capitalista no podría sobrevivir ni un solo día.

Claro está, el reconocimiento del antagonismo básico entre el

capital y el trabajo no podía ser parte integral del escenario de Adam Smith. En parte por esta razón, él pudo todavía ignorar más o menos la importante función correctiva del Estado; y pudo hacerlo en parte también porque el Estado capitalista en sus días desempeñaba un papel intervencionista considerablemente menos pronunciado que el que tiene en nuestros días. Sin embargo, de cierta manera, el papel que Smith asignó a la “mano invisible” desempeña ambas funciones correctivas, aun cuando no están claramente delimitadas. En efecto, la caracterización bastante misteriosa de la “mano invisible” fue consecuencia de la necesidad de fusionar en una las dos funciones correctivas percibidas bastante vagamente, al tiempo que también se deseaba proteger los procesos económicos capitalistas espontáneos de los políticos que “presumiesen de bastarse por sí solos” para intervenir. El papel del mercado como generador de cohesión pareció lo suficientemente obvio en la manera como se suponía que la “mano invisible” guiaba las intenciones de los individuos y promovía al mismo tiempo sus intereses particulares. Pero la naturaleza beneficiosa y eficaz de la “mano invisible” no se quedaba allí, puesto que también se decía que los individuos eran guiados para “emplear su capital para sostener la industria doméstica”, que resulta ser una de las funciones correctivas más importantes del Estado capitalista.

En el siglo XX, ya no fue posible dejar vagamente definido el papel correctivo y protector del Estado. Los economistas debían tomar una posición a favor o en contra. El intento de Hayek de idealizar ahistóricamente la “mano invisible” de Adam Smith y, al mismo tiempo, satanizar la intervención del Estado como el camino a la servidumbre —como lo plantea el título de su famoso libro *The Road to Serfdom*— sirvió a un propósito eminentemente conservador. Pero incluso tal hostilidad no pudo negar el carácter objetivo de la tendencia condenada misma. En contraposición, Keynes asumió una actitud completamente positiva en este sentido. Contrariamente a sus detractores neoliberales, quienes lo acusaron de tener intenciones antiliberales —aunque sólo denunció en efecto la persistencia de las fantasías del *laissez faire*—, Keynes adoptó un punto de vista positivo en relación con la participación del Estado en la gestión económica, incondicionalmente a favor de la supervivencia del capitalismo privado, aunque algunos de sus seguidores trataran de utilizar su enfoque para fines reformistas con orientación más izquierdista (en general, no más exitosamente que algunos ministros conservadores de la posguerra en Gran Bretaña). Pero resultó claro para Keynes que los cambios en las determinaciones y condiciones objetivas del desarrollo económico y



político del siglo XX hicieron necesario ajustar en consecuencia la política económica global, en contraposición a los tiempos pasados del capitalismo del *laissez faire*.¹⁶ Esta posición fue convincentemente expresada en un pasaje importante de su *Teoría general*:

Por consiguiente, mientras el ensanchamiento de las funciones de gobierno, que supone la tarea de ajustar la propensión a consumir con el aliciente para invertir, parecería a un publicista del siglo XIX o a un financiero norteamericano contemporáneo una limitación espantosa al individualismo, yo las defiendo, por el contrario, tanto porque son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes, como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual. [...] Los sistemas de los estados autoritarios de la actualidad parecen resolver el problema de la desocupación a expensas de la eficacia y la libertad. En verdad el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que, aparte de breves intervalos de excitación, va unida –y en mi opinión, inevitablemente– al capitalismo individualista de estos tiempos; pero puede ser posible que la enfermedad se cure por medio de un análisis adecuado del problema, conservando al mismo tiempo la eficacia y la libertad.¹⁷

Así, los principales teóricos que adoptaron la posición estratégica de la economía capitalista, formularon sus concepciones sobre la base de las determinaciones objetivas –de hecho casi naturales– del sistema que favorecían. Si al final se demostró que Keynes era ingenuo en su pronóstico de que “el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que va unida al capitalismo individualista de estos tiempos” (idea que repitieron luego sin mucha convicción Walt Rostow y otros), ésa no fue simplemente su culpa como pensador. La proyección keynesiana esperanzadora estaba dirigida genuinamente a contrarrestar un defecto estructural objetivo del sistema, un defecto que empezó a destacarse con creces –derrotando con extrema brutalidad el tipo de intervenciones correctivas compatibles con la defensa explícita de las “formas económicas existentes” que hiciera el mismo Keynes– en una etapa de desarrollo posterior y que se impuso de manera irreprimible con el principio de la crisis estructural del sistema del capital en general.

Las determinaciones que se manifiestan bajo el dominio del capital son casi naturales precisamente porque “trabajan a espaldas de los individuos”, incluidos entre ellos los responsables de tomar decisiones económicas y políticas. Esto se aplica también a la

manera como pueden introducirse los correctivos mencionados arriba, independientemente de cuán “conscientes” puedan ser las intenciones de los encargados de tomar decisiones. La ceguera que se deriva de las determinaciones que trabajan a espaldas de los individuos afecta no sólo a los responsables de tomar decisiones directamente involucrados –con sus anticipaciones, a menudo frustradas, en el ámbito del mercado– sino también a los gerentes de las diversas modalidades de intervención estatal. Por supuesto, esta circunstancia no disminuye el carácter objetivo de los procesos en curso. Fundamentalmente, tiende a intensificarlos en el sentido de que confiere a las determinaciones que los individuos deben enfrentar con su conciencia la objetividad más problemática de la *reificación*. Ésta es la razón por la cual los grandes pensadores que describen el mundo desde el punto de vista del capital, como Hegel, sueñan con la “identidad sujeto/objeto” que en principio superaría los obstáculos que se elevan frente a la conciencia.

Paradójicamente, las teorías económicas concebidas en el marco de tal objetividad, que se impone “a espaldas de los individuos”, son ayudadas en sumo grado por las determinaciones casi naturales del funcionamiento del sistema. Aun si pensamos en esta objetividad relativamente útil solamente como “muletas”, es sin embargo importante para permitir a los pensadores involucrados identificar –aunque a menudo bastante parcialmente– algunas tendencias objetivas importantes y fundamentar en ellas las políticas propugnadas, como base para la toma de decisiones. Sin embargo, una vez que prevemos las condiciones que surgen más allá del capital, desaparecen de vista las muletas que existían antes, para el tipo de teorización económica que conocemos. En consecuencia, algo cualitativamente diferente debe reemplazar a las determinaciones casi naturales como marco orientador de la teoría económica y de los procesos prácticos correspondientes de la formulación autónoma de políticas.

La diferencia se vuelve clara cuando tenemos en cuenta el asunto de la *previsibilidad*.

En las condiciones del capitalismo, las determinaciones objetivas del desarrollo se manifiestan como tendencias económicas identificables –y en ese sentido específico “leyes económicas” (por esta razón es necesario introducir la precisión resaltando el carácter *casi* natural de tales determinaciones), a diferencia de las leyes mucho más firmes de las ciencias naturales con su forma incomparablemente más precisa y confiable de previsibilidad– que pueden ser la base de las anticipaciones probabilísticas de consecuencias futuras. Este activo, que es simultáneamente también una limitación, circunscribe para bien o para mal las posibilidades



predictivas de las teorías críticas también y no sólo de las producidas por los creyentes incondicionales de las virtudes del sistema establecido. En efecto, las conclusiones y recomendaciones de política de las teorías críticas y de las no críticas pueden ser muy diferentes. Pero ambas deben fundamentar sus evaluaciones en las determinaciones casi naturales de los acontecimientos en curso. Ésta es la manera como pueden preverse las tendencias expansionistas o las recesiones, a fin de adoptar las medidas que se estimen apropiadas para hacerles frente.

Todo esto resulta muy diferente cuando pensamos en las teorías económicas factibles más allá del capital. Una vez que se superan exitosamente las limitaciones que surgen de las determinaciones casi naturales que se imponen "a espaldas de los individuos", se van con ellas las consecuencias deterministas que se derivan de ellas y constituyen el marco de las anticipaciones probabilísticas anteriores. En consecuencia, en las nuevas teorías las anticipaciones del futuro no pueden considerarse predicciones en el sentido anterior. Se convierten en estipulaciones con respecto al futuro, que se desprenden de las decisiones de política tomadas en un contexto determinado, sobre la base de algunos objetivos conscientemente fijados por los individuos involucrados, en relación con el material y los recursos humanos disponibles. En otras palabras, este tipo de "predicción" es análogo al que ocurre cuando una organización deportiva como, por ejemplo, la asociación de fútbol estipula y anticipa que un juego dado deberá comenzar y comenzará el sábado a las tres de la tarde, lo que en principio debe estar dentro de las posibilidades de los individuos involucrados.

Por consiguiente, el hecho de que en la sociedad más allá del capital el "determinismo económico" se deje atrás conlleva la necesaria consecuencia de que en las nuevas circunstancias la teoría económica debe encontrar una manera muy diferente de relacionar el futuro con el presente. La conceptualización de la inercia del pasado como la fuerza condicionante del presente y del futuro ya no puede desempeñar más su papel tradicional. En consecuencia, la redefinición práctica de las relaciones temporales de la interacción social significa que la toma de decisiones consciente con respecto al futuro, personificada tangiblemente en los objetivos que se fijan los individuos para ellos mismos, se convierte en la fuerza orientadora controlable del presente, en contraposición con el mismo papel que antes desempeñaba de manera incontrolada la inercia del pasado.

5. La teoría más allá del capital

Naturalmente, sin que se den algunas precondiciones objetivas, no

hay manera de articular un nuevo tipo de teoría económica —no determinista—, junto con un marco correspondiente de toma de decisiones políticas consciente.

La raíz del problema está en que la teoría económica no determinista, como guía para la toma de decisiones consciente, es concebible únicamente cuando las condiciones a las que se refiere, como la base de la evaluación de los objetivos que se persiguen, son transparentes. Las teorías que conciben una solución a través de la "mano invisible" tratan de eliminar el problema en sí decretando una imposibilidad de transparencia *a priori*. Estas teorías pueden adoptar formas extremadamente conservadoras, tratando de hacer una virtud moral de un papel que limita a los individuos a subordinarse incondicionalmente a los imperativos del sistema del capital. El celo de Hayek al promover su cruzada es un ejemplo destacado de esta manera de evaluar los asuntos. En un artículo programáticamente titulado "The Moral Imperative of the Market", Hayek escribe:

Para permitir a las personas *adaptarse a una estructura que no conocen* (y cuyos determinantes tampoco conocen), debemos dejar que el mecanismo espontáneo del mercado les diga *qué deben hacer*. [...] Nuestro conocimiento moderno nos indica que los precios son señales que informan a las personas lo que deben hacer para ajustarse al resto del sistema.¹⁸ [...] Las personas deben estar dispuestas a someterse a *la disciplina que constituye la moralidad comercial*.¹⁹

Por ende, Hayek desea que creamos que al conferir la condición de una "moralidad" ficticia al imperativo capitalista de someter a los individuos a las determinaciones estructurales de un sistema que en sus palabras ellos no conocen y que en principio no pueden conocer, y al usar engañosamente *deben hacer* (como obligación moral), en lugar de *tienen que hacer*, su mensaje autoritario (según el cual los individuos reacios²⁰ deben *ajustarse* al resto del *sistema*) se convierte en sinónimo de la defensa de la libertad. Y Hayek continúa con esta línea de razonamiento e impone la imposibilidad de transparencia *a priori* en nombre del "mecanismo espontáneo del mercado" (que, al favorecer tendencias monopolistas y las correspondientes relaciones de poder más inicuas, no es ni un simple mecanismo ni es espontáneo), aun cuando tiene que admitir que los principios por él defendidos nunca han sido justificados racionalmente.²¹ Al mismo tiempo, sin la más mínima preocupación por la ausencia de justificación racional, Hayek nos advierte que la adopción incondicional de su



“moralidad comercial” (que bruscamente descarta la idea de la justicia social como un espejismo²² y convierte por decreto en una obligación moral “aprender la rígida disciplina del mercado”) es un “asunto crucial para la preservación futura de la civilización que debe afrontarse antes de que los argumentos del socialismo nos lleven de vuelta a una moralidad primitiva”.²³

En realidad, la razón fundamental de la falta de transparencia en nuestra época no es el hecho inalterable de que la sociedad esté formada por individuos, sino la condición radicalmente alterable de que estén subsumidos en fuerzas jerárquicamente estructuradas y antagónicas. Las dificultades básicas que enfrentan la teoría económica y la toma de decisiones políticas no se derivan de las intenciones divergentes de los individuos particulares –por cuya razón deben invocarse los buenos servicios de la “mano invisible”, al tiempo que se calla en relación con, o se distorsiona tendenciosamente, la muy “visible mano” del Estado– sino de la naturaleza antagónica de las relaciones sociales dominantes. El poder de los individuos como individuos particulares –y no como personificaciones de fuerzas sociales que actúan de acuerdo con los imperativos de su “condición social en la vida”– se exagera enormemente, a fin de prejuzgar el asunto a favor de la “mano invisible”. Sin embargo, la razón principal por la que la toma de decisiones está incorregiblemente viciada por la opacidad de las determinaciones sociales puede precisarse exactamente en su carácter antagónico. Por consiguiente, si deseamos reemplazar la opacidad de la objetividad reificada por la transparencia de las relaciones sociales controlables, debemos superar la inercia fatídica del antagonismo.

La viabilidad de la toma consciente de decisiones políticas y económicas “más allá del capital” es factible únicamente sobre esta base. La sumisión a una disciplina externa –ya sea en nombre de la moralidad ficticia que propugna la rígida disciplina del mercado o la extracción del trabajo excedente impuesta políticamente– está condenada al fracaso en este sentido. La única disciplina compatible con la concepción de la que estamos hablando (es decir, un nuevo tipo de teoría económica –no determinista–, concebida junto con un marco correspondiente de toma consciente de decisiones políticas) es la disciplina interna adoptada por los individuos sobre la base de los objetivos compartidos que ellos mismos hayan establecido de manera no antagónica, sin la presión de determinaciones conflictivas irreconciliables. De lo contrario, la conciencia de los individuos se distorsiona incorregiblemente y se transforma en variedades de *falsa conciencia*, puesto que se ven inducidos a racionalizar y a

justificar las decisiones que les han sido impuestas como si fueran sus propias decisiones autónomas, correctas y encomiables.

La teoría económica no determinista presupone una relación cualitativamente diferente entre la economía y la política en dos sentidos. El primero guarda relación con la conexión directa entre los dos dominios, que podría llamarse su relación *interna*. Esto se desprende del hecho de que en tanto la preponderancia de las determinaciones y los imperativos materiales y económicos se deja atrás, los procesos tradicionales de toma de decisiones políticas pueden redefinirse apreciablemente de manera mucho menos parcial. El segundo sentido, relacionado estrechamente con el primero, se refiere al asunto de superar la alienación, tanto en la economía como en la política. Puesto que la manera como funcionan los dos dominios bajo el gobierno del capital sólo puede caracterizarse como la alienación del poder de los individuos en relación con la toma de decisiones de todos los individuos, que deben adaptarse al papel alienado que se les ha asignado como *personificaciones del capital o personificaciones del trabajo*. Es por ello que la noción relativa a los “individuos soberanos que imponen sus intenciones y se esfuerzan por lograr sus intereses particulares en la única sociedad que es sostenible, la sociedad de mercado” –en armonía plena con el interés de la sociedad en su conjunto, gracias a la benevolente “mano invisible”– es tan indefectiblemente atípica de la situación real.²⁴ La toma de decisiones, tanto en política como en el dominio de la economía está en realidad terriblemente limitada y distorsionada, en correspondencia con los imperativos alienantes de la acumulación de capital y de la expansión a los que ambas deben someterse. Al mismo tiempo, a los individuos como tales se les niega el poder de tornar decisiones, en el sentido de que su “decisiones” son predeterminadas por el “poder de las cosas”, en concordancia con la alienación y la reificación. Por consiguiente, el cambio cualitativo en la relación entre la economía y la política en el segundo sentido significa la restitución a los individuos del poder de tomar decisiones como individuos sociales que actúan conscientemente. Ésta es la única manera posible de reconstituir la unidad de la política y la economía, junto con la armonización del individuo y de la toma de decisiones sociales en un sentido significativo del término.

Todo esto tiene implicaciones de gran alcance para el *tiempo* productivamente utilizable de la sociedad, no sólo en el sentido mencionado antes de que la redefinición práctica de la interacción social en relación con el futuro se convierta en la fuerza rectora del presente, en contraposición con el papel que



una vez desempeñara en este sentido la inercia del pasado. Igualmente importante es el cambio que tiene lugar con respecto al tiempo directamente controlable por los individuos como individuos sociales. Como sabemos, bajo el dominio del capital el tiempo necesario que se requiere para expandir la producción y la acumulación del capital es impuesto a los individuos externamente, a través de la "rígida disciplina del mercado" o mediante las modalidades poscapitalistas de extracción del excedente de trabajo como el imperativo temporal indiscutible del sistema. Sin embargo, mientras más avanzado es el potencial productivo de una sociedad, más dispendioso resulta manejar de esta manera sus relaciones productivas. Puesto que mucho más allá de la extracción y la apropiación del excedente de trabajo estrictamente regulado y externamente controlado (bajo el capitalismo, equivalente de manera restrictiva a la plusvalía), en una sociedad productivamente avanzada también encontramos la vasta y positiva potencialidad del tiempo disponible de los individuos, que no puede ser fácilmente utilizado por el modo de control metabólico social del capital con "eficiencia económica" externamente manejable.

Naturalmente, no puede haber razón alguna por la que los individuos deban sentirse internamente/positivamente motivados condición vital para activar esta dimensión de riqueza a colocar su tiempo disponible en el fondo común de sus prácticas productivas y distributivas, si no se encuentran en pleno control de su actividad de vida como individuos sociales. Es por ello que, en las condiciones de antagonismo y necesaria ausencia de transparencia, la riqueza potencialmente inmensa –aunque debido a su misma naturaleza, y para desagrado del capital, definible sólo cualitativamente– del tiempo disponible de los individuos se desperdicia en nuestras sociedades, cuando la necesidad de utilizarlo de manera creativa está creciendo en sumo grado día tras día. Lamentablemente, cuando consideramos el insostenible derroche de nuestro orden metabólico social, tendemos a concentrarnos en el asunto de la energía y los recursos materiales primordiales mal utilizados, y a olvidar por completo esta dimensión vital del problema. Por el contrario, la teoría económica no determinista y el marco correspondiente de la toma de decisiones políticas, basados en la participación activa de todos, no son factibles si no se desarrolla la gran potencialidad positiva del tiempo disponible de los individuos.

6. Importancia y dificultad de una planificación comprehensiva

Retornando al asunto de la planificación para concluir este trabajo,

lo que debe resaltarse en primer lugar es la importancia y la gran dificultad de instituir una planificación comprehensiva.

Ya hemos visto que durante la Segunda Guerra Mundial, incluso el gobierno del país más poderoso en términos capitalistas, los Estados Unidos, tuvo que adoptar la planificación central, a fin de garantizar las condiciones materiales necesarias para obtener la victoria sobre Hitler. Claro está, esto ocurrió bajo las condiciones extremas de un estado de emergencia. Sin él, las determinaciones históricas y sociales del sistema capitalista hacen más problemáticos todos los intentos de establecer una comprehensiva planificación. Sin embargo, los promotores de la idolatría del mercado distorsionan este asunto como si la oposición entre la "planificación central" y la "elección individual" fuera una oposición metafísica eterna. Sin embargo, la "elección individual" –y la idea conexas de la "autonomía local"– no significa absolutamente nada si las elecciones "autónomas" que hagan los individuos o los grupos de individuos localmente quedan anuladas por los imperativos materiales del sistema económico y las directrices autoritarias de su estructura de mando general. Sin introducir las correspondientes condiciones históricas apropiadas la tan proclamada oposición entre la "planificación y la elección individual" –así como la oposición entre "crecimiento o no crecimiento"– sólo puede ser una interesada falsa oposición.

Bajo circunstancias normales, en el tipo capitalista de nuestro orden reproductivo social, no puede haber planificación comprehensiva. Esto es así incluso cuando las gigantes corporaciones cuasi-monopólicas adoptan una problemática forma de planificación, necesariamente truncada. Este tipo de planificación debe ser truncada, porque ellos mismos sólo pueden ser cuasi-monopólicas, independientemente de cuán gigantes sean. Puesto que nunca pueden acaparar el mercado mundial ni siquiera en su propio ramo relativamente restringido de actividad productiva, y mucho menos su totalidad. Por supuesto, no es sorprendente el hecho de que la planificación corporativa incorregiblemente truncada a veces se idealice como planificación plenamente viable en todo sentido, como lo ha hecho John Kenneth Galbraith.²⁵ Pero esta evaluación del problema no es más que un pensamiento esperanzador. Mas aún, en el caso de Galbraith, la idea extremadamente exagerada de la planificación de la gran corporación se encontraba asociada con la idea de que, debido al proceso de planificación que supuestamente compartían la economía soviética en su conjunto y las corporaciones gigantes de los Estados Unidos, ambos sistemas estaban de hecho convergiendo hacia algo cualitativamente diferente tanto del



capitalismo como del socialismo. Huelga decir que nada pudo alejarse más de la realidad que la perspectiva ilusoria de la “convergencia” de ambas sociedades, como lo ha demostrado claramente la espectacular implosión del sistema soviético y la subsiguiente restauración del capitalismo en toda Europa del Este.

La necesaria frustración de la planificación bajo el capitalismo²⁶ empezó a destacarse en Gran Bretaña durante el gobierno de Harold Wilson, formado tras la victoria electoral del Partido Laborista en 1964. En esa época, Wilson todavía hablaba de “conquistar las posiciones de poder de la economía” e inventó un nuevo ministerio de Economía para Lord George Brown, el líder adjunto del Partido Laborista. Se suponía que este ministerio introduciría algunos cambios importantes en la gestión de la economía británica, en armonía con el defendido proceso de planificación. Sin embargo, resultó que este intento fue un completo fracaso, y la aventura tuvo un final infeliz. En lugar de que el gobierno “conquistara las posiciones de poder de la economía”, ocurrió lo diametralmente opuesto: las “posiciones de poder” de las grandes empresas conquistaron al gobierno y lo obligaron a abandonar completamente las viejas ideas de la reforma socialdemócrata. Se anunciaba con ello la transformación del Partido Laborista en el “amigo de la empresa”, según dice, orgullosamente, su líder actual.

En el transcurso del desarrollo histórico del capital, y especialmente en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el significado original de *economía* como *economizar* ha sido eliminado completamente por el imperativo del proceso de autorreproducción en expansión incesante del sistema. Como se mencionó antes, la expansión bajo el dominio del capital siempre estuvo subordinada al imperativo de la acumulación de capital que, desde el punto de vista del sistema, no puede admitir límite alguno. La incapacidad de “crecer” en este sentido atrofiado, como “expansión de activos aún más expansibles de capital”, se considera con desolación como una violación de la lógica interna del sistema. La idea de introducir conscientemente regulaciones correctivas a la acumulación de capital en aras del desarrollo sostenible, era –y será siempre– descartada como un absoluto fracaso. Las determinaciones sistémicas casi naturales del capital no lo tolerarían. Por consiguiente, “economía” se convierte en sinónimo de “lo que sea propicio a la expansión o acumulación constante”, independientemente de las consecuencias humanas y ambientales, lo cual descarta el *economizar* como un concepto inútil e incluso hostil. Ésta es la razón por la que debe rechazarse categóricamente la planificación comprensiva como un correctivo necesario,

aunque este rechazo apriorístico se embellece ideológicamente – desde Ludwig von Mises²⁷ hasta Frederick von Hayek y sus partidarios– como “sentido común” incontestable.

Claramente, sin embargo, las consecuencias destructivas del proceso de reproducción del capital²⁸ no pueden corregirse sin redescubrir el significado original de la economía como el necesario *economizar* de la buena administración en un mundo de recursos finitos, y sin su consciente utilización mediante la planificación comprensiva. El despilfarro extremo del actual modo de control metabólico social – en relación a la utilización de recursos materiales no renovables y al peligroso impacto en el medio ambiente global de los procesos de producción de capital, así como a la terrible subutilización de sus productos– está empeorando a medida que transcurre el tiempo, sin evidencia alguna de que se corrijan las determinaciones subyacentes en la escala necesaria. Incluso los más limitados intentos de planificar alguna mejora, en un único dominio, como, por ejemplo, la reducción de las emisiones nocivas hacia la atmósfera mediante las “buenas intenciones” del Protocolo de Kyoto, son rechazados sin miramientos por el país capitalista más poderoso.

El problema consiste en que hablar sobre la necesidad de la planificación comprensiva no es simplemente un asunto de escala (su aplicación parcial en ciertos ramos de la industria por algunas corporaciones, por ejemplo, en contraposición a su aplicación a todo el territorio nacional), ni tampoco de duración del proceso (necesariamente temporal bajo el capitalismo, en el sentido de que debe restringirse a los estados de emergencia, o muy grave emergencia). Lo más importante es que comprometerse con la planificación comprensiva inevitablemente incluye en la agenda el desafío de concebir un modo alternativo de reproducción metabólica social, al menos por implicación. Dadas las condiciones en las cuales puede surgir el asunto en sí, incluso parciales medidas positivas de intervención correctiva – que en primer lugar deberán ser predominantemente contramedidas a las determinaciones casi naturales del capital– estarán en permanente peligro, amenazadas por un completo fracaso e incluso por la restauración capitalista a plena escala, a menos que se amplíen satisfactoriamente de manera tal que terminen siendo los ladrillos de una manera radicalmente diferente de manejar el intercambio de los individuos entre sí y con la naturaleza. La implosión del sistema tipo soviético, con su proceso de planificación autoritario, rechazado de manera poco ortodoxa por los productores, ofrece una prueba elocuente de la veracidad de esta afirmación.

Naturalmente, no puede haber economía en el sentido



significativo de economizar sin una forma práctica viable de control o contabilidad. Por oposición a la "contabilidad económica" del capital que se fundamenta en una cuantificación minuciosa, y que pretende ser la única "económicamente aceptable", la contabilidad socialista de la planificación comprensiva debe operar sobre la base de la restauración en la práctica social de la dialéctica de la cantidad y la calidad, que fue destruida a través del despliegue universal de la mercantilización, la alienación y la reificación. En este sentido, la contabilidad socialista debe estar orientada hacia la calidad, incluso cuando tenga que evaluar las cantidades disponibles para la distribución entre actividades alternas y propósitos legítimamente diferentes.

No disponemos de suficiente tiempo para analizar de manera adecuada la gran variedad de asuntos bastante complicados y a menudo, por razones ideológicas, distorsionados²⁹ de la necesaria orientación hacia la calidad de la contabilidad socialista. Sin embargo, se impone una muy breve mención de por lo menos algunos de ellos.

El primero guarda relación con el asunto de la producción para cubrir las necesidades, en clara contraposición al actual predominio del sometimiento, a despecho de incluso las necesidades más elementales de la abrumadora mayoría de la humanidad, de los dictados interesados de la producción "económicamente viable". Por ende, la determinación del proceso de distribución y consumo trabaja en un círculo equivocado. En lugar de partir de la demanda real basada en las necesidades para la determinación de las metas productivas, los objetivos fijados de manera capitalista presionan contra su lecho de Procusto las aspiraciones humanas frustradas. Las personas deben conformarse con lo que puedan obtener, si logran obtener algo. Y para colmo de males, todo esto se hace con la ideología risible de la "soberanía del consumidor".

Otro aspecto de nuestro problema puede describirse como la producción de valores de uso frente al predominio del intercambio de valores que pueden ser fácilmente cuantificados mecánicamente para la contabilización de beneficios. También en este caso prevalecen las huellas preestablecidas del sistema de producción, independientemente de cuán despilfarrador sea manejar de esta manera la administración de los recursos humanos y materiales. Asimismo, en las últimas décadas, la situación de hecho está empeorando en este sentido, con el desarrollo de la crisis estructural del capital. Ésta es la razón por la que hemos venido presenciando una tasa decreciente de utilización de productos, servicios y maquinaria productiva, aunque es bastante innegable la

necesidad exactamente opuesta, es decir, tasas crecientes de utilización, para satisfacer la demanda proveniente de innumerables millones que tienen que sobrevivir con menos de un dólar diario.

También es necesario mencionar en este contexto quizás el problema más inmediato y urgente, que amenaza en todas partes con la desestabilización social y posiblemente, incluso, la explosión social: el cáncer del desempleo creciente. El enfoque de cuantificación estricta del capital ni siquiera puede percibir la naturaleza real del problema, y mucho menos resolverlo. En el mejor de los casos puede convertir una parte del desempleo en variedades de subempleo, lo cual es imposible que funcione en el largo plazo. Es por ello que todas las soluciones proyectadas terminaron siendo ilusorias e insostenibles como, por ejemplo, el programa de "Pleno empleo en una sociedad libre" (*Full Employment in a Free Society*³⁰), propuesto por el "padre del Estado benefactor", Lord Beveridge y concebido en el espíritu keynesiano. En un mundo en el que el trabajo debe considerarse un "costo de producción" cuantificable, los correctivos sólo pueden ser temporales o coyunturales, sujetos a los imperativos de la acumulación de capital mas o menos relativamente inalterada, como se experimentó durante las dos décadas y media de expansión de la posguerra. El intento reciente de resolver el problema del desempleo mediante la informalidad —que es realmente la precarización más insensible de los seres humanos— sólo puede camuflar un fracaso cuyo impacto está destinado a empeorar en el futuro cercano.

Evidentemente, en todas estas cuestiones no puede lograrse nada acorde a la importancia misma de los asuntos sin reorientar drásticamente la contabilidad social hacia la *calidad*, en el contexto de la planificación comprensiva de objetivos convenidos y manejados conscientemente, trabajando en armonía con gente —los "productores libremente asociados"— que participe más activamente en la gestión de sus propios asuntos. En este caso, también debemos considerar el famoso principio marxista de la distribución, que sostiene que en una sociedad socialista avanzada los individuos trabajarán conforme a sus habilidades y recibirán del producto social general de acuerdo con sus necesidades,³¹ puesto que este principio a menudo se interpreta con parcialidad burocrática, ignorando el énfasis que puso Marx en la *autodeterminación de los individuos*, sin la cual "trabajar conforme a su habilidad" significa muy poco, si es que significa algo. Por consiguiente, los dos términos principales de la definición marxista —es decir, la habilidad y la necesidad individuales— sólo pueden adquirir su verdadero significado en un marco de



contabilidad cualitativa. Estos son los parámetros de un proceso de planificación comprensiva viable prácticamente, factible solamente en una perspectiva de largo plazo.

Naturalmente, subrayar la importancia de una perspectiva de largo plazo no significa que podamos ignorar “el aquí y el ahora”. Por el contrario, la razón por la que debemos interesarnos en un horizonte mucho más amplio que el habitual es para poder conceptualizar de manera realista una transición³² hacia un orden social diferente a partir de las determinaciones del presente. La perspectiva de largo plazo es necesaria, porque la meta real de la transformación sólo puede establecerse dentro de tal horizonte. Además, sin identificar la meta adecuada, seguramente sería como viajar sin brújula y, por lo tanto, las personas involucradas podrían desviarse fácilmente de sus objetivos vitales. Por otra parte, la comprensión de las determinaciones objetivas y subjetivas del “aquí y el ahora” es igualmente importante, ya que la tarea de instituir los cambios necesarios se define ya en el presente, en el sentido de que a menos que comience a realizarse en el “justamente aquí y ahora”, aun cuando por el momento sea de manera modesta con plena conciencia de las limitaciones existentes, así como de las dificultades para sustentar el viaje en su horizonte temporal más distante no llegaremos a ninguna parte. Aunque nadie debe alentar una acción irresponsablemente precipitada y prematura, no puede excluirse el riesgo de que sea prematura, al estar dirigida a una empresa tan fundamental y difícil como instituir un cambio estructural trascendental, aun cuando los individuos interesados actúen de la manera más responsable posible. La verdad es que no puede lograrse nada si nos quedamos esperando las condiciones favorables y el momento adecuado.

Las personas que abogan por un cambio estructural trascendental deben estar siempre conscientes de las limitaciones que habrán de enfrentar. Al mismo tiempo, deben estar atentas para evitar que el peso de tales limitaciones se congele y se transforme en la fuerza paralizante de alguna “ley objetiva” ficticia que pueda desviarlas de sus objetivos declarados. El proceso de planificación factible en “el aquí y el ahora” es un excelente ejemplo. Como correctamente lo destacó Harry Magdoff, tanto en relación con las dificultades objetivas ineludibles como con su transfiguración fetichista:

Obviamente, la magnitud y las destrezas de la fuerza laboral, la cantidad y calidad de la tierra cultivable, la oferta potencial de materias primas, las herramientas y demás equipos disponibles, los medios de transporte y comunicación, todos establecen serias limitaciones en cuanto a lo que puede lograrse en un momento

dado. Cada paso de la planificación, tanto nacional como localmente, debe tomar en cuenta las limitaciones prácticas. Una planta de aluminio sin una fuente adecuada de energía eléctrica sería inútil. Una planta química por lo general necesita grandes cantidades de agua. Una planta de acero debe disponer de fuentes accesibles de mineral de hierro y carbón de cocción. En los niveles más altos de la planificación, deben tomarse en consideración constantemente diversos balances y proporciones, como, por ejemplo, entre la industria y la agricultura, los bienes de producción y de consumo, las industrias de extracción y de producción, las necesidades de transporte y distribución, el ingreso de los consumidores y la oferta de bienes de consumo. Pero, ¿qué tienen que ver los límites objetivos con las “leyes económicas objetivas” del socialismo? Aquí llegamos al fondo del asunto. El efecto de confundir los límites y las limitaciones con las leyes oscurece (incluso podríamos decir que oculta) los problemas básicos y los asuntos de política de una transición socialista.³³

Claro está, las limitaciones y dificultades vinculadas al intento histórico de llevar una sociedad en gran medida subdesarrollada de 1.300 millones de habitantes (es decir, 155 veces Venezuela!) a un nivel de producción alcanzado por los países industrialmente más avanzados deben ser bastante pasmosas desde cualquier punto de vista. Por ende, es comprensible que los registros históricos muestren avances interrumpidos por reveses y frustraciones importantes. Deben intentarse muchas cosas, en circunstancias de limitaciones serias y en medio de hostilidad externa, que pueden ser mayores en el futuro. Observando estos acontecimientos de lejos, pueden parecer bastante difíciles de resolver. Merece la pena recordar en este contexto un antiguo adagio, citado con aprobación por el fallecido líder chino Deng Hsiao Ping, según el cual “el color de los gatos no importa” —es decir, que no debemos preocuparnos si son capitalistas o socialistas— “siempre que atrapen al ratón”. A primera vista, esto puede considerarse bastante razonable. Sin embargo, podemos sentirnos tentados a preguntar: ¿qué pasa si las políticas adoptadas desembocan en una plaga de ratas gigantes, bajo la forma de desempleo estructural masivo, en lugar de la feliz captura del ratón? Llamar a las limitaciones y los peligros innegables en juego “las leyes objetivas del socialismo”, como se hace en el artículo criticado por Magdoff, no ofrece consuelo alguno en este sentido.³⁴ Se requiere la peculiar lógica de *The Economist* para admitir, por una parte, que la migración rural hacia las ciudades de China causaría “una crisis de desempleo con consecuencias sociales y políticas de gran alcance” y, por otra parte, propugnar en el mismo párrafo la adopción de tal política



potencialmente explosiva, insistiendo en que “China necesita mantener bajos sus costos laborales dejando a su población rural trabajar libremente en las áreas urbanas”.³⁵

Para nosotros, mantener una estrategia socialista que requiere de la planificación comprehensiva, como vía para superar los peligros ecológicos y los otros que la humanidad debe enfrentar no en un futuro remoto, sino hoy mismo sigue siendo más válido que nunca antes. Nadie puede negar que los cambios requeridos para la muy necesaria transición hacia una sociedad más allá del capital son casi prohibitivamente difíciles de realizar. La teoría económica, respetuosa del peso de las limitaciones objetivas, pero rechazando someterse a sus determinaciones fetichistas y, por ende, trabajando de la mano con la política de emancipación, puede contribuir de manera vital al éxito de esta empresa.

Traducción de Gladys Sanz.

* Disertación presentada en la conferencia sobre “El pensamiento económico y su relevancia en el mundo de hoy”, organizada por el Banco Central de Venezuela y el editor de su revista económica (*Revista BCV*), Asdrúbal Baptista, celebrada en Caracas entre el 10 y el 12 de septiembre de 2001.

Notas

¹ “American Productivity: Measuring the New Economy”, *The Economist*, 11 a 17 de agosto de 2001, p. 12.

² *Idem*, p. 13.

³ Mészáros: *Szatira és valóság* (Sátira y realidad), Szépirodahyli Könyvkiadó, Budapest, 1955, p. 53. Terminé de escribir mi libro en el otoño de 1954 y fue publicado en enero de 1955.

⁴ *Idem*, p. 55.

⁵ O.I. Antónov, citado en Moshe Lewin: *Stalinism and the Seeds of Soviet Reform: the Debates of the 1960s*. Londres, Pluto Press, 1991, p. 148.

⁶ Vadim Medvédev, presidente del Comité Ideológico del Partido Soviético y miembro del Politburó de Gorbachov, era oficialmente llamado “el jefe ideológico”. Como tal, proclamó que: “Las sociedades anónimas no son en manera alguna contrarias a los principios económicos socialistas. Consideramos que la reorganización profunda de las relaciones de propiedad y la diversidad e igualdad de todas sus formas son una garantía de la renovación del socialismo” (Vadim A. Medvédev, “The Ideology of Perestroika”, en *Perestroika Annual*, vol. 2, editado por Abel Aganbegyan, Londres, Macdonald & Co. Ltd., 1990, p. 32.). También proclamó que la nueva dirección que había tomado la economía, con sus relaciones de propiedad capitalísticamente reorganizadas y sus sociedades anónimas, garantizará el progreso democrático social del país (*Ibid.*, p. 27). Naturalmente, ninguna de las proyecciones esperanzadas que hicieran los ideólogos de Gorbachov pudo hacerse realidad.

⁷ De hecho, las infundadas teorías del “socialismo de mercado” y de “la economía de mercado social” dieron paso muy rápidamente a la defensa de, incluso, la versión más conservadora del capitalismo neoliberal. Como comentó con aprobación *The Economist*:

“Una economía de mercado sin ningún adjetivo”. Eso es lo que Vaclav Klaus insiste que se necesita en Checoslovaquia, donde ha sido ministro de Finanzas desde comienzos de diciembre. No es para él la “economía de mercado social”, frase que se ha difundido en otras partes de Europa del Este. Este economista de 48 años de edad, de voz suave, pero sonriente y seguro de sí mismo, cree que la mitad de las medidas serán menos que inútiles. Para reactivar el mercado rápidamente, Klaus y su ministerio están preparando un buen número de leyes nuevas para permitir el funcionamiento de mercados financieros al estilo occidental [...] Klaus y sus compañeros delegados checoslovacos en Davos estaban ansiosos por distanciarse de las reformas de 1968 [es decir, de la Primavera de Praga, *I.M.*]. Pero se sentían felices de tratar de trabar amistad con la empresa occidental. No buscan ayuda, sino capital accionario, y parece no preocuparles si este capital llega a través de empresas mixtas, inversiones de tipo totalmente nuevo o compras directas de empresas checas. Como buen friedmanista, Klaus no muestra ningún interés en imponer el resultado de las fuerzas del mercado: su función es mantener los precios estables, al tiempo que el negocio hace su trabajo. “Financial Reform in Czechoslovakia: A Conversation with Vaclav Klaus”, *The Economist*, 10 de febrero de 1990. No fue ninguna sorpresa que el friedmanista Vaclav Klaus fuera promovido rápidamente al cargo de primer ministro de Checoslovaquia (luego República Checa). Ocupó esa posición clave durante largo tiempo, para deleite de los grandes círculos empresariales de las “sociedades de mercado” occidentales.

⁸ Harry Magdoff, “Are there lessons to be learned?” *Monthly Review*, febrero de 1991, pp. 13 a 17.

⁹ “World Economy: Nowhere to Hide. Economies Almost Everywhere are Looking Sick”, *The Economist*, 18 a 24 de agosto de 2001, p. 64.

¹⁰ *Idem*. Las cifras más actualizadas de la recesión industrial son: en Malasia diez por ciento, en Taiwán 12 por ciento, y en Singapur —país que durante mucho tiempo fue considerado ejemplar—, no menos de 17 por ciento.

¹¹ *Idem*.

¹² Esto no está dicho retrospectivamente, tras el derrumbamiento del sistema soviético. Traté de analizar detalladamente las razones por las cuales debe adoptarse el enfoque mucho más difícil de ir más allá del capital, junto con las condiciones en las cuales puede llevarse a la práctica, en un libro titulado *Beyond Capital Towards a Theory of Transition* (Merlin Press, Londres, y Monthly Review Press, Nueva York, 1995. En español. *Más allá del capital: hacia una teoría de la transición*. Caracas: Vadell Hermanos Editores, 2001). El libro tardó 25 años en ser escrito, y en él se previó, a mediados del decenio de los setenta, el restablecimiento del capitalismo en el sistema de tipo soviético.

¹³ Véanse los capítulos 17 y 20 de *Más allá del capital*.

¹⁴ En términos de Adam Smith: “El magistrado que intentase dirigir a los particulares sobre la forma de emplear sus respectivos capitales, tomaría a su cargo una empresa imposible a su atención, impracticable por sus fuerzas naturales, y se arrogaría una autoridad que no puede fiarse prudentemente ni a una sola persona, ni a un Senado, aunque sea el más sabio del mundo, de manera que en cualquiera que presumiese de bastarse por sí solo para tan inasequible empeño sería muy peligrosa tan indiscreta autoridad”. A. Smith: *An Inquiry into The Nature and Causes of The Wealth of Nations*, J.R. McCulloch, Adam y Charles Black, Edimburgo, 1863, p. 200.

¹⁵ “Y como cualquier individuo particularmente procura poner todo el empeño en emplear su capital para sostener la industria doméstica, así como en elegir y dirigir aquel ramo que ha de dejar productos de más valor, cada uno de por sí viene a esforzarse, sin intentarlo directamente, en conseguir el máximo de renta anual de la sociedad en común. Ninguno por lo general se propone originariamente promover el interés público, y acaso ni aun conoce cómo la fomenta cuando no abriga tal propósito. Cuando prefiere la industria doméstica a la extranjera, sólo medita su propia seguridad, y cuando dirige la primera de forma que su producto sea del mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia;

pero en éste y en otros muchos casos es conducido, como por una mano invisible, a promover un fin que nunca formó parte de sus intenciones. [...] porque, siguiendo cada particular por un camino justo y bien dirigido, las miras de su interés propio promueven el del bien común con más eficacia, a veces, que cuando intencionalmente piensa fomentarlo directamente". *Ibid.*, pp. 199 y 200.

istván mészáros

¹⁶ Véase pág. 320 de *The General Theory of Employment, Interest and Money*, de John Maynard Keynes, Londres, MacMillan & Co., 1957 (primera edición 1934).

¹⁷ *Ibid.*, pp. 380 y 381.

¹⁸ Hayek: "The Moral Imperative of the Market", en Martin J. Anderson ed., *The Unfinished Agenda: Essays of The Political Economy of Government Policy in Honour of Arthur Seldon*, Londres, The Institute of Economic Affairs, 1986, pág. 147.

¹⁹ *Ibid.*, p. 149.

²⁰ En el mismo artículo, Hayek se queja en contra de "La imposibilidad de que un gran número de personas acepten los principios morales que forman la base del sistema capitalista [...] la gran mayoría de las personas (y no exagero) ya no cree en el mercado".

²¹ *Ibid.*, p. 148.

²² *Ibid.*, p. 146.

²³ *Ibid.*, p. 148.

²⁴ "La base esencial del desarrollo de la civilización moderna es permitir a las personas lograr sus propios fines sobre la base de su propio conocimiento y no estar limitadas por las metas de las demás personas". Hayek: *Ibid.*, p. 146. Cualquiera que hable en serio en estos términos únicamente puede demostrar no sólo que no vive en la "civilización moderna" de la "sociedad moderna", sino que ni siquiera vive en el mismo planeta que el resto de nosotros.

²⁵ Véase su libro: *The New Industrial State*, Nueva York, 1971.

²⁶ Sería factible un cambio importante en este sentido sólo en circunstancias en las que debido a algunas crisis económicas y políticas importantes la presión de las masas populares, junto con la buena disposición de las fuerzas más progresistas del cuerpo legislativo estatal, pudiera contrarrestar con suficiente energía y por suficiente tiempo la obvia hostilidad de los círculos comerciales dominantes hacia la intervención normativa global. Pero, por supuesto, tal situación sería similar al estado de emergencia que se vivió durante la Segunda Guerra Mundial, aunque de menor magnitud.

²⁷ Véase su libro titulado *Socialism*. New Haven, Yale University Press, 1951, más accesible en la edición de New York University Press, 1985.

²⁸ Idealizado por muchos, entre ellos Schumpeter, como "destrucción productiva", cuando en realidad la "producción destructiva" está volviéndose cada vez más dominante.

²⁹ El lector interesado puede encontrar un análisis de los mismos en los capítulos 14 al 20 de *Más allá del capital* (pp. 605 a 1003).

³⁰ Título de un influyente libro escrito por Lord William Beveridge.

³¹ Véase Marx, *Crítica del Programa de Gotha*.

³² El subtítulo de mi libro, *Más allá del capital*, es precisamente *Hacia una teoría de la transición*.

³³ Harry Magdoff: "China: New Theories for Old". *Monthly Review*, mayo de 1979, pp. 5 y 6.

³⁴ El economista chino Han Deqiang, en una conferencia que dictara en el taller del Grupo Verde del Parlamento Europeo sobre la "Admisión de China a la OMC", celebrado en julio de 2001, presenta una imagen deprimente del impacto negativo del capital occidental en los acontecimientos económicos de China. Véase "The Advantages and Disadvantages of China's Accession to the WFO", disponible en Internet.

⁵ "China's Economy: Persuading the reluctant spenders", *The Economist*, 25 a 31 de agosto de 2001, p. 54.

GEOPOLÍTICA DEL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO

samir amin



El análisis que propongo está inscrito en una visión histórica general de la expansión del capitalismo, la cual no voy a desarrollar por razones de espacio.¹ En esta visión, el capitalismo ha sido siempre, desde sus orígenes, un sistema polarizante por naturaleza, es decir, imperialista. Esta polarización – es decir, la construcción concomitante de centros dominantes y periferias dominadas y su reproducción más profunda en cada etapa – es propia del proceso de acumulación del capital operante a escala mundial, fundado sobre lo que yo he llamado "la ley del valor mundializada".

En esta teoría de la expansión mundial del capitalismo, las transformaciones cualitativas de los sistemas de acumulación entre una fase y otra de su historia construyen las formas sucesivas de la polarización asimétrica centro/periferia, es decir, del imperialismo concreto. El sistema mundial contemporáneo seguirá siendo, en consecuencia, imperialista (polarizante) para cualquier futuro posible, en tanto la lógica fundamental de su despliegue siga estando dominada por las relaciones de producción capitalistas. Esta teoría asocia entonces a imperialismo con proceso de acumulación del capital a escala mundial, hecho que considero como una sola realidad con diferentes dimensiones, en realidad, indisociables. Ella se diferencia entonces de la versión vulgarizada de la teoría leninista del "imperialismo como fase superior del capitalismo" (como si las fases anteriores de la expansión mundializada del capitalismo no hubieran sido polarizantes) y de las teorías posmodernistas contemporáneas que califican a la nueva mundialización como "posimperialista".²

Samir Amin. Sociólogo árabe, autor, entre otros libros, de *El eurocentrismo y los desafíos de la mundialización*. Animador del "Foro Mundial de las Alternativas". Miembro del consejo asesor y del comité de arbitraje nacional e internacional de *Dialéctica*.

1. Del conflicto permanente de los imperialismos al imperialismo colectivo

En su despliegue mundializado el imperialismo se conjugó siempre en plural, desde sus orígenes en el siglo XIX hasta 1945. El conflicto entre los imperialismos, permanente y, a menudo, violento, ocupó, de esta manera, un lugar decisivo en la transformación del mundo a través la lucha de clases, según la cual se expresan las contradicciones fundamentales del capitalismo. Luchas sociales y conflictos entre imperialismos se articulaban estrechamente y esta articulación es la que ha comandado la historia del capitalismo realmente existente. Yo señalo en este sentido que el análisis propuesto se separa ampliamente del de la "sucesión de hegemonías".

La segunda guerra mundial provocó una transformación mayor en lo concerniente a las formas del imperialismo: la sustitución de un imperialismo colectivo, asociando al conjunto de los centros del sistema mundial capitalista (para simplificar, la "tríada": Estados Unidos y su provincia exterior canadiense, Europa occidental y central y Japón), a la multiplicidad de imperialismos en conflicto permanente. Esta nueva forma de la expansión imperialista pasó por diferentes fases en su desarrollo, pero está aún presente. El rol hegemónico eventual de los Estados Unidos, del cual habrá que precisar sus bases y las formas de su articulación con el nuevo imperialismo colectivo, debe ser situado en esta perspectiva. Estas cuestiones subrayan problemas, que son precisamente las que yo desearía tratar en este epílogo.

Los Estados Unidos obtuvieron un beneficio gigantesco con la Segunda Guerra Mundial, la cual arruinó a sus principales combatientes: Europa, Unión Soviética, China y Japón. Ellos quedaron entonces en una posición que les permitía ejercer su hegemonía económica, ya que concentraban más de la mitad de la producción industrial del mundo de entonces y tenían la exclusividad de las nuevas tecnologías que dirigirían el desarrollo de la segunda mitad del siglo. Además, ellos tenían la exclusividad del arma nuclear, la nueva arma "absoluta". Es por estas razones que yo no situo el corte que anuncia el fin de la guerra en Yalta, como se dice a menudo (en Yalta los Estados Unidos aún no tenían el arma) sino en Postdam (días después de los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki). En Postdam el tono americano cambió: la decisión de la Guerra Fría fue tomada por ellos.

Esta doble ventaja absoluta resultó ser erosionada en un tiempo relativamente breve (dos décadas) por la doble recuperación, económica para Europa capitalista y Japón, militar para la Unión Soviética. Recordaremos entonces que este repliegue relativo de la

potencia de los Estados Unidos alimentó a toda una época en que floreció el discurso sobre el "declive americano" e incluso crecieron hegemonías alternativas (Europa, Japón, y más tarde China).

En este momento se sitúa el gaullismo. De Gaulle consideraba que el objetivo de los Estados Unidos, después de 1945, había sido el control de todo el Viejo Mundo ("Eurasia"). Y que Washington había logrado hacer avanzar sus peones destruyendo a Europa – a la Europa verdadera, del Atlántico a los Urales, es decir, incluyendo a la "Rusia soviética" como él decía – agitando el espectro de una "agresión" de Moscú en la cual él no creía. Sus análisis eran, según mi punto de vista, realistas y perfectos. Pero él era casi el único en decir esto. La contra estrategia que proponía frente al "atlantismo" promovido por Washington, estaba fundada en la reconciliación francoalemana, sobre la base de la cual la construcción de una "Europa no americana" podría concebirse, con el cuidado de mantener a Gran Bretaña fuera del proyecto, ya que estaba tildada, a justo título, de ser el Caballo de Troya del atlantismo. Europa entonces podría abrirse hacia una reconciliación con Rusia (soviética). Reconciliar y aproximar a los tres grandes pueblos europeos –franceses, alemanes y rusos– pondría un término definitivo al proyecto americano de dominación del mundo. El conflicto interno del proyecto propio europeo puede entonces resumirse en la opción entre dos alternativas: la Europa atlántica, proyecto americano, o la Europa (integrando en esta perspectiva a Rusia) no atlántica. Pero este conflicto aún no está resuelto. Las evoluciones ulteriores –el fin del gaullismo, la admisión de Gran Bretaña en Europa, al crecimiento del Este, el derrumbe soviético– han favorecido hasta el presente a lo que yo califico como la "supresión del proyecto europeo" y su "doble disolución en la mundialización económica neoliberal y en la alineación política y militar con Washington".³ Esta evolución reconforta, además, la solidez del carácter colectivo del imperialismo de la tríada.

¿Se trata de una transformación cualitativa "definitiva" (no coyuntural)? ¿Implicará forzosamente un "liderazgo" de los Estados Unidos de una u otra manera? Antes de intentar responder a estas preguntas es necesario explicar con más precisión en qué consiste el proyecto de los Estados Unidos.

2. El proyecto de la clase dirigente de los Estados Unidos: extender la Doctrina Monroe a todo el planeta

Este proyecto, el cual yo calificaría sin vacilaciones de desmesurado, e incluso de demencial, y de criminal por lo que implica, no nació de la cabeza del presidente Bush hijo, para ser



puesto en práctica por una junta de extrema derecha que logró el poder por una suerte de golpe de Estado como consecuencia de elecciones dudosas.

Este es el proyecto que la clase dirigente de los Estados Unidos concibe después de 1945 y del cual nunca se ha separado, a pesar de que, con toda evidencia, su puesta en marcha ha pasado por altas y bajas, ha conocido algunas vicisitudes, ha estado a punto del fracaso y no había podido ser llevado a cabo con la coherencia y la violencia que éste implica, salvo en ciertos momentos coyunturales como el nuestro, consecuencia del derrumbe de la Unión Soviética.

El proyecto le ha dado siempre un rol decisivo a su dimensión militar. Concebido en Postdam, tal y como argumenté anteriormente, este proyecto se fundó sobre el monopolio nuclear. Muy rápidamente los Estados Unidos pusieron en marcha una estrategia militar global, repartiendo el planeta en regiones y delegando la responsabilidad del control de cada una de ellas a un *US Military Command*. Yo vuelvo aquí a recordar lo que escribí antes del derrumbe de la URSS acerca de la posición prioritaria que ocupaba el Medio Oriente en esta visión estratégica global.⁴ El objetivo no era solamente “encerrar en un círculo a la URSS” (y a China) sino también disponer de los medios que harían de Washington el dueño absoluto de todas las regiones del planeta. Dicho de otra manera, extender a todo el planeta la Doctrina Monroe, la cual efectivamente le daba a los Estados Unidos el “derecho” exclusivo sobre el Nuevo Mundo conforme a lo que ellos definían como sus “intereses nacionales”.

Este proyecto implica que “la soberanía de los intereses nacionales de los Estados Unidos” sea colocada por encima de todos los otros principios que enmarcan a los comportamientos políticos considerados como medios “legítimos”, desarrollando una desconfianza sistemática frente a todo derecho supra nacional. Ciertamente, los imperialistas del pasado no se habían comportado tampoco de manera diferente y aquellos que busquen atenuar las responsabilidades –y los comportamientos criminales– de la dirigencia de los Estados Unidos en el momento actual, buscando “excusas”,⁵ deben considerar el mismo argumento –el de los antecedentes históricos indiscutibles.

Hubiéramos deseado ver cambiar la historia tal como parecía suceder después de 1945. El conflicto entre los imperialismos y el desprecio del derecho internacional, dados los horrores que las potencias fascistas provocaron durante la Segunda Guerra Mundial, fueron los elementos que condujeron a que la ONU fuera fundada sobre un nuevo principio que proclamaba el

carácter ilegítimo de las guerras. Los Estados Unidos, podríamos decir, no hicieron suyo este principio, sino que además, han sobrepasado ampliamente a sus precoces iniciadores. Al día siguiente de la Primera Guerra Mundial, Wilson preconizaba volver a fundar la política internacional en principios diferentes a los que, después del tratado de Westphalie (1648), le habían dado la soberanía a los estados monárquicos y luego a las naciones más o menos democráticas, dado que ese carácter absoluto estaba cuestionado por el desastre hacia el cual había conducido a la civilización moderna. Poco importa que las vicisitudes de la política interior de los Estados Unidos hayan pospuesto la puesta en marcha de estos principios, ya que por ejemplo F. Roosevelt, e incluso su sucesor Truman, tuvieron un rol decisivo en la definición del nuevo concepto de multi lateralismo y en la condena a las guerras que lo acompañaban, base de la Carta de las Naciones Unidas.

Esta bella iniciativa – sostenida por los pueblos del mundo entero en aquel entonces – y que representaba efectivamente un salto cualitativo hacia el progreso de la civilización, nunca contó con la convicción ni con el apoyo de las clases dirigentes de los Estados Unidos. Las autoridades de Washington siempre se sintieron mal dentro de la ONU y hoy proclaman brutalmente lo que estuvieron obligadas a esconder hasta este momento: ellas no aceptan, incluso, ni el concepto de un derecho internacional superior a lo que consideran ser las exigencias de la defensa de “sus intereses nacionales”. No creo que sea aceptable encontrar excusas ante este retorno a la visión que los Nazis habían desarrollado en su momento al exigir la destrucción del SDN. Predicar a favor del derecho, con tanto talento y elegancia como lo hizo Villepin ante el Consejo de Seguridad, lamentablemente hoy solo es una “mirada nostálgica hacia el pasado” en vez de constituir un recordatorio sobre lo que debe ser el futuro. Fueron los Estados Unidos quienes, en esa ocasión, defendieron un pasado que creíamos sobrepasado definitivamente. La puesta en práctica de un proyecto pasa necesariamente por fases sucesivas construidas por la realidad de las relaciones de fuerza particulares que la definen.

En la inmediata posguerra el liderazgo americano no solamente fue aceptado, sino solicitado por las burguesías de Europa y de Japón. Porque, aunque la realidad de una amenaza de “invasión soviética” solo podía convencer a los débiles de espíritu, su invocación le hacía buenos servicios tanto a la derecha como a los social demócratas, a los cuales les pisaban los talones sus primos adversarios comunistas. Pudiéramos entonces creer que el carácter colectivo del nuevo imperialismo sólo se debió a este factor



político, y que una vez que Europa y Japón recuperaran su desarrollo buscarían desembarazarse de la tutela molesta e inútil de Washington. Pero este no fue el caso. ¿Por qué?

Mi explicación hace un llamado a recordar el crecimiento de los movimientos de liberación nacional en Asia y en África —la era de Bandung 1955-1975—⁶ y el apoyo que la Unión Soviética y China les dieron (cada uno a su manera). El imperialismo se vio entonces obligado a actuar, no solamente aceptando la coexistencia pacífica con un área vasta que se les escapaba ampliamente (“el mundo socialista”), sino también negociando los términos de la participación de los países de Asia y de África en el sistema mundial imperialista. La alineación del colectivo de la tríada bajo el liderazgo americano parecía un hecho inútil para poder dominar las relaciones Norte-Sur de la época. Esta es la razón por la cual los *no alineados* se encontraron confrontados frente a un “bloque occidental” prácticamente sin fallas.

El derrumbe de la Unión Soviética y el desvanecimiento de los regímenes nacional populistas nacidos de las luchas de liberación nacional posibilitaron, evidentemente, que el proyecto de los Estados Unidos se desplegara con vigor, sobre todo en el Medio Oriente, pero también en África y América Latina. Nos queda comprender la idea de que el proyecto permanece al servicio de un imperialismo colectivo, hasta cierto punto al menos, algo que intentaré explicar más adelante. El gobierno económico del mundo sobre la base de principios del neoliberalismo, puesto en práctica por el Grupo de los 7 y las instituciones a su servicio (OMC, Banco Mundial y FMI) y los planes de reajuste estructurales impuestos al Tercer Mundo, son la expresión de esto. En el plano político, podemos constatar que en un primer momento europeos y japoneses aceptaron alinearse con el proyecto de los Estados Unidos, durante las guerras del Golfo (1991) y después en la de Yugoslavia y Asia central (2002), aceptando marginar a la ONU en beneficio de la OTAN. Este primer momento no ha sido aún sobrepasado, aunque algunos signos indican un posible fin a partir de la guerra de Iraq (2003).

La clase dirigente de los Estados Unidos proclama sin reticencia alguna que ella no “tolerará” la reconstitución de ninguna potencia económica o militar capaz de cuestionar su monopolio de dominación del planeta y se adjudica, con esta finalidad, el derecho de conducir “guerras preventivas”. Tres adversarios potenciales se vislumbran.

En primer lugar Rusia, cuyo desmembramiento constituye el objetivo estratégico mayor para los Estados Unidos. La clase dirigente rusa no parece haber comprendido esto hasta el

momento. Ella parece haberse convencido que, después de haber “perdido la guerra” ella podría “ganar la paz”, tal y como les sucedió a Alemania y Japón. Ella olvida que Washington tenía la necesidad de ayudar a estos dos adversarios de la Segunda Guerra Mundial, precisamente para hacerle frente al desafío soviético. La nueva coyuntura es diferente, los Estados Unidos no tienen competencia seria. Su opción es entonces destruir definitiva y completamente al adversario ruso derrotado. ¿Putin lo habrá comprendido y comienza Rusia a salir de sus ilusiones?

En segundo lugar China, cuya masa y éxito económico inquietan a los Estados Unidos, cuyo objetivo estratégico es igualmente el de desmembrar a este gran país.⁷

Europa está en tercer lugar dentro de esta visión global que tienen los nuevos dueños del mundo. Pero con este caso la dirigencia norteamericana no parece inquieta, al menos hasta el momento. El atlantismo incondicional de los unos (Gran Bretaña y los nuevos poderes serviles del Estado), las “arenas movedizas del proyecto europeo” (punto sobre el cual regresaré) y los intereses convergentes del capital dominante del imperialismo colectivo de la tríada, contribuyen al desvanecimiento del proyecto europeo, mantenido en su estatus de “modo europeo del proyecto de los Estados Unidos”. La diplomacia de Washington ha logrado mantener a Alemania en su sitio y la reunificación y la conquista de Europa del Este han, aparentemente, reforzado esta alianza: Alemania se ha envalentonado para retomar su tradición de “expansión hacia el este” (el papel de Berlín en el desmembramiento de Yugoslavia dado el reconocimiento de la independencia de Eslovenia y Croacia fueron una expresión de esto⁸ y, por el resto, ha sido invitada a navegar en la silla de Washington. Sin embargo, la clase política alemana parece vacilante y puede estar dividida en cuanto a sus opciones estratégicas. La alternativa de un alineamiento atlántico —la cual parece tener viento en popa— llama, en contrapunto, a un reforzamiento del eje París-Berlín-Moscú, el cual se convertiría en el pilar más sólido de un sistema europeo independiente de Washington.

Podemos regresar entonces a nuestra cuestión central: naturaleza y solidaridad eventual del imperialismo colectivo de la tríada, y las contradicciones y debilidades de su liderazgo por parte de los Estados Unidos.

3. El imperialismo colectivo de la tríada y la hegemonía de los Estados Unidos: su articulación y sus contradicciones

El mundo de hoy es militarmente unipolar. Simultáneamente parecen dibujarse fracturas entre los Estados Unidos y ciertos



países europeos, en lo que concierne a la gestión política de un sistema mundializado, alineado en su conjunto bajo los principios del liberalismo, en principio al menos. ¿Estas fracturas son solamente coyunturales y de alcance limitado o anuncian cambios duraderos? Habría que analizar en toda su complejidad las lógicas que comandan el despliegue de la nueva fase del imperialismo colectivo (las relaciones Norte-Sur en un lenguaje corriente) y los objetivos propios del proyecto de los Estados Unidos. En este espíritu es que abordaré sucinta y sucesivamente cinco series de cuestiones.

a) Que conciernen a la naturaleza de las evoluciones que han conducido hacia la constitución del nuevo imperialismo colectivo

Sugiero aquí que la formación del nuevo imperialismo colectivo tiene su origen en la transformación de las condiciones de la competencia. Hace algunas décadas, las grandes firmas libraban sus batallas competitivas por lo general en los mercados nacionales, se tratase de los Estados Unidos (mayor mercado nacional del mundo) o de los Estados europeos (a pesar de su talla modesta, lo que los ponía en desventaja frente a los Estados Unidos). Los vencedores de los *match* nacionales podían situarse en buenas posiciones en el mercado mundial. En la actualidad, la talla del mercado necesario para llegar hasta el primer ciclo de los *matches* es cercana a los 500 o 600 millones de "consumidores potenciales". Y son aquellos que logran este mercado quienes se imponen en sus terrenos nacionales respectivos. La mundialización profunda es el primer marco de actividad de las grandes firmas. Dicho de otra manera, en la pareja nacional/mundial los términos de la casualidad se invirtieron: antes la potencia nacional comandaba la presencia mundial, hoy es al revés. De esta manera, las firmas transnacionales, sea cual sea su nacionalidad, tienen intereses comunes en la gestión del mercado mundial. Estos intereses se superponen a los conflictos permanentes y mercantiles que definen a todas las formas de competencia propias del capitalismo, sean cuales sean.

La solidaridad de los segmentos dominantes del capital transnacional con todos los integrantes de la tríada es real, y se expresa en su afiliación al neoliberalismo globalizado. Los Estados Unidos están vistos dentro de esta perspectiva como los defensores (militares si fuera necesario) de sus "intereses comunes". Eso no quiere decir que Washington entienda que debe "compartir equitativamente" los provechos de su liderazgo. Los Estados Unidos se emplean, por el contrario, en avasallar a sus aliados y solo están dispuestos a consentirles a sus subalternos de la tríada

concesiones menores. ¿Este conflicto de intereses del capital dominante llegará hasta el punto de entrañar una ruptura con la alianza atlántica? No es imposible, pero es poco probable.

b) Que conciernen al lugar de los Estados Unidos en la economía mundial

La opinión general es que el potencial militar de los Estados Unidos sólo constituye la cumbre del iceberg que prolonga su superioridad sobre los países en todos los dominios, económico, político, cultural. La sumisión ante la hegemonía que los Estados Unidos pretenden será entonces algo inevitable. Considero, en contrapunto, que en el sistema de imperialismo colectivo, los Estados Unidos no tienen ventajas económicas decisivas, ya que su sistema productivo está lejos de ser el "más eficiente del mundo". Por el contrario, casi ninguno de sus segmentos le ganaría a sus competidores en un mercado verdaderamente abierto como el que imaginan los economistas liberales. Testimonio de ello es el déficit comercial de los Estados Unidos, el cual se agrava cada año, y que ha pasado de 100 millardos de dólares en 1989 a 500 en 2002. Además, este déficit concierne a prácticamente todos los segmentos del sistema productivo. Incluso el excedente del cual se beneficiaban los Estados Unidos en el dominio de los bienes de alta tecnología, que era de 35 millardos en 1990, ha cedido su lugar a un déficit. La competencia entre Ariane y los cohetes de la NASA y entre Airbus y Boeing testimonia acerca de la vulnerabilidad de la ventaja americana. Frente a Europa y a Japón en las producciones de alta tecnología, a China, Corea y otros países industrializados de Asia y América Latina en lo que respecta a productos manufacturados banales, y frente a Europa y al cono sur de América Latina en cuanto a la agricultura, los Estados Unidos no ganarían la competencia si no recurrieran a imedios "extra económicos" que violan los propios principios del liberalismo impuestos a sus competidores!

Los Estados Unidos sólo tienen ventajas comparativas establecidas en el sector armamentista, precisamente porque éste escapa ampliamente de las reglas del mercado y se beneficia con el apoyo estatal. Sin dudas, esta ventaja trae algunas otras para la esfera civil (Internet es el ejemplo más conocido) pero es igualmente la causa de serias distorsiones que constituyen *handicaps* para muchos sectores productivos.

La economía norteamericana vive como parásito en detrimento de sus socios en el sistema mundial. "Los Estados Unidos dependen para el diez por ciento de su consumo industrial de bienes cuya importación no está cubierta por exportaciones de productos nacionales", tal y como lo recuerda Emmanuel Todd.⁹ El



mundo produce, los Estados Unidos (cuyo ahorro nacional es prácticamente nulo) consumen. "La ventaja" de los Estados Unidos es la de un depredador cuyo déficit está cubierto con el aporte de los otros, con su consentimiento o a la fuerza. Lo medios puestos en práctica por Washington para compensar sus deficiencias son de naturaleza diversa: violaciones unilaterales repetidas de los principios del liberalismo, exportaciones de armas y búsqueda de rentas petroleras (que suponen el acuerdo de sus productores, uno de los motivos reales de las guerras de Asia central y de Iraq). Lo esencial del déficit americano está cubierto por los aportes en capitales que provienen de Europa y Japón, del Sur (países petroleros ricos y clases compradoras de todos los países del Tercer Mundo, incluyendo a los más pobres), a lo cual podríamos añadir la punci6n ejercida en nombre del servicio de la deuda impuesta a la casi totalidad de los países de la periferia del sistema mundial.

El crecimiento de los años Clinton, vanagloriado como el producto de un "liberalismo" al cual Europa se resistió desgraciadamente, es ficticio y no generalizable, porque reposó en transferencias de capital que implicaron la afectaci6n de sus socios. En todos los segmentos del sistema productivo real, el crecimiento de los Estados Unidos no ha sido mejor que el de Europa. El "milagro americano" se alimentó exclusivamente del crecimiento de los gastos producidos por el agravamiento de las desigualdades sociales (servicios financieros y personales: legiones de abogados y de policías privados, etc.) En este sentido, el liberalismo de Clinton preparó bien las condiciones que permitieron el despegue reaccionario y la victoria ulterior de Bush hijo.

Las causas que originaron el debilitamiento del sistema productivo de los Estados Unidos son complejas. Ellas no son ciertamente coyunturales, pudiendo ser corregidas con, por ejemplo, la adopci6n de una tasa de cambio correcta, o con la construcci6n de relaciones salario/productividad más favorables. Ellas son estructurales. La mediocridad de los sistemas de enseñaanza general y de formaci6n, y el prejuicio tenaz que favorece sistemáticamente al "privado" en detrimento del servicio público, cuentan entre las principales razones de la profunda crisis que atraviesa la sociedad de Estados Unidos.

Debería entonces extrañarnos que los europeos, lejos de sacar estas conclusiones que se imponen al constatar la insuficiencia de la economía de los Estados Unidos, se esfuerzan, por el contrario, en imitarlos. El virus liberal tampoco explica todo, aunque tenga algunas funciones útiles para el sistema, como la de paralizar a la izquierda. La privatizaci6n a ultranza y el desmantelamiento de los servicios públicos sólo conseguirán reducir las ventajas

comparativas de las cuales se beneficia aún la "vieja Europa", como la califica Bush. Pero sean cuales sean los daños que ocasionarán a largo plazo, estas medidas ofrecen al capital dominante, que vive en el corto término, la ocasi6n de provechos suplementarios.

c) Que conciernen a los objetivos propios del proyecto de los Estados Unidos

La estrategia hegemónica de los Estados Unidos se sitúa en el marco de un nuevo imperialismo colectivo.

Los economistas (convencionales) no disponen de herramientas analíticas que les permitan comprender toda la importancia del primero de estos objetivos. ¿No los oímos repetir hasta el cansancio que en la "nueva economía" las materias primas que brinda el Tercer Mundo perderán su importancia y, en consecuencia, será éste cada vez más marginal en el sistema mundial? En contrapunto a este discurso ingenuo y vano, el Mein Kampf de la nueva administraci6n de Washington¹⁰ confiesa que los Estados Unidos se han tomado el derecho de apropiarse de todos los recursos naturales del planeta para satisfacer prioritariamente a sus consumidores. La carrera por las materias primas (petróleo en primer lugar, pero también por otros recursos, el agua, sobre todo) ya ha retomado toda su virulencia. Sobre todo porque algunos recursos arriesgan su extinci6n, no solamente por el cáncer exponencial provocado por el derroche del consumo occidental, sino también por el desarrollo de la nueva industrializaci6n de las periferias.

Por otra parte, un respetable número de países del Sur están llamados a convertirse en productores industriales cada vez más importantes, tanto en sus mercados internos como en el mercado mundial. Importadores de tecnologías, de capitales, pero también competidores en la exportaci6n, ellos están llamados a estar presentes en los equilibrios mundiales con un peso creciente. No se trata solamente de algunos países de Asia del este (como Corea), sino de la inmensa China y, mañana, de la India y de los grandes países de América Latina. Ahora bien, lejos de ser este un factor de estabilidad, la aceleraci6n de la expansi6n capitalista en el sur sólo podrá ser la causa de conflictos violentos, internos e internacionales. Porque esta expansi6n no puede absorber, en las condiciones de la periferia, a la enorme fuerza de trabajo que se encuentra allí concentrada. En este sentido, las periferias del sistema son "zonas de tempestad". Los centros del sistema capitalista tienen necesidad de ejercer su dominaci6n en las periferias y de someter a sus pueblos a la disciplina feroz que exige la satisfacci6n de sus prioridades.



En esta perspectiva, la dirigencia americana ha comprendido perfectamente que, para conservar su hegemonía, dispone de tres ventajas decisivas sobre sus competidores europeos y japonés: el control de los recursos naturales del globo terráqueo, el monopolio militar y el peso que tiene la "cultura anglosajona" a través de la cual se expresa preferentemente la dominación ideológica del capitalismo. La puesta en práctica sistemática de estas tres ventajas aclara muchos aspectos de la política de los Estados Unidos, sobre todo los esfuerzos sistemáticos que Washington realiza por el control militar del Medio Oriente petrolero, su estrategia ofensiva frente a Corea –aprovechándose de la "crisis financiera" del país– y, frente a China, y el sutil juego que busca perpetuar las divisiones en Europa –movilizando con esta finalidad a su aliado incondicional británico– e impidiendo un acercamiento serio entre la Unión Europea y Rusia. En el plano del control global de los recursos del planeta, los Estados Unidos disponen de ventajas decisivas sobre Europa y Japón. No solamente porque los Estados Unidos son la única potencia militar mundial, hecho por el cual ninguna intervención fuerte en el Tercer Mundo puede ser conducida sin ellos, sino porque Europa (ex URSS excluida) y Japón están desprovistos de los recursos esenciales para la sobrevivencia de sus economías. Por ejemplo, su dependencia en el dominio energético, sobre todo su dependencia petrolera del Golfo, será considerable durante largo tiempo, incluso aunque decrezca en términos relativos. Tomando –militarmente– el control de esta región con la guerra de Iraq, los Estados Unidos han demostrado que estaban perfectamente concientes de la utilidad de este medio de presión frente a sus aliados competidores. Anteriormente, el poder soviético había comprendido esta vulnerabilidad de Europa y de Japón y ciertas intervenciones soviéticas en el Tercer Mundo habían tenido el objetivo de recordarlo, de manera de llevarlos a negociar en otro terreno. Evidentemente, las deficiencias de Europa y de Japón podrían ser compensadas con la hipótesis de un serio acercamiento Europa–Rusia (la "casa común" de Gorbachov). Esta es la razón por la cual el peligro de esta construcción en Eurasia fue vivido por Washington como una pesadilla.

d) Que conciernen a los conflictos que oponen, en este marco, a los Estados Unidos con sus socios de la tríada

Aunque los socios de la tríada comparten intereses comunes en la gestión mundial del imperialismo colectivo en sus relaciones con el Sur, ellos tienen también una relación conflictiva potencialmente seria.

La superpotencia americana vive gracias a los flujos de capitales que alimentan el parasitismo de su economía y de su sociedad. La vulnerabilidad de los Estados Unidos constituye, en ese sentido, una seria amenaza para el proyecto de Washington.

Europa en particular y el resto del mundo en general deberán escoger entre una de las dos opciones estratégicas siguientes: utilizar el "excedente" de los capitales ("de ahorro") de que disponen para financiar el déficit de los Estados Unidos (de consumo, inversiones y gastos militares) o conservar e invertir en ellos estos excedentes.

Los economistas convencionales ignoran el problema, al haber hecho la hipótesis (la cual no tiene sentido) de que la "mundialización" suprimirá a las naciones y que las grandezas económicas (ahorro e inversiones) no podrán ser administradas a nivel internacional. Se trata de un razonamiento tautológico que implica, en sus propias premisas, las conclusiones a las cuales queremos llegar: justificar y aceptar el financiamiento del déficit de los Estados Unidos por parte de los otros porque, a nivel mundial, encontraremos la igualdad entre ahorro e inversiones!

¿Por qué tal ineptitud es aceptada? Sin dudas, los equipos "de sabios economistas" que existen en las clases políticas europeas (y otras, como las rusas y las chinas) de derecha y de la izquierda electoral son las propias víctimas de la alienación economicista que yo llamo el "virus liberal". Más aún, a través de esta opinión se expresa el juicio político del gran capital transnacional, el cual considera que las ventajas procuradas por la gestión del sistema mundializado por los Estados Unidos por cuenta del imperialismo colectivo están por encima de sus inconvenientes: el tributo a pagar a Washington para asegurarse la permanencia. Porque se trata bien de un tributo y no de un negocio de buena rentabilidad garantizada. Hay países calificados como "países pobres endeudados" que están obligados a asegurar el servicio de su deuda a cualquier precio. Pero hay también "países potentes endeudados" y que tienen todos los medios que les permitirían desvalorizar su deuda si lo consideraran necesario.

La otra opinión consistiría para Europa (y el resto del mundo) en ponerle término a la tranfusión a favor de los Estados Unidos. Los excedentes podrían ser entonces utilizados en los lugares de origen y relanzar las economías. Porque la tranfusión exige la sumisión de los europeos a las políticas "desinflationarias", (término impropio del lenguaje de la economía convencional y que yo sustituiría por "sentenciarias") para poder sacar un excedente de ahorro exportable. Ello hace retardar los avances de Europa –siempre mediocres– de los –sostenidos artificialmente–



de Estados Unidos. En sentido inverso, la movilización de este excedente para empleos locales en Europa permitiría relanzar simultáneamente el consumo (a través de la reconstrucción de la dimensión social de la gestión económica devastada por el virus liberal), la inversión, en particular en las nuevas tecnologías (y financiar sus investigaciones), e incluso los gastos militares (poniéndole término a las “ventajas” de los Estados Unidos en este dominio). La opción a favor de esta respuesta ante el desafío implica un reequilibrio de las relaciones sociales a favor de las clases trabajadoras. Conflictos entre naciones y luchas sociales se articulan de esta manera. En otras palabras, el contraste Estados Unidos/Europa no opone fundamentalmente los intereses de los segmentos dominantes del capital de los diferentes socios. Es el resultado, ante todo, de las diferencias en las culturas políticas.

e) Que conciernen los problemas teóricos que sugieren las reflexiones precedentes

La complicidad/competencia entre los socios del imperialismo colectivo por el control del Sur (saqueo de sus recursos naturales y sumisión de sus pueblos) puede ser analizada a partir de diversos ángulos de visiones diferentes. Haré, en este sentido, tres observaciones que me parecen esenciales.

Primera observación: el sistema mundial contemporáneo, el cual califico como imperialista colectivo, no es “menos” imperialista que los precedentes. Él no es un “imperio” de naturaleza “poscapitalista”. Propongo, en consecuencia, una crítica a las formulaciones ideológicas del “disfraz” que alimenta este discurso dominante “a la moda”.¹¹

Segunda observación: propongo una lectura de la historia del capitalismo, mundializado desde sus orígenes, anclada en la distinción entre las diferentes fases del imperialismo (relaciones centros/periferias). Existen, por supuesto, otras lecturas de esta misma historia, sobre todo las que se articulan alrededor de la “sucesión de hegemonías”.¹²

Tengo algunas reservas con respecto a esta última lectura. De entrada y en lo esencial, porque ella es “occidentalocéntrica”, en el sentido en que considera que las transformaciones que se operan en el corazón del sistema, en sus centros, comandan de manera decisiva –y casi exclusiva– la evolución global del sistema. Creo que las reacciones de los pueblos de las periferias ante el despliegue imperialista no deben ser subestimadas. Porque ellas provocaron la independencia de América, las grandes revoluciones hechas en nombre del socialismo (Rusia y China), la reconquista de la independencia de los países asiáticos y africanos, y porque

no creo que podamos rendir cuentas de la historia del capitalismo mundial sin tener en cuenta los “ajustes” que estas transformaciones le han impuesto al propio capitalismo central.

Además, porque me parece que la historia del imperialismo ha sido construida más por los conflictos de los imperialismos que por el tipo de “orden” que las hegemonías sucesivas hayan impuesto. Los períodos de “hegemonía” aparente han sido siempre muy breves y la hegemonía en cuestión es algo muy relativo.

Tercera observación: mundialización no es sinónimo de “unificación” del sistema económico por medio de la “apertura desregulada de los mercados”. Ésta –en sus formas históricas sucesivas (“la libertad de comercio” en el ayer, la “libertad de empresa” hoy)– sólo ha sido un proyecto del capital dominante. En realidad, este proyecto ha estado casi siempre obligado a ajustarse ante exigencias que no forman parte de su lógica interna, exclusiva y propia. Éste sólo ha podido ser puesto en práctica en breves momentos de la historia. El “libre intercambio”, promovido por la mayor potencia industrial de su época, Gran Bretaña, sólo fue efectivo durante dos décadas (1860-1880) a las cuales le sucedió un siglo (entre 1880 y 1980) caracterizado por el conflicto entre los imperialistas y por la fuerte desconexión de los llamados países socialistas (a partir de la Revolución rusa de 1917, y después la de China) y la más modesta de los países del nacional populismo (era de Bandoung para Asia y África entre 1955 y 1975). El momento actual de reunificación del mercado mundial (la “libre empresa”) inaugurado por el neoliberalismo a partir de 1980, se ha extendido al conjunto del planeta con el derrumbe soviético. El caos que éste ha generado testimonia su carácter de “utopía permanente del capital”, término con el cual lo califico desde 1990.¹³



4. El Medio Oriente en el sistema imperialista

a) El Medio Oriente, con sus antiguas extensiones hacia el Cáucaso y el Asia central ex soviéticas, ocupa una posición de importancia particular en la geoestrategia/geopolítica del imperialismo y, singularmente, en el proyecto hegemónico de los Estados Unidos. Le debe esta posición a tres factores: su riqueza petrolera, su posición geográfica en el corazón del viejo mundo y el hecho de que constituye en la actualidad el “vientre” del sistema mundial.

El acceso al petróleo relativamente barato, es vital para la economía de la tríada dominante y el mejor medio de ver este acceso garantizado consiste, bien entendido, en asegurarse el control político de la región.

Pero la región le debe su importancia también a su posición

geográfica, en el centro del viejo mundo, a la misma distancia de París, Pekín, Singapur y Johannesburgo. En otros tiempos, el control de este lugar de paso obligatorio le dio al Califa el privilegio de sacar los mayores beneficios de la mundialización de la época.¹⁴ Después de la Segunda Guerra Mundial, la región, situada en el flanco sur de la URSS, ocupaba, por este hecho, un lugar importante en la estrategia de encerrar militarmente a la potencia soviética. Y la región no perdió su importancia a pesar del derrumbe del adversario soviético, porque instalándose en ella los Estados Unidos, podrían simultáneamente avasallar a Europa, dependiente en sus recursos energéticos, y someter a Rusia, China y la India a un chantaje permanente nacido de las intervenciones militares si fuera necesario. El control de la región permite entonces, efectivamente, la extensión de la Doctrina Monroe hacia el viejo mundo, lo cual constituye el objetivo del proyecto hegemónico de los Estados Unidos.

Los esfuerzos desplegados con continuidad y constancia por Washington desde 1945 para asegurarse el control de la región —excluyendo a los británicos y a los franceses— no habían sido hasta el momento coronados por el éxito. Recordemos el fracaso de la tentativa de asociar la región a la OTAN a través del Pacto de Bagdad, y más tarde la caída del Shah de Irán, uno de sus aliados más fieles.

La razón era simplemente que el proyecto de populismo nacionalista árabe (e iraní) entraba en conflicto con los objetivos de la hegemonía americana. Este proyecto árabe tenía la ambición de imponerle a las potencias el reconocimiento de la independencia del mundo árabe. Este fue el sentido que tuvo el “no alineamiento” formulado en 1955, en Bandoung, por el conjunto de los movimientos de liberación de los pueblos de Asia y de África que tenían el viento a su favor. Los soviéticos comprendieron rápidamente que aportándole su apoyo a este proyecto, mantendrían en jaque los planes agresivos de Washington.

La página de esta época fue tornada, de entrada porque el proyecto nacional populista del mundo árabe rápidamente agotó su potencial de transformación y porque los poderes nacionalistas se convirtieron en dictaduras sin programa. El vacío creado por esta deriva le abrió la vía al islam político y a las autocracias oscurantistas del Golfo, aliados preferenciales de Washington. La región se convirtió en uno de los vientres del sistema global, produciendo coyunturas que permitieron intervenciones exteriores (incluidas las militares) que los regímenes en plaza no lograron contener —ni incluso desalentar— debido a la falta de legitimidad ante sus pueblos.

La región constituía, y constituye, en el mapa geomilitar americano que cubre al planeta entero, una zona considerada como de primera prioridad (al igual que el Caribe), es decir, una zona donde los Estados Unidos se han otorgado el “derecho” de intervención militar. ¡Y después de 1990 ellos no se privan de esto!

Los Estados Unidos operan en el Medio Oriente en estrecha colaboración con sus aliados fieles e incondicionales, Turquía e Israel. Europa se ha mantenido fuera de la región, aceptando que los Estados Unidos defiendan solos los intereses vitales globales de la tríada, es decir, el abastecimiento de petróleo. A pesar de los signos de irritación evidentes después de la guerra de Iraq, los europeos continuaban en su conjunto navegando en la región sentados en el asiento de Washington.



b) El expansionismo colonial de Israel constituye un desafío real. Israel es el único país del mundo que rechaza reconocer fronteras definitivas (y por ello no tiene el derecho de ser miembro de las Naciones Unidas). Al igual que los Estados Unidos en el siglo XIX, Israel considera que tiene el “derecho” de conquistar nuevas áreas por la expansión de su colonización y de tratar a los pueblos que las habitan desde hace miles de años como pieles rojas. Israel es el único país que declara abiertamente no estimarse concernido por las resoluciones de la ONU.

La guerra de 1967, planificada en acuerdo con Washington desde 1965, perseguía diversos objetivos: amortiguar el derrumbe de los regímenes nacional populistas, romper su alianza con la Unión Soviética, obligarlos a reposicionarse bajo las órdenes americanas y abrir tierras nuevas para la colonización sionista. En los territorios conquistados en 1967 Israel puso en práctica un sistema de *apartheid* inspirado en el de África del Sur.

Y en este punto es que los intereses del capital dominante mundial se concilian con los del sionismo. Porque un mundo árabe modernizado, rico y potente, cuestionaría el acceso garantizado de los países occidentales al saqueo de sus recursos petroleros, hecho necesario para continuar con el derroche asociado a la acumulación capitalista. Los poderes políticos de los países de la tríada, los cuales son fieles sirvientes del capital transnacional dominante, no desean que exista un mundo árabe moderno y potente.

La alianza entre las potencias occidentales e Israel está fundada en la solidez de sus intereses comunes. Esta alianza no es ni el producto de un sentimiento de culpabilidad de los europeos, responsables del antisemitismo y del crimen nazi, ni tampoco de la habilidad del “lobby judío” para explotar ese sentimiento. Si las

potencias occidentales pensarán que sus intereses no estaban en conjugación con el expansionismo colonial sionista, encontrarían rápidamente los medios para sobreponerse a su "complejo" y neutralizar al "lobby judío". Lo supongo así, ya que no soy de aquellos que creen ingenuamente que la opinión pública en los países democráticos se impone ante los poderes. Sabemos que la opinión "se fabrica" también. Israel sería incapaz de resistir mucho tiempo medidas (incluso moderadas) de bloque, tal y como el que las potencias occidentales le han impuesto a Yugoslavia, a Iraq y a Cuba. No sería entonces nada difícil hacer entrar a Israel en razones y crear las condiciones para una paz verdadera, si se deseara. Pero no se desea.

Al día siguiente de la derrota en 1967, Sadate declaraba que ya que los Estados Unidos tenían en sus manos el "90% de las cartas" (esta fue su propia expresión) había que romper con la URSS, reintegrarse al campo occidental y que, gracias a esto, podrían obtener de Washington la concesión de que ejerciera una presión suficiente sobre Israel para hacerlo entrar en razones. Más allá de esta "idea estratégica" propia de Sadate –de la cual los eventos subsiguientes dieron cuenta de su inconsistencia– la opinión pública árabe permaneció ampliamente incapaz de comprender la dinámica de la expansión capitalista mundial, y aún menos de identificar sus contradicciones y debilidades verdaderas. ¿No oímos decir y repetir que "los occidentales comprenderían a la larga que su propio interés era el de mantener buenas relaciones con los doscientos millones de árabes –sus vecinos inmediatos– y no sacrificar estas relaciones por el apoyo incondicional a Israel"? Esto significa implícitamente pensar que los occidentales en cuestión (es decir, el capital dominante) desean un mundo árabe modernizado y desarrollado, y no comprender que desean, por el contrario, mantenerlos en la impotencia y que para ello les resulta útil el apoyo a Israel.

La opción escogida por los gobiernos árabes, con excepción de Siria y de Líbano, la cual los condujo a las negociaciones de Madrid y de Oslo (1993), de suscribir el plan americano de pretendida "paz definitiva", no podía dar resultados diferentes que los que dio: envalentonar a Israel en hacer avanzar sus peones en su proyecto expansionista. Rechazando en la actualidad abiertamente los términos del "contrato de Oslo", Ariel Sharon demuestra solamente lo que debíamos haber comprendido antes: que no se trataba de un proyecto de "paz definitiva", sino de comenzar una nueva etapa de la expansión colonial sionista.

El estado de guerra permanente que Israel junto a las potencias occidentales que sostienen su proyecto le imponen a la región,

geopolítica del imperialismo contemporáneo
constituye un potente motivo que le permite a los sistemas árabes autocráticos perpetuarse. Este bloqueo, ante una evolución democrática posible, debilita las oportunidades de renovación árabe y permite el despliegue del capital dominante y de la estrategia hegemónica de los Estados Unidos. El lazo está anudado: la alianza israeloamericana sirve perfectamente para los intereses de ambos socios.

En un primer momento, el sistema de *apartheid* puesto en marcha después de 1967, dio la impresión de ser capaz de lograr sus fines, la gestión miedosa de la cotidianidad en los territorios ocupados por parte de los notables y de la burguesía comercial que parecía aceptada por el pueblo palestino. La OLP, alejada de la región después de la invasión del Líbano por parte del ejército israelí (1982), parecía no tener los medios –desde su lejano exilio en Túnez– para cuestionarse la anexión sionista.

La primera Intifada estalló en diciembre de 1987. Explosión de apariencia "espontánea", que expresaba la irrupción en la escena de las clases populares, y singularmente de sus segmentos más pobres, confinados en los campos de refugiados. La Intifada boicoteó el poder israelí a través de la organización de una desobediencia cívica sistemática. Israel reaccionó con brutalidad, pero no logró ni restablecer su poder policial eficaz ni el de las clases medias palestinas. Por el contrario, la Intifada llamaba a un retorno en masa de las fuerzas políticas en el exilio, la constitución de nuevas formas locales de organización y la adhesión de las clases medias a la lucha de liberación desatada. La Intifada fue provocada por jóvenes, inicialmente no organizados en las redes formales de la OLP (Fath, devoto de su jefe Yasser Arafat, el FDLP, el FPLP, el Partido Comunista), que se volcaron inmediatamente en la Intifada y se ganaron, por ello, la simpatía de la mayor parte de sus *chebab*. Los Hermanos Musulmanes, sobrepasados dada su débil actividad durante los años precedentes, a pesar de algunas acciones del Jihad islámico, hicieron su aparición en 1980, cediendo el lugar a una nueva expresión de lucha: Hamas, constituido en 1988.

En tanto que esta primera Intifada daba, después de dos años de expansión, signos de agotamiento, dada la violenta represión de los israelitas (uso de armas de fuego contra niños, cierre de la "línea verde" a los trabajadores palestinos, fuente casi exclusiva de entradas para sus familias, etc.), la escena estaba montada para una "negociación" de la cual los Estados Unidos tomaron la iniciativa, conduciendo a Madrid (1991), después de los Acuerdos de Oslo llamados de paz (1993). Estos acuerdos permitieron el retorno de la OLP a los territorios ocupados y su transformación en una "autoridad palestina" (1994).



Los Acuerdos de Oslo imaginaron la transformación de los territorios ocupados en uno o varios bantustanes, definitivamente integrados en el espacio israelí. En este marco, la "autoridad palestina" sólo debía ser un falso Estado –como el de los bantustanes– ser la correa de transmisión del orden sionista.

De regreso en Palestina, la OLP convertida en autoridad logró establecer su orden, no sin algunas ambigüedades. La autoridad absorbió en sus nuevas estructuras a la mayor parte de los *chebab* que habían coordinado la Intifada. Ella logró legitimidad por la consulta electoral de 1996, en la cual los palestinos participaron en masa (80%) en tanto que Arafat se hizo plebiscitar como presidente de esta autoridad. La autoridad permaneció, sin embargo, en una posición ambigua: ¿aceptaría las funciones que Israel, los Estados Unidos y Europa le atribuían, la de "gobierno de un bantustán", o se alinearía con el pueblo palestino que rechazaba someterse?

Como el pueblo palestino rechazó el proyecto de bantustán, Israel decidió denunciar los Acuerdos de Oslo, de los cuales, sin embargo, él había dictado los términos, para sustituirlos por el empleo de la violencia militar pura y simple. La provocación de las mezquitas, puesta en marcha por el criminal de guerra, Sharon, en 1998 (pero con el apoyo del gobierno trabajista que le brindó los medios de asalto) y la elección triunfal de este mismo criminal al frente del gobierno de Israel (con la colaboración de los "colombes" contra Shimon Peres en este gobierno) fueron la causa de la segunda Intifada, la cual está en curso en la actualidad.

¿Logrará ésta liberar al pueblo palestino de la perspectiva de sumisión planificada por el *apartheid* sionista? Demasiado pronto para decirlo. En todo caso, el pueblo palestino dispone ahora de un verdadero movimiento de liberación nacional. Con sus especificidades. No es del estilo "partido único", de apariencia (sino de realidad) unánime y homogéneo. Tiene componentes que conservan su personalidad propia, sus visiones de futuro, sus ideologías incluso, sus militantes y sus clientelas, pero que, aparentemente, saben entenderse para llevar a cabo la lucha de conjunto.

c) La erosión de los regímenes de nacional populismo y la desaparición del apoyo soviético brindaron a los Estados Unidos la ocasión de poner en práctica su "proyecto" para la región, sin obstáculos capaces de hacerles dar marcha atrás hasta este momento.

El control del Medio Oriente es, ciertamente, una pieza

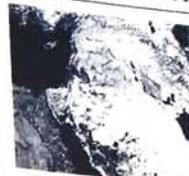
geopolítica del imperialismo contemporáneo

maestra del proyecto de hegemonía mundial de Washington. ¿Cómo entonces los Estados Unidos imaginan asegurar el control? Hace ya una decena de años Washington había tomado la iniciativa de avanzar en el curioso proyecto de un "mercado común del Medio Oriente", en el cual los países del Golfo habrían aportado el capital, y los otros países la mano de obra barata, reservándole a Israel el control tecnológico y las funciones de intermediario obligado. Aceptado por los países del Golfo y Egipto, el proyecto se enfrentaba al rechazo de Siria, Iraq e Irán. Había entonces que, para ir hacia delante, abatir a estos tres regímenes. Ahora bien, esto ya está hecho en Iraq.

El problema es entonces saber qué tipo de régimen político debe ser impuesto para que sea capaz de sostener este proyecto. El discurso propagandístico de Washington habla de "democracias". De hecho, Washington solo se emplea en sustituir autocracias nacidas del populismo sobrepasado por autocracias oscurantistas pretendidas "islámicas" (obligado por el respeto de la especificidad cultural de las "comunidades"). La alianza renovada con un islam político llamado "moderado" (es decir, capaz de dominar la situación con la suficiente eficacia para prohibir las derivas "terroristas", las dirigidas contra los Estados Unidos y solo contra ellos, por supuesto) constituye el eje de la opción política de Washington, permaneciendo como la única opción posible. En esta perspectiva es que la reconciliación con la autocracia arcaica del sistema será buscada.

Frente al despliegue del proyecto de los Estados Unidos, los europeos inventaron su propio proyecto, bautizado como "sociedad euromediterránea". Proyecto intrépido, lleno de habladorías sin seguimiento, pero que, igualmente, se proponía "reconciliar a los países árabes con Israel". A la vez que excluían a los países del Golfo del "diálogo euromediterráneo", los europeos reconocían que la gestión de éstos era de responsabilidad exclusiva de Washington.¹⁵

El contraste entre la audacia temeraria del proyecto americano y la debilidad del de Europa son bellos indicadores de que el atlantismo realmente existente ignora el *sharing* (compartir responsabilidades y asociación en la toma de decisiones, poniendo en condiciones iguales a los Estados Unidos y a Europa). Tony Blair, que se considera el abogado de la construcción de un mundo "unipolar", cree poder justificar esta opción porque el atlantismo que se le permitiría estaría fundado en el *sharing*. La arrogancia de Washington desmiente cada día más esta esperanza ilusa, aunque sirva simplemente como medio para engañar a la opinión europea. El realismo del propósito de Stalin, que había dicho en su momento que los nazis "no sabían dónde detenerse",



se aplica a la junta que gobierna a los Estados Unidos. Y las "esperanzas" que Blair intenta reanimar se parecen a las que Mussolini colocaba en su capacidad de clamar ¡Hitler!

¿Es posible otra opinión europea? ¿Se dibuja ésta? ¿El discurso de Chirac, oponiendo al mundo "atlántico unipolar" (que comprende bien, parece, que la hegemonía unilateral de los Estados Unidos reduce al proyecto europeo a ser solo el modo europeo del proyecto de Washington) frente a la construcción de un mundo "multipolar", anuncia el fin del atlantismo?

Para que esta posibilidad se convierta en realidad, faltaría aún que Europa logre salir de las arenas movedizas sobre las cuales resbala.

5. Las arenas movedizas del proyecto europeo

Todos los gobernantes de los Estados europeos hasta el presente se han aliado a la tesis del liberalismo. Esta alianza de los Estados europeos no significa otra cosa que el fin del proyecto europeo, su doble disolución económica (las ventajas de la unión económica europea se disuelven dentro de la mundialización económica) y política (la autonomía política y militar europea desaparecen). Ya no existe, en este momento, ningún proyecto europeo. Ha sido sustituido por un proyecto noratlántico (o eventualmente de la tríada) bajo el comando americano.

Las guerras *made in USA* han ciertamente despertado las opiniones públicas –en toda Europa contra la última, la de Iraq– e incluso a ciertos gobiernos, en primer lugar el de Francia, pero también los de Alemania, Rusia y China. No obstante, estos gobiernos no han cuestionado su fiel alineamiento ante las exigencias del liberalismo. Esta contradicción mayor deberá ser sobrepasada de una manera o de otra, ya sea a través de la sumisión ante las exigencias de Washington, ya sea por una verdadera ruptura que ponga término al atlantismo.

La conclusión política más importante que yo saco de este análisis es que Europa no podrá salir del atlantismo mientras que las alianzas políticas que definen sus bloques de poder permanezcan centradas en el capital trasnacional dominante. Solamente si las luchas sociales y políticas lograran modificar el contenido de estos bloques e imponer nuevos compromisos históricos entre el capital y el trabajo será que Europa podrá tomar alguna distancia frente a Washington, permitiendo, en consecuencia, el renacer de un eventual proyecto europeo. En estas condiciones Europa podría –debería incluso– comprometerse igualmente en el plano internacional, en sus relaciones con el Este y con el Sur, en otro camino diferente al trazado por las

exigencias exclusivas del imperialismo colectivo, amortiguando, de esta manera, su participación en la larga marcha "más allá del capitalismo". Dicho de otra manera, Europa será de izquierda (el término izquierda es tomado aquí muy en serio) o no será Europa.

Conciliar la adhesión al liberalismo con la afirmación de una autonomía política de Europa, o de los Estados que la constituyen, es el objetivo de ciertas fracciones de las clases políticas europeas preocupadas por preservar las posiciones exclusivas del gran capital. ¿Podrán ellas lograrlo? Yo lo dudo mucho.

En contrapunto, las clases populares en Europa ¿serán capaces de sobreponerse ante la crisis que enfrentan? Yo lo creo posible, precisamente por las razones que hacen que la cultura política de ciertos países europeos al menos sea diferente de la de los Estados Unidos, y podría producirse un renacimiento de la izquierda. La condición es evidentemente que éstas se liberen del virus del liberalismo.

El "proyecto europeo" nació como el modo europeo del proyecto atlántico de los Estados Unidos, concebido al día siguiente de la Segunda Guerra Mundial, dentro del espíritu de la Guerra Fría puesta en marcha por Washington, proyecto frente al cual los burgueses europeos –a la vez debilitados y temerosos frente a sus propias clases obreras– se adhirieron prácticamente sin condiciones.

Sin embargo, el propio despliegue de este proyecto –de origen dudoso– ha modificado progresivamente datos importantes del problema y de sus desafíos. Europa del Oeste logró terminar con su retraso económico y tecnológico con respecto a los Estados Unidos. Por otra parte, el enemigo soviético ya no está. El despliegue del proyecto aglutinó a las principales adversidades que habían marcado durante siglo y medio la historia europea: los tres países mayores del continente –Francia, Alemania y Rusia– se reconciliaron. Todas estas evoluciones son, según mi punto de vista, positivas, y están llenas de un potencial aún más positivo.

Ciertamente, este despliegue se inscribe en bases económicas inspiradas en los principios del liberalismo, pero de un liberalismo temperado hasta los años 80 por la dimensión social tenida en cuenta por y a través del "compromiso histórico socialdemócrata", que obligaba al capital a ajustarse ante las demandas de justicia social expresadas por las clases trabajadoras. Después el despliegue continuó en un marco social nuevo, inspirado por un liberalismo "a la americana", completamente antisocial.

Este último viraje ha lanzado a las sociedades europeas hacia una crisis multidimensional. De entrada, está la crisis económica de la opción liberal. Una crisis agravada por la alineación de los



países de Europa ante las exigencias económicas de su líder norteamericano, Europa consintiendo hasta ahora en financiar el déficit de éste último en detrimento de sus propios intereses. Luego hubo la crisis social, la cual se acentuó con el crecimiento de las resistencias y de las luchas de las clases populares contra las consecuencias fatales de la opción liberal. Finalmente, hubo el intento de una crisis política –el rechazo de alinearse, sin condiciones al menos, bajo la opción de los Estados Unidos en la guerra sin fin contra el Sur.

¿Cómo los pueblos y los Estados europeos le harán frente a este triple desafío?

Los europeos se dividen en tres conjuntos diferentes:

- Los que defienden la opción liberal y aceptan el liderazgo de los Estados Unidos, casi sin condiciones.
- Los que defienden la opción liberal, pero desearían una Europa política independiente, fuera de la alineación americana.
- Los que desearían (y luchan por) una “Europa social”, es decir, un capitalismo temperado por un nuevo compromiso social capital/trabajo que opere a escala europea, y simultáneamente, una Europa política practicante de “otras relaciones” (amistosas, democráticas y pacíficas) con el Sur, Rusia y China. La opinión pública general en toda Europa ha expresado, durante el Forum Social Europeo (Florencia 2002) y en la ocasión de la guerra contra Iraq, su simpatía por esta posición de principios.

Hay ciertamente otros, los “no europeos”, en el sentido de que no piensan que sean posibles ni deseables ninguna de las tres opciones pro europeas. Estos son aún minoritarios, pero ciertamente están llamados a reforzarse. Reforzarse de entrada en una de dos opciones fundamentalmente diferentes:

- Una opción “populista” de derecha, que rechaza la progresión de los poderes políticos, e incluso económicos, supranacionales, con la excepción evidente de los del capital trasnacional!
- Una opción popular de izquierda, nacional, ciudadana, democrática y social.

¿Sobre cuáles fuerzas se apoya cada una de estas tendencias y cuáles son sus oportunidades de éxito respectivas?

El capital dominante es liberal por naturaleza. En este sentido,

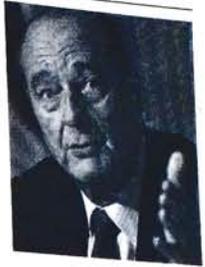
es llevado lógicamente a sostener la primera de estas tres opciones. Tony Blair representa la expresión más coherente de lo que yo he calificado como “el imperialismo colectivo de la triada”. La clase política, reunida detrás de la bandera estrellada, está dispuesta, si fuera necesario, a “sacrificar al proyecto europeo” –o al menos a disipar toda ilusión al respecto– usando el desprecio por sus orígenes: ser el modo europeo del proyecto atlantista. Pero Bush, al igual que Hitler, no concibe otros aliados que los subordinados alineados sin condiciones. Esta es la razón por la cual segmentos importantes de la clase política, incluyendo de derecha –aunque sean en principio los defensores de los intereses del capital dominante– rechazan alinearse a los Estados Unidos como ayer lo hicieron frente a Hitler. Si hay un Churchill posible en Europa, este sería Chirac. ¿Lo será?

La estrategia del capital dominante puede acomodarse en un “antieuropeísmo de derecha”, el cual se contentaría con retóricas nacionalistas demagógicas (movilizando, por ejemplo, el tema de los emigrados, por supuesto) en tanto que se sometería de hecho frente a las exigencias de un liberalismo no específicamente “europeo”, sino mundializado. Aznar y Berlusconi constituyen los prototipos de estos aliados de Washington. Las clases políticas serviles de Europa del Este lo son igualmente.

En este sentido, creo que la segunda opción es difícil de mantener. Ella es, sin embargo, la de los gobiernos europeos más importantes, Francia y Alemania. ¿Expresa ella las ambiciones de un capital suficientemente potente para ser capaz de emanciparse de la tutela de los Estados Unidos? Pregunta a la cual yo no tengo respuesta posible, pero intuitivamente diría que es poco probable.

Esta opción, sin embargo, es la de los aliados frente a un adversario norteamericano que constituye el enemigo principal de toda la humanidad. Yo digo claramente aliados porque estoy persuadido de que, si ellos persisten en su opción, serán conducidos a salir de la sumisión frente a la lógica de proyecto unilateral del capital (el liberalismo) y a buscar alianzas de izquierda (las únicas que pudieran darle fuerza a su proyecto de independencia frente a Washington). La alianza entre los conjuntos dos y tres no es imposible. Tal y como lo fue la gran alianza antinazi.

Si esta alianza toma forma, ¿deberá ella operar exclusivamente en el marco europeo si todos son incapaces de renunciar a la prioridad brindada a este marco? Yo no lo creo, porque este marco, tal como es, solo favorece sistemáticamente la opción del primer grupo pro americano. ¿Habría entonces que hacer estallar a Europa y renunciar definitivamente a su proyecto? No lo creo



tampoco necesario, ni siquiera deseable. Otra estrategia es posible: la de dejar "dormir" un tiempo el proyecto europeo en su estadio actual de desarrollo, y desarrollar paralelamente otros ejes de alianzas.

Yo brindaría aquí una primera prioridad a la construcción de una alianza política y estratégica París-Berlín-Moscú, prolongada hasta Pekín y Delhi si fuera posible. Digo claramente política con el objetivo de darle el pluralismo internacional y todas las funciones que deberían tener en la ONU. Y estratégica, en el sentido de construir fuerzas militares a la altura del desafío americano. Estas tres o cuatro potencias tienen todos los medios, tecnológicos y financieros, reforzados por sus tradiciones de capacidades militares, frente a los cuales los Estados Unidos palidecen. El desafío americano y sus ambiciones criminales lo imponen. Porque estas ambiciones son desmesuradas. Hay que probarlo. Constituir un frente antihegemónico tiene en la actualidad la misma prioridad que en el pasado lo fue constituir una alianza antinazi.

Esta estrategia reconciliaría a los "pro europeos" con los grupos dos y tres y con los "no europeos" de izquierda. Ella crearía condiciones favorables para retomar más tarde un proyecto europeo, que integraría incluso, probablemente, a una Gran Bretaña liberada de su sumisión frente a los Estados Unidos y a una Europa del Este desprendida de su cultura servil. Seamos pacientes, esto tomará bastante tiempo.

No habrá progreso posible de un proyecto europeo en tanto que la estrategia de los Estados Unidos no sea desviada de su rumbo.

6. Europa frente a su propio Sur árabe y mediterráneo

El mundo árabe y el Medio Oriente ocupan un lugar decisivo en el proyecto hegemónico de los Estados Unidos. La respuesta que los europeos le darán al desafío de los Estados Unidos en la región será uno de los tests decisivos que tendrá el propio proyecto europeo.

El problema consiste en saber si los costeros del Mediterráneo y sus prolongamientos —europeos, árabes, turcos, iraníes, países de África— se orientarán o no hacia una representación de su seguridad que se diferencie de la que está dirigida por la primacía de la salvaguarda de la hegemonía mundial americana. La razón pura debería hacerlos evolucionar en esta dirección. Pero hasta el momento, Europa no ha brindado ningún signo de ir en este sentido. Una de las razones que podría explicar, en parte, la inercia europea, es que los socios de la Unión Europea, aunque

no son demasiado divergentes, están cargados de un coeficiente de prioridades relativas fuertemente diferente de un país al otro. La fachada mediterránea no es central en las polarizaciones industriales del capitalismo desarrollado: las fachadas del Mar del Norte, del noreste atlántico americano y del Japón central, tienen una densidad sin medida común. Para los del norte de Europa, Alemania y Gran Bretaña, el peligro del caos en los países situados al sur del Mediterráneo no resulta tener la misma gravedad que para los italianos, españoles y franceses.

Las diferentes potencias europeas tuvieron hasta 1945, políticas mediterráneas propias a cada una de ellas, a menudo conflictivas. Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados de Europa occidental no tuvieron prácticamente ninguna política mediterránea ni árabe, ni particular, ni común, más allá de la que implicaba el alineamiento implicado por los Estados Unidos. En este marco, Gran Bretaña y Francia, que tenían sus posesiones coloniales en la región, libraron batallas para conservar sus ventajas. Gran Bretaña renunció a Egipto y a Sudán en 1954 y, después de la derrota en la aventura de agresión tripartita de 1956, se sucedió un viraje violento y, a finales de los años 60, abandonó su influencia en los países costeros del Golfo.

Francia, eliminada desde 1945 de Siria, aceptó finalmente la independencia de Argelia en 1962, pero conservó cierta nostalgia de su influencia en Maghreb y en Líbano, envalentonada por las clases dirigentes locales, al menos en Marruecos, Túnez y en Líbano. Paralelamente, la construcción europea no sustituyó el retiro de las potencias coloniales por una política común operante en este sentido. Recordemos que, después de la guerra israeloárabe de 1973, los precios del petróleo fueron reajustados y la Europa comunitaria, sorprendida en sus sueños, descubrió que tenía "intereses" en la región. Pero este despertar no suscitó de su parte ninguna iniciativa de importancia, por ejemplo, concerniente al problema palestino. Europa se quedó, tanto en este dominio como en otros, vegetativa y finalmente inconsistente. Algunos progresos en la dirección de una autonomía frente a los Estados Unidos fueron vistos en los años 70, culminando con la Cumbre de Venecia (1980), pero estos progresos no fueron consolidados y, más bien, se erosionaron durante los años 80 para finalmente desaparecer con la alineación junto a Washington que se adoptó durante la "crisis del Golfo". Es por ello que las percepciones europeas concernientes al futuro de las relaciones Europa-mundo árabe e iraní, deben ser estudiadas a partir de análisis propios a cada uno de los Estados europeos.

Gran Bretaña no tiene ninguna política mediterránea ni árabe



que le resulte específica. En este dominio, como en otros de la sociedad británica en todas sus expresiones políticas (conservadores y trabajistas), la opción ha sido el alineamiento incondicional con los Estados Unidos. Se trata, en este caso, de una opción histórica fundamental, que sobrepasa ampliamente las circunstancias coyunturales y que refuerza considerablemente la sumisión de Europa ante las exigencias de la estrategia americana.

Por razones diferentes, Alemania no tiene tampoco política árabe ni mediterránea específica, y no buscará probablemente desarrollar ninguna en un futuro visible. Debilitada por su división y su estatus, la RFA consagró todos sus esfuerzos a su desarrollo económico, aceptando tener un perfil político bajo en el asiente simultáneo y ambiguo de los Estados Unidos y la Europa de la CEE. En un primer momento, la reunificación de Alemania y su reconquista de la plena soberanía internacional no modificaron este comportamiento, sino que, por el contrario, acentuaron sus expresiones. La razón es que las fuerzas políticas dominantes (conservadoras, liberales y social demócratas) escogieron brindar la prioridad a la expansión del capitalismo germánico en Europa central y oriental, reduciendo la importancia relativa de una estrategia europea común, tanto en el plano político como en el de la integración económica. Quedaría por saber si esta tendencia se ha invertido en la actualidad, tal y como parece sugerirlo la actitud de Berlín frente a la guerra de Iraq.

Las posiciones de Francia son más matizadas. País a la vez atlántico y mediterráneo, heredero de un imperio colonial, clasificado entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, Francia no renunció a expresarse como potencia. Durante la primera década de la posguerra, los sucesivos gobiernos franceses trataron de preservar las posiciones coloniales de sus países a través de posiciones atlantistas anticomunistas y antisoviéticas. Sin embargo, no adquirieron el apoyo de Washington, tal y como lo demostró la actitud de los Estados Unidos durante la agresión tripartita contra Egipto, en 1956. La política mediterránea y árabe de Francia era simplemente retrógrada. De Gaulle rompió simultáneamente con las ilusiones paleocoloniales y proamericanas. Él concibió el triple proyecto ambicioso de modernizar la economía francesa, conducir un proceso de descolonización que permitiera sustituirlo por un neocolonialismo frente a las fórmulas viejas y sobrepasadas, y compensar las debilidades intrínsecas a todo país como Francia, a través de la integración europea. En esta última perspectiva De Gaulle concebía una Europa capaz de ser autónoma frente a los Estados Unidos, no solamente en el

geopolítica del imperialismo contemporáneo

plano económico y financiero, sino también en el plano político e incluso, a término, en el plano militar, al igual que concebía, a la larga, la asociación de la URSS con la construcción europea ("la Europa del Atlántico hasta los Urales"). Pero el gaullismo no sobrevivió a su fundador y, a partir de 1968, las fuerzas políticas francesas, tanto de la derecha clásica como de la izquierda socialista, regresaron progresivamente a sus actitudes anteriores. Su visión de la construcción europea se estrechó hasta la sola dimensión de un "mercado común" entre Francia y Alemania Federal (hasta el momento en que la unificación alemana se realizó, en París estuvieron un poco sorprendidos e inquietos...) y en la invitación con presiones hecha a Gran Bretaña para unirse a la CEE (olvidando que Inglaterra sería el "caballo de Troya" de los americanos en Europa). Naturalmente, este cambio implicaba el abandono de toda política árabe digna del nombre propio de Francia, es decir, de una política que fuera más allá de la simple defensa de los intereses mercantiles inmediatos. En el plano político, Francia se comportó objetivamente tanto en el mundo árabe como en África subsahariana como una fuerza suplementaria de apoyo a la estrategia de hegemonía americana. Es en este marco que hay que colocar el discurso mediterráneo, que llama a asociar a los países del Maghreb al carro europeo (de la misma manera en que se asoció a Turquía hoy en crisis), lo que conllevó a romper la perspectiva de un acercamiento unitario árabe y abandonar a Mashrek ante la intervención israelonorteamericana. Sin dudas, las clases dirigentes del Maghreb son responsables, dada la simpatía que mostraron por este proyecto. Sin embargo, la "crisis del Golfo" le dio un fuerte golpe a este proyecto, y las masas populares de África del Norte afirmaron, en esa ocasión y con fuerza, su solidaridad con Maghreb, hecho totalmente previsible.

Italia es, por su posición geográfica incluso, un país muy sensible frente a los problemas mediterráneos. Esto no significa que ella tenga una política real mediterránea y árabe, y mucho menos que ésta tenga eficacia y autonomía. Mucho tiempo marginal en su desarrollo capitalista, Italia se vio obligada a inscribir sus ambiciones mediterráneas bajo la tutela europea en una obligada alianza con otras potencias del área, más decisivas que ella. Desde que logró su unidad a mitad del siglo pasado con la caída de Mussolini en 1943, Italia vaciló entre la alianza con los dueños del Mediterráneo —es decir, con Gran Bretaña y Francia— o con aquellos que podían contestar las posiciones anglofrancesas, es decir, Alemania.

El atlantismo, que se ejerce en Italia en una visión que implica un perfil político exterior bajo dentro de la tutela de los Estados



Unidos, ha dominado la acción y las opciones de los gobiernos italianos desde 1947. El atlantismo es igualmente dominante, aunque en una visión más ideológica, en ciertos sectores de la burguesía laica (los Republicanos y los Liberales, y algunos socialistas). Porque entre los cristianos demócratas existe la presión del universalismo de la tradición católica. Por ello, resulta significativo que el Papa haya tomado, a menudo, posiciones más retrógradas frente a los pueblos árabes (sobre todo en el problema palestino) y del Tercer Mundo, que las de los numerosos gobiernos italianos y occidentales en general. El paso hacia la izquierda de una parte de la Iglesia católica, bajo la influencia de la Teología de la Liberación de América Latina, refuerza en la actualidad este universalismo, del cual encontramos versiones laicas en los movimientos pacifistas, ecologistas y tercermundistas. La corriente *mittel* europea tiene sus raíces en el siglo XIX italiano y en el corte Norte-Sur que no ha logrado mitigar la unidad italiana. Afiliada a los intereses del gran capital milanés, ésta sugiere brindar la prioridad a la expansión económica de Italia hacia el Este europeo, en asociación estrecha con Alemania. En este marco, Croacia constituye en la actualidad un objetivo inmediato. Bien entendido, esta opción implicaría que Italia continuara la tradición de bajo perfil internacional, y que se mantenga sobre todo marginal en sus relaciones con el Sur del Mediterráneo. Una opción paralela de España la aislaría aún más del concierto europeo, reduciéndola a su más bajo denominador común. La corriente mediterránea, que aún es débil, a pesar del aporte que el universalismo podría aportar, se expresa, por esta razón, en una versión "levantina": se trata de "hacer negocios" aquí o allá, sin preocuparse del marco de estrategia política en el cual se inscriben. Para tomar otra consistencia, más noble, asociando a Italia a aperturas económicas que se inscriban en una perspectiva de reforzar su autonomía y la de sus socios árabes, sería necesario que se lograra una convergencia entre este proyecto y las ideas universalistas, sobre todo de una parte de la izquierda italiana, comunista y cristiana.

La derecha italiana, reunificada bajo la dirección de Berlusconi en el poder, ha optado por inscribirse bajo la tutela del eje atlántico de Washington-Londres. El comportamiento de las fuerzas de policía durante la reunión del G8 en Génova (julio de 2001), expresa claramente esta opción.

España y Portugal ocupan un lugar importante en la geoestrategia de hegemonía mundial de los Estados Unidos. El Pentágono considera, en efecto, que el eje Azores-Canarias-Gibraltar-Baleares es esencial para la vigilancia del Atlántico Norte

y Sur y el cuidado de la entrada al Mediterráneo. Los Estados Unidos forjaron su alianza con estos dos países inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, sin tener la más mínima preocupación por su carácter fascista. Por el contrario, incluso el anticomunismo de las dictaduras de Salazar y de Franco sirvió bien a la causa hegemónica de los Estados Unidos, permitiendo admitir a Portugal dentro de la OTAN y de establecer en suelo español bases americanas de primera importancia. En contrapartida, los Estados Unidos y sus aliados europeos apoyaron sin reservas a Portugal hasta el final de su fracasada guerra colonial.

La evolución democrática de España después de la muerte de Franco no fue la ocasión de un cuestionamiento de la integración del país al sistema militar americano. Por el contrario, incluso la adhesión formal de España a la OTAN (en mayo de 1982) fue objeto de un verdadero chantaje electoral que dejó entrever que la participación de la CEE exigía esta adhesión, a la cual se oponía la mayoría de la opinión española.

Después, el alineamiento de Madrid bajo las posiciones de Washington ha sido sin reserva. En contrapartida, los Estados Unidos habrían, al parecer, intervenido para "moderar" las reivindicaciones marroquíes e incluso para intentar convencer a Gran Bretaña acerca de Gibraltar. En este sentido, podemos dudar de la propia realidad de estas intervenciones. El alineamiento atlantista reforzado de Madrid se tradujo en cambios radicales en la organización de las fuerzas armadas españolas, calificados por los analistas como un "movimiento hacia el sur". En la tradición española, en efecto, el ejército estaba diseminado sobre todo el territorio del país. Concebido además —después de Franco de una manera evidente— como una fuerza de policía interior más que como una fuerza dirigida contra el exterior, el ejército español permaneció siendo rústico y, a pesar de la marcada atención que le brindaba el poder supremo de Madrid a los cuerpos de generales y oficiales, no había sido objeto de una verdadera modernización, tal y como fueron los casos de Francia, Gran Bretaña y Alemania.

Los gobiernos socialistas y después de derecha, procedieron a una reorganización de las fuerzas españolas para combatir un "frente sur" eventual y se comprometieron en un programa de modernización del ejército de tierra, de la aviación y de la marina. Este cambio, exigido por Washington y la OTAN, es una de las numerosas manifestaciones de la nueva estrategia hegemónica americana, sustituyendo el Sur por el Este para la defensa del Occidente. Este está acompañado en España por un nuevo discurso que pone en evidencia a un "enemigo hipotético que



viene del Sur”, cuya identificación no deja lugar a ninguna duda. Curiosamente, este discurso de los medios democráticos (y socialistas) españoles recuerda la vieja tradición de la Reconquista, muy popular dentro de los círculos católicos del ejército. El cambio en las fuerzas armadas españolas es entonces el signo de una determinación de España de tener un rol activo en el seno de la OTAN, en el marco de la reorientación de las estrategias occidentales en previsión de intervenciones en el Tercer Mundo. Desde hace tiempo la península ibérica constituye la primera escala del eje Washington-Tel Aviv, la cabeza del puente europeo principal de la *Rapid Deployment Force* americana (la cual tuvo un papel decisivo en la Guerra del Golfo), completada con las bases de Sicilia (que, igualmente, nunca habían servido hasta las operaciones dirigidas contra el mundo árabe: Libia, bombardeo israelí a Túnez, etc.) y, curiosamente, las facilidades acordadas por Marruecos. Evidentemente, esta opción occidental vacía el discurso “euroárabe” de todo contenido serio. La nueva España democrática, que pretende activar una política de amistad en dirección de América Latina y el mundo árabe, más bien ha dirigido sus movimientos en un sentido inverso, a las exigencias de sus proclamaciones de principios.

El gobierno de derecha dirigido por Aznar ha confirmado este alineamiento atlantista de Madrid. Más aún que Italia, España rechaza capitalizar su posición mediterránea en beneficio de una nueva política europea en dirección al mundo árabe, África y el Tercer Mundo, y tomar distancia ante las exigencias de la hegemonía americana. La idea francesa de un grupo mediterráneo en el seno de la Unión Europea queda, por estas razones, suspendida en el aire y sin puntos de apoyo serios. Por otra parte, en el plano económico, el capital español, heredero de la tradición franquista, ha colocado sus esperanzas principales de expansión en el desarrollo de acuerdos con Alemania y Japón, invitados a participar en la modernización de Cataluña.

Mientras existió, la línea de confrontación Este-Oeste pasaba a través de los Balcanes. La afiliación obligada de los Estados de la región ante Moscú o Washington –con la única excepción de Yugoslavia desde 1948 y de Albania a partir de 1960– le había colocado una sordina a las querellas nacionalistas locales que hicieron de los Balcanes el traspatio europeo.

Turquía se colocó en el campo occidental desde 1945, después de haber puesto término a su neutralidad frente a la Alemania hitleriana. Las reivindicaciones soviéticas sobre el Cáucaso formuladas por Stalin a partir de la victoria fueron rechazadas por Ankara gracias al apoyo decidido de Washington. En

contrapartida, Turquía, miembro de la OTAN, a pesar de su sistema político poco democrático, acogió a las bases americanas más próximas de la URSS. No hay lugar a dudas que la sociedad Ataturk permanece siendo del Tercer Mundo, aunque después de Europa de la nueva Turquía, tocando a la puerta de una Unión Europea que no la desea. Aliada fiel de los Estados Unidos y de sus socios europeos, ¿deseará Turquía reintegrar su pasado y tener un rol activo en el Medio Oriente, haciéndole pagar al Occidente los servicios que podría brindarle en esta región? Parece ser que el problema de los kurdos, de la cual ella rechaza reconocer hasta su propia existencia, ha conllevado a hacer vacilar la toma de esta opción hasta el presente. Lo mismo resulta para una eventual opción panturaniana, sugerida al día siguiente de la Primera Guerra Mundial por ciertos medios kemalistas, y relegada después al museo de la historia. Pero en la actualidad, la descomposición de la URSS podría constituir una invitación para que el poder de Ankara tome la dirección de un bloque turco que, desde Azerbaiján hasta Sinkiang, domine el Asia central. Irán siempre expresó sus reales temores hacia una evolución de este tipo, la cual no solamente cuestionaría el estatus del Azerbaiján meridional iraní sino también la seguridad de su amplia frontera asiática septentrional con Turkmenistán y Ouzbekistán.

Grecia no se alistó en el campo soviético. Ella estuvo obligada y forzada por la intervención británica de 1948 a alinearse con los Estados Unidos. En conformidad con los Acuerdos de Yalta, la URSS, como todos sabemos, abandonó a su suerte a la resistencia griega, dirigida por el Partido Comunista que, sin embargo, en este país al igual que en Yugoslavia y Albania, había liberado al país y conquistado por ello el apoyo popular mayoritario. De esta manera, los occidentales estuvieron obligados a apoyar contra este movimiento popular a regímenes represivos sucesivos y, finalmente, a una dictadura de coroneles fascistas, sin ver en ello una contradicción importante con su discurso, según el cual la OTAN protegería al “mundo libre” contra el “satán” totalitario. El retorno de Grecia a la democracia, por la victoria electoral de Pasok en 1981, arriesgaba, en esas condiciones, cuestionar la fidelidad de este país con la OTAN. La Europa comunitaria vino entonces al apoyo de Washington para, al igual que en el caso de España, unir a la candidatura griega con la CEE, y mantenerla en su participación dentro de la alianza atlántica. Esta integración en la CEE fue ampliamente discutida por parte de la opinión griega de la época. La opción de Papandreu de unirse a pesar de todo, después de algunas vacilaciones y a pesar de la opción de



principios tercermundistas y neutralistas de Pasok, parece haber desatado una evolución irreversible incluso a nivel de las mentalidades, adulando las aspiraciones del pueblo griego a la modernidad y al europeísmo. Sin embargo, los nuevos socios europeos de Grecia no le han ofrecido gran cosa a este país, quedando durante todo el tiempo en la posición de pariente pobre de la construcción comunitaria.

La fidelidad de Atenas ante el occidente euroamericano no le ha valido un apoyo real en su conflicto con Turquía. Incluso aunque la dictadura griega haya tenido una determinada responsabilidad en la tragedia chipriota de 1974, la agresión turca abierta (operación Atila) y la creación posterior de una "República Turca de Chipre", en franca violación del estatus de la isla, no solamente han sido aceptadas, sino probablemente también acordadas con los servicios del Pentágono, frente a los cuales Europa cede una vez más. Resulta evidente que, para los Estados Unidos, la amistad con Turquía, potencia militar regional considerable, está muy por encima de Grecia, por democrática que ésta sea.

El conjunto de la región de los Balcanes-Danubio (Yugoslavia, Albania, Hungría, Rumania y Bulgaria) entró en 1945 bajo la égida de Moscú, ya fuera por el hecho de la ocupación militar soviética y la aceptación de los socios de Yalta, ya fuera por el hecho de su propia liberación y de la opción escogida por los pueblos de Yugoslavia y de Albania.

La Yugoslavia de Tito, aislada durante los años 1948-1953, entre el ostracismo de Moscú y el anticomunismo occidental, había logrado con éxito una estrategia de construcción de un frente de "no alineados", que le valió su amistad con el Tercer Mundo, particularmente a partir de la Conferencia de Bandung (1955). Los analistas del pensamiento geoestratégico de la época señalan curiosamente que este pensamiento era poco sensible ante la dimensión mediterránea de su país. Quizás el abandono de Italia después de la Segunda Guerra Mundial de sus visados tradicionales y la solución encontrada en 1954 ante el difícil problema de Trieste, fueron la causa de este "olvido histórico". Yugoslavia vivió después como un Estado preocupado ante todo por los problemas de equilibrio de sus relaciones regionales y, sobre todo, por el del equilibrio mundial entre las superpotencias. Porque en primer lugar, ella había logrado capitalizar a su beneficio la doble atracción nordista y danubiana de Croacia y Eslovenia y la rusa y balcánica de Serbia. El acercamiento iniciado por Kroutchev y continuado por sus sucesores, reconociendo el papel positivo del neutralismo de Tito en la arena mundial, así

geopolítica del imperialismo
 como el debilitamiento de los regímenes del Pacto de Varsovia a partir de los años 60 y sobre todo en los 70, garantizó, durante un tiempo, la seguridad yugoslava, que había cesado de sentirse como el objeto de cualquier conflicto regional. La diplomacia yugoslava pudo entonces desplegarse en las arenas internacionales, dándole al país un peso fuera de proporción con respecto a su tamaño. Pero, a pesar de que esta diplomacia había indiscutiblemente marcado puntos en Asia, en África y en América Latina, ella patinó en Europa, donde sus llamados a ampliar el frente de neutralistas nunca encontró ecos favorables. Sin embargo, frente a la Europa de la OTAN, desde el norte hasta el sur del continente, entre dos pactos militares adversos, Suecia, Finlandia y Austria hubieran podido buscar iniciativas positivas comunes que se separaran del espíritu de la Guerra Fría. Más tarde la Grecia de Pasok intentó ampliar el campo neutral europeo desembocando esta idea en 1982 en la proposición de cooperación para la desnuclearización de los Balcanes, dirigiéndose, simultáneamente, a ciertos países miembros de las dos alianzas (Turquía, Rumania y Bulgaria) o a neutros (Yugoslavia y Albania). Estas proposiciones tampoco encontraron eco alguno.

La descomposición de Europa suroriental a partir de 1989 cambió todo el problema. La erosión, y luego el derrumbe de la legitimidad de los regímenes —la cual estaba fundada sobre un determinado desarrollo, sean cuales hayan sido sus límites y sus aspectos negativos— hizo estallar la unidad de la clase dirigente, cuyas fracciones intentaron fundar su legitimidad bajo el nacionalismo. Las condiciones estaban dadas no solamente para permitir la ofensiva del capitalismo salvaje sostenido por los Estados Unidos y la Unión Europea, sino también para que Alemania retomara la iniciativa en la región, tirando leña sobre el fuego —a través del reconocimiento de la independencia de Eslovenia y de Croacia, el cual la propia Unión Europea reafirmó— y acelerando en consecuencia el estallido de Yugoslavia y la guerra civil. Curiosamente, los europeos intentaron de imponer en Bosnia la coexistencia de las comunidades de las cuales ellos habían sermoneado la separación! ¿Si es posible que los serbios, croatas y musulmanes coexistan en la pequeña Yugoslavia que resulta ser Bosnia, por qué no hubieran podido coexistir en la gran Yugoslavia? Evidentemente, una estrategia de este tipo no hubiera tenido ningún éxito, lo que le permitió a los Estados Unidos intervenir en pleno corazón de Europa! En la estrategia de Washington, el eje de los Balcanes-Cáucaso-Asia central prolonga al Medio Oriente.

De los análisis propuestos anteriormente y que conciernen a las



opciones político estratégicas de los países de la ribera norte del Mediterráneo, saco una importante conclusión: la mayor parte de estos países, en el ayer fieles partidarios de los Estados Unidos en el conflicto Este-Oeste, continúan alineados bajo la estrategia de hegemonía americana frente al Tercer Mundo, y singularmente, frente a los países árabes y de la región del Mar Rojo-Golfo. Los otros países (balcánicos y del Danubio) ayer implicados de una u otra manera en el conflicto Este-Oeste, han cesado de ser agentes activos en el permanente conflicto Norte-Sur, y se han convertido en objetos pasivos ante el expansionismo occidental.

Conclusiones: el “Imperio del Caos” y la guerra permanente

El proyecto de dominación de los Estados Unidos –la extensión de la Doctrina Monroe a todo el planeta– es desmesurado. Este proyecto, el cual he calificado por esta razón como “Imperio del Caos” desde el derrumbe de la Unión Soviética en 1991, estará fatalmente confrontado al crecimiento de las resistencias crecientes de las naciones del viejo mundo, las cuales no aceptarán someterse. Los Estados Unidos estarán entonces llamados a sustituir el derecho internacional por el recurso a las guerras permanentes (proceso que ha comenzado en el Medio Oriente, pero que apunta ya hacia Rusia y Asia), deslizándose por la pendiente fascista (la “ley patriótica” ya le ha dado poderes a su policía frente a los extranjeros, *aliens*, que resultan ser similares de los que fue dotada la Gestapo)

Los Estados europeos, socios en el sistema del imperialismo colectivo de la tríada, ¿aceptarán esta deriva que los colocará en posiciones subalternas? La tesis que yo he desarrollado coloca el acento no tanto en los conflictos de intereses del capital dominante como en la diferencia que separa las culturas políticas de Europa y la que caracteriza a la formación histórica de los Estados Unidos, y encuentra en esta nueva contradicción una de las principales razones del fracaso probable del proyecto de los Estados Unidos.¹⁶

Notas

¹ Ver Samir Amin, *Clase y nación en la historia y la crisis contemporánea*, capítulos VI y VIII, Minuit 1979. Samir Amin, *El eurocentrismo*, capítulo IV, Anthropos económica, 1988. Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil, por un siglo XXI no americano*, PUF, 2001.

² Para la crítica del posmodernismo y la tesis de Negri, ver: Samir Amin, *Crítica de la moda*, capítulo VI, Harmattan 1997. Samir Amin, *El virus liberal*, p. 20 y siguientes y *El tiempo de las cerezas*, 2003.

³ Samir Amin, *La hegemonía de los Estados Unidos y el fin del proyecto europeo*, Harmattan, 2000.

Samir Amin y otros, *Las finalidades estratégicas en el Mediterráneo*, primera parte, Harmattan, 1992.

⁴ Como por ejemplo: Gérard Chaliand y Arnaud Blin, *America is back*, Bayard, 2003.

⁵ Samir Amin, *La derrota del desarrollo*, capítulo II, Harmattan, 1989.

⁶ Samir Amin, *Los desafíos de la mundialización*, capítulo VII, Harmattan, 1996.

⁷ Samir Amin, *La etnia al asalto de las naciones*, Harmattan, 1994.

⁸ Emmanuel Todd, *Después del Imperio*, Gallimard, 2002.

⁹ *La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos*, 2002.

¹⁰ Cf. nota 2.

¹¹ *Los desafíos de la mundialización*, op. cit., capítulo III.

¹² Samir Amin, *El imperio del caos*, Harmattan, 1991.

¹³ *Los desafíos de la mundialización*, op. cit., capítulos I y II.

¹⁴ Samir Amin y Ali El Kenz, *El mundo árabe. finalidades sociales y perspectivas mediterráneas*, Harmattan, 2003.

¹⁵ Samir Amin, *El virus liberal*, op. cit., p. 20 y siguientes. Samir Amin, *La ideología americana*, publicado en inglés en *Ahram Weekly*, mayo 2003, El Cairo.



LA FILOSOFÍA EN MARX.

EL CONFLICTO DE LAS INTERPRETACIONES*

gabriel vargas lozano

El pensamiento filosófico de Marx ha sido objeto de intensos debates, desde sus primeros orígenes hasta la actualidad. Durante el siglo XX, fuimos testigos de una extraordinaria variedad de concepciones que, en muchos casos, se contraponen en forma radical, a pesar de que todas reclamen su fidelidad al revolucionario de Tréveris.

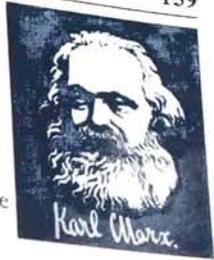
Las dificultades surgen desde la misma ubicación del legado de Marx en el campo filosófico. Por ejemplo, Gajo Petrovic, sostiene que la teoría de Marx no se debe reducir a su carácter de "filosofía" sino entenderla como una reflexión que va más allá de ella: como un "pensamiento revolucionario";¹ Gramsci considera que el marxismo es autónomo con respecto de las tradiciones anteriores² y, en fechas recientes, Ettiene Balibar, nos ofrece una respuesta paradójica en su libro titulado *La filosofía de Marx*: "no hay ni habrá jamás filosofía marxista; -nos dice- en cambio, la importancia de Marx para la filosofía es más grande que nunca".³ Para Balibar, "filosofía marxista" significa tanto la concepción del mundo del movimiento socialista fundada en el papel histórico de la clase obrera y el sistema atribuido a Marx.⁴ Balibar considera que no hay tal concepción del mundo de un movimiento social ni un sistema de un autor llamado Marx. Extrañamente, no dice nada más, como si esta afirmación no tuviera que ser argumentada.

Frente a ella podemos objetar que:

- 1) No hay razón alguna para reducir el concepto de "filosofía marxista" a una de sus acepciones. Por tanto, podemos decir que existe una serie de corrientes que constituyen en forma muy rica, y a la cual debemos agregar las propias reflexiones de Balibar, lo que podemos llamar con propiedad "filosofía marxista", en virtud de que buscan ampliar y desarrollar los planteamientos filosóficos del autor de *El Capital*.

Gabriel Vargas Lozano. Filósofo, profesor-investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-Iztapalapa). Director y fundador de la revista *Dialéctica*. Presidente de la Asociación Filosófica de México, A. C. (2002-2004)

- 2) Ningún movimiento social puede prescindir de una concepción del mundo que sea base de su acción práctica y que le dé sentido. Lo que se puede decir es que la clase obrera se ha ampliado y transformado y se han puesto de manifiesto múltiples formas de opresión de las cuales la filosofía marxista debe dar cuenta.
- 3) Finalmente, sí existe un sistema de Marx,⁵ aunque su autor lo haya dejado implícito y constituya una reflexión abierta e inacabada; se trata de un sistema abierto que ha dado mucho que pensar y que seguirá haciéndolo durante el siglo XXI.



Pero los problemas no se detienen aquí. En el marxismo se ha usado el mismo concepto bajo diversas significaciones. Por ejemplo, Stalin identifica en 1931, al materialismo dialéctico con el marxismo-leninismo y en 1938, propone su codificación en *El materialismo dialéctico y el materialismo histórico*. En esta concepción, que tiene una extraordinaria influencia en el mundo, porque se difunde mediante la fuerza de la Revolución de octubre, se establece que la filosofía marxista era el "materialismo dialéctico" y que debería ser entendido como "ciencia de las ciencias" (Véanse obras como el *ABC del marxismo* o, posteriormente, los *Fundamentos del marxismo* de Konstantinov),⁶ sin embargo, Henri Lefebvre, Louis Althusser o Ludovico Geymonat, entre otros, también hablan de "materialismo dialéctico", pero le adjudican otros sentidos. Althusser habló de materialismo dialéctico como "teoría de la práctica teórica".

Otro ejemplo de variación semántica es el de "filosofía de la praxis". Como se sabe, el término fue utilizado por Gramsci pero también podemos ubicar bajo este rubro a Georgy Lukács; Iztván Mészáros; Mihailo Marković; Jindrich Zeleny; o Adolfo Sánchez Vázquez, a pesar de que, entre ellos, existan diferencias notables.

Pero las variaciones no son sólo de nombre sino de concepción. Si analizamos el conflicto de las interpretaciones sobre la filosofía marxista podemos agregar las concepciones humanistas de un Schaff o un Fromm; las reflexiones fenomenológicas de Karel Kosik; las hegelianas de Ernst Bloch y muchos otros, para no mencionar las de J.P. Sartre o la "teoría crítica" de Adorno y Horkheimer, que implican un diálogo con el marxismo o van más allá de él.

La pregunta que surge, entonces, es ¿por qué se presenta esta variedad y disparidad de concepciones filosóficas?

La primera razón procede del hecho de que Marx no publicó ningún trabajo en que se explicara la revolución filosófica

efectuado por él y, aunque dejó textos centrales como los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *La Ideología Alemana*, *Las Tesis sobre Feuerbach* o los *Grundrisse*, la integración de una respuesta explícita sigue estando sujeta a debates.

Otra respuesta procede del propio cofundador del materialismo histórico, Federico Engels, hombre admirable por muchos conceptos; quien diera a conocer el texto fundamental de Marx (las *Tesis sobre Feuerbach*) y quien ofreció "la primera interpretación" de la filosofía, por ellos fundada, considerando, en su obra *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, publicada cinco años después de su muerte y en el que dice: "Marx murió sin que a ninguno de los dos se nos presentase ocasión de volver sobre el tema".⁷ En esa obra, Engels considera que ellos fundaron una nueva concepción que implicaría una transformación en la forma de construir la filosofía, que ya no sería obra de un solo hombre, como en el caso de Hegel, sino de un grupo interdisciplinario que acometería la empresa de reunir los resultados de las ciencias. En mi opinión, esta función que Engels le adjudica a la filosofía marxista es importante pero no agota el tema.

Otra obra de Engels es *El anti-Dühring* (en la que Marx colabora con un capítulo), en la que busca configurar, la nueva "concepción del mundo", sin embargo, como dice Manuel Sacristán, en el prólogo a la edición española de esa obra, habrá que distinguir entre una "concepción del mundo" y una filosofía en sentido estricto que puede ser entendida como "sistema de la razón"⁸ aunque en este caso, se trate de una racionalidad práctica. Además, es sabido que Engels abrió otra vía de reflexión en su *Dialéctica de la naturaleza*.

Otra causa del debate, aunque ya está superada, provino de la forma de edición de su obra que implicó un conocimiento tardío de sus textos filosóficos publicados en alemán hasta la década del treinta, que suscitara importantes reflexiones de Herbert Marcuse, y que lleva a los revisionistas a pretender agregar a la teoría marxista la "filosofía de Kant", ante una supuesta ausencia de la filosofía en su obra.

De igual manera, como causa de la disparidad de interpretaciones, podemos mencionar los difíciles problemas políticos e ideológicos que han surgido en la construcción del socialismo y que han condicionado, de diversos modos, la interpretación de los clásicos. En el caso del estado soviético, la concepción oficial del marxismo está vinculada a la necesidad de proporcionar una ideología que sirva de legitimación del régimen. En otra dirección pero también bajo la misma premisa, surge la interpretación de Mao Tsedong (antes Mao Tsetung) quien

profundiza en el concepto de "contradicción" más que en el de "leyes de la historia".

También podemos mencionar como causa de las diferencias, las tradiciones científicas y filosóficas puestas en juego en la interpretación del pensamiento de Marx y en las que podría señalar: la influencia del historicismo, en el caso de Gramsci; la filosofía de la ciencia y el estructuralismo de Bachelard; Canguilhem y Foucault, en el caso de Althusser; o la filosofía del lenguaje, en el caso de Schaff.

Finalmente, todas buscan responder a problemas específicos que les plantea su momento histórico.

Todo lo anterior nos lleva a considerar que han existido y aún existen, múltiples polémicas que han permanecido abiertas a debate, al interior del paradigma marxista. Algunas de ellas son:

- 1) Las interpretaciones marcadamente científicas frente a las historicistas que se remontan a las interpretaciones de Gramsci y Bujarin.
- 2) La concepción de la ideología como falsa conciencia o conciencia crítica que llevó a posiciones encontradas entre Althusser y Schaff.
- 3) El lugar del concepto de enajenación y fetichismo que ha sido rechazado o aceptado por los marxistas.
- 4) La relación entre ciencia y revolución.
- 5) El lugar del concepto de praxis.
- 6) La concepción ontológica y otras.

A pesar de todo, creo que los autores que hemos mencionado y otros más, han dejado, aunque hayan torcido el bastón hacia un lado u otro, aportaciones importantes. Por ejemplo, en mi opinión, Althusser estaba equivocado al dividir a Marx en ideológico y científico, así como al rechazar el concepto de enajenación, sin embargo, nos ofrece diversas aportaciones en los campos de la epistemología y de la teoría de las ideologías, entre otras cosas. Por su lado, Gramsci, profundiza en la forma de elaboración de la hegemonía pero, en un momento dado, recae en una concepción idealista de la realidad. Por tanto, en mi opinión, se requiere una nueva síntesis que recupere las aportaciones de todos estos autores sin caer en contradicción.

Esto nos lleva a preguntarnos de nuevo:

¿Cuál es el estatus de la filosofía en el pensamiento de Marx?

Las obras privilegiadas de Marx en el campo filosófico son los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *La Ideología Alemana* y las



Tesis sobre Feuerbach, sin embargo, en otras obras como *El Capital* y los *Grundrisse*, existe también una concepción filosófica subyacente. ¿Cuál es el lugar de la filosofía en la teoría de Marx? ¿Se trata de una concepción que distingue nítidamente ciencia y filosofía, como en el caso del materialismo histórico frente al dialéctico?, ¿que asume todos los aspectos económicos, históricos y políticos desde la filosofía, como en el caso de Lukács?, ¿la filosofía es una parte separada de los otros aspectos?

En mi opinión, a diferencia de la filosofía clásica, que engloba y reduce la reflexión al discurso filosófico tradicional –a pesar de los intentos del positivismo lógico de distinguir análisis empíricos (propios de las ciencias particulares) y filosofía, como reflexión metateórica del significado; o posiciones como las de Bobbio que implican, en el caso de la filosofía política, una conjugación entre análisis científico y filosófico en el análisis de algunas problemáticas–, el pensamiento de Marx es interdisciplinario. Existe una interrelación entre filosofía, economía, historia y política a pesar de que, en algunas obras, se ponga el acento en un aspecto o en otro. Por ejemplo, el *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, se trata de un análisis histórico-político; en *El Capital*, se hace la exposición de un modelo teórico sobre el modo de producción capitalista; y en obras como las *Tesis sobre Feuerbach*, texto que ha sido comparado, por Lucien Goldmann, con el *Discurso del método*, la *Crítica de la razón pura* y la *Fenomenología del espíritu*, se pone de relevancia el enfoque filosófico clásico.

b) ¿En qué consiste su revolución filosófica?

Como lo ha desarrollado Adolfo Sánchez Vázquez en su libro *Filosofía de la praxis*,⁹ esta última es la categoría ontológica y gnoseológica central de Marx. Esta categoría está profundamente interrelacionada con otras dos: el materialismo y la dialéctica. Es el punto de apoyo esencial a partir del cual se estructura todo un discurso filosófico que subyace a sus diferentes reflexiones.

El descubrimiento de Marx es que el hombre construye, a diferencia de las abejas, un entramado social a partir de la relación entre actividad material y actividad intelectual que implica la *intencionalidad*.

El hombre es por definición un ser onto-praxiológico y por tal motivo, crea un entramado objetivo y subjetivo que son las relaciones sociales.

El concepto de “praxis” surge del pensamiento griego pero experimenta una profunda transformación en la obra de Marx y revoluciona la forma de entender la filosofía. En el caso de Aristóteles, la praxis es una actividad que tiene su finalidad dentro

de sí misma ya que se distingue de la *poiesis*, o producción, que implica la transformación de una naturaleza exterior, como ocurre en el arte. Esta concepción se continúa en la tradición posterior. En Kant, el concepto de *praktische Vernunft* implica “todo lo que es posible dentro de la libertad y la libertad es expresión de la voluntad”; Fichte, quien desde una concepción especulativa, reivindica la acción absoluta como autoproducción del yo pero al interior de una dialéctica entre finito e infinito y; en Hegel, quien asumió la praxis como trabajo del espíritu. Sin embargo, en 1838, A. Von Cieszkowski publica su *Prolegomena zur Historiosophie* en donde, siguiendo a Schelling, define “acción” como la “verdadera rehabilitación de la materia” que realiza la “interpenetración... de la exterioridad natural (y de la) interioridad consciente de sí”.¹⁰ Cieszkowski recurre al concepto de “filosofía de la praxis” para criticar a la filosofía de la historia hegeliana. Es en esta dirección que Moses Hess escribe también, un poco más tarde, un artículo titulado “Philosophie de l'action” (1843), de inspiración fichteana. Todo lo cual despeja el camino que desarrollarán Marx y Engels en *La Ideología Alemana* de 1845, en crítica directa a los jóvenes hegelianos y por Marx en sus famosas *Tesis sobre Feuerbach*.

En este último texto, Marx da un paso radical, como dice Balibar, al “suprimir uno de los más antiguos tabúes de la filosofía: la distinción radical de la praxis y la *poiesis*”.¹¹ Esta concepción tiene múltiples consecuencias: en el caso de la ontología, la tesis de que los hombres son seres ontopraxiológicos, es decir, con su praxis construyen un mundo social.

Marx distingue, como estudia J. Zeleny, tres formas de objetividad: la producida por los hombres con su praxis; la que no se mide por la acción humana y la subjetividad humana como momento de la práctica.

En el caso de la teoría del conocimiento, Marx critica a Feuerbach porque no ve el lado activo del idealismo pero, frente a éste, no reduce su reflexión a la relación entre sustancia y sujeto, ni al hombre en general, ni a la materia en general, sino a la concepción práctica de la realidad y del conocimiento.

Una de las consecuencias generales de esta escisión entre teoría y praxis en autores como Kant, Fichte y Hegel, es que la única vía que encuentran para la reforma de la sociedad es la de la filosofía del derecho, sin embargo, no es por azar que para Marx lo central sea la crítica de la economía política. La explicación y la transformación de la sociedad no puede plantearse por una vía puramente jurídica, política o ideológica, sino teórico-práctica, es decir como crítica de la economía política que obviamente implicaría a los demás aspectos. Marx



proponer aquí, entonces, su nueva concepción de la racionalidad práctica.

Se puede considerar, entonces, que para Marx, la teoría ya no puede ser entendida como contemplación; ni tampoco se puede plantear la cuestión en términos de *teoría*, por un lado, y *práctica*, por otro. La teoría es una parte del ser práctico: *sein und bewusstsein*. Es cierto que puede haber tendencias de fuga de la teoría, autonomías y formas asintóticas, pero éstas tienen su causa en la división de clases así como en la división del trabajo material e intelectual que lleva a separar la teoría de la práctica.

Es necesario, por lo tanto, repensar el mundo a partir de la praxis para evitar recaer en la ideología que encubre y legitime la desigualdad, la escisión, la enajenación y la explotación.

Según Balibar, a la altura de *La Ideología Alemana*, Marx da un vuelco, de tal forma que la ontología de la praxis se transforma en una ontología de la producción. Por mi parte, considero que no es así. La ontología de la praxis encuentra su concreción de las formaciones sociales. Esto no quiere decir que todo esté ya resuelto. Por el contrario, aquí empieza el problema, pero las bases de su resolución han sido puestas. Marx parte de la praxis para su comprensión de la sociedad y por lo tanto, critica a aquellos autores que piensan que pueden hacerlo desde la ideología, en el sentido en que entiende este concepto en 1845, como "concepción invertida del mundo".

En suma, Marx dio origen a una nueva forma de concebir la filosofía a partir de la praxis. Esta tesis tiene enormes consecuencias que todavía están por explorarse en todos los campos, pero cuando Habermas dijo, por ejemplo, que se había terminado el paradigma de la conciencia y se había iniciado el paradigma de la comunicación, lo que hacía era dar un paso adelante en lo que se refiere al señalamiento de la importancia del análisis del lenguaje y de la pragmática, pero da un paso atrás, al retornar a la concepción de la teoría como ética normativa, sin tomar en cuenta la tesis fundamental de que la filosofía es producto de la praxis. Es por ello que Habermas escinde al mundo de la comunicación del mundo económico, y en lugar de avanzar en una concepción que de cuenta de su interrelación, sólo puede desarrollar una interpretación jurídica en su último libro titulado *Facticidad y validez*, que fue la senda en la cual desembocó Kant: la apelación a un *deber ser* con respecto del cual no se examinan las vías, condiciones y fuerzas que contribuirán, en forma efectiva, a su realización.

A partir de este descubrimiento del hombre como ser ontopraxiológico, Marx desarrolla una serie de categorías que

conforman su discurso crítico. Estas categorías son:

- 1) La alienación o enajenación en sus aspectos objetivos y subjetivos y que se expresa en diversos niveles: en el proceso de transformación de la fuerza de trabajo en mercancía; en la conversión de las relaciones sociales en relaciones mercantiles hasta implicar un fetichismo, en las relaciones políticas y, en general, en todas las formas de vida.
- 2) La ideología que implica una nueva teoría que nos remite, a su vez, a la definición de ideología como conciencia de clase; como conciencia invertida de la realidad o como conciencia crítica. Aquí, Marx incluye el tema del condicionamiento social de las ideas.
- 3) Una nueva forma de entender el conocimiento concentrado en las *Tesis sobre Feuerbach*.
- 4) Una nueva concepción metodológica dialéctica concentrada en la *Introducción General de 1857* que involucra una nueva forma de entender la abstracción científica y una forma de interrelacionar las categorías de la explicación social.
- 5) Un concepto nuevo de crítica que le otorga a su discurso un sentido diferente a la crítica de Kant, porque en Kant "crítica" es delimitación, y en Marx "crítica" es señalamiento de lo negativo y búsqueda de lo alternativo.
- 6) Una formulación ética de una humanidad nueva y plena.
- 7) Una crítica a la religión como una forma de evasión de los problemas mundanos y como forma de enajenación, que la teología de la liberación ha buscado eliminar al intentar convertir la forma religiosa en conciencia crítica de la injusticia.



También hay una serie de bases para la comprensión del fenómeno estético y ético y existe un planteamiento de lo que llama "formas de apropiación del mundo".

Se le ha atribuido a Marx, como crítica, una filosofía de la historia. Él lo niega explícitamente en su carta a Vera Zasulich. Lo que demuestra que sostenía una concepción no lineal de la historia y abierta a otras posibilidades. Erich Hobsbawm lo estudia también en los *Formen*.

Tampoco en Marx hay una teleología, como se ha pretendido ver. Para Marx no está definido, de antemano, el sentido de la historia sino que éste debe ser construido por las fuerzas políticas organizadas. Lo que sí hay es una intención de construir un nuevo recomienzo de la historia (paso de la prehistoria a la verdadera

historia) e instaurar una nueva racionalidad, lo cual puede explicarse como una aspiración a un mundo mejor.

Todo su planteamiento, como he dicho, se puede entender como una racionalidad praxiológica.

c) ¿Cuál es la relación entre filosofía y realidad concreta?

Pero falta considerar el aspecto más importante que es lo que Marx llamaba "la realización de la filosofía".

Ya desde la *Crítica a la filosofía del estado de Hegel*, (1943), *La cuestión judía* o la *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana*, publicado en los anales francoalemanes, propone que la filosofía se convierta en una "arma del proletariado", que baje del cielo a la tierra y que logre su "realización" histórica. La culminación de este planteamiento lo encontramos en las *Tesis sobre Feuerbach*,¹² en especial, en la tesis XI: "Die Philosophen haben die Welt nur verschieden interpretiert, es kömmt drauf an, sie zu verändern" ("los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo pero de lo que se trata es de transformarlo").

Marx no quería sólo dar origen a un pensamiento de intención práctica que de alguna manera dejara al mundo más o menos igual, sino una concepción que situara a la *praxis* en el centro mismo del planteamiento.

Explico más este punto: hacer una filosofía como interpretación significa quedarse en el plano de la *teoría* en el sentido griego de "contemplación" y ello implica: 1) no estar consciente de las condiciones de génesis de la teoría; 2) no ser responsable de las consecuencias prácticas de las aseveraciones filosóficas; 3) no entender que la filosofía no es un pensamiento impermeable a los múltiples condicionamientos de la sociedad y de la historia y 4), de algún modo asumir que la filosofía misma no puede incidir en el cambio de las propias circunstancias. Así, en Platón hay una tesis del Estado ideal impracticable; también en Kant hay una concepción dictada por la bondad pero en el fondo también por una concepción ingenua en torno a la "paz perpetua"; incluso en la *Filosofía del derecho* de Hegel hay una propuesta de cambios en la monarquía prusiana, del absolutismo al constitucionalismo. Pero Marx no sólo deseaba dar origen a una concepción consciente de sus implicaciones prácticas.

Sobre esta perspectiva han reflexionado, en forma creativa, dos autores que, a pesar de sus diferencias temáticas y de enfoque, sus planteamientos enriquecen el debate en esta dirección. Uno de ellos es Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la Cárcel* y el otro, Adolfo Sánchez Vázquez en su *Filosofía de la praxis*.

En el primer caso, se trata de establecer la interrelación entre

la nueva concepción de la sociedad, "la filosofía de la praxis", y su función en la construcción de la hegemonía de un bloque histórico. Entre muchas reflexiones, lo que quisiera destacar aquí es el hecho de que da cuenta un elemento fundamental: la transformación de lo económico, en político e ideológico mediante una serie de mediadores de lo que él llama "sociedad civil" y entre los cuales se encuentran los intelectuales orgánicos, las diversas organizaciones y el nuevo príncipe: el partido. También es destacable el papel de la filosofía como forma de integración del sentido de la acción, desde las formas inmediatas de la conciencia práctica hasta las formas más abstractas.

En el caso de la obra de Sánchez Vázquez hay una definición precisa del concepto "praxis"; un análisis de las diferencias existentes entre Hegel y Feuerbach con respecto a Lenin y una consideración sobre las diversas formas de la praxis (creadora y reiterativa; espontánea y reflexiva; relación con la organización y conciencia de clase; con la razón, la historia y la violencia. En otras palabras, la relación entre teoría y praxis).

Por último, se me podría objetar que, a pesar de que Marx propuso una filosofía centrada en la praxis, no se ha logrado instaurar, en forma universal, la nueva racionalidad por él propuesta en el famoso prólogo a la *Contribución de la Economía Política* de 1859. Aquí nos encontramos con un nudo problemático: por un lado, el diagnóstico de Marx en torno a las tendencias de la sociedad capitalista se han cumplido puntualmente y el mundo se encuentra padeciendo, como nunca, graves problemas de desigualdad, crisis de los sistemas ecológicos, éticos, políticos y de otros órdenes. La historia, en lugar de haber avanzado por el lado bueno, "avanzó por el lado malo". Pero justamente por ello, la búsqueda de una sociedad justa se ha convertido hoy, en una demanda urgente. Será necesario, por lo tanto, indagar, en forma detallada, en esta ruptura entre teoría y praxis, que se realizó en el movimiento socialista y que culminó en el derrumbe del llamado "socialismo real" en Europa del Este y la URSS, para extraer las lecciones correspondientes. A pesar de ello, no queda invalidada la tesis central de Marx, que he expuesto, y se requiere proseguir la reflexión, no para repetir sus tesis sino para ampliarlas y profundizarlas de acuerdo con las nuevas formas de la realidad. No podemos hacer caso omiso del desarrollo de la historia y del conocimiento, pero tampoco podemos recurrir al expediente freudiano de la tachadura y el olvido del marxismo, como ha ocurrido en gran parte de nuestros países latinoamericanos o de los países ex socialistas, ante los fracasos de la práctica y la deformación de la teoría. Podemos y debemos



incorporar todos los planteamientos contemporáneos sobre el poder, la democracia, los sujetos, el conocimiento, la libertad, los derechos, la globalización, la democracia y la justicia, pero desde una perspectiva marxista renovada y renovadora.

* Conferencia leída en el coloquio de homenaje al doctor Adolfo Sánchez Vázquez, en ocasión de su investidura como doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Guadalajara. Del 18 al 20 de mayo de 2004.

Notas

- ¹ Vid. Gajo Petrovic, *Filosofía y revolución*, Extemporáneos, México, 1972.
- ² A. Gramsci, "Apuntes para una introducción en el estudio de la filosofía y de la historia de la cultura", en A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Vol. 4. Edición crítica del Instituto Gramsci, Era, México, 1986.
- ³ Étienne Balibar, *La philosophie de Marx*, Éditions La Découverte, Paris, 1963. Existe edición en español en la editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 2000, p.5.
- ⁴ Consultense los conceptos relativos en G. Labica y G.Bensussan (directores), *Dictionnaire critique du Marxisme*, Paris, PUF, 1985. También en Tom Bottomore, *A Dictionary of Marxist Thought*, Blackwell, Oxford, 1996.
- ⁵ El concepto de "sistema" tiene una amplia carga semántica y su análisis nos llevaría muy lejos. Fue abordado por Kant, Condillac hasta llegar a la teoría de sistemas. Aquí hablamos de un conjunto coherente de principios que permiten la organización de los datos de la realidad y que permanecen abiertos a nuevos procesos teórico-prácticos; y no como en la filosofía hegeliana, en donde existe un cierre dialéctico aunque éste pudiera abrirse en una nueva configuración de la historia, en el futuro.
- ⁶ Fue Plejanov, quien introdujo el término "materialismo dialéctico" y consideró al marxismo como una visión total del mundo. Vid. Tom Bottomore, *op. cit.*
- ⁷ F. Engels, "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, 1975, p. 17. La cita continúa así: "Acercas de nuestra actitud ante Hegel, nos hemos pronunciado alguna vez, pero nunca de un modo completo y detallado. De Feuerbach, aunque en ciertos aspectos representa un eslabón intermedio entre la filosofía hegeliana y nuestra concepción, no habíamos vuelto a ocuparnos nunca".
- ⁸ Manuel Saeristán "La tarea de Engels en el Anti-Dühring" en *Sobre Marx y el marxismo. Panfletos y materiales I*, Icaria, Barcelona, 1983. El prólogo apareció en la edición de la obra de Engels por la editorial Grijalbo, México, 1964.
- ⁹ Vid. Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, Siglo XXI Editores, México, 2003.
- ¹⁰ *Dictionnaire Critique*, *op. cit.*, p. 908.
- ¹¹ Balibar, *op. cit.*, p. 47.
- ¹² Vid. El excelente libro de Georges Labica, *Karl Marx. Les Thèses sur Feuerbach*. PUF, Paris, 1987.

28 años dialéctica



REVISTA DE FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES, LITERATURA Y CULTURA
POLÍTICA DE LA BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

jacques bidet

La referencia a la multitud se ha impuesto a través de los escritos de Toni Negri, particularmente en *Empire* (Exils, 2000), escrito en colaboración con M. Hardt. Ésta será vislumbrada aquí, en este contexto que nos remite a diversas filosofías y específicamente a la de Spinoza, de la que toma un filosofema que moviliza por medio de un nuevo discurso del marxismo y donde, por otra parte, asocia este concepto a otros, como al de “poder constituyente” o al de “imperio”, quienes de esta manera determinan su significado.¹

I

La “multitud”, que Negri saluda como “lo universal concreto”, ocupa el lugar que no hace mucho era, en el discurso enfático, el del “proletariado”: éste término designa, en la época de las transnacionales, —entendida como la época del triunfo de la producción inmaterial y del “intelecto general”—, a un mundo de productores, productos y actores de una revolución en proceso. Este discurso se propone, en términos de vida y de inmanencia, como una reelaboración del discurso de Marx. La relación, sin embargo, es paradójica, puesto que el capital, según el análisis marxiano, no tiene por finalidad produc-

Jacques Bidet. Filósofo francés, profesor e investigador de la Sorbona. Director de la prestigiosa revista *Actuel Marx*. Ha realizado cuatro congresos mundiales que han tenido el propósito de efectuar una profunda renovación del marxismo.

tiva el poder común, el bienestar, sino el provecho, la riqueza abstracta, “mal infinito” (Hegel), cuya lógica se impone a cada capitalista en la competencia universal, ya sea según un esquema recurrente desde Maquiavelo y Hobbes (y hasta Weber): el acumulación de poder sobre poder, sin importar las consecuencias sobre las personas, la cultura y la naturaleza. Pero, precisamente en este punto, la problemática de Marx da un giro y se amplía. Pues esta indiferencia no concierne específicamente a una “clase”, que sería la de los explotados, sino a una sociedad en su conjunto y su totalidad. Y no se trata solamente del “pueblo” que no es sino su representación política, por medio de la cual ésta es, virtualmente, capaz de una voluntad jurídicamente unificada. Cualquier otro concepto, es requerido aquí, aquél al que convenga la denominación de “multitud”, que designa a la vez lo que es más que la clase y más que el pueblo. Más que la clase porque, para construir este concepto, no basta con ampliar la categoría clasista de explotado, ni con incluir en ella a todos aquellos que viven de su trabajo o que son privados de éste: es preciso considerar al capital, no sólo como explotador racional del trabajo asalariado, sino en su *lógica productiva*, la que concierne a la totalidad social. Más que el pueblo, porque es preciso abordar esta totalidad bajo otro ángulo, es decir, como a una “multitud” no en el sólo sentido político que Hobbes ha

conferido a este término, sino con toda la *carga positiva de ontología social* que le ha conferido Spinoza. La racionalidad mercantil (y su correlato, la racionalidad burocrática) del capital, que oprime toda vida, no puede, contradictoriamente, apuntar hacia el provecho puro sino buscando producir —por medio de la movilización de toda vida— “valores de uso”, riquezas concretas. Y éstas no constituyen el único hecho de sus productores asalariados, sino la invención y la exigencia de la multitud social en la multiplicidad de sus redes, rizomas y conexiones. Valores de uso, es decir, de disfrute y de conocimiento, cuya referencia sea la “multitud”, en este proceso socioglobal de producción-consumo, en el que se desarrolla un poder rebelde al régimen de la abstracción y es portador de su negación revolucionaria. Ya no se trata más de la simple figura política y subjetiva de un “pueblo” cuyo horizonte sería el contrato social, sino de una masa humana, imbricada y singularizada en toda la maquinaria social, substancial y objetiva, provista de su capacidad concreta, imprescriptible de invención y de irrupción, de su poder constituyente. El discurso de Negri, al menos así interpretado, participa —según modalidades propias, con sus conceptos particulares sobre la “clase” de hoy en día, referida al intelecto general de “la época”, como la de las “multinacionales”, etcétera, que pueden parecer más o menos consistentes— en este nuevo curso de marxismo que, resistente a la desoperación de un horizonte histórico que se ha vuelto indiscernible, busca, fuera de todo historicismo, en el presente del acontecimiento (social, cultural, etc.), en el sentido y no en el término, en la inmanencia spinozista, la presencia y la certeza del final.

II

Pero es otro uso de la “multitud”, el que une su destino teórico a la dudosa categoría de “imperio”: un uso débil que, disociando este concepto de los de “clase” de “pueblo” y de Estado, lo desarma.

El imperio, según Hardt y Negri, sucede al imperialismo en el momento en el que se disuelven los Estados-Naciones. Éste se impone como una nueva soberanía, más allá de la forma Estado. Inmanencia soberana, reemplazando a las antiguas trascendencias. La debilidad de esta visión del mundo se debe, desde mi punto de vista, a que ella licencia los conceptos más indispensables para la inteligencia del mundo en el que vivimos, el de la *estructura* de clase capitalista, que el marxismo ha situado, de manera clásica, en el marco del Estado-Nación y en el de *sistema* del mundo, centro-periferias, desarrollado desde Braudel hasta Wallerstein y que se ha convertido, hoy en día, en un bien común ampliamente compartido.

A través de las categorías de la *estructura* social —las de clase, las de explotación, de Estado como relación de clase—, el marxismo caracterizaba a los Estados-Naciones modernos por *la tensión entre este dispositivo de dominación y su negación en la institución pública*, la cual declara no conocer sino a individuos iguales, estableciendo libremente contratos entre ellos. Denegación pura de la realidad, se dirá, ya sea de este hecho real *estructural*, que los dominados se encuentran en una relación, de ninguna manera contractual, de subalternidad indefinidamente (estadísticamente) reconducida. Se sabe que la sociología crítica, de inspiración weberiana, a la Bourdieu, ha ampliado su perspectiva a la otra forma de “capital”, igualmente reproducible, capital cultural, otorgando “competencia” a la dominación burocrática organizada. Y se co-

noce esta dialéctica del enfrentamiento moderno de clase, bajo la invocación de lo universal, del acuerdo supuestamente universal sobre un orden de derecho que los que dominan declaran establecido, y que la lucha de los dominados, sobre espacios sociales (ingresos, cultura, salud, poder y dignidad...), sin cesar nuevos, asume como objetivo el de hacer que éste ocurra. El "pueblo" es este juego contradictorio de la declaración y de la negación, de la provocación y de la insurrección permanente. Tal es el Estado-Nación, estructura dotada de una superestructura estatal, formación social moderna que la filosofía política clásica ha promovido como el lugar del contrato social, por medio del cual, como afirma Hobbes, "la multitud se vuelve república", *civitas*, y, según Rousseau, el ciudadano soberano. El marxismo da vuelta a la herencia de éste, bajo la forma de una crítica a la denegación, que es una teoría de la estructura de clase. Se ha advertido que éste lo debilita, según el sentido fuerte, social y no sólo político, de la multitud.

Pero "la multitud" no se sostiene en el Estado-Nación porque el mundo moderno no está sólo (abstractamente) definido por esta estructura típica, sino también, correlativamente, por lo que él conforma, (concretamente) el sistema. Éste es, y esto desde sus orígenes medievales, analizados por Braudel, un "sistema del mundo" constituido geográficamente bajo la forma de "centro/periferias". Porque la "libertad mercantil" no proviene de un orden natural, el capitalismo, que la generaliza; presupone el poder estatal, supuestamente común (progresivamente reivindicado como tal), para establecerla, controlarla: un poder organizador, dotado como tal, de la facultad de crear por medio de una voluntad supuestamente libre, es decir, común a otras instituciones y no sólo a la del merca-

do, o sea, una organización conformada por reglas fiscales, sociales, culturales, de servicios públicos, etcétera. Trátese ya todavía la que siempre sea uno entre otros. La filosofía política clásica, que ha erigido a éste como el lugar de la "sociedad civil o política" como si se dijera virtualmente, regida por un acuerdo igual entre todos en el seno de la "multitud", ha hecho resaltar enseguida, la contrapartida de todo esto: los Estados se encuentran entre ellos en "estado salvaje", es decir, en estado de guerra. El problema se encuentra así, de entrada, abruptamente planteado: *el capitalismo es estructura* (de clases, en el Estado-Nación) y *sistema* (del mundo, entre naciones). El "sistema" está unificado por las relaciones mercantiles a través de las cuales tiene lugar un metabolismo general, intercambio de bienes, de conocimientos y de cultura. Pero éste no presupone voluntad común alguna en el seno de la multitud, susceptible de ser verificada, asegurada, y ni siquiera declarada como tal, pretensión democrática alguna. La crítica marxista, que había sabido describir a la *estructura* como *explotación*, se encontraba en posibilidad de definir el *sistema* como *imperialismo* (desde su origen). En el Estado-Nación, estructura típica, la organización que hace pareja con el mercado, está llamada a surgir de una voluntad común y tiene la obligación de proporcionar algún testimonio de lo universal. En el sistema del mundo, no sucede nada de esto: ella se declara como relación de fuerza, apenas velada bajo las ideologías de la superioridad cultural occidental, del progreso universal, de la cual es portadora, etcétera. Los Estados-Naciones del centro son tan bellos, armoniosos, pujantes y orgullosos de sí mismos, que reducen África a la esclavitud, la América antigua al aniquilamiento, Asia a una subyugación secu-

lar, sin hablar de la condición humillante de las semiperiferias europeas. El imperialismo, cuya participación fue determinante en las dos guerras mundiales, unifica a la humanidad bajo el régimen de la colonización. También esto es el capitalismo, forma moderna del mundo, lugar de la multitud. No solamente *tipo* abstracto de estructura, sino *configuración* concreta, sistema del mundo.

III

He aquí, precisamente, lo que en lo sucesivo sería superado bajo la forma de la pareja *imperio/multitud* concepto-pareja, forma de un mundo que se supone posmoderno. No es que hayan desaparecido ni la explotación ni la dominación. Ni la lucha de clases la que, por el contrario, se considera, según el axioma operante de T. Negri, como el motor general del proceso (y he aquí, ciertamente, un buen antídoto para estos marxismos tristes que conceden el crédito de todas las conquistas sociales y de todas las invenciones culturales, a las clases dominantes). Más el Estado-Nación se habría debilitado a tal punto, que con él se habrían debilitado también, por obsoletas, todas las categorías de la modernidad, la de pueblo político, la de las relaciones de clase, la de la lucha nacional de emancipación. Las naciones del centro, se encontrarían atrapadas, ellas mismas, en la lógica de un nuevo poder supranacional, el del mercado capitalista y de sus regulaciones inmanentes a través de las instituciones del FMI y del OMC, de las transnacionales y de su carga biopolítica, productoras, como son, de las cosas mismas de la vida. *La multitud se encontraría, de hecho, en lo sucesivo, inmediatamente frente al mercado mundial*, y éste "directamente confrontado con la multitud sin mediación" (Empire, p. 293).² El final de toda trascen-

dencia estatal. Inmanencia. Desterritorialización, fin de los territorios que balizaban y medían las relaciones de fuerza entre las naciones. El final de toda exterioridad, el final del enemigo exterior: la lucha a muerte se encuentra omnipresente; pero la guerra ha concluido o está de vuelta como la "guerra justa", policía ética. Nosotros nos encontramos, desde ahora, confrontados a una "responsabilidad ética global" (p. 43). Y éste es asunto de la multitud, "multitud de subjetividades, productivas y creadoras, constelación de singularidades y de acontecimientos" (p. 91), cuya práctica, a la vez simbólica y planetaria, brota de la fuerza de las individualidades asociadas, en lo imprevisible del acontecimiento.

En realidad, sin embargo, las tareas concretas que los autores le asignan, se alían a los objetivos más clásicos de la emancipación: ciudadanía mundial, salario mínimo, reapropiación de los medios de producción y de comunicación (pp. 477-488). Este discurso comporta, evidentemente, una crítica al marxismo por todas las esclerosis que tan regularmente lo han petrificado. Éste hace pensar, poniendo en movimiento, a través de la referencia a Spinoza, Deleuze y Foucault, resortes filosóficos de los que tal vez no dispone la tradición hegeliana dominante en el marxismo ni, con mayor razón, los paradigmas kantiano o analítico (anglosajones), hoy en día de nuevo en boga. Él manifiesta particularmente, hasta que punto el poderío social no podría reducirse a la abstracción del *poder* político. No habría, sin duda, nada que objetar al "imperio" si éste no se entregara, como sustituto, al campo conceptual de la *estructura* de clase y del *sistema* del mundo que, hasta este día, han conformado la fuerza crítica distintiva del marxismo, frente a las cuestiones de una alternativa y de "otra

mundialización". No habría nada que reprochar al "imperio" si éste no se anunciara como el fin del "imperialismo", comenzando por el del Estado-Nación, que es la partícula elemental de aquél. Ahora bien, a esto es preciso objetar —desde mi punto de vista— que, por el contrario, el poder del Estado-Nación aumenta vertiginosamente. Para persuadirse de ello, basta con tornarse hacia esta mayor parte del mundo en donde la población todavía está por extraer los lazos familiares, tribales, comunitarios o religiosos que constituyen el marco estructural de su existencia social. Vértigo colectivo que se salda por medio de guerras fratricidas: ¿Cuál etnia, cuál grupo va a imponer su lengua, su religión, sus redes, al Estado en formación y va a dominar a los demás? Se tendría que ser verdaderamente miope para no ver el nacimiento, hoy en día, de naciones en todas partes (y el imperialismo, que sabe por instinto inmiscuirse en este juego, lo convierte regularmente en catástrofe). Por otro lado, cuando las viejas naciones se federalizan y se agrupan en entidades continentales tales como Europa, adoptan precisamente la forma de supernaciones centralizadas: después de la moneda común, dentro de poco vendrá el ejército común, profesional, capaz de golpear con fuerza a la periferia. Los Estados del centro invaden los territorios de otros; pero protegen muy bien los propios. Manifiestan poderosas capacidades en lo que a política económica se refiere. Que se hayan vuelto menos sociales no los hace menos estatales. No son los simples agentes anónimos del mercado sobre el espacio "liso" de una sociedad mundial en redes (el fantasma de la "red" contra la realidad del "mercado/organización", del que nunca es sino el tercer término). No se ve, pues, que las luchas sociales tengan que transferirse, como

lo sugieren los autores de lo nacional y de lo local, hacia un espacio imperial que desde ahora sería su medida natural.

IV

Existe, es verdad, *algo nuevo* en el mundo y que interesa sobremanera a la multitud. Es el fin de una vieja historia. Aquella por la que comenzaban los discursos de Locke y de Kant y hasta el de Rawls, en verdad. El mundo, manifiestamente, es igual para todos, decían ellos; pero no es útil para cualquiera, sino a condición de que éste sea compartido y, luego, privatizado en un mercado universal. Este "pero" que se abre a todo su programa ulterior de búsqueda, comporta una doble dificultad que no aparece sino hasta hoy en día, cuando el mundo se ha vuelto tan pequeño que cada quien puede tomarlo en el hueco de su mano y preguntarse, esta vez de una manera realista: ¿qué vamos a hacer con él?, ¿quién es responsable de él?, ¿quién posee el derecho de hacer uso de éste?, ¿bajo qué condiciones?, ¿qué pensar de los que dicen detentarlo, detentar individual o colectivamente tal o cual parte? En una palabra: ¿qué ha ocurrido con la propiedad individual y nacional?

El contrato social servía clásicamente a la multitud, para afrontar este tipo de situación. Pero existía un doble límite. Por una parte, y de manera extravagante, parecía apropiado para un espacio meramente nacional: pero ¿qué poder trascendental había bien podido atribuir tal porción del planeta a tal nación? El último lugar y no sólo el primero, del contrato social, ¿no es "el mundo" en su conjunto? Por otra parte, éste era el resultado de la ficción: ficción del arreglo mercantil, o ficción de una fuerza moral que conduciría a la igualdad de las propiedades. Con Marx, es verdad, se anunciaba una variante realista: la

apropiación común de los medios de producción, única manera plausible y tangible de apropiarse colectivamente del mundo mismo. Así se perfilaban, bajo la forma rechoncha de su supuesta solución, nuevos problemas que suscitan nuevas exigencias, en lo sucesivo, prácticamente ineludibles.

Pero he aquí que todo se trastorna, porque "el mundo" mismo es tanto el *medio* —reserva inmensa y sin embargo extinta de metales y de minerales, de genes y de yacimientos, de parajes de todos géneros— y el *objetivo* de nuestro uso común, para cuyo logro es, en efecto, menos requerido que éste sea apropiado, que se le proteja, simple y sencillamente, de la depredación y de su desaparición. Y como el mercado capitalista, no asegura ninguna armonía entre las fuerzas productivas-destructivas y la naturaleza en general, es claro que el mundo no puede ser abandonado a una "sociedad civil" mundial mercante sin Estado, a un supuesto orden de "derecho sin Estado". Esto, por lo demás, no es nada, porque he aquí que emerge en el horizonte la figura última de la modernidad: la de un Estado mundial. *Estado sin derecho*, en el sentido, al menos, de un "derecho mundial" (no confundir con el "derecho internacional") que se esboza de incógnito, a espaldas de la multitud. Este Estado por venir es, ciertamente, todavía infinitamente débil; pero ya está allí, en gestación. Por ejemplo, a través del Órgano de Arreglo de los Diferendos que depende de la OMC y que detenta un poder último y capaz de ejercerse, en materia de diferendo comercial, o sea, un exorbitante poder "mundial". Y la ONU, ya en su infinita debilidad, representa el carácter ineludible de un poder común sobre una tierra común. ¿Cómo es que Negri, tanto profeta como filósofo, no advierte venir nada? ¿Cómo es

que no se da cuenta de que este mastodonte que él ha forjado, este sueño que él llama "imperio", comprendido como un no Estado, no es, en esto, sino una variante de otro sueño, el de esta "sociedad civil mundial" que esperan los liberales? Éstos, es verdad, se quejan de que los pequeños Estados todavía tardan en aceptar la ley del supuesto no Estado. Y de que, al mismo tiempo, expresen el horror que suscita en ellos la idea de un Estado mundial; sin embargo, el capital neo-liberal ya se encuentra comprometido a la construcción de éste, y sobre el terreno del mismo, encara a la humanidad como multitud: no "sin mediación", "multitud contra mercado"; pero sí a través de dispositivos estructurales y sistémicos, en el sentido dado aquí a estos términos, poco susceptibles de ser resueltos en el imperio.

V

Para ir al encuentro de los autores de *Imperio*, es preciso, pues, avanzar de manera acoplada a la de multitud, el concepto de "pueblo global", es decir, el de "ciudadanía mundial". Pero en el sentido propio, ya que, bajo este término (pp. 477-481), éstos no hacen sino retomar el "derecho cosmopolítico" kantiano. Ellos lo hacen, es verdad, bajo la forma de un cambio total significativo: derecho para cada quien, pero esta vez se trata, específicamente, del trabajador migratorio y de su derecho a decidir sobre su establecimiento en cualquier sitio, y de allí gozar de los derechos de la ciudadanía. ¡Muy bien, seguramente! Y esto es, sin duda, esencial para otra victoria muy diferente, la del derecho. Mas no existe ciudadano del mundo si no se reconoce al mundo como si fuese una ciudad, es decir, como al espacio de una posible voluntad común y de una política común. Se impone pues, como tema de un

largo combate en el porvenir: una "política de la humanidad", con las instituciones que la hacen posible. No con la intención de reemplazar a las instancias nacionales o locales, sino por el contrario, para impedir que el apetito de los más poderosos haga desaparecer a los Estados del Sur, a los pequeños pueblos y a otros lugares ya mencionados. Lo urgente del asunto se manifiesta por el hecho de que una cierta estatalización mundial ya se encuentra aquí. No para reemplazar al imperialismo, cuyos centros hacen, más que nunca, la ley. Pero, contradictoriamente, pueden hacerla de menos en menos, sin que ésta pueda pasar por una ley común, santificada por instituciones de apariencia común. De allí la tesis que sustento, según la cual, la contradicción principal, en la época de la ultimodernidad que se abre, es la que alía y opone *centro sistémico* (centrismo imperialista del sistema del mundo) y *centro estructural* último (centrismo globaloestatal del Estado-mundo). La fuerza armada imperialista misma, golpea tanto más fuerte cuanto ella logra, sin embargo, procurarse una especie de mandato por parte de un poder mundial supuestamente común, del que ésta no puede, sin embargo, eludir en su totalidad el juicio. Es preciso pues, invertir a toda esta dialéctica perversa y fecunda, entre centrismo sistémico y centricidad estructural última, que vuelve a representar al Estado-Nación a la escala del mundo. Por un lado los estados imperialistas "manipulan" tanto a los elementos mundiales, supranacionales, como a los instrumentos globaloestatales, por medio de un poder que es su poder privado (su ejército privado disfrazado de policía común, su pujanza financiera privada disfrazada de fondo internacional). Por el otro, ellos no pueden invocar así un poder tal, como universal-común, sin suscitar en la multi-

tud la pretensión de igual disfrute para todos, de un control y de una regulación democrática. Todo está preparado para que no ocurra nada de esto. La supuesta "debilidad" de la ONU es el instrumento de su oculta pujanza institucional. Ésta es significativa de la forma de Estado que incuba un Estado mundial bajo el imperalismo. Es de esta manera como el derecho de veto del Consejo de Seguridad, que excluye toda intervención contra los poderosos, si bien no es un síntoma de parálisis, sí constituye un factor de eficacia para el imperialismo: éste califica a la ONU como un instrumento de carácter (globalo) estatal, bajo influencia del centro sistémico, el cual no adopta la forma de un Estado.

Sin duda Negri aceptaría parte de estos análisis y razonamientos. No resta sino decir que el tipo de promoción que éste da a la noción de multitud, vuelve a descalificar los conceptos que éstos presuponen. Es verdad que éste ha creído descubrir en los *Grundrisse* "Un Marx más allá de Marx" que todavía no es "Marx", o sea, encontrar en este genial borrador de un Marx que todavía no es "Marx", porque le falta haber elaborado su teoría, el momento en el que él ya la habría dejado atrás (es, sin embargo claro, que el autor del famoso "fragmento sobre la máquina", *Grundrisse*, VII, 3, que sirve para documentar esta creencia, no dispone aún de los conceptos fundadores de la teoría del *Capital*). A partir de allí, la relación entre la conceptualidad de Negri y la de Marx, reivindicada, sin embargo, permanece —en muchos aspectos— enigmática. Ésta no permite, en todo caso, reconstituir críticamente esta red de la estructura y del sistema, (en este Estado-mundo a largo término, que no es sistema) en el cual surge la multitud, concretamente, hoy en día. No sólo como pueblo, en toda la gama de lo local

la multitud perdida en el imperio
a lo global de sus combates emancipadores,
sino como lo irrepresentable, lo que pre-
cede y supera, en todas partes, lo que la
política puede realizar.

*Publicado en la revista *Parages*, París, junio de 2002.

¹ La recepción crítica que propongo aquí se apoya, no en alguna supuesta ortodoxia marxista, sino en un aparato analítico desarrollado en *Teoría general, teoría del derecho, de la economía y de la política*, PUF, 1999; y más recientemente en "¿En qué tiempo, en qué mundo vivimos?", en *El capital y la humanidad*, Marx Actual N° 31, PUF, 2002.

² Ésta y las demás citas a lo largo del texto, corresponden al libro *Empire*, escrito por Toni Negri en colaboración con M. Hardt. En paréntesis se señalará el número de la página.

IN MEMORIAM

La revista *Dialéctica* y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla lamentan profundamente la irreparable pérdida de los filósofos mexicanos, amigos y colaboradores de nuestras páginas:

Dra. Graciela Hierro Pérezcastro

Directora del PUEG (Programa Universitarios de Estudios de Género) de la UNAM e impulsora de los estudios de género en nuestro país. Ex presidenta de la Asociación Filosófica de México, A. C. Falleció el día 30 de octubre de 2003, en la ciudad de México.

Dr. Abelardo Villegas Maldonado

Ex director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ex secretario General de la UDUAL (Unión de Universidades de América Latina). Ex presidente de la Asociación Filosófica de México, A.C. Filósofo y latinoamericanista. Falleció en la ciudad de Helsinki, Finlandia el día 6 de julio de 2001.

Dr. Leopoldo Zea Aguilar

Fundador y ex presidente de la Asociación Filosófica de México, A. C. Maestro emérito de la UNAM. Reconocido filósofo y promotor de los estudios latinoamericanos. Falleció en la ciudad de México el día 8 de junio de 2004.

La revista *Dialéctica* manifiesta su reconocimiento, admiración y gratitud por la intensa labor que llevaron a cabo, en bien del desarrollo de la filosofía y el estudio de las ideas en México.

EL MULTICULTURALISMO Y LAS PARADOJAS DE LA GLOBALIZACIÓN*

fernanda navarro

Celebro la realización de este Congreso porque considero que refleja una preocupación por la realidad de nuestra época, al tocar temáticas que hace unas décadas habrían sido impensables o cuando menos de poca pertinencia. En estas líneas me he propuesto hacer referencia al multiculturalismo y a la etnicidad, a la luz de las paradojas de la globalización, señalando las nuevas configuraciones que se perfilan así como las nuevas aporías y contradicciones.

El nuevo milenio parece lanzar un reto que exige otras formas de pensar, de actuar y de resistir. Según Ciorán, "pensar hoy se vuelve cada día más un estado de excepción", en cuyo caso, la filosofía debería proponerse —ya no la explicación última del ser y del universo— sino la posibilidad misma de seguir pensando, y esto no podría hacerse sin recurrir a la interdisciplinariedad que también plasma este Congreso.

Ese otro pensar nos alerta contra univocidades y absolutos, contra la totalidades que pretende instaurar la globalización en su afán homogeneizador que confunde la unidad con la uniformidad, desconociendo alteridades y diferencias. Las contradicciones y las paradojas han surgido ya al producir la globalización una

polarización que contrasta con sus promesas iniciales. En su pretensión de igualar ha acentuado las asimetrías, en su pretensión de unificar ha separado, fragmentado, afectando a inmensos sectores de la población mundial. Cito a J. Stiglitz, Premio Nobel de Economía: "las políticas que impone el FMI a países en desarrollo jamás las aceptaría el Primer Mundo."

Toda hegemonía atropella la diversidad y se conjuga sólo en imperativo. Desde nuestra perspectiva, se trata de comprender y aceptar que no hay un único modelo o arquetipo, ningún a priori, ningún absoluto, como lo ha pretendido la cultura basada en la episteme occidental, que ha moldeado nuestra percepción del mundo durante siglos.

El hecho mismo de saber de la existencia de otras culturas, de otras *weltanschauung*, de alteridades cuyo tejido social y espiritual se labra sobre concepciones, relaciones y creencias muy diversas a la nuestra, es ya una señal que nos obliga a cuestionar las certezas y esquemas mentales que nos habitan y estructuran, pues dicha posición no deja lugar alguno para la diferencia ni para la irreplicable singularidad de cada cultura, individuo o pueblo, lo cual se traduce en una velada estrategia cuyo fin es vigilar y dominar. Coincidió con el doctor Villoro cuando afirma que la *diferencia* debe reconocerse como un principio ético.

Permitásememe aquí intentar hacer una reflexión filosófica sobre un caso concreto multicultural y pluriétnico. Se trata de un movimiento social y político, heredero de una cultura milenaria, la maya, misma que hace más de diez siglos alumbró una de las civilizaciones de más sabio refinamiento en Mesoamérica. Este hecho, aunado a la presencia de la Teología de la Liberación durante los últimos 30 años en Chiapas, propiciaron un fenómeno poco usual. Me refiero al movimiento zapatista o neozapatista. Su pertinencia con nuestro tema estriba en ser la primera respuesta global a la globalización.

Este movimiento irrumpió en el escenario nacional el primero de enero de 1994, justo el día de la implementación del Tratado de Libre Comercio (TLC) o NAFTA, como protesta elocuente y puntual contra el proyecto globalizador.

Como ellos mismos lo plasmaron:

...un día llegó la globalización y se puso por encima de todas las banderas. Y entonces supimos que así le llamaban a este orden absurdo en que el dinero es la única patria a la que se sirve y en que las fronteras se diluyen...

En los grandes foros internacionales la pobreza fue declarada un invento, ante las cifras económicas del desarrollo...

Descubrimos entonces que ya no existíamos.

Fue entonces que este movimiento de fecunda raigambre indígena, en pobreza extrema, después de varios intentos pacíficos infructuosos, optó por armar su voz para ser escuchada, y ocultar sus rostros para ser percibidos. Y todo ello en pos de un vocablo de antiguas resonancias que fi-

gura ya en los *Diálogos* de Platón: "justicia". El discurso armado zapatista tuvo una duración de sólo doce días. A partir de entonces, la palabra tomó el lugar de las armas. El movimiento parecía recordarnos que para pasar del Tercer Mundo al Primero y realizar la globalización, fundiéndolos en uno solo, se necesita algo más que una firma y un tratado internacional; que semejantes saltos, semejantes vuelos, son actos de magia que ni Icaro pudo imaginar jamás. Nos recordaron, en suma, que el camino lo hace cada pueblo desde su propio *ethos* y su intransferible andar.

Los zapatistas alcanzaron ese grado de saturación y sin retorno que menciona el último Sartre, en su *Crítica de la Razón Dialéctica*, es decir, el punto producido por la vivencia de lo insoportable, de lo insufrible, de lo impostergable.

Hacia una nueva cultura política

Cabe decir que para el pensamiento zapatista, la Democracia es un valor supremo, junto a la Justicia y la Libertad. Pero la democracia entendida no sólo en su limitación electoral sino como una relación cotidiana que se practica en todas las esferas de la vida social y privada.

Buscan propiciar el camino hacia la democracia sabiendo que no puede ser declarada ni signada desde las alturas, que tiene que ser tejida desde abajo y de manera horizontal, atravesando espacios y territorios como un rizoma.

Para el movimiento zapatista no existe la intención de instituir nuevas pirámides con estructuras dominantes que impiden la práctica de la democracia. No buscan gobernar sino, como ellos dicen, algo más ambicioso: un mundo diferente.

En efecto, lo que más polémica ha despertado es su concepción del "poder". A la luz de los fines que buscan, ellos han

Profesora e investigadora del Departamento de Filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Autora de numerosos ensayos y libros.

expresado un rotundo rechazo a la *toma del poder*, es decir, al asalto del poder cupular, vertical, en otras palabras, se pronuncian contra todo Leviatán, contra toda sustitución de un grupo por otro. La razón la encuentran en las enseñanzas de la historia que registra una y otra gesta revolucionaria: al lograr derrocar dictaduras o tiranías a sangre y fuego, finalmente terminan reproduciendo los mismos modelos, esquemas y patrones que intentaban derrocar. En suma, se niegan a darle la razón a Lampedusa quien en *El gatopardo* buscaba cambios para que todo permaneciera igual.

Lo que los zapatistas buscan, repito, no es la *toma* del poder pero sí su *ejercicio*, desde abajo. Es así como actualmente, en medio de un acoso brutal y cotidiano, igual que en el gobierno anterior, han logrado conquistar y *vivir* la autonomía en sus concejos y municipios, practicando sus principios de elección, rotación, revocabilidad y rendición de cuentas y elaborando programas de educación autónoma en sus propias lenguas. (Su primer Libro salió hace unos meses). Esto es lo que hacen mientras callan públicamente.

El diálogo

El diálogo se encuentra en los fundamentos mismos de la concepción zapatista. La palabra es su principal instrumento. Consiste de cuatro pasos: "se da entre sujetos que se reconocen como iguales. Se entiende no sólo como emisión de sonidos y palabras por parte de los hablantes sino también como el saber escuchar. Finalmente viene la comprensión y el respeto a lo escuchado aún cuando no haya acuerdo o coincidencia entre las partes dialogantes. De ahí se desprende un principio de tolerancia. Por otra parte, señalamos que así como valoran la palabra, valoran también el silencio. Desde hace un año se acogen a él, como estra-

tegia, pero ello no significa inacción, como se asentaba en el párrafo anterior.

Al hablar de diálogo resulta inevitable tocar el tema del lenguaje, por ser inherente a la manera en que cada cultura permite actuar. Carlos Lenkersdorf, filósofo y alemán que pasara veinte años en una comunidad indígena chiapaneca, al hacer alusión a los tojolabales, dice en su libro *Los Hombres Verdaderos*: "Ahí todos son sujetos. No hay objetos directos o indirectos" porque todo tiene vida. Mas el sujeto del que ahí se habla paradójicamente no puede darse más que en plural, no en tanto *yo* o *ego* sino como un *nosotros*; metafóricamente podríamos decir, no como isla sino como archipiélago. Así es como puede entenderse la frase "detrás de nuestro pasamontaña está un YO que es un tú, un nosotros".

Un seudo diálogo

En 1996, después de un supuesto diálogo que duró un año, entre el gobierno mexicano y los zapatistas, la clase gobernante firmó los Acuerdos de San Andrés para finalmente no cumplirlos. El *impasse* dura desde entonces. Una confirmación más de que el poder sólo conoce de monólogos.

A partir de esa experiencia, la apuesta zapatista de diálogo fue con la sociedad civil, ya no con ninguna autoridad. La ciudadanía en México, había mostrado cierta emergente solidez poco antes de 1994, un despertar que parecía empezar a recuperar el sentido originario de la *polis* y de "lo político". Sin embargo, sigue aún sin consolidarse.

Por otro lado, concuerda con un rasgo importante del zapatismo: el tipo de destinatario que eligió: no fue la izquierda únicamente, ni el proletariado ni las masas como en la vieja tradición de lucha, sino

fernanda navarro

el multiculturalismo y las paradojas de la globalización

que se dirigió sobretudo a los no-organizados, a los sin partido, al ciudadano común cansado de demagogia y también a los intelectuales. Fue así que surgió el Frente Zapatista de Liberación Nacional, englobando a los zapatistas civiles en Comités de Diálogo, o átomos de democracia, a lo largo del país, intentando construir una organización de nuevo tipo. Un frente de ideas sin las estructuras tradicionales de dirigentes y bases, sino con la participación rotativa de todos los miembros a partir, no de puestos, sino de tareas y responsabilidades.

En efecto, a lo largo del tiempo y de su peculiar accionar se advirtió el gran poder de convocatoria de este movimiento y su enorme imaginación. Han realizado numerosos eventos internacionales y nacionales en plena selva, con la presencia e intervención de reconocidas personalidades, así como de la sociedad civil mundial. El más conocido es el Encuentro contra el Neoliberalismo y por la Humanidad, en 1995, que contó con 5 000 personas de los cinco continentes. El último fue en febrero de 2001: la gran marcha de Chiapas al zócalo del DF, cubriendo medio país y recibiendo un multitudinario apoyo popular, hasta llegar a la tribuna del Congreso de la Unión. Días después fueron los congresistas los que marcaron el desenlace al alterar y manipular la Ley Indígena que se trataba de aprobar e integrar a la Constitución. ¡Una decepción más!

Volviendo a los actos organizados en zonas zapatistas y a los diversos escritos y comunicados lanzados al mundo, se fueron advirtiendo sus aportaciones. Con toda su herencia de atraso y miseria, provenientes de Chiapas, uno de los estados más ricos del país en recursos naturales y de los más pobres en nivel de vida, han sido capaces de elaborar un pensamiento que se

ha traducido en una nueva cultura política, actuación bien peculiar viniendo de un grupo armado. Entre sus principios nodales están los siguientes: representar, no suplantar; respeto a la diferencia; servir, no servirse; acompañar, no dirigir (los movimientos), incluir, no excluir. Y los que más han circulado: mandar obedeciendo y hacer un mundo donde quepan muchos mundos. La finalidad es cambiar la relación gobernantes-gobernados.

Ética y política

Es importante decir que en su práctica cotidiana han logrado armonizar la ética con la política. En medio de nuestra actual realidad convulsionada, con todas estas voces multiculturales, ha surgido un nuevo aliento: la posibilidad de una ética, pues hoy día, la globalización mantiene a ésta en exilio callado y tácito, por la primacía del nuevo orden económico y tecnocrático. Lo que queda crear sería una "ética de la resistencia". Una resistencia activa basada en lazos solidarios de fraternidad y autenticidad. Su camino, su dirección, es inverso al de la globalización, porque parte de lo singular, lo particular, para desde ahí, multiplicarse, extenderse y conectarse hasta alcanzar la universalidad, respetando diferencias e identidades culturales.

Un paréntesis: al mencionar la universalidad debo confesar una preocupación ligada al tema central de este Congreso: "¿Hacia un nuevo universalismo cultural?" La interrogación aminora el riesgo, pero no deja de alertarme frente a la posibilidad de que un nuevo universalismo no se convierta en una nueva imposición de un pensamiento único, de un nuevo colonialismo que pretenda gozar de una validez para toda latitud y paralelo, incapaz de reconocer las irrepetibles singularidades, alteridades, asimetrías y diferencias. Sobre-

todo en un momento como éste en el que la diferencia y la multiplicidad cobran actualidad en el panorama filosófico.

Nuevas figuras de la globalización

Toda la cultura política aquí implícita puede considerarse como una contra-propuesta a la globalidad. Así lo han reconocido, a nivel internacional, los organizadores del movimiento antiglobal.

La globalización ha generado novedosas figuras: la de una ciudadanía transcultural comprometida en su rechazo a las formas de vida impuestas por el neoliberalismo. Provenientes de grandes y pequeñas ciudades, comunidades atópicas y atípicas de resistentes de todo el globo; este movimiento se ha manifestado ya desde Seattle hasta Génova, pasando por Barcelona, Puerto Alegre y decenas de ciudades del orbe, con un indiscutible sello contemporáneo: el uso de Internet (que ya el zapatismo adoptara con éxito desde su inicio), de las *redes*, para organizarse eficazmente a distancia, y provocar inéditos acontecimientos que han desconcertado a los G-7 y CIA por su gran creatividad y audacia, así como por su carácter predominantemente pacífico. Recurrieron al factor sorpresa utilizando vías alternas a las del poder y estableciendo convergencias y entrecruzamientos, lazos solidarios, abriendo intersticios entre miles de ciudadanos globalizados y anónimos, pero con una gran presencia.

La otra figura, esta vez trágica, es la de los "prescindibles" que ha hecho crecer la globalización con sus políticas del "gran mercado" que crean un galopante desempleo y pobreza extrema, trabajo esclavo -como el de la maquila-, el abandono del Estado benefactor, jóvenes sin futuro, candidatos a la sobrevivencia, y otros más.

En general, esto no es considerado violencia, quizá porque no predomina la san-

gre o la muerte, pero si recordamos a Levinas tendremos otra visión:

La violencia no consiste tanto en herir y aniquilar, como en interrumpir la continuidad de las personas. En hacerlas desempeñar papeles en los que no se encuentran; en hacerles traicionar no sólo compromisos sino su propio ser.

¿Cuántos millones no han visto ya interrumpida "su continuidad como personas"?

Futuras sorpresas de la globalización

Entre las futuras sorpresas que nos depara la globalización, en el lado Sur del hemisferio, están el Plan Puebla-Panamá y el ALCA (Acuerdo Latinoamericano para el Comercio), en los que no nos detendremos por falta de tiempo. Simplemente diremos que se trata de una proyección magnificada de lo iniciado ya con el TLC, en cuanto a la explotación y entrega de nuestras riquezas naturales al gran capital trasnacional, siguiendo un trazo puntual y eficaz de puentes o corredores terrestres *land bridges* que conforma un eje triangular: Singapur, México, Kansas City. ¿Será casual y fortuito el hecho de que las mayores riquezas de subsuelo y biodiversidad que se proponen exportar se encuentren en zonas indígenas?

Para terminar, quiero decir que estos tiempos nuestros recuerdan aquella atmósfera renacentista que Nicolás de Cusa describiera tan bien al decir "el centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna". En esta atmósfera, una diversidad de culturas *hoy* nos interpelan. Al hacerlo, nos obligan a reconocernos en nuestra identidad multicultural y a resignificar una serie de conceptos. Nos sugieren poner en paréntesis las verdades, paradigmas y alfabetos que habitan y estructuran nuestro

fernanda navarro

el multiculturalismo y las paradojas de la globalización

pensamiento y nuestra mirada. Nos invitamos a una especie de *epoge* husserliana.

Nos instan, no a abandonar la Academia sino a *no* hacer de ella un lugar exclusivo, de exclusión, para inyectarle oxígeno y verosimilitud como alternativa al elegante escepticismo o a la inacción que campea en esos círculos.

El desafío es, en efecto, grande, pero al mismo tiempo propicio para incitarnos a redimensionar nuestra utopía y convertirla, al fin, en historia.

* Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Filosofía de la Cultura ¿Hacia un Nuevo Universalismo Cultural? Morelia, agosto 27, 2002.



BOURDIEU: DIALÉCTICA ENTRE PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Ignacio Medina Núñez

herederos (1964), *El amor del arte* (1966), *El oficio del sociólogo* (1968), *Teoría de la Práctica* (1972), *La reproducción: elementos de la Práctica del sistema de enseñanza* (1979), *El sentido práctico* (1979), *La disquisición* (1979), *Lo que hablar significa* (1982), *Horno académico* (1984), *La ontología política de Martin Heidegger* (1988), *La nobleza del Estado, Las reglas del arte* (1992), *La miseria del mundo* (1993), *Razones prácticas: sobre la Teoría de la Acción* (1997), *Sobre la televisión* (1997), *Meditaciones pascalianas* (1977), *La dominación masculina* (1998), *Estructuras sociales de la economía* (2000). Habiendo trabajado por varios años en Argelia (colonia francesa en aquellos tiempos), regresó a París y se desempeñó como director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, entre 1964 y 1980; a partir de 1981 fue catedrático de Sociología en el Colegio de Francia de París. En 1996, fundó la asociación *Liber/Raisons d'agir* (Liber/Razones de actuar), editora de libros cuya característica principal era la denuncia del modelo del neoliberalismo moderno y de la corrupción de la sociedad mediática. Uno de sus discípulos, Louis Pinto, señaló hace tiempo que su obra bien podría denominarse como una "revolución simbólica" en las ciencias sociales, porque se trata de una nueva manera de observar la sociedad, otorgando una prioridad a las estructuras simbólicas.

En su vida personal, es necesario resaltar la visión de una ciencia social comprometida con una parte de la sociedad, la parte mayoritaria de los trabajadores, los desarraigados, los herederos, los afectados

por la miseria del mundo. Frente a la situación asimétrica de la población en el mundo contemporáneo no es posible permanecer neutral, y por tanto, la ciencia misma debe ponerse al servicio de la construcción de una sociedad mejor. Michel Lowy se preguntaba hace varias décadas si era posible la objetividad en las ciencias sociales, y su respuesta entraba en sintonía con la de Bourdieu al ofrecer sus análisis desde la perspectiva fría de un espectador neutro ante los conflictos sociales sino desde una posición —en ocasiones militante— al lado de los nuevos movimientos en la sociedad que buscan alternativas frente a la imposición del modelo neoliberal.

Existen, sin embargo, diversas aportaciones originales en la obra de Bourdieu que, influyendo todavía en el debate de los nuevos paradigmas en las ciencias sociales, necesitarán ser analizados con más profundidad porque representan una fuente de inspiración en el análisis de la sociedad contemporánea.

Una característica fundamental en la obra de Bourdieu fue el análisis de la diferenciación social más allá de los mecanismos puramente económicos, que se extiende sobre todo al nivel de la cultura. En este acercamiento, retorna puntos de vista de la Escuela de Frankfurt y de *Las Contradicciones Culturales del Capitalismo* de Daniel Bell, entre otros. La noción de capital, como Marx ya lo había apuntado en el siglo XIX, no se encuentra en la posesión del dinero sino se expresa en una relación social de movimiento entre los diversos grupos de la sociedad; Bourdieu elaboró el concepto de capital simbólico, que incluye ciertamente como base lo que se contabiliza en dinero pero que se expresa en otros tipos de capitales que puede tener el ser humano como lo puede ser el cultural, el sensual, el religioso, el político, etcétera. La complejidad

de todos ellos es lo que se incluye en el capital simbólico de los individuos y de los grupos de la sociedad.

En este concepto, sin embargo, es necesario hacer notar que no se habla de una existencia real o empírica como tal sino solamente en el sentido de que determinadas propiedades son percibidas por otros agentes sociales que pueden percibir dicho capital, conocerlo y reconocerlo, de tal manera que se convierte en una especie de fuerza mágica; existe un capital simbólico porque responde a unas expectativas colectivas; sólo existe en la medida en que es reconocido por los otros como un valor. El análisis social de Bourdieu se ha centrado en el estudio de los mecanismos que se dedican a la constitución de los elementos del capital simbólico en diversos espacios sociales: ¿dónde y cómo se producen las creencias, los valores, los esquemas de percepción, los mecanismos de obediencia, las acciones de protesta, la búsqueda de una utopía, etcétera? El Estado, la Iglesia, el mundo académico, el sistema educativo, etcétera se convirtieron así en actores preferidos por Bourdieu para ser analizados sobre todo en su función de configuración de los valores simbólicos.

Otro de los conceptos originales de Bourdieu fue el de *habitus*, que de alguna manera tiene relación con la tradición de la teoría de juegos en las ciencias sociales, la cual también es objeto de debate en el análisis de la sociedad del siglo XX y XXI. Para Bourdieu, la experiencia de la sociedad siempre se nos presenta mediatizada por la forma como miramos los espacios sociales en los que nos movemos. Por un lado, nunca tenemos la experiencia de la sociedad total sino a través de diversos campos de fuerzas en donde se desarrollan los conflictos específicos que nos tocan. El espacio total de la sociedad lo vivimos a tra-

En los primeros meses de 2002, presentamos la muerte de dos grandes representantes del análisis social contemporáneo: Pierre Bourdieu a los 71 años, y Hans-Georg Gadamer a los 102 años de edad. Ambos contribuyeron con grandes aportaciones para el análisis de una sociedad tan compleja como la del siglo XX y se han convertido así en figuras clásicas de las ciencias sociales en el devenir del naciente siglo XXI, a través de categorías conceptuales como "habitus", "capital simbólico", "hermenéutica", etcétera. En este artículo pretendo centrarme en resaltar, solamente, la figura del sociólogo Pierre Bourdieu (1930-2002), quien murió de cáncer el miércoles 23 de enero del presente año en París, Francia, y al cual el primer ministro francés, Lionel Jospin, señaló como "un maestro de la sociología contemporánea", como un hombre que "vivió personalmente la dialéctica entre el pensamiento y la acción". Esta última afirmación es la que me ha permitido guiar estos comentarios sobre Bourdieu para plantear, primero, unas referencias a su vida personal; luego, unos comentarios sobre varios de sus conceptos teóricos que han originado intenso debate sociológico, y finalmente, una reflexión sobre el papel de la ciencia social en el mundo contemporáneo.

Su extensa producción académica, con gran impacto en las ciencias sociales contemporáneas, se manifestó en numerosas obras de análisis como las siguientes: *Sociología de Argelia* (1958), *Trabajo y trabajadores de Argelia* (1963), *El desarraigo* (1964), *Los*

vés de diversos universos sociales relativamente autónomos en donde nos movemos, que son campos específicos donde se produce y se reconoce el capital simbólico de los diferentes grupos sociales; esos campos pueden ser el mundo académico, la educación, el mundo religioso, el mundo científico, el mundo del arte, el mundo de la literatura, etcétera. En cada uno de esos campos, el individuo o el grupo forma un habitus, que es la manera de interiorizar su comportamiento en ese espacio social determinado.

En su concepción del *habitus*, Bourdieu quiere mostrar que los actores sociales no están determinados solamente por el interés económico sino también por reglas muchas veces inconscientes como el gusto o deseos no siempre explícitos; dentro de la percepción del mundo en que vivimos a través de los campos particulares, los actores o "jugadores" tienen sus propias reglas interiorizadas de acción, que no han sido reflexionadas o cuestionadas; con ellas se desarrolla el accionar real en la sociedad; para conocer las verdaderas reglas del juego, es necesario llegar a conocer el habitus que se ha generado en los diversos campos. El cambio en la sociedad implicará no solamente modificar las reglas del campo sino sobre todo el habitus de los actores sociales para que las personas puedan ser conscientes del lugar que ocupan en el mundo. Con esto contemplamos la obra de Bourdieu como un intento apasionante de explicar con profundidad la producción y reproducción del orden social.

Bourdieu se ha insertado en un mundo en donde las ciencias sociales no juegan un papel neutro en la sociedad; no fue de quienes solamente se interesaron en explicar la realidad del mundo contemporáneo sino sobre todo quiso sumarse a la tendencia de un cambio en donde

los más desfavorecidos pudieran aprovechar sus habitus dentro de sus respectivos campos para darle mayor fuerza y reconocimiento a su capital simbólico, con capacidad de desafiar y enfrentar la tendencia contraria del neoliberalismo apabullante de finales del siglo XX. Aquí es donde encontramos esa dialéctica entre pensamiento y acción, propia de un sector dinámico de la sociología actual. "Por la lógica de mi trabajo —declaraba en *Contre-feux 2, Pour un mouvement social européen*— me veo obligado a sobrepasar los límites que la idea de la objetividad me ha asignado; la objetividad me ha parecido más bien una forma de censura".

La vida de Bourdieu en muchas etapas de su vida estuvo caracterizada, por tanto, también por su compromiso con las luchas de distintos grupos sociales como maestros, inmigrantes, movimientos de género, etcétera, muchos de ellos en busca no solamente de intereses económicos para la subsistencia sino sobre todo de reconocimiento de su existencia en un mundo dominante que parece no tolerar la diversidad. Los nuevos movimientos sociales, entonces, fueron tanto un objeto de estudio como campo de compromiso, y con ello la dialéctica entre pensamiento y acción se convierte en un paradigma para los académicos en cualquier campo en donde estén situados. Retomando una de sus frases textuales, se puede entender su aportación sobre la relación entre la ciencia social y la acción en la sociedad:

Lo que yo defiendo es la posibilidad y la necesidad del intelectual crítico... No existe una democracia efectiva sin un verdadero contrapoder crítico; el intelectual debe ser uno de estos, entre los grandes. (Entrevista a Bourdieu, 1992)

ignacio medina núñez

A GRACIELA HIERRO: PARA NO OLVIDARLE*

ma. del carmen garcía aguilar

Tal vez se escriban memorias
para no morir del todo

Graciela Hierro
(Gracias a la vida)

Tuve la fortuna de asistir a los que serían los últimos seminarios de la Dra. Graciela Hierro, de tal forma que me considero portadora del sentir de mis compañeras y compañeros que durante años (unos más, otros menos), todos los miércoles asistíamos a aula 004 del posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ahí, Graciela Hierro compartía con nosotras sus nuevos escritos, ideas y planes. Nos llevaba a través de sus indagaciones, a una intensa reflexión. Sin perder el rigor filosófico, y siguiendo a Sócrates, consideraba que una vida no reflexionada no vale la pena vivirse; por ello siempre partía de la experiencia y estaba dispuesta invariablemente a escucharnos y apoyarnos. En estos seminarios se desmenuzaban los textos, párrafo a párrafo, para que nos abriesen perspectivas y no fuesen letra muerta. De esta forma nos iba induciendo a ponernos los "lentes" del género, a buscar esa "otra lectura" que permite identificar las problemáticas que atañen a las mujeres. Desde su perspectiva era posible no sólo hacer filosofía, historia o literatura sobre el tema de las mujeres, sino hacer filosofía, historia o literatura feminista; en sus seminarios se reunían personas de diferentes disciplinas y grados.

Una de sus mayores intereses estaba cen-

trado en la educación¹ y sus procesos, por ello insistía en que "el proceso educativo, para que en efecto lo sea, debe contar con la voluntad de la y del educando. Por lo cual, toda educación termina siendo auto-educación. "El proceso educativo, escribió, nos convierte en personas, y por persona entiendo ser moral, libre y digna."



Su inquietud más expresa en este sentido fue la educación de las mujeres. A este respecto escribió: "La educación de las mujeres es un problema que apenas se ha comenzado a investigar, por parte de las mismas mujeres. Tradicionalmente, fuera de algunos ejemplos aislados, se pensaba que *educar* a las mujeres es muy sencillo. Solamente habría que seguir *el instinto femenino*, puesto que se pensaba que ellas, en forma *natural* saben ser madres, esposas y amas de casa."

Por ello consideraba que: "En tanto las mujeres sientan que sólo pertenecen al hogar y la familia, no cuestionarán su identidad tradicional; no se preguntarán porque no están representadas en los negocios, en el gobierno o en las artes; las mujeres, como grupo, han tenido que aprender a rechazar las definiciones tradicionales de lo femenino, basadas sólo en explicaciones de su biología; han debido comprender que su identidad no es sólo ser madre, esposa o trabajadora doméstica; sino que su ser significa la posibilidad de alcanzar la calidad de persona, como cualquier ser humano."

Este interés la lleva no sólo a publicar su libro *De la domesticación a la educación de las mujeres mexicanas*, sino a apoyar la creación y consolidación de más de 20 centros y/o programas de estudios de género en diversas universidades de varios estados del país, como es el caso de Puebla.

Su último libro publicado, *La ética del placer*, representa la síntesis de su otra pasión: la ética, tema al que le había dedicado muchos años. Escribió también sobre este tema, *Ética y feminismo* y *Ética para la libertad*. Entre éstos y la *Ética del placer*, median algunos artículos de donde expondré algunas de sus ideas.

En *La enseñanza de la ética* (1995) escribió: "La pasión moral se funda en el que-

rer humano; en su definición etimológica de *quaerere*; buscar; en el sentido en que se dice: *querer es poder*, entendido como poseer la voluntad firme que permite alcanzar, -casi todo- lo que para cada quien es lo posible... También puedo inventar mis valores, sin dogmas que me impongan un *qué hacer* que determine el *cómo ser*. Mi *querer* entonces tiene que ser más fuerte, más *virtuoso* en el sentido lato de más eficaz, con mayor vigor o potestad de obrar."

Sus reflexiones éticas partían de sus experiencias e intereses haciéndolas extensivas a las y los demás. "En esa medida -continúa el escrito-, alcanzo la posibilidad de plantear mis ideales de vida, mi ser utópico e irrepetible. Es entonces cuando puedo descubrirme como legisladora -pero no universal, en el sentido *kantiano*- sino autónoma que decide sobre su propio destino en lo que le va siendo posible, sin perder de vista el encuentro con lo utópico.

"Al elicitar los anhelos puedo entonces formular mis principios de vida, elegir los valores que se plasman y que se acomodan en jerarquías que para mí son las justas; invento así las virtudes que cuadran con mis posibilidades de ser y con mi personalidad"

Esa fue la fuente de su valor y de su ánimo.

Fiel al feminismo que sustentaba y defendía, la Dra. Hierro, nos sorprendía constantemente con preguntas que nos hacía pensar en nuestras experiencias, e irnos al fondo de nosotras mismas tratando de explicar las diversas problemáticas que iban surgiendo. Siguiendo igualmente a María Zambrano, nos repetía, "si la filosofía no resuelve los propios problemas, no despeja nuestra incógnitas, entonces no tiene sentido".

El último texto, que puso a nuestra consideración, versa sobre la amistad entre

Graciela Hierro: para no olvidarle

mujeres. La ginofilia.² Compartiré algunos aspectos de esa investigación que se encontraba realizando.

So punto de partida era la consideración de que "la amistad femenina ayuda a crear infinidad de posibilidades del ser mujer... "No se pretende con estas reflexiones -escribió- que todas las mujeres sean amigas. Las amistades se eligen, por preferencias, similitudes y afectos. Los afectos entre mujeres son sentimientos, emociones, ternuras, uniones y amor por otra persona. En este caso, otra mujer. Se afectan unas a las otras, despiertan su imaginación, fomentan su empoderamiento, su acción". "La ginofilia refuerza la idea de que el feminismo sólo surge de relaciones entre mujeres, de sororidad y afecto mutuo. La ginofilia y el lesbianismo no son sinónimos. Existen infinitas formas en que las mujeres aceptan y viven su amistades y sus afectos con otras mujeres. La ginofilia es la filosofía feminista de la amistad entre mujeres. Destacando básicamente la creación de los valores que conlleva, pasión, propósito y política. La finalidad es el empoderamiento de las mujeres. Más allá de sus relaciones con los hombres. Sin reflexión continua, perdemos la lealtad a nosotras mismas. Las mujeres siempre hemos sido las mejores amigas de las mujeres. *Debemos ser mujeres con vida propia*. Las condiciones para la amistad femenina serán: la reflexión, la pasión, la vida en el mundo, el placer y la felicidad".

Bajo la permanencia de estas sus últimas reflexiones, podemos entender por qué para Graciela Hierro era tan importante vivir con pasión y entendimiento. Siendo coherente con sus ideas, supo crear vínculos de mujeres extendiendo sus lazos familiares al campo de la vida pública y política. La templanza, la fuerza y la belleza eran

los componentes de su personalidad, mujer de desafíos y retos, pero también de ternuras y gentilezas; mujer que se "atrevió a vivir en voz alta", con una coherencia desusada pero muy propia de ella.

No es de extrañarnos entonces que su última morada haya sido cubierta por miles de flores, que convirtieron su espacio en un jardín de multicolores tonos, representativo de mujeres que igual están en la vida política, que en la academia, o en la sociedad civil. En medio de esa floresta, fue recibiendo el adiós de sus múltiples hijas y hermanas simbólicas, sus amigas, que unidas en el desconcierto y el dolor trataron de conmemorar su imagen con mutuos abrazos, leves sonrisas, muchas lágrimas, un conjuro y algunas remembranzas.

Quedan ahora las semillas del feminismo que durante años fue abonando, regando, podando, cultivando y del que esperamos rinda aún más frutos y con ello tributo, a quien no cesó nunca de luchar por abrir los espacios académicos y políticos para las mujeres, intentando contribuir con ello a la conquista de la anhelada equidad.

* Texto presentado en el "Homenaje a Graciela Hierro", llevado al cabo en el XII Congreso Nacional de Filosofía. Guadalajara, Jal. Noviembre, 2003.

Notas

¹ Graciela Hierro: *Educación y género*. Texto inédito. 2002.

² Graciela Hierro: *La amistad entre mujeres. Ginofilia*. Texto inédito. 2003.

HOMENAJE A GRACIELA HIERRO

griselda gutiérrez castañeda

Nunca imaginé estar participando en un homenaje a nuestra querida Graciela, entrañable amiga y valiente filósofa, con motivo de su muerte. Es difícil prescindir de su presencia y de su alegre y sabia compañía. Son muchos los recuerdos personales que me vienen a la memoria y a los que habré de recurrir para mantener viva su presencia, pero en este ámbito más que hacer referencia a ellos, compartiré con ustedes algunas de las muchas cosas que nos aportó.

El compromiso con la filosofía fue un compromiso de vida en el caso de Graciela Hierro, sus preocupaciones en el campo de la ética, plasmadas por cierto en varias de sus publicaciones, además de intelectuales también fueron prácticas, éstas se articularon en forma consecuente con sus escritos sobre la filosofía de la educación, terreno en el que desarrolló aportaciones reflexivas que aplicó en el vínculo con sus alumnos, lo que ella llamaba una educación para la libertad, para ser personas a cabalidad, vale decir, para la dignificación de las mismas. Por ello en una muestra de congruencia, dedicó sus mejores esfuerzos en los últimos años a los estudios de género, integrando la reflexión filosófica humanista, en cuanto a la comprensión de la formación cultural de los roles de género de mujeres y hombres, con la reivindicación ética de la dignidad de las personas, sin distinción de género, así como con la educación integral de los seres humanos.

La ética del placer,¹ su último libro, su

legado, es el vivo testimonio de la articulación de estas inquietudes teórico-filosóficas, como también de su filosofía personal, un hedonismo con el que se vinculó a la vida y se involucró con los otros.

El mejor homenaje será compartir con ustedes algunas de sus ideas y enseñanzas plasmadas en este libro, una de las razones por las que me complace hacerlo, es porque comparto el placer por ver una obra en la que se constata la armonía entre lo que se escribe y se vive y porque el reto que la autora nos invita a encarar: apropiarnos de nuestro placer, consecuente con su filosofía, no parece requerir la aplicación disciplinada de prescriptivas rigurosas, sino afirmar a la manera de un placer el llegar a ser personas.

Otra de las razones es porque una se siente invitada a apropiarse de su propuesta, y en la medida de lo posible sensibilizarles para que lean este libro y también para que hagan propia ésta que fue su causa.

Al proponerme comentar las tesis de Graciela Hierro, por motivos que resultarán evidentes, busqué en el librero un pequeño opúsculo de Kant, que por efecto de contraste venía perfectamente a cuento para la ocasión. Me refiero a su epístola *Sobre el poder de las facultades afectivas para dominar los sentimientos patológicos mediante el simple propósito*.

No se trata, desde luego, de una de sus obras duras, en su sentido teórico sistemático, pero consistente como es él al res-

homenaje a Graciela Hierro

ponder a la invitación para expresar sus puntos de vista, sobre si las cuestiones físicas en el hombre son susceptibles de trascender moralmente, aclara que se deslinda de la formulación del problema en tales términos, pero que naturalmente habría posibilidad de pensar en una filosofía ético-práctica, que fungiera como una medicina universal, que asume no es útil para todos, pero que no puede faltar en ninguna receta.²

Kant reconoce que su vida marcada por la debilidad y las renunciaciones, no es ejemplo a seguir o plataforma para fundar alguna norma, pero igual concluye que conforme a una regla dialéctica general de lo que ha de argumentar se puede colegir "que la razón ejerce directamente fuerza curativa, aunque ello no desplace a las fórmulas terapéuticas de la farmacia".³

En ese sentido se refiere a la dietética como un medio universal para preservar la salud, y paso seguido hace expresa su pretensión, que si de demostrar que la función de la dietética es lograr la larga vida, ésta tendrá que "robar su habilidad y ciencia en el arte de prolongar la vida (no de gozarla)".⁴

¡Genio y figura!, si de prolongar la vida se trata apliquémonos a ello, pero quién ha dicho que la condición de la vida sea el goce o el placer, eso solo se le ocurre a Graciela Hierro.

Entre los principios de la dietética Kant establece que, no debe calcularse sobre la comodidad, pues este cuidado de fuerzas y sentimientos es mollicie y no puede más que traer por consecuencia debilidad y extinción paulatina de fuerza vital. Por ello el estoicismo sería el principio por excelencia, ya que no sólo pertenece a la filosofía práctica en calidad de ética, sino también como medicina.⁵

No creo que el estoicismo tenga algo

191

que ver con lo que Graciela establece cuando nos propone una ética del placer, lo cual no la hace partidaria sin más de la mollicie, si por ella entendemos blandura, Graciela nos propone más que la extinción de la fuerza vital, su afirmación, pero no estoicamente, sino placenteramente, lo cual puede requerir fuerza y valor, razón y sensibilidad, y aun mollicie, si por ella entendiéramos comodidad y disfrute, por qué no.

Si para Kant el emblema de la Ilustración es "ten el valor de hacer uso de tu propia razón", para Graciela que no es la vocera del oscurantismo sino de una propuesta también ilustrada, el lema sería "ten el valor de vivir tu vida, de ser persona, haciendo uso de tu placer".

Kant nos describe cómo ante la dificultad para dormir echa mano de sus medios o disciplina estoicos y fija sus esfuerzos en cualquier objeto indiferente para desviar la atención de sensaciones dolorosas, embota así la sensación y logra rápidamente el sueño. Desde luego, añade, esto les es dado a los hombres que les caracteriza la firmeza de propósito, no así a las mujeres y niños que ignoramos y carecemos de la misma.⁶

Como podemos ver las diferencias entre nuestros autores no son solo filosóficas, hay sin duda dos propuestas teóricas distintas, sino dos concepciones del mundo y de la vida y dos perspectivas genéricamente constituidas desde las cuales se hace filosofía, se ve el mundo y se vive la vida.

Yo que me precie de haber conocido a Graciela, no la imagino escribiendo aseveraciones como la que sigue:

Debido a mi pecho estrecho y liso, que deja poco espacio al movimiento del corazón y de los pulmones, tengo una predisposición natural a la hipocon-

dría, la cual rayaba, en años pasados, con el hastío de la vida. Pero la reflexión de que la causa de esta opresión del corazón quizá sea simplemente mecánica e imposible de suprimir; hizo que pronto no le prestara yo la menor atención y que, mientras sentía opresión de pecho, reinaran en mi cabeza tranquilidad y serenidad, que se transmitían socialmente, no en forma caprichosa (como acostumbra los hipocondríacos) sino de una forma intencionada y natural. *Y como uno siente la alegría de vivir más con aquello de que se hace libre uso que con lo que se goza, los trabajos intelectuales pueden oponer otra clase de sensación vital promovida a los entorpecimientos que sólo importan al cuerpo.* Me ha quedado la opresión de pecho, pues su causa yace en mi constitución corporal; pero he dominado su influencia sobre mis pensamientos y acciones, retirando la atención de esta sensación, como si en realidad no la sintiera yo mismo.⁷

En efecto, Kant puede fundar una ética formal impecable porque como le han reclamado sus críticos, está pensando en una ética para santos, no para hombres, sólo podemos negar nuestro cuerpo, sensaciones y sentimientos si nos animamos a vivir la ficción de que lo que vivimos y experimentamos es como si no nos ocurriera a nosotras y a nosotros mismos. Y habría que preguntarse, como lo hace Graciela, si esa ficción nos hace más libres, y si no, más bien, corremos el riesgo de que después de tal autoengaño nos quede la opresión en el pecho.

Por ello Graciela más que ocupar su atención en disertar "Sobre el sentimiento patológico de pensar a deshora", o disertar "Sobre el fomento y la prevención de

incidentes patológicos en la respiración mediante el propósito", muy puntualmente nos pone a pensar, nos invita a hacer conciencia de la patología que individual y socialmente, consciente e inconscientemente, representa el que unos respiren a costa de asfixiar a otras y a otros. Y ya no digamos que deseara disertar "sobre las consecuencias de la costumbre de respirar con los labios cerrados". O a lo mejor sí, reflexionar que el criterio de la autonomía, clave para la ética, resulta ser en el caso femenino ineludiblemente, un criterio con marcaje sexuado.

Porque social y culturalmente, la autonomía en sentido pleno que nos haría a las mujeres, personas, nos es escamoteada, porque la autonomía configurada a través de la capacidad de razón y juicio, en el caso de las mujeres está socialmente encadenada a la no-propiedad-de-sí, a la no disposición de nuestro cuerpo y del propio placer.

Podría parecer que es una cuestión meramente fenomenológica, pero dada la historia y el camino aún por recorrer, acaba siendo constitutivo de nuestras formas de individuación y pareciera que de nuestro ser.

Por ello son factores ineludibles al tratar de fundar una nueva ética, como bien lo destaca Graciela Hierro, la virtud es ser persona, y en el caso de las mujeres ser persona es rearticular deber con placer, es apropiarnos de nuestro placer, para tener en sentido radical propiedad-de-sí.

Cuando Graciela se detiene sobre la cuestión de cómo fundar y cómo abordar una ética del placer, retoma la división tripartita propuesta por Agnes Heller, y dice dejar de lado la parte interpretativa y la parte normativa, para en su lugar inscribir su teoría en lo educativo terapéutico.⁸ Más

allá del convencimiento que ella tenga sobre este proceder, me llevó a pensar si Graciela no elegía esta vía como atajo, pre- viendo las muy probables y abundantes críticas que ha desatado y desatará su libro, pero creo que con lo valiosa defensa de la filosofía ética-práctica que ella siempre defendió, lo que en realidad abrió fue un nuevo camino de teorizar la ética, y con ello revolucionó las formas típicas de abordar las cuestiones, y abrir caminos, como a menudo lo experimentó, a veces es costoso.

Pueden gustarnos o no, convencernos o no sus argumentos y estrategia teórica, pero lo que indudablemente resulta ineludible es su invitación a pensar cómo articulamos ética y placer, vida y goce, en suma, la integralidad de la persona.

FELICITACIÓN

La dirección de la revista *Dialéctica* y su consejo editorial felicitan al doctor Adolfo Sánchez Vázquez por el reconocimiento que le ha rendido la Universidad de la Habana, al otorgarle el Doctorado *Honoris Causa*, el día 16 de septiembre de 2004.

A su vez, por su nombramiento como Investigador Emérito del Instituto de Filosofía del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente de Cuba, el día 17 de septiembre del mismo año.

Notas

¹ Graciela Hierro, *La ética del placer*. UNAM, Coordinación de Humanidades, México, 2001, pp. 150.

² Ver Immanuel Kant, *El poder de las facultades afectivas*. Aguilar, Buenos Aires, 1974, p.16.

³ *Ibid.*, 47.

⁴ *Idem.*

⁵ *Ibid.*, p. 21.

⁶ *Ibid.*, p. 42.

⁷ *Ibid.*, pp. 26-27, cursivas mías.

⁸ G. Hierro, *op. cit.*, p. 28.

silvia durán payán

I. El viaje

En la portada del último libro que escribió Graciela Hierro *La ética del placer*, vemos una sirena pintada por Alberto Isaac. Su cuerpo, mitad mujer, mitad pez, como su anaranjado cabello, están lo mismo en el mar que en la superficie. Y desde ahí nos mira, un tanto asombrada y otro tanto retadora. Ser dual que representa, como todas las sirenas, los espíritus del agua, fuente de la vida. Como las mujeres, diría Graciela, quien pregonaba su fascinación por las sirenas a todos cuantos las conocimos. No es extraño pues que en su último libro, el libro donde Graciela sintetiza años de trabajo, eligiera una sirena como inicio de una propuesta hecha por una mujer para las mujeres. Y es que las sirenas junto con las salamandras, ondinas, ninfas, náyades y otras nixes, representan los atributos reconocidos como femeninos: la belleza, la seducción, el amor, la fecundidad, y el mal. Atributos que nos permiten entender el interés que Graciela tuvo por las sirenas.

Ese encanto por las sirenas, asociadas por sus diferentes filiaciones al agua, al mar, a la música, a la memoria, a la sabiduría secreta y a las artes, hizo que Graciela se empeñara en comprar en Morelia donde nos encontrábamos trabajando, una pieza artesanal grande y pesada, muy difícil de transportar, sobre todo por avión, medio por el que llegamos a aquella ciudad. Durante veinte minutos revisamos una por una las posibilidades

con las que contábamos para llevarlas con bien a México, pero ninguna era totalmente satisfactoria. Fue hasta que Ana Carolina nos avisó que Enrique Moreno de los Arcos acababa de llegar a Morelia en su coche, que nuestras reflexiones terminaron. La solución se presentó sola, como solas llegaron las sirenas a la vida de Graciela; viajarían en el auto de Enrique y nosotras con ellas.

El siempre amable doctor Moreno de los Arcos, accedió a que las sirenas ocuparan la mayor parte de la cajuela de su vehículo en el mismo momento en que Graciela se lo solicitó. Y así, con parte del equipaje en el asiento trasero, emprendimos el viaje con unas sirenas que nos obligaron de tanto en tanto, a parar varias veces en la carretera para acomodarlas o porque algún extraño ruido nos hacía pensar que algo les pasaba.

Fue un viaje largo y divertido aquel que hicimos con las sirenas, doce seres híbridos reinventados como apóstoles al lado de Jesús en su última cena. ¿Qué hubiera pensado Leonardo al conocer a estas sirenas-apóstoles-apóstolas? No sé, lo que ahora puedo comentar con certeza, es que llegaron con bien a la casa de Graciela.

Viajar con las sirenas, título de este escrito, es entonces viajar con Graciela la académica, la feminista, la madre simbólica como gustaba decir, como viajar con sus sirenas. Mujeres todas, que como ella, representan aquello que más temen los

de viaje con las sirenas

hombres: la fuerza de la vida y su enigma, como la pérdida del poder y el establecimiento de un nuevo orden que ya escapa a su control. Miedos que nacen de la misma fascinación que los atrapa al contemplar a las sirenas y oír sus cantos llenos de palabras hipnóticas, palabras que hablan de otra utopía, la utopía feminista, donde hombres y mujeres conviven como lo que son: iguales.

Este mundo con el que soñó Graciela, por el que luchó pese a las críticas de sus colegas y a las burlas de las que fue objeto, es un mundo que quizá no podamos construir ahora como ella misma afirma en su texto, pero es un mundo al que no podemos renunciar, porque renunciar a él, equivale a renunciar a la justicia, y un ser de razón no puede renunciar a la justicia. Es probable, dice Graciela, que nuestras hijas o nuestras nietas lo habiten, y si eso es así, o aunque no lo fuera, vale la pena luchar y dedicar la vida a tan noble fin, porque de otra manera, la vida no tendría sentido.

Hoy, desde aquí, quiero recordar, recordarles, ese viaje en el que acompañé a Graciela, ese viaje en el que fue guía de muchas de nosotras. Y quiero recordarlo a través de cuatro temas: el amor, los espejos, la sabiduría femenina y el mal; temas centrales en todos los estudios que realizó. Y quiero también entregarle una carta, un documento más para su revisión, un testimonio actual de una mujer que escribe, y en su escritura expresa el conflicto que viven hoy las parejas después de una larga lucha iniciada por las feministas: la fuerza del deseo y la imposibilidad de lograrlo. Porque aún queremos tener pareja, existe con fuerza el deseo, pero el objeto de nuestro deseo se desdibuja porque ya no corresponde al rostro que ahora soñamos.

II. El amor

Junto al agua y sus flores es donde he comprendido mejor que el ensueño es un universo en emanación, un soplo oloroso que sale de las cosas por mediación de un soñador.

Gaston Bachelard

La lucha feminista, como todas las luchas que se proponen instaurar un mundo guiado por la justicia, es producto del ensueño. De la capacidad de algunas personas para soñar despiertas, para visualizar lo imposible a través de lo posible. Porque el ensueño, dice Bachelard, "es un universo en emanación", un movimiento continuo de recreación y creación, que da testimonio de nuestra capacidad de transformar el mero entorno en mundo. Mediante enseñanzas hemos sido capaces de construir nuestra casa, sus habitantes, los roles que desempeñamos y hasta la finalidad que hemos de seguir mientras estemos vivos. Los "constructos" dicen algunos, "el gran teatro" dicen otros. Como quiera que sea, una soñadora, como Graciela Hierro, es capaz de dotar de olor a las cosas por su mediación. Y quien es así, quien logra esto, también es diestro para modificar el aroma que otros soñadores ansiosos de poder concedieron a las cosas.

Modificar para mejorar, deshacer olores rancios para impregnar el mundo de nuevos aromas, frescos, acidulados, placenteros para todos, fue lo que se propuso Graciela Hierro. Y para hacerlo era necesario poner en duda los roles otorgados a las mujeres y a los hombres, mirar con recelo los constructos, que tanta desigualdad, opresión e injusticia trajeron, y así lo hizo. Mediante la perspectiva de género, fue demostrando paso a paso, las implicaciones políticas que daban sustento

a semejantes roles, la intolerancia, la excusión y la explotación que entrañaban. Marx dijo que la historia de la humanidad es en verdad la historia de la explotación de los hombres por los hombres, sin embargo las investigaciones que Graciela hizo y dirigió desde su cubículo como desde el PUEG, arrojaron otros datos que la llevaron a concluir, como a otras, que la historia de la humanidad era en verdad la historia de la explotación de las mujeres por los hombres: el origen mismo de la injusticia era la desigualdad de géneros. Porque en la riqueza como en la pobreza, las mujeres son siempre el objeto de una doble explotación, la que les corresponde según su clase, y la que se deriva de ser mujer.

Había que “visualizar utopías” dice Graciela Hierro. Proponernos lo imposible para lograr lo justo, luchar con la consigna de no ceder hasta terminar con el origen de la desigualdad. Sólo así podríamos terminar con esta historia de injusticias y legarles a nuestros hijos el mundo donde todos, repito, todos, quisiéramos vivir. Y la utopía tendría que empezar a formarse por la invención de otro mundo visto y elaborado desde la mirada de las mujeres. Desde lo más profundo de su memoria, de los recuerdos primigenios empolvados por tantos años de mirar a través de otros ojos; los de los hombres. “Visualizar utopías [escribe Graciela] que descubran la posibilidad de unión, en última instancia con nosotras mismas desde el orden simbólico de la madre construido a través de la experiencia y su mediación con el nuevo lenguaje”

Construir un mundo nuevo obliga a proponer un lenguaje nuevo que sea capaz de dar cuenta de él, y en ese ser nuevo, distinto, otras uniones y mitos deben encabezar su historia: la madre, el amor

de la madre. Porque “los ideales de la vida arrancan de las figuras míticas de cada cultura” afirma la doctora Hierro. “Ya que los mitos constituyen un sector en el que el espíritu despliega ‘una actividad nativa’ en la que se reflejan los querer y saberes primitivos”. Mitos que en principio se refieren a lo materno.

En su libro *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, Graciela, al investigar las ideas centrales que han guiado la educación femenina tradicional, encuentra que siempre y de inmediato surge la imagen de la madre. Y esto es así según ella, porque “Hemos sido cuidadas e iniciadas en la cultura, con base en la lengua materna, hablada y enseñada por la madre, en el largo tiempo en que requerimos de su cuidado y enseñanza.” A la par, o después de ella, son también mujeres las que colaboran con nuestra educación; la nana, la abuela, la maestra, la sirvienta, las hermanas, y otras. Como afirma Christian Olivier, “Todos somos hijos de Iocasta” He ahí nuestro poder.

Desde la perspectiva de la doctora Hierro, “También las instituciones del mito nos llevan a lo materno” por lo que hay que descubrir las virtudes de su pensamiento “así como la condición y el fundamento de la construcción del orden simbólico de la madre que surge del amor a sus hijas y de las hijas a ella”

De los “querer y saberes” primitivos, los de la madre, dice Graciela, constituyen simbólicamente la potencia materna que requieren los hijos y las hijas para ser libres, entre otras cosas, porque “Del deseo materno surgen los afectos que nos reiteran el fracaso de pretender establecer uniones eternas más allá de la sola válida, con una misma” con una misma, completa.

Entonces, si nos apropiamos del mun-

silvia durán payán

do por medio del amor de la madre y mediante el deseo de éste aprendemos que la única unión eterna es con una misma, entenderemos que nuestra posibilidad de ser libres, parte del amor para amarnos a nosotras mismas. Porque nadie puede querer a otro, afirma Graciela, si no se ama a sí misma o a sí mismo. El autoamor o amor a sí misma, que según Graciela es el punto de arranque para cualquier apertura al placer, es también, dice, un tipo de juicio, un principio de ordenamiento racional de los intereses particulares, en la medida en que contribuyen a nuestra felicidad.

En *La ética del placer*, se construye el mito primero de lo femenino; la madre. Y con él, un mundo desde el amor y para el amor, un mundo, el que intuye la Dra. Hierro, de felicidad gracias al amor. Porque el fin último que han de proponerse los humanos, comenta Graciela siguiendo a su maestro Aristóteles, es la felicidad. Felicidad nunca constante desde luego, pero felicidad siempre presente. Porque la felicidad que proporciona el ser libre para actuar por medio de la razón, explica la filósofa, según nuestros propios intereses, no los impuestos, es el mayor placer que podamos experimentar, y el placer sentido, siempre nos hace felices.

Graciela tenía una especial atracción por las sirenas; entre otros motivos, porque seguían la regla agustiniana “de dejar que el amor te lleve donde quiera que vas” y las sirenas son esas hadas del agua que han consagrado su existencia al amor.

III. Los espejos

El agua reemplaza al espejo o lo completa, y las Hijas de las Aguas, narcisos inconsolables, se bañan en ella y a veces se ahogan.

197

El espejo está asociado lo mismo a la vanidad, a la identidad, como a la conciencia o a la autoconciencia. ¿Quién soy? ¿Cómo soy? Le preguntamos al espejo. Y cada vez que frente a él insistimos con las mismas preguntas, obtenemos distintos reflejos, matices de nosotras. Nuestra imagen se multiplica lo mismo en el espejo que en los ojos de quienes nos miran; somos mil en una. Personas abiertas a la diversidad de la vida, que recuperamos de ese calidoscopio de miradas diversas, aquello que va con nosotras, en cada caso una misma, distinta a las demás y sin embargo parte de esa mitad de la especie humana a la que llamamos mujeres. Si esto es así, ¿podremos algún día encontrar esa identidad de lo femenino? ¿Podremos sabernos mujeres pertenecientes a un género y al propio tiempo personas? Cosa difícil decía Platón al preguntarse sobre la belleza, como difícil es trazar lo femenino como una constante que atraviesa la historia.

Pero si lo femenino no es una constante que atraviesa la historia, y creo que no lo es, el espejo donde hemos de encontrar nuestra imagen se encuentra en nuestra interioridad. Donde a punta de conciencia, elegimos y elaboramos, de esa multiplicidad de fulgores que nos devuelven la mirada de los demás y los espejos, nuestro rostro, nuestra figura, nuestro concepto. Así, al saber, al saber-nos, podremos contestar de manera individual y en relación con las otras y los otros, qué me interesa, o en palabras de Ruth Benedict: ¿Qué vale la pena? ¿Cuál es el propósito de todo? ¿Qué quiero? Porque el autoamor, como propone Graciela Hierro, equivale a autointerés, y solamente sabremos que nos interesa, si estamos seguras de quienes somos. Como Lou Andreas Salomé dijo “Espejos, todo empezó con espejos. El nacimiento de la autoconciencia del ser huma-

no y el haber comprendido que había sido desgajado del *alma mater*, de la gran madre tierra y por lo tanto de la fuente de la vida.”

¿Pero qué espejos? Descartemos los relacionados con la vanidad, los espejos domésticos que son en los que muchas mujeres de todos los tiempos se han mirado. Espejos que en tanto que domésticos, adecuados al mundo de adentro “domus” (casa), como afirma Graciela, nada de aventura reflejan. Si nos miramos en esos espejos de vanidad, nos quedaremos del lado de acá, sin atrevernos a pasar como Alicia, y no miraremos a fondo; en esos, nuestra imagen se escapa. Por el contrario, si vamos más allá con el propósito de adquirir conciencia de nosotras mismas, nos miraremos con desesperación en los espejos del amor a sí misma. Los espejos domésticos son los del amor propio, los otros, los de la autoconciencia, son los del amor a sí misma, según la diferencia que establece la doctora Hierro. Quizá por eso, por lo de la conciencia de sí mismas, Virginia Wolf se preguntaba ¿cómo ve la vida la mujer mientras escribe? Qué es lo mismo a preguntarse ¿cómo es la mirada en el espejo?

La palabra, la escritura y las imágenes, creadas por mujeres, son algunos de esos espejos que reflejan los verdaderos rostros de lo femenino. El haz de luces con base en el cual se podrá combatir esa identidad abstracta, creada y otorgada a las mujeres, o mejor dicho a la mujer en abstracto. Esa identidad que niega la multiplicidad, ese ser para otro que enajena su voz íntima, que hace de lo natural; el sexo, motivo, principio, fundamento, y legitimación de su sometimiento y privación del placer. Con base en esos espejos producto de la creatividad de las mujeres, comenta la Dra. Hierro, “hay que deconstruir mediante la ironía del lenguaje patriarcal y la creación

femenina,” para recuperar nuestras propias imágenes.

IV. La sabiduría de las sirenas

Todavía hoy, hay quienes, como los navegantes del marinero griego, se taponan los oídos para no oír la voz de las sirenas, cuando esta voz, lejos de conducirlos a su perdición, no tiene otro objeto que despertarlos y devolverles la memoria. Porque las sirenas son hijas de Mnemósine, la diosa de la memoria.

A Graciela le importa leer lo que escriben las mujeres, aunque también lee lo que escriben los hombres, porque, como le comentó a Fernando Salmerón, “son las únicas que me hablan a mí” Son esos espejos gracias a los cuales podremos construir nuestra imagen. Su interés por la escritura de mujeres, al menos para sus estudios de género, no es artístico o literario, por lo que es ajena a las diversas reflexiones que se han elaborado acerca de la autonomía del arte o del texto. Ajena según la finalidad que persigue con la perspectiva de género, no ignorante. La escritura de las mujeres le importa a Graciela, como afirmaron algunos autores griegos acerca de las sirenas, no tanto por la belleza de su voz como por el contenido de sus discursos. Como Platón que comparó el canto de las sirenas con la manera de hablar de Sócrates. O como Cicerón, quien observa a su vez que la tentación que ejercen las sirenas tiene que ver con el saber “Ellas aportan a los hombres memoria y conocimiento, la inteligencia suprema, la gloria y la celebridad.”

El método feminista que orienta el trabajo de la doctora Hierro “se nutre de la sabiduría que encierran los escritos consignados en el discurso no oficial femenino, como memorias, diarios, biografías y

de viaje con las sirenas
cuadernos de contar la vida; además de cartas, novelas, cuentos y poesía, todos escritos por mujeres para ilustrar su experiencia femenina.” Al menos la experiencia femenina de ciertas mujeres, porque escribir es un privilegio de clase. No escriben los pobres: los obreros, los campesinos o los pertenecientes a los grupos marginados en nuestro país, mucho menos sus mujeres. Escriben los que pueden, las mujeres que tienen resueltos los problemas económicos, una educación y tiempo libre. Como decía Virginia Wolf, “para escribir se necesita dinero y un cuarto propio.” Por lo que junto a la escritura que construye mundos, es fundamental apropiarse también de esa sabiduría por la palabra y mediante la palabra, de otras mujeres pertenecientes a otras clases, como a través de las imágenes de la obra visual o musical, que también construye mundos.

Pero volvamos a la escritura de las mujeres y su importancia. En todos esos escritos, elaborados cuando la familia duerme o se ausenta, nos permitimos vivir nuestras pasiones, expresar nuestros sueños y frustraciones, cumplir “otro” destino del impuesto, no sin miedo o dolor. Escribimos en la sombra, en esa hora muerta en la que la angustia se desvanece con la liberación que la escritura produce. Porque la escritura es un escape al rol impuesto, a las limitaciones que la familia y la iglesia nos imponen, a las obligaciones que nos demanda la sociedad. Kant afirmó que la verdadera libertad es la cultura, las mujeres podríamos decir que la verdadera libertad, siguiendo a Graciela, está en la escritura. Aunque la escritura de mujeres “es, muchas veces, expresión de frustración, de aburrimiento [...] de la atención concentrada en la familia y de la imposibilidad de salir al mundo y respirar en él a sus anchas” como escribe en *Mujeres frente al espe-*

jo, Sara Sefchovich. María Luisa Bombay lo dice así: “Los hombres, ellos logran poner su pasión en otras cosas, pero el destierro de la mujer es remover una pena de amor en una casa ordenada ante una tapicería inconclusa.” Lo que permite según Graciela, propiciar la conciencia de la opresión a la que hemos sido sometidas.

Pero las mujeres también escriben sobre otras cosas, sobre todo ahora, escriben sobre temas existenciales, metafísicos o sociales, y en esas palabras encontramos respuestas profundas, espejos nítidos de lo que somos. Las mujeres escriben por muchas razones y sobre diversos temas: “Quizá para no volverse locas como Carmen Rosenzweig [...] o para conjurar a Eros como Pita Amor [...] para impedir la irrupción de la vida cotidiana como Julieta Campos, o para rescatar las historias de los seres humanos como Elena Poniatowska; para denunciar la injusticia como Rosario Catellanos [...] o para no quemarse la piel y las entrañas cargadas de mitos como Elena Garro”, afirma Sefchovich; o como dice la China Mendoza: “Escribo porque me he tomado el derecho que nadie dádome ha, muy al contrario, negándome es. Solitaria braza, terco incendio del alma. Escribo con los pedazos de la carne en la soledad. Pesarosamente segregada y porque es, mi escribir, la insolente libertad que me pertenece. Escribo porque si no lo hiciera me hubiera yo muerto de tantas lágrimas. Porque la palabra es mi respiración, porque si no escribo hoy una flor se cierra en el monte. Escribo para lavarme las manos de tanta suciedad que a mi alrededor se acumula.”

En todo caso y para lo que el feminismo de Graciela reclama, la escritura de las mujeres es no de los medios para saberse, para ser, y conquistar la libertad al ser una misma.

Una vez que nos hemos habituado al placer, a la lujuria, al bienestar del cuerpo [...] nos vemos atraídos sin cesar hacia ese lado [y] nos demoramos [...] tanto tiempo [en él] que a pesar de nosotros mismos, nos dormimos [...] entonces la sirena nos mata, es decir, el Diablo.

Guillermo el Clérigo de Normandía

“En el mito y la imaginación popular las mujeres han estado unidas al mal como forma esencial de ser”, ¿por qué? Según Simone de Beauvoir porque al institucionalizarse el orden patriarcal, del reino del padre, del patrón y del padre eterno, el hombre se afirma como sujeto libre y da origen al “otro”: la mujer. Desde ese momento la relación con el otro es dramática, afirma Graciela. La relación con el “otro” representa un reto, peligro y desafío. El surgimiento de la filosofía griega muestra que la alteridad o la otredad son la negación, y por lo tanto, el mal. Pero también hay otro motivo nos dice la doctora Hierro, el miedo, porque los hombres “Al considerar [...] su deseo como malo y no poder soportarlo, lo proyectan a lo deseado: Ella”.

Por su parte Esther Cohen en su libro *Con el diablo en el cuerpo* afirma que “la llamada brujería, vino a ocupar el lugar del otro, del enemigo, de aquel que asedia y a quien habrá de castigar, porque, a fin de cuentas, no se puede aceptar de manera consciente [dice al citar a Derrida] *el darse miedo de ese miedo de uno mismo*.” Miedo como dice Graciela, “miedo de ese miedo de uno mismo” dice Derrida. “Soy, escribe Derrida, existo, quiere decir, ‘soy asediado’. Soy ‘asediado’ por mi mismo que soy”. Y en este cerco permanente, habría que darse “miedo de ese miedo de uno mismo”.

silvia durán payán

El deseo es, según afirma Aristóteles, el impulso de la acción y en ese sentido es siempre positivo. Pero también, dado el pensamiento ordenador que caracteriza a occidente, hay deseos superiores y deseos inferiores, o como apunta Graciela citando a Andolfi, “placeres superiores” y “placeres inferiores”: “los espirituales o del alma frente a los materiales o del cuerpo, que marcan la dualidad humana [que nos hemos empeñado en crear] y que tanto sufrimiento innecesario nos ha ocasionado.”

Miedo “de ese miedo de uno mismo”, miedo de perderse en el placer, en los placeres inferiores, miedo de mis deseos malos, son algunos de los miedos trasladados a la mujer, sean brujas, amantes o sirenas. Miedo a quedar reducidos a nuestra pura animalidad, a la que hemos renunciado y hasta condenado. Miedo a sentir placer y dar rienda suelta a las más ocultas fantasías. Miedo a no ser dignas criaturas aspirantes a la inmortalidad, miedo a la muerte, al cuerpo, porque es él quien decide nuestra muerte. Esther Cohen lo dice así: “La materia de la que están hechos los miedos es casi siempre la misma para la gran mayoría de las sociedades: la muerte, la sexualidad sin límites, la incertidumbre del más allá.” Pero miedo también a perder el poder, la sumisión de los otros, y por eso, si las mujeres son las depositarias del mal, poco favor se le haría a la sociedad dejándolas en libertad.

Ese otro construido como enemigo son entonces los judíos, los árabes, los gitanos y otros, cualquiera que al ser diferente se convierta en ese “otro” que amenaza que atenta contra el poder institucionalizado a través de la fuerza, de la palabra y de la ideología, pero de todos ellos, los enemigos más peligrosos son sus mujeres, las mujeres. En el caso de las mujeres, dice Graciela Hierro, el poder patriarcal ha

de viaje con las sirenas
controlado a las mujeres por su sexualidad, al dedicarla por entero a la procreación, y como señala Cohen, “Es el erotismo más desnudo, sin función ‘económica’ alguna [la procreación] el verdadero enemigo del fiel cristiano”. Y es esa misma sexualidad limitada a la maternidad, la que nos encierra entre cuatro paredes, en el espacio reducido de nuestro hogar para el cual somos domesticadas.

Por eso, por la relación que hay entre poder, saber y sexualidad, es que Graciela insiste en la liberación del placer, y en consecuencia, a la posesión de nuestro cuerpo, al autoamor y autointerés. Sólo así lograremos la autonomía moral y la libertad. Sólo así lograremos convertirnos en personas.

VI. Carta

El amor de las sirenas que en el coito mismo asfixian a sus amantes bajo sus suaves caricias; los envenenan con sus besos y los ahogan bajo el torrente de sus lágrimas; origen de los ríos.

Querido mío, “Para decirte amor que te deseo... son veinte siglos que movió mi mano”.

Alfonsina Storni

Toda lucha de liberación es una lucha que se supone alcanzar la justicia, y tú querido, estás tan ávido de justicia como yo, me lo has dicho. Sé, sabemos, que en el mundo que vivimos hoy, nuestro anhelo será considerado utópico, y no lo neguemos, así es. Pero a diferencia de aquellos que creen que la utopía es sinónimo de lo irrealizable, yo, como Graciela, creo que es menester visualizarla y luchar por su cabal cumplimiento, aunque como dice ella, nosotras no alcancemos a verla. Y tú debes de estar

de acuerdo porque si no, tuviese que pensar que te has apropiado de un lenguaje que sin ser tuyo, asumías. ¿Por qué? Para seguir manipulándonos. A nadie conviene semejante farsa.

De lo que me comentas de Graciela, que sólo ve una parte del problema que afecta a toda la humanidad, he de decir que no conozco todavía ninguna propuesta que sea capaz de sintetizar los ideales, objetivos o finalidades de esa infinita diversidad de personas que llamamos humanidad. Por eso es que Graciela propone que las mujeres decidamos nuestro propio camino, cada cual el suyo, siempre y cuando nuestros actos estén dirigidos por la razón y nos produzcan, por lo mismo, placer. Y que si bien es cierto que la pobreza, el abuso y la opresión nos afecta a todos, también lo es, que en el caso de las mujeres la dosis se duplica.

Por eso es que apremia nuestra lucha, se trata de una estrategia, son tácticas que la política demanda, liberar al más oprimido, y si crees que los más oprimidos son los campesinos, yo te diría que son más las campesinas, porque además de padecer todos los males de la miseria, el abandono y la injusticia, son maltratadas y humilladas por sus parejas.

No te equivoques. La utopía que propone Graciela, es la del amor mutuo como de la ética del placer, para todos. Parafraseando a Sófocles: “No hemos venido para compartir el odio sino el amor”. “Ya que sólo por el amor perdura la sonrisa y la felicidad”. (José Cárdenas Peña) “Y lo que queremos salvar es esa distancia. Ese abismo fatal que nos divide” (Salvador Díaz Mirón). Así que confía en mí, sígueme, como yo te seguí tanto tiempo. Créeme no me mueve el rencor, ni mi lucha es simple rebeldía en tu contra, aunque a veces, a tu lado, de tanta soledad se me seca

ba el alma y la fe se hacía polvo, no te guardo rencor, por el contrario te quiero, tanto así que estoy luchando para que nuestra relación sea de mutuo amor y placer para los dos; imira cuánto te quiero!

Acerca de la fecha de la boda, perdóname, todavía no la tengo. Comprende que entre el trabajo, la muestra de cine, tantas buenas exposiciones que hay, las conferencias que me importa oír, mis hijos, mi madre, los viernes de dominó con mis hermanos, los compromisos sociales, y mis viajes a Cuernavaca, no tengo tiempo para nada. Pero voy a hacer un esfuerzo y te prometo pensarlo. No, mejor no lo pienso, por que cada vez que lo hago, sin que el deseo de vivir contigo se aminore, por algún motivo no te veo a mi lado, no te veo en mi casa. Quiero decir, me gusta estar contigo, deseo hacer el amor, me gusta como lo hacemos, pero cada que lo imagino, no puedo verte a mi lado para siempre. Es algo extraño, bueno no tan extraño, le pasa a muchas amigas, como que el deseo está presente, pero la razón no te admite.

Te acuerdas lo que te dije a propósito de las sirenas que compró Chela, esas que comentaste eran unas frescas por hacerse pasar por apóstoles, pues bien, creo que las sirenas, vírgenes locas o amantes, religiosas, tiernas enamoradas o mujeres fatales, son los reflejos cambiantes de nuestros deseos y temores más profundos. Y si a menudo son crueles con los hombres, de los que les gustaría tanto ser amadas, es quizá porque los hombres ya no saben amarlas como deberían. Y eso siento contigo, no me amas como deberías, y quizá por eso la razón me impide que el deseo cobre forma en la imaginación, y más allá de ella, en mi vida.

Porque ahora que lo pienso no puedo aceptar ese amor que humilla, que niega mi individualidad, que me hace dependien-

te, que me niega como persona, pero pese a todo, te quiero. Cambia por favor, porque si no lo haces lo nuestro tendrá que ser ocasional, lo que no estaría del todo mal, o en el peor de los casos, se tendría que acabar. Así que mejor piensa en cambiar, aunque después lllore como lo hacen las sirenas. Porque el amor de estos genios femeninos del agua es siempre doloroso y a menudo fatal. De cualquier forma las mujeres terminamos siempre solas, dice Sara Sefchovich (en su antología *Mujeres en el Espejo*): "La que cumple con su destino y deber como madre o como virgen virtuosa, acaba en la soledad y el abandono. La que transgrede y se arriesga termina sola también. Solas frente al espejo, solas contra la pared". Pero mientras para las primeras la soledad puede ser un drama, para las segundas, las transgresoras, como Graciela, se trata de un triunfo, una conquista de un placer que admite lágrimas, no lo niego.

Y sí, yo también, me acabo de dar cuenta al contestar tu carta, ¡por fin soy dueña de mi voluntad! Y eso mi querido amigo, no lo cambio por nada. Nunca había disfrutado tanto la vida haciendo lo que en verdad me interesa y me proporciona placer, y aunque el llanto me toma por asalto de tanto en tanto, no estoy dispuesta a dar marcha atrás. Démonos la oportunidad de hacer real esta utopía que propone Graciela, piénsalo, si no pudimos llegar al comunismo, es más ni siquiera al socialismo, quizá ésta si la podamos hacer realidad.

Te quiero.

P. D. Graciela también terminó sola, pero a diferencia de otras, supo latín y tuvo buen fin.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, SEMBLANZA

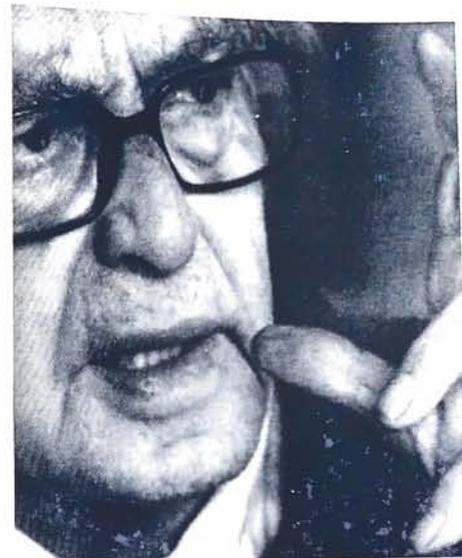
DOCUMENTO

antonio elorza

Excmo. y Magno Sr. Rector, Excelentísimos Señores y Señoras Claustales, Señoras y Señores:

Quisiera iniciar esta oración de elogio académico de manera inhabitual con la lectura de unos versos cargados de dramatismo, que aparecieron en julio de 1940 en las páginas de *España peregrina*, una de las más tempranas revistas culturales del exilio republicano. Son versos que nos hablan de "millones de brazos esperando la tremenda embestida de la muerte", de "millones de seres con los ojos tapiados, / con un inmenso pañuelo sobre sus ojos inocentes/ (que) andando, /andando van por este precipicio". El autor de esta elegía a la España abocada a la tragedia del 18 de julio de 1936, es un joven poeta algecireño que, en ese mismo año de 1936, ve truncados sus estudios en esta universidad y que tras una activa participación en la defensa de la República llega a México, por usar sus propias palabras, como desterrado, en el doloroso comienzo de un exilio sin fin. Este poeta se llama Adolfo Sánchez Vázquez y tras una brillantísima carrera académica en la UNAM vuelve hoy a su Universidad, saltando por encima del tiempo, para recuperar su puesto en ella y alcanzar una recompensa sobradamente merecida.

Resulta evidente que al otorgar este honor al profesor Sánchez Vázquez expresamos un reconocimiento que va mucho más allá de sus innegables merecimientos per-



sonales. Su tragedia vital fue compartida por tantos y tantos intelectuales republicanos, condenados por el levantamiento militar y, no lo olvidemos, por la acción cómplice de sus acólitos en la Universidad, a sufrir, la muerte, el silencio o el destierro.

Hoy es comúnmente aceptado que la guerra de Franco no solo supuso el inicio de una dictadura y decenas de miles de muertos, sino una irreparable pérdida de capital intelectual en el país. Circula un discurso de consolación, ensalzando el papel sobresaliente que los intelectuales

exiliados españoles desempeñaron allende el Atlántico, y especialmente en México. De ello luego hablaremos. Pero el vacío aquí fue irreparable, por lo menos a medio plazo, por limitamos al campo de la filosofía, la especialidad de nuestro galardonado, a la Universidad de José Ortega y Gasset, Julian Besteiro y José Gaos sucedió la de los textos del padre Ramírez, de Adolfo Muñoz Alonso y del profesor González Álvarez. Un joven universitario coetáneo de Sánchez Vázquez, Julio Caro Baroja evocó esta circunstancia de manera sumamente expresiva: "De repente suena un cañón y el tinglado intelectual dentro del que vivía se viene abajo". Había iniciado el viaje de su vida cultural en un tren de primera y ahora se veía forzado a continuado en un vagón de tercerísima. Peor fue la suerte de otros que ni siquiera alcanzaron la supervivencia intelectual desde el exilio interior.

La imagen de la segunda República está ciertamente dominada por un fracaso forzado por el levantamiento militar y por el desarrollo convulso de su vida política, dramáticamente condicionada por un marco exterior de ascenso de los fascismos en lo que Eric J. Hobsbawm ha caracterizado como la fase álgida de la "era de los extremos". Sin embargo, ello no ha de hacernos olvidar el enorme impulso de cambio que acompañó al régimen del 14 de abril. En la mente de su más preclaro dirigente político, Manuel Azaña, la República suponía una exigencia de modernización radical de España, era el instrumento democrático que servía a la inteligencia para incorporar a un pueblo a esa tarea de rehacer su historia. Se trataba de renovar la cultura, de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y de acabar con el estado de "las influencias", esto es, del disfrute del poder por unas oligarquías, que no élites, a la

sombra de la monarquía de la Restauración. Fue un impulso político y cultural encabezado simbólicamente por hombres como el mismo Azaña y Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto y Marcelino Domingo, Federico García Lorca y Rafael Alberti, y al que se incorporaron jóvenes recién llegados a la vida política como el eminente profesor a quien hoy recibimos. El acto adquiere así, tal es mi opinión, un necesario carácter de reivindicación de la memoria histórica y de justicia hacia quienes vieron incluso su nombre borrado forzosamente de nuestras aulas.

La formación de Adolfo Sánchez Vázquez coincide plenamente con el quinquenio republicano. En el orden ideológico, es un tío suyo, luego fusilado por Franco, el que guía sus primeros pasos. En el literario, tendrá la gran fortuna de formarse al lado de uno de los poetas más singulares de los años 30, el malagueño Emilio Prados, capaz de conjugar el aliento intimista de su creación con una proyección política que le llevó incluso a escribir una bellísima poesía de elogio a Stalin. Eran los tiempos en que, por contraste con un mundo capitalista en crisis, amenazado por los fascismos, la Unión Soviética presentaba la imagen deslumbrante—hacia el exterior, como es lógico—de un nuevo mundo en construcción, donde se forjaba la emancipación definitiva de la humanidad. Stalin aparecía como el único antídoto frente a Hitler.

"Cuando os griten Alemania", proponía Santiago Carrillo, el líder de la organización juvenil en que militará Adolfo Sánchez Vázquez, "responded Rusia con todas vuestras fuerzas". Eso explica que la militancia del joven Sánchez Vázquez en defensa de la democracia republicana tenga lugar desde las filas de las Juventudes Socialistas Unificadas. Tras incorporarse a nuestra Uni-

versidad en 1935, ocupará puestos relevantes en esa tarea a pesar de su edad, dirigiendo sucesivamente *Línea*, el semanario del Frente Popular en Madrid, en 1936, y *Ahora*, el diario de las JSU.

En el exilio mexicano, su doble carrera, política y académica, prosigue con innegables puntos de contacto, aun cuando el primer aldabonazo sea poético al publicar en 1942 su libro de 1936, *El pulso ardiendo*. Sánchez Vázquez, profesor ya de la UNAM, se convertirá en el exponente más destacado de la filosofía marxista española con sus libros de los años 60: *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Filosofía de la Praxis* (1967), *Ética* (1969), *Rousseau en México* (1969), y la antología *Estética y Marxismo* (1970). Desde el punto de vista ideológico, Sánchez Vázquez es un exponente inequívoco de la corriente de comunismo democrático que va cobrando forma desde el XX Congreso del PCUS. Nunca abandona el Partido Comunista Español (PCE), ni tampoco se integra en el Partido Comunista Mexicano, pero su militancia no le impide manifestarse una y otra vez contra el sectarismo o contra sucesos como la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia en 1968. Ve en la forma de socialismo realmente existente en el bloque comunista, una expresión de "praxis burocratizada" que supone la negación radical de la "praxis creadora" en cuyo nombre se ha emprendido la revolución.

Rigor teórico marxista, no es pues para él rigidez y la lealtad requiere precisamente el ejercicio constante de la razón crítica. Esta trayectoria se consolida desde los años 80, cuando queda de manifiesto la impotencia del "socialismo real" y la necesidad de que todo proyecto transformador este asentado en el pluralismo, la extensión y no la represión de la democracia, y el total

respeto a las libertades. La apuesta de Sánchez Vázquez por una aproximación filosófica abierta a los problemas desde el marxismo adquiere una particular relevancia en uno de sus campos de trabajo preferidos, la estética, donde una vez más ocupa plaza de cuasi-disidente con su enfrentamiento al realismo socialista de mediados de siglo. En suma, es el de Sánchez Vázquez un socialismo de lo posible, abierto, pero que no por eso pierde su acento crítico frente a un orden capitalista que ha cambiado los protagonistas, pero no el contenido, de la explotación y cuya dinámica supone incluso una amenaza para la supervivencia de la especie humana en el planeta. El aliento utópico, pues, permanece, pero no como espera del gran día y de la inversión radical, del *world upside-down*, sino como ideas críticas y utópicas, en el sentido de Mannheim, que trascienden la realidad y requieren transformaciones puntuales.

La aportación filosófico-política de Adolfo Sánchez Vázquez responde a sus planteamientos políticos enunciados y se concreta fundamentalmente en la decisiva aportación que supone su "filosofía de la praxis", donde el legado de Hegel y Marx, quizás excesivo en el caso del primero por lo que implica de formalización a expensas de la realidad, se conjuga fértilmente con la más enriquecedora tradición del marxismo europeo representado por la obra de Antonio Gramsci. No es este el momento de exponer el contenido de la reflexión gramsciana de Sánchez Vázquez, sólo de evocar una vez más la pérdida que el exilio supuso también en este orden de cosas, dado el carácter esquemático, radicalmente pobre, del pensamiento marxista español en el interior, y en particular del vinculado al PCE.

Sánchez Vázquez es fiel al precepto

marxista de que el individuo es un "ser social" o nudo de relaciones, pero precisamente esa permanente articulación entre su reflexión teórica y su praxis individual, modelo de praxis creadora, nos indica el papel propio que desempeña el personaje como tal. A este título, aunque plenamente incorporado a la vida mexicana, Sánchez Vázquez se sentirá siempre un desterrado, alguien arrancado de sus raíces e incapaz por mucho tiempo de desprenderse de las imágenes y de las frustraciones que han seguido al destierro. Por eso polemizará con José Gaos, quien prefiere hablar de los españoles en México como "transterrados", hombre y mujeres que allí han encontrado un nuevo enlace con la realidad. El dramatismo indispensable se pierde de este

modo, pero no por ello Sánchez Vázquez rechaza una dimensión esencial del concepto de transterrado: la consideración de que México ofreció generosamente a los exiliados españoles la oportunidad de rehacer sus vidas de modo que no lo lograron los exiliados a otras tierras. La deuda de la cultura española hacia los aspectos positivos de la Revolución mexicana, encarnados por el presidente Lázaro Cárdenas, es pues inmensa y tal vez sea éste también el momento de recordado.

Gracias, pues, a Adolfo Sánchez Vázquez por estar de nuevo entre nosotros con su espléndida personalidad y su valor de símbolo de un colectivo y de un proceso histórico que nuestra Universidad nunca debe olvidar.

antonio elorza

DISCURSO DEL DOCTOR ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ EN EL ACTO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR *HONORIS* CAUSA POR LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

*Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Don Rafael Puyol Antolin,
Señores Claustales,
Señoras y Señores*

Recibir el grado de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Complutense, es para mí un altísimo honor por provenir de una institución que, a lo largo de su fecunda historia, tanto ha aportado a la cultura española y a la cultura universal. Pero, esta preciada distinción así como el reconocimiento que entraña, tiene también para mí un significado especial, pues la obra que ahora tan generosamente se reconoce —aún siendo ajena a esta Universidad en cuanto a su realización— no lo es por lo que toca a sus orígenes. No lo es, en verdad, si se tiene en cuenta que los primeros pasos de mi vida universitaria, los dí precisamente en esta Universidad. Ciertamente, en ella y concretamente en su Facultad de Filosofía y Letras, seguí el curso de 1935-1936, y justamente en esta Ciudad Universitaria que, por entonces, comenzaba a ser la nueva sede de la Universidad de Madrid. Apenas terminado el curso, a mediados de julio de 1936 se abre el trágico capítulo de la guerra civil y, con él, se inicia un nuevo capítulo en mi vida personal que, por lo pronto, ya no sería el de estudiante universitario. Desde entonces, todo mi tiempo y todos mis esfuerzos esta-

rían dedicados —con las letras, primero, y con las armas, después— a las tareas importantes que, a los militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas nos imponía la guerra.

De mi paso por la Universidad de Madrid y de su entorno político y cultural, guardo vivos recuerdos. No obstante la crispación de la vida política, la cultura en esos años convulsos pasaba por un periodo de auge. La poesía conocía una nueva Edad de Oro con la generación del 27; en la educación, la República daba un gran impulso a sus niveles básicos, tratando de remediar la insuficiencia secular en escuelas y maestros, y en su escalón superior —el universitario—, había emprendido una reforma cuyas avanzadas eran las Facultades de Filosofía y Letras de las Universidades de Madrid y Barcelona. En ellas se implantaron innovaciones pedagógicas que resultaban extraordinarias para su tiempo. A mí me tocó vivir esa experiencia reformadora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, que se encontraba entonces bajo la égida de José Ortega y Gasset y la dirección de Manuel García Morente. El denominador común de aque-

llas reformas era la elevación de la calidad académica al nivel más ambicioso, sin detenerse para ello en la selección más im- placable. El estudiante tenía que enfren- tarse, en primer lugar, a un durísimo exa- men de ingreso, que se convertía por el escaso número de los que lo pasaban en un verdadero naufragio académico. Entre las innovaciones en los estudios, estaba la desaparición de los exámenes por asigna- tura y su reducción en toda la carrera a dos decisivos: el intermedio y el final. Aun- que subsistían las clases magisteriales multitudinarias, como la de Ortega y Gasset, y otras de menguada asistencia, como las de Zubiri, el acento se ponía en los seminarios. Acordé con sus elevadas exigencias académicas, nuestra Facultad contaba con un profesorado excelente. Bas- te citar, limitándome a los nombres de los profesores con los que tuve una relación directa, los ya mencionados de Ortega y Gasset y Zubiri, junto con los de José Gaos y Julián Besteiro, en filosofía; Manuel Bal- lesteros en historia; Agustín Millares, en letras clásicas y José F. Montesinos, en lite- ratura española.

La guerra civil, desatada contra la Re- pública, corto de raíz la renovación cultu- ral y educativa emprendida. La polariza- ción entre una derecha agresiva, que no aceptaba la más mínima reforma política y social y una izquierda, dividida, a su vez, entre la liberal y tímida que ejercía el poder, y la impaciente, radical, que estaba fuera de él, condujo a esa reforma extre- ma de la violencia que es la guerra civil. Violencia que, lejos de desaparecer al ter- minar la contienda, siguieron ejerciéndola implacablemente los vencedores durante casi cuarenta años.

Ahora bien, este largo, cruento y desas- troso periodo de la historia de España, dejó una lección incuestionable, a saber: que la

violencia –bélica o represiva– es una vía sin salida para resolver los grandes pro- blemas de un país y que la democracia – con su correspondiente convivencia, tole- rancia y respeto mutuo– sin ser paradisiaca, es la vía más adecuada. Ciertamente, la de- mocracia no garantiza de por sí la solu- ción de los problemas más agudos, pero sí ofrece el espacio más racional y la vía me- nos costosa, en términos humanos, para in- tentar resolverlos. Y esta verdad, que hoy parece de Perogrullo, conviene airearla, cuando se da –en este país– esa forma abo- minable de la violencia que es el terroris- mo, recurso o medio que invalida cualquier fin con el que pretende justificarse.

Entre las terribles consecuencias de la guerra civil están, en primer lugar, las que sufrieron los españoles durante largos años dentro de su país. Pero está también, fuera de sus fronteras, la del exilio de medio millón de españoles. Aunque a los veinte o treinta mil que llegamos a México, acogi- dos a la generosa hospitalidad brindada por su Presidente, el General Lázaro Cárdenas, tuvimos la posibilidad de librarnos de los sufrimientos de nuestros compatriotas del interior y de rehacer nuestras vidas, el exi- lio no lo vivimos como un simple “transtierro”, o trasplante de una tierra a otra, sino como un verdadero destierro. O sea: arrancados de la tierra propia y vivien- do, fuera de ella, en vilo, sin raíz ni cen- tro, obsesionados por la vuelta a la tierra perdida y prendidos de un futuro que nun- ca llegaba. Y que nunca llegaría, porque al cabo de los años, los exiliados, en su in- mensa mayoría, irían dejando sus huesos en la tierra que los había acogido. Tam- po llegaría ese futuro para los supervivien- tes de mediados de los 70, porque para ellos, las luces que se encendían en España llega- ban demasiado tarde al ya delgado túnel del exilio. Al final de ese túnel, los exiliados

acto de investidura como doctor honoris causa

que aún quedaban, se enfrentaba a una dramática contradicción: cuando querían volver no podían, y ahora que podían vol- ver, ya no podían querer la vuelta que tan- tos años les había obsesionado.

Ahora bien, el exilio permitió rehacer nuestras vidas y, en mi caso, proseguir el quehacer universitario que, en España, me era imposible. Entre los profesores de la Universidad de Madrid exiliados en Méxi- co, que aquí dieron nuevos y maduros fru- tos estaban José Gaos, Rector de esta Uni- versidad en los años de la guerra civil, Agustín Millares, Luis Recasens Siches y María Zambrano. Con ellos, gran número de sociólogos, economistas, filósofos, cien- tíficos, historiadores, artistas, escritores, arquitectos y cineastas, labraron cada obra que los mexicanos siempre han reconoci- do como un capítulo brillante de la histo- ria de su cultura. Un capítulo que tam- bién lo es de la cultura española, aunque escrito fuera de su patria, pues en aque- llos años era imposible escribirlo en ella.

Por lo que a mí se refiere, pude termi- nar mis estudios hasta el Doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de Méxi- co, ingresar después en un cuerpo docen- te y realizar una obra de investigación re- cogida en más de veinte libros. En la UNAM encontré siempre las condiciones académicas necesarias –de libertad de cáte- dra, de pensamiento y expresión– junto a los estímulos y reconocimientos favorables, para realizar mi obra. Pude, por tanto, lle- var a cabo desde el enfoque ideológico, marxista, que– en mi conducta política y moral– yo había asumido en España desde mi juventud. En cuanto que el Doctorado *Honoris Causa*, que hoy se me otorga y que tanto me honra, supone el reconocimiento de una obra hecha en el exilio y gracias a la institución educativa en la que dicha obra nació y creció, extendiendo este recono-

cimiento a esa institución –la Universidad Nacional Autónoma de México– que la hizo posible.

En verdad, por su creatividad intelectual, el exilio del 39, arroja con sus frutos un saldo positivo. Pero, esto no nos per- mite ignorar la carga dolorosa que conlle- va, sobre todo en sus primeros años, para todo desterrado: la de verse arrancado de su tierra y vivir, fuera de ella, en el aire, sin raíz ni cimiento e imposibilitado de volver a su patria porque en ella sólo le espera la pérdida de su libertad o de su vida. Felizmente, en la España de hoy, así como la guerra civil está arrinconada en un pasado cada vez más lejano e irreversi- ble, así también lo está su amarga secuela: el exilio del 39.

Pero este exilio que, en buena hora es, como la guerra civil, cosa del pasado, no debe ser materia del olvido. Ese doble pa- sado no puede olvidarse justamente para que nunca vuelva a repetirse y para que, con su memoria, se aleje la conciencia de la necesidad de cultivar y fortalecer su an- tidoto: La convivencia democrática.

Ahora bien, en la España actual se ha- bla poco del exilio del 39, con las excep- ciones de rigor en los medios académicos, algunas editoriales y determinadas instan- cias autonómicas. Y sin embargo, –insisti- mos–, por las razones antes apuntadas, ese aleccionador testimonio del pasado, no debe olvidarse. Pero, junto a esa lamenta- ble amnesia, comienza a hacerse presente no en la memoria, sino en la realidad, un nuevo exilio. No se trata, ciertamente, de otro análogo al que vivieron miles y miles de españoles, desde el 39, fuera de las fron- teras del Estado español, sino del que se da, en proporciones reducidas hasta aho- ra, fuera de una comunidad autónoma como la vasca. Un exilio, hijo como todos de la violencia, ejercida en este caso como

terror indiscriminado. Un exilio, asimismo, con los rasgos propios de todo destierro: pérdida de la tierra propia por no perder la libertad o la vida. Como antiguo exiliado, desde este templo de la razón, del diálogo y de la convivencia democrática que es toda verdadera universidad, hago votos por que la palabra "exilio" sólo apunte al pasado y nunca al presente. Y confío en que este voto, que es el de la inmensa mayoría de los españoles, se cumpla, pues hoy, en la España de la democracia y las autonomías, cada vez se manifiesta con mayor vigor la voluntad de acabar con la violencia abominable del terrorismo que, entre tantos sufrimientos, provoca el del exilio.

adolfo sánchez vázquez

Tales son las conclusiones a que llega quien, después de haber vivido un largo destierro y de integrarse plenamente a la vida mexicana, le sigue alegrando y doliendo España. Son asimismo las conclusiones del estudiante de ayer —de un lejano ayer— de la Universidad de Madrid y profesor e investigador más tarde de la Universidad Nacional Autónoma de México, que hoy vuelve, como Doctor *Honoris Causa*, a la institución en la que, hace 65 años, inicio su vida académica. Por haberme incorporado a ella con tal alta y honrosa distinción, reciba la Universidad Complutense mi más conmovido, profundo e insalvable agradecimiento.



CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
EN
Filosofía LATINOAMERICANA E IBÉRICA



Casa abierta al tiempo
División de Ciencias Sociales
y Humanidades
Departamento de Filosofía

Ahora puedes encontrarlo en su versión internet en:
<http://www3.uniovi.es/~filesp/cefilibe.htm>
o en:

<http://www.iztapalapa.uam.mx/iztapala.www/cefilibe/index.html>

Av. Michoacán y Purísima s/n, Col. Vicentina, México, D.F. Tel: 5724 4777, Fax: 5724 4778
E-mail: gvl@xanum.uam.mx

lo esencial queda en la

MEMORIA

REVISTA DE POLÍTICA Y CULTURA

En México puede adquirirla en: Sanborns, Office Depot, Liverpool, Palacio de Hierro, Café Caffé en todo el país, y en las principales librerías (Gandhi, El Parnaso, El Juglar, Fondo de Cultura Económica, librerías CONACULTA-EDUCAL, ENAH, CIESAS, UAM, puestos de periódicos de la UNAM...



Suscríbese

Un año 350 pesos

Informes y suscripciones:
a los teléfonos

55449826 y 55496117

e-mail: suscripcionesmemoria@prodigy.net.mx

www.memoria.com.mx

XII CONGRESO NACIONAL DE FILOSOFÍA

"LA FILOSOFÍA FRENTE A LOS DESAFÍOS DEL SIGLO XXI"

Del 26 al 29 de noviembre de 2003, se llevó a cabo en la Universidad de Guadalajara, el XII Congreso Nacional de Filosofía, bajo el tema de "La filosofía frente a los desafíos del siglo XXI". Como se sabe, esta serie de congresos bi-anales han sido organizados por la Asociación Filosófica de México, organismo que constituyó un Comité Nacional integrado por representantes de todas las Facultades, Departamentos e Institutos de filosofía de la República.

El Congreso fue inaugurado por el Rector General de la Universidad de Guadalajara en el Auditorio Salvador Allende y la primera conferencia magistral estuvo a cargo de la Presidenta Honoraria de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, la filósofa turca Ioanna Kuçuradi sobre el importante tema de los "Derechos Humanos". De igual forma, impartió una conferencia titulada: "El futuro. Globalización filosófica, sí. Hegemonía norteamericana, no" por el doctor William McBride, filósofo norteamericano y actual miembro del consejo directivo de la FISP.

Las mesas plenas fueron dedicadas a problemas como "La filosofía frente a la ciencia y la sociedad" con la participación de Ruy Pérez Tamayo, Marcelino Cerejido, Jean Gayon y Juliana González; "La filosofía latinoamericana: situación y perspectivas" con la participación de Jaime Labastida, Mauricio Beuchot, Pablo Guadarrama, Mario Magallón; "Ética y

política", en la que intervinieron Luis Villoro, Ambrosio Velasco, Paulette Dieterlen, Atilio Borón y Pablo González Casanova y finalizó con una mesa de clausura sobre el tema general del Congreso, y en el marco de la Feria Internacional del libro. En esta última, participaron como ponentes: Gabriel Vargas Lozano, presidente de la AFMY del Congreso; Andrew Arato, investigador de la *New School for Social Research*; Robert Stone, de la *Radical Philosophy Association*. En el Congreso se realizaron, en forma simultánea, una serie de coloquios sobre los más diversos temas. Se realizó un homenaje a cinco maestros distinguidos: Ángel Altieri de la BUAP; Octavio Castro de la Universidad Veracruzana; José Benigno Zilli de la misma Universidad; Carlos González Durán de la Universidad de Guadalajara y Federico Ferrero Gay de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Se llevaron a cabo conferencias magistrales a cargo de distinguidos filósofos, como Adolfo Sánchez Vázquez, Wolfgang Fritz Haug, Néstor García Canclini. En el marco del Congreso también se realizó un homenaje a la doctora Graciela Hierro, recientemente fallecida, en el que participaron María del Carmen García, Frigga Haug, Griselda Gutiérrez y Adolfo Sánchez Vázquez. También se realizaron una serie de presentaciones de libros, mediante un método muy ágil que permitió una reflexión plural.

noticias

En suma, el Congreso tuvo un resonante éxito por la cantidad y calidad de las ponencias presentadas y por la afluencia de interesados de todo el país que llegaron a más de 1000 personas.

MARX EN LA HABANA... I Y II CONFERENCIA INTERNACIONAL "LA OBRA DE CARLOS MARX Y LOS DESAFÍOS DEL SIGLO XXI"

En mayo de 2003 y 2004, respondiendo a la convocatoria del Instituto de Filosofía de La Habana, en conspicio con diversas instituciones y organizaciones nacionales e internacionales, académicos, profesores y activistas sociales de Latinoamérica y el Caribe, Asia, Europa, Estados Unidos y Canadá, se dieron cita en el Palacio de Convenciones de esa ciudad para debatir sobre el estado del pensamiento marxista en las actuales condiciones. Caracterizar el curso presente de la globalización neoliberal, a la luz de los procesos de internacionalización del capital y sus impactos en la vida económica, social y cultural contemporánea, devino uno de los ejes principales del encuentro.

Para muchos participantes, una dificultad latente afrontan los estudios marxistas hoy en día: la incongruencia verificada entre los resultados de la teorización formal, de rango académico y las prácticas, intereses, aspiraciones y necesidades presentes en las bases del juicio valorativo de los sujetos-actores sociales que encarnan las tendencias emancipatorio-humanistas a nivel global. Valorar e integrar dichas prácticas y el imaginario democrático-liberador de dichos sujetos en la reproducción conceptual especializada de la realidad, constituye un desafío teórico y epistemológico

que debe ser asumido.

Numerosas discusiones se centraron en la naturaleza del neoimperialismo, su expresión en cada ámbito geopolítico regional y el papel de la hegemonía militar del imperialismo norteamericano. Destacados exponentes del marxismo creador como Samir Amín e Itsván Mészáros, abordaron las nuevas condiciones del imperialismo y el tema esencial de las alternativas al nuevo orden hegemónico, así como los rasgos del movimiento alterglobalizador y su expresión en los foros sociales mundiales.

Algunas ponencias partieron del reconocimiento de la perspectiva pluriparadigmática de las ciencias sociales, cuyos aportes en diversos ámbitos no han sido aún sintetizados al nivel de una teoría societal integradora. La asimilación crítica de los aportes de la teoría social contemporánea y los desarrollos epistemológicos asociados a los nuevos descubrimientos en el terreno de las ciencias y de la subjetividad humana y social, constituyen retos para la permanente actualización del marxismo.

Bajo diversos aspectos, las cuestiones ecológica y social se interpelaron en la Conferencia, y este diálogo se mostró particularmente esencial para el futuro del marxismo y de la transformación social. La crisis ecológica y la crisis social son, en gran medida, alimentadas por mecanismos idénticos: Intereses de grandes lobbies económicos, dictaduras cada vez más exclusivas de los mercados, orden mundial encarnado por la OMC, FMI, BM, G-7, etcétera, contribuyen para el agotamiento tanto de los seres humanos como de la naturaleza, reducida a mero "recurso" del desarrollo. Factores comunes operan en las crisis sociales y ecológicas contemporáneas, remedios comunes pueden y deben ser desarrollados. Hubo consenso en que es preciso quebrar el cerco del "liberalismo economi-

co”, colocando en el centro las elecciones que atienden a las necesidades humanas y a las demandas ecológicas. De allí surge la convergencia inmediata que encontramos entre lo ecológico y lo social. Sin embargo, inclusive cuando nos restringimos a los puntos más simples en estos campos de convergencia, nuevos cuestionamientos aparecen anunciando la necesidad de revaluaciones más amplias.

En medio de la cultura de la desesperanza con que se pretendió paralizar al pensamiento crítico-propositivo, con la trasnochada mitología de “el fin de la historia”, los participantes en la conferencia habanera coincidieron en que la emergencia de las nuevas formas de la protesta colectiva a nivel local, nacional, regional y planetaria, confirman, al menos, una idea clara y distinta: la necesaria construcción plural de un proyecto de mundo en el que quepan todas las mujeres y los hombres del planeta, en armonía con la naturaleza, con justicia de género y equidad social.

Sin lugar a dudas, Carlos Marx seguirá ocupando un lugar importante en esta historia, a partir, sobre todo, de que el gran aguafiestas alemán llegó a una trascendencia de los horizontes epistemológicos y políticos de la modernidad capitalista colocándose “fuera” de la ilusión de la economía política convencional que consideraba a la forma enajenada de las relaciones sociales como esencial y inherente al destino humano. Lo existente no era para él lo único razonable por el mero hecho de existir. Por ello, precisamente, es que se ubica fuera de la fatalidad que presupone natural y no transgredible dicho orden enajenado. Resulta, pues, necesario contextualizar a la luz del capitalismo transnacional, aquellos conceptos teórico-críticos surgidos de Marx: explotación económica, exclusión social, opresión política, aliena-

ción individual y colectiva, con el propósito de sistematizar las múltiples perspectivas de lucha y demandas emancipatorias que se dan a diario y simultáneamente en los lugares más diversos del planeta, y determinar así las bases de una voluntad proyectiva mundial que otorgue condiciones de posibilidad a la superación de la dominación capitalista.

TERCERAS JORNADAS DE TEORÍA Y FILOSOFÍA POLÍTICA

Organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), entre el 23 y el 26 de septiembre de 2003 se celebraron las Terceras Jornadas de Teoría y Filosofía Política. Convocaron también a este importante evento la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Sao Paulo y la Asociación Filosófica de México.

En esta ocasión las Jornadas estuvieron dedicadas al tema “Imperio y Nación: Nacionalismos e Internacionalismos en el Siglo XXI” y se celebraron en dos sedes: los días 23, 24 y 25 en la mañana, en el salón Paraninfo del edificio Carolino de la BUAP, trasladándose al Auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el 25 en la tarde, hasta el 26.

Inauguradas con las intervenciones de Roberto Hernández Oramas, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP; Adolfo Sánchez Vázquez, profesor emérito

de la UNAM y Doctor Honoris Causa de la BUAP; y Enrique Dóger Guerrero, rector de la BUAP, el evento sesionó a través de ocho mesas de trabajo que recorrieron diferentes aspectos del tema central. Contó, además, con tres conferencias magistrales a cargo de Pablo González Casanova, quien trató el tema de “La reestructuración del poder mundial”, Atilio A. Borón con el trabajo titulado “Dos fábulas perversas: la aldea global y la multitud nómada en el imperio” y Enrique Semo, quien abordó la problemática de “La globalización de la violencia”.

Consignando el éxito de las Jornadas las palabras de clausura estuvieron a cargo de Ambrosio Velasco Gómez, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y Atilio A. Borón, en representación de CLACSO.

HOMENAJE A LA DRA. CARMEN ROVIRA GASPAR

El Círculo Mexicano de Profesores de Filosofía, A.C., en coordinación con la Escuela Nacional Preparatoria y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, rindieron un merecido homenaje a la Dra. Carmen Rovira Gaspar “como un reconocimiento al apoyo y aportes para el desarrollo de la filosofía realizados por esta distinguida maestra, manifiestos y evidentes en su labor docente y de investigación”.

Las conferencias y mesas redondas realizadas con este motivo se llevaron al cabo los días 26 y 27 de agosto de 2004 en las instalaciones del Antiguo Colegio de San Ildefonso y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, contando con la participación, entre otros, de Horacio Cerutti, Mario Magañón, Alberto Saladino, Mauricio Beuchot, Carolina Ponce, Laura

Benítez, Alejandra Velásquez, Xóchitl López, Gustavo Escobar, Roberto Hernández Oramas, Gabriel Vargas Lozano, Ambrosio Velasco Gómez. Pronto aparecerán las memorias en las publicaciones del Círculo Mexicano de Profesores, A. C. La dirección de la revista *Dialéctica* y su consejo editorial se unen a esta celebración y felicitan al Círculo Mexicano de Profesores de Filosofía por la organización de este homenaje.

CENTRO POR LA JUSTICIA GLOBAL

Bajo la iniciativa del Bob Ston, Betsy Bowman, Cliff Durand, Ross Gandhi, César Arias, Silvia Grosso y Kathy Russell, distinguidos de la *Radical Philosophy Association* de los Estados Unidos, se fundó en la ciudad de San Miguel Allende, Guanajuato, el *Centro por la Justicia Global*. Dicho centro tiene como finalidad promover la investigación y aprendizaje por un mundo mejor.

Con motivo de dicha inauguración, de los días 4 al 13 de agosto del presente año, se realizó el taller denominado *Globalizaciones Alternativas*, en el que participaron más de 120 académicos y activistas de estados Unidos, México, Cuba, Nicaragua, Argentina, Italia y Ruanda.

Se discutieron los temas sobre: democracia, conciencia cosmopolita, bienes públicos, radicalización, emancipación de la mujer, colonialismo, imperialismo y esta donación.

El Centro aspira a ser un espacio de investigación, aprendizaje y sobre todo de comunicación entre norteamericanos y latinoamericanos.

La dirección de la revista *Dialéctica*, se solidariza con esta importante iniciativa y felicita a Betsy Bowman y Bob Ston por su

entusiasmo por realizar en forma práctica esta idea.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA BUAP

En el lapso de este año dos acontecimientos, de los transcurridos en la Facultad merecen ser destacados. Por una parte el cambio de administración de la misma; después de cumplir dos períodos, ocho años, como director de la Facultad de Filosofía y Letras, Roberto Hernández Oramas terminó exitosamente su periodo y, dentro de un proceso tranquilo, en su lugar fue electa por la comunidad de su Facultad y nombrada por el Consejo de la misma, la Mtra. Carmen Romano Rodríguez para el periodo 2004-2008.

Por otra parte, a iniciativa de la dirección y con el entusiasmo de la facultad de FFyL, se publicaron los tres primeros números de la revista representativa de la Facultad y que se ha denominado *Graffylia*. Esta es una revista monográfica que dedicará cada número a un tema en particular, respondiendo a las investigaciones que sus cuerpos académicos y colegiados están realizando. *Graffylia* es, según sus autores, el testimonio escrito del acontecer académico de Filosofía y Letras de la BUAP.

UNA SUCESIÓN ANUNCIADA (BUAP) PUEBLA

El 20 de mayo (2004) el Consejo Universitario de la BUAP dio su visto bueno para el cambio de estafeta en la Rectoría. Por una parte aceptó la renuncia del rector Enrique Doger Guerrero, reelecto en septiembre de 2001 y en sustitución nombró a Roberto Enrique Agüera Ibáñez,

quien fuera Secretario General, Vicerrector de Docencia y director de la Facultad de Administración.

Una sustitución prevista y anunciada por la evidencia con la que se manifestaban las aspiraciones del rector saliente por participar en la vida política de la entidad. Llegado los tiempos se consumaron los trámites necesarios.

El actual rector ha iniciado, de manera inmediata y no poco presionado por las circunstancias, una consulta a toda la comunidad universitaria con la finalidad de conformar una agenda de discusión que conlleve a nuevos avances a la centenaria institución. Soplan otros vientos, ojalá sean para bien.

RIGOBERTA MENCHÚ TUM
DOCTORA *HONORIS CAUSA* DE LA
BUAP

El H. Consejo Universitario de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla nombró, en sesión solemne, el 10 de septiembre de 2004, Doctora *Honoris Causa* a la líder indígena guatemalteca y Premio Nobel de la Paz (1992), Rigoberta Menchú Tum.

Rigoberta Menchú, nació el 9 de enero de 1959 en Chimel, pueblo del municipio de Uspatán. Nieta de mayas. Trabajó desde niña en el campo al igual que sus padres. Presenció el asesinato de su hermano de 16 años por los terratenientes que querían echar a los indígenas de sus tierras. A los 19 comenzó a militar en el Comité de Unidad Campesina (CUC), mientras el ejército nacional llevaba a cabo su campaña de "tierra arrasada" contra la población sospechosa de pertenecer a la oposición armada. Su padre, Vicente Menchú, participó activamente en la

concientización de sus vecinos. Cuando contaba con 20 años de edad aprendió el español, hasta entonces hablaba el quiché y sus dialectos.

Salió del país y se refugió en México a los 21 años donde fue acogida en Chiapas por el Obispo Samuel Ruiz García. Al año siguiente volvió a Guatemala pero muy pronto tuvo que refugiarse en Nicaragua y lue-

dialéctica

Da la bienvenida a todas las colaboraciones que deseen enviarse para su publicación en cualquier sección de la revista. Dichas colaboraciones deberán tener las siguientes características:

- Los ensayos no deberán ser mayores a 15 cuartillas.
- Los artículos, máximo de ocho cuartillas.
- Las críticas de libros máximo cinco cuartillas.
- Deberán ser escritas a doble espacio.
- No se publican trabajos de creación literaria.
- Todas las colaboraciones serán sometidas a dictamen de nuestros consejos de asesores: Nacional e Internacional.
- De preferencia, deberán ser capturados en WinWord, Word Perfect 5.0 o Write y ser enviadas en un disquete de 3 1/2 pulgadas,

go otra vez en México. En reconocimiento a su labor y al mensaje cívico y de justicia social que representa, fue distinguida en 1992 como Premio Nobel de la Paz.

Este doctorado propuesto por el Colegio de Antropología Social enorgullece a la Facultad de Filosofía y Letras y a la misma Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

junto con tres impresiones en papel, que serán los originales previamente revisados por el autor. Envíe una breve nota biográfica de cinco renglones y su dirección completa, incluyendo teléfono, fax y dirección electrónica.

Para las citas, se podrá recurrir a cualquier forma aceptada internacionalmente.

Oficinas de *dialéctica* en la Cd. de Puebla:
Av. Palafox y Mendoza 229, Centro
72000 Cd. de Puebla, Puebla
tel y fax: 01 (22) 46 10 02
e-mail: dialec@servidor.unam.mx

En la Ciudad de México:
Apartado Postal 21-579, México, D.F.
tel y fax: 5 617 79 27
e-mail: dialec@servidor.unam.mx

VI TALLER INTERNACIONAL SOBRE PARADIGMAS EMANCIPATORIOS ("Corte Mundial de Mujeres "El Sur frente a la Globalización Neoliberal")

La Habana, Febrero 2-4 2005

El Grupo "América Latina: Filosofía Social y Axiología" (GALFISA) del Instituto de Filosofía de La Habana, la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, La Revista Dialéctica, Pasado y Presente XXI, el Centro Memorial Martin Luther King Jr., el Colectivo de Investigación Educativa "Graciela Bustillos" y la Organización "El Taller Internacional", en coauspicio con otras instituciones y organizaciones internacionales, convocan a científicos sociales, maestros, educadores populares y activistas sociales, políticos y culturales de América Latina y el Caribe y de todas las regiones del planeta al **VI Taller Internacional sobre Paradigmas Emancipatorios**, a celebrarse en La Habana del 2 al 4 de febrero de 2005.

Este evento comenzará con la "**Corte Mundial de Mujeres "El Sur frente a la Globalización Neoliberal"**", en la que un número significativo de mujeres de todas las regiones del planeta mostrarán a través de sus voces y sus visiones propias la diversidad de formas de resistencia y lucha, de identidades y cosmologías que inspiran las batallas por la dignificación de nuestros pueblos. Las Cortes de Mujeres apuntan hacia una epistemología que integra tres componentes fundamentales de igual rango: vivencial, analítico y artístico-cultural. La Corte contará con un Tribunal simbólico al que han sido invitadas personalidades de reconocida obra y trayectoria humanista.

Temas generadores:

- El Discurso Dominante: Violencia y falacias del universalismo neoliberal. La diversidad y las identidades en la resistencia al Pensamiento Único
- La política como afirmación de la vida (Ética y política, la transversalidad de lo político)
- La pluralidad de resistencias y luchas. Pistas para propuestas de articulación.

Para obtener más información comunicarse con:

Grupo América Latina: Filosofía Social y Axiología (GALFISA)

Instituto de Filosofía

Dirección Postal:

Calzada N. 251 Esq. a J, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba, CP 10 400

Teléfonos: (537) 832 18 87 y 832 03 01

Email: galfisa@ceniai.inf.cu

DIALÉCTICA RECOMIENDA

• *Tiempos imaginarios: Ritmos y ucronias.* Tercer Congreso Internacional de Estética. María Noel Lapoujade. Facultad de Filosofía y Letras y Dirección de Fomento Editorial de la BUAP, 2002.

Recupera las ponencias presentadas en el Tercer Congreso Nacional de Estética, realizado en la ciudad de México (UNAM) en el marco del XI Congreso Nacional de Filosofía.

Tres apartados constituyen el eje conductor de esta publicación: ritmos cósmicos; lo sagrado y la fiesta; tiempo y *poiesis*; San Agustín, Hume y Wittgenstein. Un libro colectivo interesante y, diríamos, muy importante para los estudiosos de la estética. Un esfuerzo que continúa la iniciativa de la Dra. María Noel Lapoujade originada desde 1997.

• *Cultura para el Desarrollo. El desafío del siglo XXI.* Armando Hart Dávalos. Universidad de Antioquia, Colombia. 2004.

Una solidaria publicación de la comprometida Universidad colombiana de Antioquia con el quehacer intelectual cubano.

Armando Hart, ministro de educación (1959-1965); ministro de cultura y director del Centro de Estudios Martianos de Cuba, presenta sus convicciones sobre el papel que juega la cultura en el desarrollo de los países latinoamericanos. Una cultura profundamente humanista, inspirada en Marx, en Martí, en José Carlos Mariátegui, en José Ingenieros y ¿y por qué no? también en Fidel.

• *Memoria.* Séptimo Encuentro Nacional de Escuelas y Facultades de Filosofía, Letras y

Humanidades. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2002.

Con el apoyo de la Asociación Filosófica de México, A. C., se realizó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, el Séptimo Encuentro Nacional de Escuelas y Facultades de Filosofía, Letras y Humanidades; los días 18 y 19 de abril de 2002. En estas memorias, además de las preocupaciones y avances de las escuelas y facultades del país, se publican dos interesantes conferencias magistrales: "Moral y política" de Adolfo Sánchez Vázquez, y "La filosofía en México de cara al siglo XX" de Gabriel Vargas Lozano.

• *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano.* George Stainer, Gedisa Editorial, Barcelona, 2003.

Con una edición completa y revisada, la editorial Gedisa de Barcelona hace entrega, por tercera ocasión, del excelente libro, conjunto de ensayos, de G. Stainer. El autor nacido en París, ha sido profesor de las universidades de Yale, Nueva York, Ginebra y Oxford; actualmente es Fellow extraordinario de la Universalidad de Cambridge. Dentro de los capítulos, todos ellos interesantes, llamamos la atención del posible lector sobre el último: "Marxismo y literatura" en donde realiza un análisis sobre la relación entre el marxismo y el crítico literario, el escritor y el comunismo. Dedicamos dos capítulos a George Lukács y su manifiesto estético, un capítulo emotivo a Trotski y la imaginación trágica, y el último, en honor a George Lukács, sobre literatura y poshistoria. Sin duda que será

una lectura no sólo formativa, sino de agradable sabor estético.

• *La Cultura, todo lo que hay que saber*. Dietrich Schwanitz, Taurus, México, 2004.

En su dedicatoria al lector se pregunta ¿quién no se ha sentido frustrado alguna vez en la escuela, cuando ha tenido la impresión de que los contenidos que debía aprender estaban muertos y que no eran más que un montón de hechos carentes de interés y sin relación con su propia vida? Para, enseguida, darnos a entender que lo que se va a leer es, finalmente, aquello que hubiéramos deseado aprender en los años escolares ¡tantos!, por los que tuvimos que transitar. Con esa intención nos hará recordar, o ¿aprender?, lo necesario e indispensable para ser culto, sobre la historia,

dialéctica recomienda

la literatura, la filosofía, la música, el debate sobre los géneros, la flexibilidad del saber, la política, etcétera.

• *Voces e Imágenes del Periodismo en Puebla*. Gloria Tirado Villegas (coordinadora) BUAP, Puebla, 2004.

Cincuenta periodistas y escritoras, pertenecientes a la AMPEP (Asociación de Mujeres Periodistas y Escritoras de Puebla) presentan, bajo el sello editorial de la BUAP, una interesante publicación sobre los avatares del periodismo y los medios de comunicación en Puebla. Iniciando una investigación, aún no terminada, que promete ser de relevancia para la historia de la cultura y del devenir cotidiano de Puebla y de sus habitantes.



PROYECTO DE FILOSOFÍA EN ESPAÑOL

Universidad de Oviedo
España

<http://www3.uniovi.es/~filesp>

Informes:
Gustavo Bueno Sánchez
Apartado 360/33080 Oviedo, España
E-mail: gbs@las.es

FILES

COMENTARIO DE LIBROS

COMENTARIOS AL LIBRO DE PETER ROMAN,
PEOPLE'S POWER-CUBA'S EXPERIENCE WITH REPRESENTATIVE GOVERNMENT

Juan Valdés Paz

Numerosos estudios sobre el sistema político del socialismo real suelen adolecer, entre otras limitaciones de una falta de perspectiva histórica, de una interpretación en clave liberal y de un abultado inventario de las disfunciones del sistema.

Tales limitaciones pasan por alto que se trata del examen de sistemas políticos originados en nuevas circunstancias, desarrolladas en ciertos contextos y diseñados a partir de premisas distintas a las del liberalismo. Son sistemas enmarcados en su propia tradición teórica; definidos como de transición hacia una nueva formación social, contruidos como una alternativa al orden político preexistente y legitimados por las transformaciones sociales que hayan promovido y por un nuevo desarrollo democrático.

Los pocos estudios sobre el sistema político cubano, con notables excepciones,¹ reiteran estas mismas limitaciones más tarde adocenados en una inacabable masa de propaganda contrarrevolucionaria. De aquí que el tex-

to de Peter Roman, *People's Power*, sea una de esas excepciones y una importante contribución al conocimiento del sistema político de transición en Cuba en sus propios términos, particularmente, de los Órganos del Poder Popular y de las formas de gobierno local instauradas desde la década de los setenta.

No menos notable en este estudio es la variada base empírica que lo sustenta, principalmente, la observación participante de su autor y la amplitud de las fuentes consultadas, las cuales permiten al lector juzgar las conclusiones a partir de sus propios datos y cotejar éstos con otras fuentes y experiencias.² Todo ello enriquece el debate científico sobre un tema demasiado escamoteado por simpatizantes y detractores del socialismo cubano.

De ideales y teorías

El libro que comentamos dedica sus primeros capítulos a elucidar las fuentes teóricas e inspiraciones que conforman la tradición socialista de una organización

política alternativa a la de los regímenes del capitalismo histórico. De hecho, el repaso que hace Roman a esta tradición resulta una propuesta de interpretación de la evolución de una teoría política del socialismo. Rousseau, los jacobinos, la comuna, el marxismo clásico, las revoluciones rusas de 1905 y 1917, así como los ordenamientos políticos instaurados en el proceso histórico de la URSS, aparecen como hitos constituyentes de esta tradición orientada a definir los fines y los medios de un sistema de transición del capitalismo al socialismo. Obviamente, el profesor Roman ha tenido como propósito de este examen, resaltar las fuentes y los temas relevantes para una interpretación de la experiencia cubana y, en este sentido, se le pueden señalar importantes omisiones, como el propio liberalismo, la socialdemocracia, los consejistas, así como las experiencias del socialismo real en Europa oriental y Asia, diferentes a la de la URSS.

Habría que decir que no

está del todo claro que el pensamiento político cubano, en general, y por lo que cabe a la experiencia de transición socialista, en particular, se ubique, en la continuidad de esta tradición, la que parece haber llegado a los pensadores y políticos cubanos en su versión "marxista-leninista" o soviética, con todas sus implicaciones. De cierta manera, las premisas políticas plasmadas en Cuba, en los discursos y en el diseño del sistema político de transición, han sido de una marcada ortodoxia, acorde a esas fuentes. Sirva de ejemplo las nociones de "dictadura del proletariado", el "centralismo democrático", el "partido de vanguardia", la "democracia popular", etcétera.

De hecho, la tradición marxista ha sido más rica y más ambigua. Las experiencias inspiradas en ella han debido incorporar también sus propias tradiciones nacionales y las determinaciones de sus contextos históricos. Este ha sido también el caso cubano. En este sentido cabe observar que el autor no lo tiene en cuenta suficientemente.

La reinterpretación local de esta tradición universal en sus propias circunstancias históricas, influencias y liderazgos, es decir, en términos de su propia cultura

política en desarrollo.

El examen de los textos constitucionales de 1976 y de 1992 en los que se muestran algunos signos de esta reinterpretación. No solo la tradición marxista fundamenta la cultura política local. También forman parte de ella el pensamiento político radical cubano y la historia institucional de la isla. Sirva de ejemplo la larga tradición municipalista cubana y su peso en el sistema político prerrevolucionario.

Del punto anterior se deriva la necesidad pasada y presente de la unidad sostenida del sistema político y de la sociedad.

Considero un aporte del profesor Roman su elucidación teórica y práctica de la institución del mandato imperativo como fundamento del sistema político de transición en Cuba. Si bien se trata de un tema sujeto a debate, se trataría de una institución distintiva de un sistema político de transición al socialismo y como tal, de un parteaguas, con la concepción liberal de la representación y sus consecuencias.

Más problemático es la concepción del partido único y del centralismo como integrante de la tradición política socialista. Como apunta Roman, se trata de concepciones fuertemente

influídas por las circunstancias de preservar el poder revolucionario en la distintas experiencias del socialismo histórico, más que una tradición teórica consecuente. En el caso cubano, el carácter dirigente del Partido Comunista y el unipartidismo, no aparecen postulados como cuestiones de doctrina sino como un componente de la tradición revolucionaria del país; como una condición necesaria para la sobrevivencia frente a los Estados Unidos. Por otra parte, Roman hace notar que el carácter de "dirigente superior de la sociedad y del Estado"³ se acompaña, en el caso cubano de autolimitaciones que son determinantes para la *democracia* del sistema político, como el estado de derecho, la no nominación de candidatos, y la línea de masas en la captación de sus miembros.

De la práctica institucional

Los capítulos tres al seis del texto contienen, en mi opinión, lo más preciado de este libro: la descripción e interpretación del funcionamiento real de Órganos del Poder Popular a nivel local, sin dudas, la instancia de mayor desarrollo democrático del sistema; el espacio privilegiado de la participación política, de la represen-

tación bajo mandato imperativo, y de los mecanismos de control democráticos (elección, revocación, rendición de cuentas, quejas, consultas públicas, etc.). La diversa y dilatada observación participante del autor, da a estos capítulos su valor particular y hace de su texto una fuente imprescindible sobre el tema.

La importancia de estos capítulos quizás hagan notar menos la falta de un tratamiento más extenso de las modalidades de sistemas políticos nacional y local, que precedieron a la instauración del modelo de 1976 y su variante de los años noventa. La falta de estudios previos sobre esta evolución, limita el estudio de Roman de tener una perspectiva de más largo plazo. Igualmente, el estudio de los consejos populares incluido en el texto parece insuficiente para la importancia y potencialidad de esta nueva institución e instancia del sistema político, particularmente en todo lo referido a la participación directa de la población y de los movimientos comunitarios.

Considero de la mayor importancia, el énfasis puesto por el autor en los contextos sociales y políticos en que ha funcionado y funciona el sistema político cubano, aunque no se extienda

suficientemente sobre el condicionamiento impuesto a su desempeño por la confrontación de Estados Unidos a la Revolución cubana. Sin embargo, sí apunta con acierto la influencia de contextos sociales, como las relaciones más o menos igualitarias predominantes en la sociedad cubana, el sistema de valores dominantes en cada etapa, y el nivel de consenso alcanzado en los distintos escenarios. En este último punto, es de gran importancia la descripción que hace el autor de los procesos de construcción del consenso al interior de los órganos representativos del poder popular, así como una explicación implícita de la alta estabilidad del sistema político cubano.

Si bien cabría un examen más extenso de las limitaciones en el funcionamiento de los órganos del poder popular y de los mecanismos de representación y control democrático, se trata en general, de las "desviaciones" que del orden institucional pueden ser identificadas por el observador, las que yo he llamado anteriormente, el "régimen" del sistema.⁴

Algunas de estas desviaciones son efectos de la estructura real de poderes y otras, son comportamientos desviados de los actores. El

"grado de desviación" será siempre una amenaza a la legitimidad del sistema, como se muestra en las experiencias de los socialismos históricos.

Conclusión

Estimo que el estudio del profesor Roman sobre diversos aspectos del sistema político cubano, es, además de una valiosa contribución a su mejor conocimiento e interpretación histórica, un importante aporte a la elaboración de una cultura política del socialismo, basada no tan solo en oposiciones y negaciones del orden político del capitalismo, sino en concepciones y prácticas históricas concretas en las que se expresan con aciertos y errores la búsqueda de una sociedad alternativa.

Notas

¹ Entre estas excepciones debo mencionar los trabajos de H. Dilla, W. Leogrande, C. Benglendorf y otros.

² Entre las fuentes citadas por el autor, aunque son las más conocidas, se omiten importantes textos y autores, por ejemplo, M. Pérez-Stagle.

³ Cfr. "Constitución de la República de Cuba de 1992".

⁴ El autor cita a este comentarista con respecto a su trabajo "Notas sobre el sistema político cubano", en Dilla (ed). *La democracia en Cuba y el diferendo con EE.UU.* CEA. La Habana, 1995.

GUERRA IMPERIAL, GUERRA SOCIAL

Invitación al Congreso Marx Internacional IV
Université de Paris-X, 29 de septiembre-2 de octubre de 2004

En este comienzo de siglo, el despliegue guerrero del imperialismo y la violencia capitalista que se refleja en el caos de los países-víctimas del Sur, trastornan espectacularmente un paisaje supuestamente pacífico desde la disolución de los bloques antagonistas.

A la auto-proclamación del guía hegemónico hace eco la adhesión del conjunto de las potencias del Norte a un orden universal de mercantilismo y de beneficio, en nombre del que se pretenden liquidar los derechos ganados por los trabajadores y por las mujeres, las garantías reconocidas a los ciudadanos, y todas las formas de solidaridad social construidas en dos siglos de revoluciones y de luchas populares. Lo que está en juego, es el futuro del gran impulso histórico de emancipación iniciado por la Revolución Francesa, el movimiento trabajador y el combate de los pueblos colonizados.

Todas las fuerzas del intelecto son requeridas hoy para descifrar, afrontar lo que está por llegar, y trazar un porvenir. Nuestra invitación se dirige a los investigadores de todas las disciplinas, a todos los grupos de investigación, académicos o no, que se reconocen en esta causa común.

Organización del Encuentro

Está constituido alrededor de "Secciones científicas", Filosofía, Economía, Derecho, Historia, Sociología, Cultura, Lenguaje, Ciencias Políticas, Antropología, Psicología, y de "Secciones temáticas": Socialismo, Relaciones sociales de sexo, Ecología, Estudios Marxistas.

Plenarios interdisciplinarios reunirán cada tarde al conjunto de los congresistas para tratar temas transversales.

Los talleres del último día serán dedicados a las revistas teóricas co-organizadoras, invitadas a desarrollar sus propios proyectos.

Presidente del Congreso: Jacques Bidet

Co-responsables científicos: Gérard Duménil, Eustache Kouvélakis Contactos:

Actuelmarx@u-paris10.fr

La información se publicará progresivamente en nuestro sitio Internet:

www.u-paris10.fr/ActuelMarx/



En sentido contrario a sus declaraciones, el gobierno federal ha reducido el gasto educativo, y en particular el destinado al nivel superior, lo cual ha agudizado los rezagos y provocado severas limitaciones para el cumplimiento de nuestras funciones.

La falta de apoyo a la educación superior tiene, entre sus múltiples traducciones, algunas verdaderamente alarmantes: en México apenas el 13 por ciento de la población entre 25 y 65 años de edad tiene estudios superiores, mientras que en Estados Unidos el porcentaje es de 35 por ciento y en Canadá del 39 por ciento, lo que implica una seria desventaja para nuestro país y aumenta la brecha de calidad que nos aleja de un desarrollo sustentable y competitivo en la globalización.

En el último año, la BUAP recibió un subsidio federal menor –en términos reales– al del periodo anterior, no obstante haber registrado un alto desempeño académico, poseer los mejores indicadores entre las instituciones públicas estatales del país y haber realizado transformaciones esenciales para la mejora de su gestión.

Rector Enrique Agüera Ibáñez: tercer informe de labores.